

BARRIA

CITY

BLUES

«Las cosas bellas son frágiles.»

CARMELO ANAYA

Lectulandia

Un anónimo recibido en la comisaría de Baria pone al comisario Carrillo sobre la pista de un posible asesinato cometido un año atrás: un atropello, el de una mujer a la salida de un restaurante, que pudo ser intencionado. Un padre vencido por el dolor y el rencor; un detective privado tan sagaz como ambicioso; una secretaria devota y, sobre todo, una mujer que no puede contener el amor que alienta en su corazón. Una investigación que se enredará paulatinamente hasta hacer que los implicados en la misma se conviertan en auténticas alimañas.

Baria City Blues es la novela en la que se da a conocer el comisario Carrillo, de la Jefatura de Policía de Baria, una ciudad del levante almeriense.

Lectulandia

Carmelo Anaya

Baria city blues

ePub r1.0

Maki 08.12.14

Título original: *Baria city blues*
Carmelo Anaya, 2009
Diseño de cubierta: Elena Tinickaya

Editor digital: Maki
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Los asesinos serán los únicos que
gozarán de todo aquello por lo que
merece la pena vivir.*

13 DE DICIEMBRE

La primera vez que oí llamar Paria a la ciudad de Baria fue en el ardiente verano de 2004, cuando llegué aquí. No le di mayor importancia. Acaso había oído mal. Aún no entendía demasiado bien el acento. Acostumbrado al castellano sobrio de mi Meseta y al preciso del Norte, el oído fallaba y olvidaba muchas vocales y algunas consonantes.

Sin embargo, al poco lo oí una vez más. Y al cabo de vivir aquí más de dos años, se ha convertido en un chiste recurrente. Ahora empiezo a comprender por qué. Y lo peor, comienzo a entenderlo en la casa de los muertos. Porque en Baria, los muertos ocupan el lugar de los vivos.

Viven bajo los muertos y no se dan cuenta, excepto cuando algún cuerpo cae en las galerías que socavan la muela de tierra caliza donde se alza el cementerio de Baria. Entonces, vuelve a repetirse la historia del cementerio construido sobre el antiguo poblado Fenicio: muertos sobre muertos; historia sobre historia, como los anillos de un árbol o los estratos de un talud. Y los antropólogos vuelven a Baria, regulares como las escasas lluvias, para estudiar la momia a la que han empujado los nuevos muertos. Son lluvias ácidas que corren por la tierra agujereándola como un queso, abriendo nuevas venas artríticas en la tierra áspera. El vientre del cementerio se retuerce, podrido y lento, como un tumor.

Cuando uno sube la ondulante carretera del cementerio, por la falda de la vasta meseta, puede ver los agujeros en la tierra y las puertas rotas de las cuevas, medio abiertas como bocas muertas.

El cementerio de Baria tiene las mejores vistas de toda la comarca. El valle acre y desértico hasta Sierra Cabrera, al sur. Las tierras rípidas que lo prolongan hasta Sierra Almagrera, al norte. Al este, la desembocadura sedienta del río Almanzora alcanzando el Mediterráneo, que inverna en la paz seca de diciembre.

Los vivos se conforman con vivir bajo el Cristo que corona su extremo este, desde el cual se puede ver el esqueleto iluminado de la ciudad, como si la carne quisiese esconderse en la transparencia del atardecer.

Me entretengo distraídamente mirando un paisaje que aún no conozco del todo porque nunca deja de sorprenderme. Medel está sentado a mi lado, en el coche que utilizo cuando estoy de servicio. Un Golf GTI decomisado a un chorizo demasiado optimista. Medel calla, concentrado en el servicio de funeral que se celebra a unos cien metros de donde nos encontramos. Cuando muere un rico no basta con una misa de funeral en el aniversario de su muerte. Algunos han de distinguirse con la reiteración macabra de todo el ritual.

Unas decenas de personas rodean un mausoleo de immaculado mármol blanco. Ante unas rejas de hierro forjado, el sacerdote reza un responso, rodeado de graves expresiones que ya se van difuminando en la luz cenicienta.

Me siento ridículo observando, sin mejor razón para ello que el anónimo recibido

ayer en la comisaría: *Hace un año que asesinaron a Ana Arnedo y ustedes no han hecho nada. ¿No se han fijado en lo felices que son?*

Los anónimos que se reciben en una comisaría son muy poco originales: imputaciones de perversiones variopintas, acusaciones de parientes entre sí, denuncias de crímenes imaginarios, insinuaciones de desviaciones sexuales... Pero nada como éste, que convierte un desgraciado accidente de tráfico que conmovió Baria un año antes en un crimen. Si ese anónimo llegaba a los periódicos alguien iba a perder el sueño.

Ordené archivar el anónimo, tras analizarlo sin encontrar huellas, hasta nuevas noticias. Lo que significaba que después de un tiempo acabaría en la papelera. La primera lección que debe aprender un policía es que si se puede evitar que haya un caso, todo el mundo gana.

Pero Medel ha insistido. Su juventud y su entusiasmo han vencido mi resistencia. Entre otras cosas, porque no tenía nada mejor que hacer.

Ahora Medel está ensimismado, seguramente convencido de la inutilidad del empeño.

El funeral se desarrolla con lentitud. Antes de venir, Medel se ha enterado de toda la historia y de quiénes son los actores principales: Ana Arnedo, de treinta y cinco años, murió atropellada a la salida de un restaurante. Dejó desolados a sus padres y millonario a su marido, Enrique Salgado, de cuarenta y uno. No tenía hijos ni hermanos. El marido se había vuelto a casar seis meses después de su muerte y don Rafael Arnedo, padre de Ana, lo odia.

Cuando me lo contó, reconocí que Ana Arnedo era una víctima perfecta. Y que yo también hubiera odiado a mi yerno, aunque sólo fuera por si acaso.

—¿Has visto ese coche? —pregunta Medel tan de repente que me saca bruscamente de mis torpes ensoñaciones y me cabrea.

Señala con el dedo hacia nuestra izquierda. Descubro un Renault Laguna aparcado a unos cincuenta metros, medio oculto tras una hilera de nichos y una tumba con un marmóreo ángel flamígero que parece arrojarnos del Paraíso otra vez. Como si esto fuera el Paraíso.

Nos quedamos pendientes del Renault durante unos minutos, preguntándonos en silencio si su presencia es casualidad.

—Parece que está pendiente de nuestro funeral —admito.

Medel, que parecía haber perdido la esperanza de que ocurriera algo interesante, baja del Golf. Hago lo mismo y camino tras él. Damos un rodeo entre nichos, tumbas, lápidas y cipreses, para acercarnos por la trasera del coche.

Medel se coloca junto a la ventanilla derecha del Renault y toca con los nudillos en el cristal.

Una cabeza se vuelve hacia él. Tras largos segundos, se abre la puerta y baja una cabeza muy redonda y afeitada.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta con mala leche.

—Inspector Medel —responde éste autoritariamente.

Medel no puede evitar el fervor de la placa, que le muestra por encima del coche en un espectacular giro de muñeca.

El hombre vuelve hacia mí un cuello grueso que sobresale de una chupa de cuero como la cabeza de una tortuga.

—Comisario Carrillo, de la Comisaría de Baria —me identifica Medel.

El hombre resopla, se encoge de hombros y acepta lo inevitable. Extrae del bolsillo posterior de sus pantalones de lona negra una cartera y se la tiende al inspector.

—Licencia de Investigador Mercantil a nombre de Ernesto Durán —recita Medel.

—¿Qué hace aquí? —le interroga.

—Estoy trabajando —responde el detective, displicente.

Medel abre la puerta del coche y coge un periódico que estaba en el asiento. Es un periódico local. Está doblado por la página en que se rememora el atropello de Ana Arnedo y se menciona el réquiem que está concluyendo cerca de nosotros.

—Al parecer, le interesan los atropellos, comisario —comenta Medel, enarbolando el periódico.

—¿Por qué? —le pregunto haciendo un gesto leve con la cabeza. Estoy tan aburrido que no saco las manos de los bolsillos.

—Por la misma razón que a usted —responde.

—Eso no es una respuesta. Durán se encoge de hombros.

—De todos modos iba a hablar con usted, comisario. Un cliente nos ha encargado una investigación sobre este asunto.

—Ustedes no pueden investigar un homicidio.

—No lo hago. Sólo investigo fraudes económicos. Una compañía de seguros nos ha encargado el trabajo.

—¿Qué compañía y por qué? —ataja Medel con una brusquedad innecesaria.

—Lo primero sabe que no puedo ni tengo por qué decírselo —replica Durán, mirándolo lentamente—. Lo segundo es muy sencillo. La muerta tenía un seguro de vida de un millón de euros. Es lo que se pagó a su marido cuando murió.

Ernesto Durán saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su cazadora. Ni Medel ni yo aceptamos.

—¿Y...? —pido algo más.

—Existía una cláusula en virtud de la cual si moría accidentalmente y otra entidad aseguradora debía abonar indemnización, la compañía que nos ha contratado no tendría que pagar más del 30% del capital. Ese millón se reduciría a trescientos mil euros.

—¿Qué pretende? ¿Encontrar el coche que la atropelló?

—Ya que la Guardia Civil no ha sido capaz —comenta sarcásticamente Durán, haciéndonos un gesto cómplice.

Conoce la rivalidad entre la Policía y la Guardia Civil, competencia que se

extiende a todo el país, como la de dos hermanos que juegan a ver quién consigue que papá lo quiera más. El detective quiere halagarnos con ello.

—Si el coche no fue identificado, pagará el Consorcio, de modo que su cliente se ahorra igualmente el dinero —objeta Medel.

—La póliza es clara. Ya lo intentaron, y nada. El abogado del viudo los obligó a pagar toda la cantidad.

—¿Por qué han esperado un año para hacer esta investigación? —digo.

Por primera vez, Durán no parece tener una respuesta inmediata.

—Yo hago el trabajo cuando me lo encargan —responde encogiéndose de hombros.

Le devolvemos su cartera.

—Muy bien. No se extralimite. —Le digo una fórmula que no significa nada y me doy media vuelta para volver a nuestro coche.

Medel ya está a mi lado cuando la voz del detective nos sorprende.

—Comisario. ¿Por qué le interesa el atropello de Ana Arnedo?

—Nos gusta la paz de este sitio. Venimos a meditar de vez en cuando —respondo sin volverme.

Se hace de noche. Sobre el mar hay una franja de nubes en las que rebota el sol rojizo del ocaso. Parecen montañas fantasmales sobre las aguas casi negras. Viene del mar una brisa húmeda que cala los huesos.

—Quiero que encargues a López que se entere dónde se aloja este tío. Y que mire por ahí a ver qué hace —digo.

Medel asiente, firme, como si le hubiera encargado una misión muy importante.

Desde nuestro coche nos concentramos de nuevo en la ceremonia. La gente se despide de los familiares y del sacerdote y se dirigen a la salida del cementerio. Los más rezagados son una pareja de ancianos que identificamos como los padres de la mujer atropellada, pues todo el mundo se muestra consternado en su presencia. El hombre, con ademanes imperativos, urge a su esposa para abandonar la puerta del mausoleo.

Arranco. Avanzo lentamente por caminos de grava hasta la salida. El Renault Laguna de Ernesto Durán ha desaparecido. En ese momento, comienza a vibrar mi móvil.

Enrique Salgado estaba con la puerta del Lexus abierta, despidiéndose de Inma, su persona de máxima confianza en la empresa, cuando se acercó Rafael Arnedo. El viejo tenía casi ochenta años y escaso cabello blanco que esa tarde había ocultado bajo un sombrero de fieltro de los que ya no se ven. Asió del brazo a Salgado, llevándolo aparte.

—Tenemos que hablar de negocios —espetó el viejo, acercando mucho su cabeza al pecho del otro.

Salgado se percató del olor pulcro, pero aviejado como cuero, y se quedó mirando los ojos acuosos, gastados. Lo sobresaltó el furor que vio en ellos.

—Tenemos que hablar, mucho de qué hablar —repitió el viejo.

—Podemos hablar cuando quieras, aunque ahora no es el momento —reprochó Salgado.

Le entristecía la actitud de su antiguo suegro.

—¿Quieres que lo haga mi abogado? —insistió el hombre viejo.

—Ya tenemos edad para hablar personalmente. No somos niños ni estúpidos —replicó Salgado.

—Me voy. Me espera mi mujer —dijo el viejo, soltándolo del brazo tan bruscamente como lo había asido.

Salgado se acercó a la anciana que esperaba tímidamente un poco más allá y la besó en las mejillas.

—Me han gustado mucho las flores que has llevado —dijo ella.

—Eran sus favoritas —dijo Salgado, su mano acariciando el brazo de la mujer.

Rafael Arnedo subió al Mercedes y lanzó al chófer una orden que sonó como un insulto. Su mujer subió al coche atropelladamente. Un segundo después, Salgado vio alejarse las luces traseras.

—Podía haber sido peor.

Le sorprendió la voz de Inma a su espalda.

—Por lo menos, conservo el afecto de su madre —aceptó Salgado. ¿Te importa?

Él lo pensó un instante antes de responder.

—Sí, claro —dijo finalmente.

—Águeda es una bendita —comentó Inma.

Dice Rafael que tiene que hablar conmigo de negocios. ¿Sabes a qué se refiere?

—No me ha dicho nada.

—Pero sigues viéndolo a menudo, ¿no es cierto?

—Sí. Al menos una vez por semana paso a saludar a Águeda. Lo agradece. Está muy sola desde entonces.

—Y Rafael no creo que ayude mucho.

—Más que consolar, todo lo contrario... —Inma asintió con la cabeza, lamentándose.

—Sabía que estaba molesto por haberme vuelto a casar. Pero hasta ahora no había mostrado esta actitud tan agresiva —dijo Salgado.

—Ahora está saliendo de la depresión que le produjo la muerte de Ana. No sé qué es peor, si la depresión o esto. Parece siempre a punto de estallar. No sabemos nunca cómo va a reaccionar —explicó Inma.

Salgado se encogió de hombros, aceptando con fatalidad la actitud del viejo.

—No creo que pretenda hacerte daño. Sólo está dolido —añadió la chica.

—¿Quieres que te lleve a la ciudad? —preguntó Salgado.

—No. He venido con Pablo.

Salgado pudo ver a Pablo junto a su coche, al otro lado de la explanada que se extiende ante la puerta del cementerio.

—Mañana nos veremos en la oficina —se despidió Salgado.

—Hasta mañana —respondió la muchacha.

Salgado la vio alejarse. Esperó. Quería ser el último en irse del cementerio.

La llamada era de Elena Silva, una funcionaria del servicio de Asistencia Social del Ayuntamiento de Baria. La había alertado su propia suegra, diciéndole que Lucas había salido en su búsqueda. Elena, atemorizada, gritaba que su exmarido se dirigía hacia su casa de la costa.

Llamé a comisaría y ordené que dieran una vuelta por allí. Un rato después López me dice que lo han encontrado, en las inmediaciones de la casa de la mujer, agazapado en su coche.

Lo encuentro sentado en la pecera.

Sobre Lucas pesa una condena de alejamiento, de modo que podemos detenerlo.

Es lo primero que pregunta:

—¿Estoy detenido?

Ha salido hace un mes de la cárcel. Ha cumplido tres años por lesiones. Aún recuerdo la visita desesperada de Elena cuando supo que Lucas sería puesto en libertad. Me asaltó en el pasillo de la comisaría. Nadie hubiera podido detenerla. Tuve que llevarla a mi despacho. Entre lágrimas, me contó la triste historia con todo detalle. Le prometí que la ayudaría. No conseguía calmarla, así que accedí y le di mi teléfono personal, el que sólo tienen en comisaría.

Cuando se marchó, quise estar seguro de la verdad de lo que contaba y busqué su expediente. Lo que vi aún me provoca náuseas.

Hice algunas llamadas. Todos los funcionarios de la cárcel que habían tenido trato con el tal Lucas aseguraron que cumpliría su amenaza en cuanto saliera.

Lo miro ahora y veo que tiene la boca apretada y el gesto obcecado. Sé que esto no es para él sino una dilación molesta. Está decidido a matar a su exmujer y lo hará a la menor oportunidad.

—¿Qué hacías en esa urbanización? —pregunta Medel.

—No sabía que ella vivía allí. ¿Cómo iba a saberlo? No me ha visitado en la cárcel —responde sarcástico.

Mientras Medel lo interroga, ratifico mi convicción: no tiene solución. Ese hombre está enloquecido y ya sabe el final de la historia. Si la cárcel le ha servido de algo, ha sido para aprender.

—¿Qué hacías ante la casa de Elena? —pregunta otra vez Medel con irritada impaciencia.

Una vez que ha lanzado su excusa, nada más tiene que añadir. Lucas calla.

—¿Por qué la esperabas? ¿Qué querías hacerle? —Medel pregunta con la fe

desmayada del que espera una respuesta de Dios.

Lucas se limita a mirar fijamente la mesa desnuda que tiene ante sí.

Veo la escena como si estuviera muy lejos y muy cansado: un policía sin esperanza y un detenido que ha aprendido latín en tres años de cárcel y que sabe que le basta aguantar el tirón unas horas, unos días, unas semanas o unos meses en el peor de los casos, para salir de aquí y continuar su tarea.

Entro en la pecera. Lucas me mira sin expresión alguna. No me conoce. Cuando él fue detenido, yo aún no estaba destinado en Baria. Hago un gesto a Medel para que se retire y éste observa con interés la carpeta que llevo en las manos.

Medel sale y me siento frente a Lucas. Lo miro fijamente, pero él no me devuelve la mirada. Después abro la carpeta y dejo ante él las fotografías de Elena torturada. Su hazaña de hace tres años. Las dispongo en abanico para que pueda verlas con detalle, todas ellas. Los ojos hinchados y negros. La boca rota y los dientes desaparecidos. El torso y los pechos negros de los hematomas, deformados por los golpes. También los muslos y los glúteos. Nada que ver con la mujer atractiva que lloraba de terror hace un mes. La violencia nos transforma y nos devuelve la condición de bestias. También a las víctimas, que es lo más triste.

No digo nada. Él tampoco abre la boca. Pero observo que mira las fotografías. Lo hace con interés. Pero en sus ojos no hay un destello de lástima ni de arrepentimiento.

Ya no tengo ninguna duda.

Recojo las fotografías y las devuelvo a su carpeta. Salgo de la pecera sin decir ni una palabra.

Ernesto Durán condujo su Renault Laguna lentamente por la circunvalación de Baria, tras el Lexus de Enrique Salgado. Dejaron atrás la ciudad y tomaron la carretera de la costa hasta Mojácar. Salgado condujo hasta el final de las urbanizaciones y tomó una calle que sube una montaña. Un kilómetro más arriba, una enorme verja de hierro se abrió para él. Durán se detuvo unos cien metros más allá, para evitar las cámaras de seguridad. Tras los altos muros de piedra vivía Enrique Salgado con su nueva esposa. Pero esta noche Durán no tenía nada más que hacer allí.

Se trataba de un chalé amplio, con jardín en los cuatro costados cercado por un muro de piedra y una verja de hierro negro. La construcción era de una planta, nada ostentosa, a pesar de haber sido Rafael Arnedo quien se había enriquecido con la promoción de aquellos terrenos al este de Baria, que pronto se habían llenado de más chalés y de urbanizaciones de triplex. La casa tenía amplios ventanales que se abrían al jardín y una imponente puerta de madera de roble de al menos diez centímetros de grosor.

Águeda acudió a abrir la puerta.

—¿No está Patricia? —preguntó Inma nada más entrar en la casa.

—Rafael le dijo que se tomara el día libre. Como no íbamos a estar —explicó

Águeda mientras la conducía por el recibidor, llevándola de la mano.

Luego detuvo sus pasos y, con voz queda, dijo:

—Hemos ido al cementerio los primeros. Pero Enrique ya estaba allí. Lo hemos visto al llegar, pero no nos hemos acercado.

Brillaban los ojos de la anciana, cuya alegría porque su hija fuera aún amada la hacía temblar de emoción. Águeda bajó la voz a medida que se adentraban en el interior de la casa, hasta casi convertirla en un susurro.

—Sé que la quería. Le ha puesto flores. Por eso he convencido a Rafael para que no diera un escándalo. Pretendía montarlo esta tarde, sobre todo si llevaba a... Menos mal que ha ido solo.

Águeda respiró hondo, como si le faltara el aire en los cuatro pasos del vestíbulo.

El salón tenía los postigos cerrados. A un lado, una mesa de gruesa madera negra y patas torneadas creaba el ambiente invivible de una estancia antigua. Enfrentada, una chimenea donde ardían las brasas de unos gruesos troncos, ponía algo de calor. Alrededor de la chimenea, varias estanterías repletas de libros antiguos, periódicos y planos y esculturas y dos sofás con sendas luces de lectura. Bajo una de ellas, sentado aún pero vuelto hacia la puerta por donde ella entraba, la esperaba Rafael Arnedo, los ojos agrisados por la edad sobre unos lentes en la punta de la nariz. Rafael se levantó y fue a su encuentro.

—Creí que no ibas a venir esta tarde. Como te has ido con él —reprochó.

—Que haya salido del cementerio con Enrique no significa que no nos quiera —se picó Águeda.

—Por supuesto —ratificó Inma—. Tienes que tomarte las cosas de otra manera, Rafael. Enrique no es un criminal —dijo después de darle un beso al anciano.

Rafael volvió a su asiento, resentido.

—Todos estáis a su favor. No necesito oír nada de vosotras. Sólo queréis que lo deje en paz y no lo haré.

El viejo se sentó y cogió un periódico y lo extendió con rabia ante sí.

—¡Que no es un criminal! —gruñó.

—Que se haya casado con otra mujer no lo convierte en un criminal, Rafael. ¡Por Dios! —le recriminó Águeda.

—¡Tú qué sabrás! —replicó él despectivamente.

Águeda aprovechaba estos momentos en que Inma estaba presente para afirmar cosas que, en soledad, no hubiera tenido valor o ánimo para discutir las a su marido.

—Y me niego a que sigas hostigándolo. No quiero vivir mis últimos años en el odio —se atrevió a añadir.

—¿Qué más te da? Él no es tu hijo —replicó.

—¡Pero ha sido el marido de mi hija! —gritó Águeda, todo lo exasperada que podía estar una anciana que sabía que lo tenía todo perdido. Sólo su conciencia le exigía intentar librar la última batalla: que su marido olvidara y pudieran morir en paz.

—Esto duele aunque no sea tu hijo, Rafael —terció Inma, que sabía que Águeda había llegado al final de su lucha—. No deberías perder la perspectiva. Sólo se trata de un hombre que se ha casado una vez que ha quedado viudo.

—¡Viudo y rico! —protestó airadamente Rafael.

—Que sea rico lo decidisteis Ana y tú —dijo Inma.

—Eso es verdad —ratificó Águeda lánguidamente.

—No pidió nada, no pidió nada... ¡Cómo si no lo hubiera esperado!

—Ni siquiera sabía quién era Ana cuando le pidió salir con ella —señaló Águeda—. Me lo contó Ana muchas veces, hija.

—¡Bah! —replicó con despecho Rafael.

Se levantó bruscamente y salió de la habitación. Inma pensó en su frágil aspecto de ahora. Apenas unos años antes era un hombre a quien no se le escapaba detalle de sus negocios. Desde la muerte de Ana era un anciano ensimismado y rencoroso.

—Perdónalo —dijo Águeda—. Está trastornado, ya lo sabes.

—No importa. Lo que voy a hacer es prepararos la cena y no volver a hablar más del asunto —concluyó Inma mientras se quitaba el abrigo.

Lucas firma la última hoja del formulario en la cual declina llamar a un abogado porque es puesto en libertad. No ha habido detención oficial. Sus labios dibujan una leve sonrisa desde que me ha oído decir:

—Te vas a ir, por esta vez.

Seguramente espera una advertencia. Pero no le doy más que silencio.

—Aún no le quitéis las esposas —digo a Matías, el agente que se ha encargado con López de su detención.

Lucas me mira, perplejo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque te voy a llevar al centro de la ciudad y quiero ser yo quien te las quite. En mi coche continuarás esposado hasta que te bajes.

—Quiero llamar a alguien —dice.

—Si no estás detenido, hombre —replica divertido Matías.

—Pues deme mi móvil.

—Ya te lo dará el comisario. No seas impaciente —responde Matías.

Intenta protestar, pero Ávila, que ha sustituido a López tras la detención, le dice que se calle, que tardará un momento en ser libre. Ávila y Matías buscan mis ojos, pero no dejen que los encuentren.

Mientras concluyen los trámites, espero a la puerta de la comisaría.

La noche es fría. El viento trae la humedad del mar hasta el centro de la ciudad. La calle está desierta. Cuatro coches patrulla ocupan sendas plazas de aparcamiento. A unos cincuenta metros a la derecha, una plaza cuyas luces se desvanecen en la neblina. Hasta aquí no llegan los ecos de la fiesta. El ayuntamiento ordena proteger el

centro. Pero por encima de los edificios uno puede adivinar el resplandor de las hogueras.

Matías me dice que todo está listo. Le digo que bajen a Lucas al sótano.

Marco un número en mi móvil. Le digo al hombre que contesta y que no pregunta quién llama dónde deben esperarme. Cuelgo y entro en el edificio. Bajo hasta el sótano. Lucas está nervioso, entre Matías y Ávila. Éste lo consuela.

—No te quejes. El comisario no lleva a todo el mundo en su coche.

Y le da una palmadita en la espalda. Luego le pone la mano en la cabeza y lo introduce en la parte trasera del Golf, que tiene las lunas tintadas.

—Hay un detective privado que ha venido a Baria. Lo hemos descubierto en el cementerio. Se llama Ernesto Durán. Échale un ojo —le digo a Matías—. Medel se lo ha dicho también a López.

—¿Hacemos un informe?

—No. Sólo oler un poco.

Subo al Golf. Acabo de arrancar cuando llega corriendo Medel. Ávila y Matías no saben si impedirle que se acerque al coche. Al fin y al cabo es su superior.

—¿Dónde vas? —espeto cuando acerca su cabeza a la ventanilla.

—Quiero ir contigo. He acabado mi turno y no quiero dejarte sólo con este tío.

—No hace falta que me acompañes. Está esposado. Lo dejaré ir y me iré a casa.

—Es igual. Quiero ir contigo —insiste.

—No debes venir —replico.

—¿Es una orden?

Nos miramos a los ojos durante un instante demasiado largo. Calculo las consecuencias de que me acompañe. Tarde o temprano habrá que saber si se puede contar con él.

—Está bien.

Medel entra en el coche. Introduzco la marcha y salgo del edificio. Ávila y Matías se quedan mirando hasta que subimos la rampa del garaje.

Media hora es lo convenido.

—¿Dónde te dejo? —pregunto a Lucas.

—Donde sea —responde desabridamente.

Enfilo hacia la salida de Baria. Luego tomo la circunvalación de la ciudad y aprieto el acelerador. Hago un poco de tiempo.

—¿Dónde vamos? —pregunta Lucas.

Medel respira hondo y se mueve en su asiento como si no acabara de encajar. Me mira de reojo.

Entro en el polígono industrial de Baria. Circulo por las calles vacías. Los edificios y las grandes naves de metal parecen muertos. Un coche de seguridad nos sigue un par de minutos, hasta que salgo del polígono y vuelvo a la circunvalación, en sentido contrario.

Me desvío por carreteras secundarias. Cortijos que permanecen a oscuras, campos

negros.

—¿Dónde vamos? —pregunta de nuevo Lucas, inquieto.

Pero esta vez ha tenido que aclararse la garganta para que no se le quiebre la voz. Puedo oler su miedo. Huele a sudor frío.

—¿Tienes miedo? —le digo—. El miedo es bueno. Nos hace comprender el temor de los demás.

La sombra que viaja detrás se mueve de un lado a otro. No responde, pero se siente enjaulado como un perro.

La plaza de toros de Baria está rodeada de soportales bajo los cuales enormes bolsas de oscuridad nos ocultan. Apago el contacto. Siento la mirada de Medel pendiente de mí.

—¿Qué es esto? No tienen derecho. Lléveme ahora mismo a la ciudad —exige muy digno Lucas en un arrebato de valentía.

No respondemos. Forcejea con las manivelas, pero no puede abrir las puertas.

—¿Qué coño es esto? —grita.

Enciendo un cigarrillo. Abro la ventanilla del coche. Le tiendo el teléfono.

—Tu móvil.

Lo recoge con avidez, como si el aparato pudiera depararle un destino mejor del que teme.

La tierra que rodea la plaza de toros, de día, es del color del albero. Oigo unos pasos en la tierra y huelo el polvo. De pronto, la puerta trasera del Golf se abre y un grito de Lucas es sofocado de un golpe. La puerta se cierra y oigo arrastrar su cuerpo.

—¿Qué significa esto? —exclama Medel.

Apenas lleva seis meses con nosotros. Tiene el furor de los novicios y no conoce la palabra desencanto. Eso lo hace peligroso. El pobre es universitario y conoce la calle tanto como un obispo.

—¿Qué significa esto? —insiste. Como no respondo, continúa.

—Había oído rumores, pero no creía que pudiera ser cierto.

Tiro la colilla y arrancho de nuevo. Medel clava la mirada al frente. En cada barrio arden las hogueras de Santa Lucía. Los vecinos se reúnen la noche del 13 de diciembre, prenden hogueras con arbustos y zarzales, con muebles viejos o con carbón comprado en la ferretería los que han perdido la costumbre de salir al campo. Luego, sobre las primeras ascuas asan patatas y carne y chorizo y morcilla. Y beben y comen hasta la madrugada. Los niños hacen hachos con hilos de esparto que prenden en las hogueras y danzan con ellos, cantando, amenazándose, persiguiéndose, dibujando en la noche con sus puntas de fuego.

—La vieja fiesta pagana. Sin embargo, esta noche de Santa Lucía es la más hermosa de Baria —comento.

Medel calla. Conduzco de una calle a otra. No me acerco demasiado para no ser reconocido y verme obligado a compartir la fiesta. Me basta con verla. Huele a fuego.

Junto a algunas hogueras han dispuesto un equipo de música y las gentes bailan.

Algunos, sin reconocernos, nos invitan a que nos acerquemos. Hago un gesto de agradecimiento y continuamos hasta la siguiente.

—¿No me vas a dar una explicación? —pregunta Medel en un tono sosegado que me sorprende.

Estoy demasiado viejo y cansado para intentar convencerlo. Pero admito que necesite una justificación.

—Ese hombre va a matar a su exmujer. Y ni tú ni yo podemos impedirlo.

—Pero tiene una orden de alejamiento.

—¡Venga ya! ¿Qué coño le va a importar la orden de alejamiento si piensa matarla?

—¡Pero es ilegal lo que haces! —replica.

—¿No sabes decir más que obviedades?

Permanece en silencio un rato, hasta que me ataca donde más duele.

—Y no creo que sirva para nada.

—Tal vez —admito.

Vemos una última hoguera. Es el barrio de San José Obrero. Las casas aquí son más pobres. Casi todas de una planta, salpicadas de viejos edificios del Movimiento. Pisos baratos en los que casi no quedan ya españoles. Vemos a grupos de inmigrantes en torno al fuego. Hay de todos los colores. Las llamas brotan con fuerza. La pobreza es buen combustible. El viento mece las lenguas de fuego mucho más altas que las casas.

—¿Dónde te dejo?

—Cerca de comisaría —dice Medel.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Creía que no lo ibas a hacer.

—Hecho está.

—Es peligroso.

—No te preocupes por tu carrera. Tú no estás conmigo. Además, Ávila y Mateo han visto a Lucas largarse por su propio pie de la comisaría.

Aparco junto a la acera. Con la mano en la manivela, Medel pregunta.

—¿Cómo llamas a esto?

—CSI.

Medel me da por perdido y baja del coche. Pero antes de dar tres pasos se vuelve.

—¿Qué significa? Cabrones Sin Identificar.

No le hace mucha gracia y se aleja.

Siempre me ha gustado la soledad. Es especial en las noches de invierno en Baria. Tiritan sus luces de humedad y brilla el asfalto como si hubiese concluido una lluvia triste.

Conozco sus barrios, sus rincones, incluso sus casas. Dos años son suficientes para un policía. Baria me hace llegar sus secretos, incluso aquellos que no me interesan. Basta a un policía visitar un bar para conocer los crímenes de sus vecinos.

A veces, tengo la sensación de que no quiero ver ni oír. Temo dejar una ciudad limpia como un médico teme un cuerpo sin gérmenes.

Las hogueras se apagan lentamente, abandonadas como un campo de batalla. El humo asciende recio desde las cenizas. Los restos de los hachos se esparcen a su alrededor como hijos muertos. Por las calles principales, los camiones de la limpieza arrastran la suciedad con cañones de agua. Tengo la sensación de que algo ha concluido. Sólo entonces estoy preparado para volver a casa.

Sé lo que encontraré. Puedo reproducir cada sonido, cada gemido, antes de cerrar los ojos. Ha ocurrido tantas veces: Aparcar el coche lejos de casa para amortiguar el ruido del motor. A pesar de vivir en un bungalow junto a la playa, debo tomar estas precauciones. Abrir la puerta de mi propia casa con el sigilo de un ladrón. Quitarme los zapatos para evitar el roce de las pisadas. Desnudarme en el cuarto de baño más alejado de mi dormitorio. Acostarme luego con el secreto de un perverso junto al cuerpo que no emite más sonido que un chasquido de fastidio.

Aún me pregunto por qué demonios me acuesto a su lado.

14 DE DICIEMBRE

El cuartel de la Guardia Civil está ubicado en la salida Este de la ciudad. Basta desviarse a la derecha desde la Avenida del Mar, circular por varias calles entre edificios a medio construir y solares vacíos y enseguida entras en un amplio recinto enrejado.

Aparco ante un edificio blanco. Paso bajo un pórtico en cuyo dintel han grabado el lema del Cuerpo: *Todo por la Patria*. El lema queda tan rancio como el tricornio.

Hay un patio amplio y luego una puerta pequeña con el rótulo *Destacamento de Tráfico*, tras la cual se estrechan unas escaleras que ascienden hasta tres habitaciones blancas que más parecen aulas que la sede de un cuerpo policial. Pero es el destino de los cuerpos militarizados: se les exige sacrificio, después más sacrificio y después, por si acaso, un poco más de sacrificio. Luego se les dota de unos medios tristes y pobres, por si se les había olvidado que su divisa es el sacrificio.

Pregunto a un número por Alcoba, el Jefe del destacamento, con categoría de sargento. Me dice que no está, pero llama a su móvil y responde que viene en un momento.

Mientras espero, fumo un cigarrillo junto a la ventana de un pasillo. Un agente me mira con expresión de sorpresa, pero no dice nada. Sabe quién soy. Los miro hacer y les hago algunas preguntas. Son doce agentes que tienen que cubrir una extensión superior a tres mil kilómetros cuadrados. Un par de furgones para atestados. Un ordenador que desprecian los niños de diez años. Pero no pueden fumar en las dependencias. Así son las cosas.

Alcoba es bajito de estatura, hasta el punto de que me pregunto cómo pudo dar la talla para entrar en el Cuerpo, pero de carácter decidido. Una cosa compensa la otra. Se quita la gorra y descubre una calva brillante. Me da por pensar que es demasiado viejo para los servicios de tráfico.

Le digo lo que me trae por aquí.

—¿Y por qué se interesa un madero como tú en un accidente de tráfico que ocurrió hace un año?

Ni puedo ni quiero decirle la verdad, por mucho que se mosquee.

—¿Y por qué un picoletto desterrado al destacamento de tráfico como tú se interesa por lo que le interesa a un madero como yo? Sólo necesito echarle un vistazo. Dame una copia y no te entretengo más.

Alcoba es suspicaz, como buen canijo. Sonríe con una mueca, postiza como una dentadura.

—Bueno, bueno... Tú sabrás. Pero luego, espero que tú hagas lo mismo por mí.

—Tampoco es para tanto. Cualquiera diría...

—Hombre. Legalmente, ya sabes que no puedo...

—Hombre... Pues espera tú a pedirme un favor...

Alcoba sonríe, me da una palmada amistosa y ladra una orden a un agente

barbilampiño que pierde el culo para encontrar el atestado cuyos datos le concreto.

—Así que es ése —dice Alcoba con sorna—. ¿Está el viejo dando por saco?

—Más o menos.

No sé a qué se refiere.

—El padre de la muerta se pasó dos meses detrás de nosotros, día y noche, haciéndonos preguntas sobre el atropello: que si esto, que si lo otro. No podíamos vivir. Tuve que pedirle al comandante que hablara con él porque se presentaba aquí a primera hora, todos los días.

—¿Qué quería?

—¿Qué iba a querer? Que dijésemos en el atestado que había sido un asesinato. No le cabía otra cosa en la cabeza.

Supongo que ya tengo a mi escritor de anónimos.

—¿Y qué pusisteis?

—Lo que sabemos. Que un coche sin identificar había atropellado a la mujer. Hicimos lo que pudimos. Es un sitio solitario y sólo estaba la gente que había en el restaurante. Pero nadie pudo identificar el coche porque salieron tras el atropello y el coche se perdía en la carretera. Sólo conseguimos saber que era grande y negro, aunque el color, de noche, no te puedes fiar... No era más que un conductor borracho. Seguro. Pero era una mujer rica y salió en todos los periódicos y en las cadenas locales. Si llega a ser una desgraciada nadie hubiera preguntado.

—¿Hay algo que no conste en el atestado?

—¿Crees que con doce hombres puedo hacer más? ¿Sabes cuántos accidentes hay en el norte de la provincia cada día? Y más en verano, cuando llegan los malditos turistas. Mis hombres concluyen los atestados en sus horas libres.

—Queréis haceros ricos.

—¿Adivinas a cuánto nos pagan las horas extra?

—Lo imagino. Casi tanto como a mí. Creo que las paga el ministro de su bolsillo.

—Aún nos debe las de año pasado. ¡Hijo de puta! Ya no tenemos ni para gasoil.

Se acerca el joven agente y me entrega un sobre con una copia del atestado.

Me despido de Alcoba con un apretón de manos. Tiene una mano pequeña y vigorosa.

Desciendo las escaleras y cuando aún no he llegado al patio, me llama.

—¿Sabes por qué el ministro ha llegado a ministro?

Sonríe como una hiena allá arriba.

—Lo imagino.

—Porque es un hijo de puta, como todos —dice. Después, riendo, da media vuelta y desaparece.

Salgo al patio. La luz de diciembre es blanca. El cielo no tiene el color azul intenso de los veranos, pero aún así hay que entrecerrar los ojos. Me pongo las gafas de sol y entro en el coche. Antes, percibo aún el olor a lumbre muerta de la noche anterior. Alguien prendió una hoguera cerca.

Dejo el sobre en el asiento y enciendo un cigarrillo. Varios agentes pasan ante mí saludando con un gesto de la mano. Muy cerca, unos operarios municipales intentan colocar unos cables repletos de bombillas de lado a lado de la calle. Las bombillas dibujan algún mensaje de la Navidad cercana.

La comisaría de Baria es un edificio céntrico, con aires de grandeza, que se construyó cuando la ciudad consiguió que instalaran una comisaría porque acababa de pasar oficialmente de los veinte mil habitantes. Eso había ocurrido veinte años atrás y Baria hoy triplica aquella cifra en habitantes censados. Entre no censados e inmigrantes habrá un treinta por ciento más, de todas las nacionalidades del mundo. Y en verano, cuando llegan los veraneantes de Madrid y los turistas ingleses y alemanes en busca del sol más caliente de Europa, supera las cien mil almas, mal contadas.

Es un edificio revestido de piedra y cemento, con una escalinata propia de un palacio que lo alza sobre la calle y cinco altas columnas que elevan su segunda planta con cierta pretenciosidad.

Treinta y ocho hombres somos todo el cuerpo de policía de Baria. Suficientes a juicio de mis superiores, quienes insisten en que aquello que no podamos hacer lo dejemos en manos de la Guardia Civil y de la Policía Municipal. Y se quedan tan panchos.

Atravieso el vestíbulo de entrada, donde Bárcenas atiende a una multitud variopinta y diversa que pide su pasaporte y sus documentos de identificación y hago que no veo el saludo casi militar que me dispensa. Caras de todos los colores se vuelven a mirarme. En algunas miradas incluso descubro la esperanza de que los atienda algún superior. Paso de largo y subo las escaleras, tan anchas como las de un ayuntamiento, hasta mi despacho. La ventana da a la calle principal, la Avenida de la Constitución, que atraviesa Baria de Oeste a Este y luego se ensancha en la autopista que lleva hasta las playas de Baria, Garrucha y Mojácar.

Medel ya está en su puesto. El inspector tiene un despacho contiguo al mío. Mucho más pequeño, por supuesto.

Echo un vistazo al atestado que me ha facilitado Alcoba. Apenas tiene otra información que una concisa descripción del lugar donde ocurrió el accidente y un croquis mal dibujado sobre la posible trayectoria del coche y de la mujer atropellada. No se recogen declaraciones de testigos relevantes, porque no los hubo o no los encontraron, aunque sí algunas fotografías. En una de ellas, se ve el cuerpo roto, tirado en el suelo. Prefiero no fijarme. He decidido que no es día de mirar mujeres muertas ni desnudas.

Oigo unos nudillos que llaman.

—¿Qué vamos a hacer con el Ladislao? —pregunta Medel desde la puerta entreabierta de mi despacho.

—¿Qué?

—¿Que qué vamos a hacer con el Ladislao? —repite.

—De momento, esperar. Ya veremos. —Le muestro el atestado y lo lanzo sobre la mesa—. Échale un vistazo y dame tu opinión.

Cuando comprueba lo que es, dice, sorprendido:

—¿De dónde lo has sacado?

—De donde estaba, joder.

—¿Has ido a la Guardia Civil?

Levanta la cabeza para asegurarse de la respuesta. Asiento.

—Así que ahora te interesa —comenta son satisfacción.

—Sólo es curiosidad —admito.

Mientras Medel lee el atestado, giro mi sillón y me quedo mirando a través de la ventana. El Mercado de Abastos está situado enfrente. Se ve deambular gente entre los soportales, entran y salen cargados de bolsas. Es un edificio chato, cuya segunda planta está ocupada por salones vacíos a los que el Ayuntamiento aún no ha encontrado destino. Se bastan con la planta baja para el mercadeo diario.

El Ladislao... No puedo estar seguro de que sea el momento adecuado para detenerlo. Un traficante pequeño o un camello gordo, no sé. De menor importancia de la que le otorgan mis superiores, en todo caso.

—Aquí no dice nada —se queja Medel, tirando el informe de Tráfico sobre la mesa—. Vaya forma de trabajar.

Giro mi sillón y me quedo frente a Medel.

—No les culpes. Tal vez no hubiera nada más que hacer tras el accidente —justifico, y pienso en los hombres agobiados que he visto hace un rato. Cualquiera se desalienta.

Medel aprovecha la menor oportunidad para dejar en evidencia tanto a la Guardia Civil como a la Policía Municipal.

—Eso y nada es lo mismo —insiste.

—Seguramente le has dado demasiada importancia a ese anónimo. Lo más seguro es que no hubiera nada y por eso nada encontraron.

—¿Y si no había nada, por qué estaba allí el detective?

—Tal vez la compañía que lo contrató también recibió un anónimo y se ha movido por eso. Como nosotros.

Medel aprieta los labios. Le pido que cierre la puerta del despacho. Después enciendo un cigarrillo y me retrepo en el sillón.

—Vamos a ver. No hay datos en ese atestado. Pero ¿has visto el dibujo?

—Sí.

Medel se muestra pensativo y luego recita:

—Hay dibujados una carretera y un restaurante...

López irrumpe en el despacho. Sabe que tiene bula conmigo.

—Comisario... Tengo que hablar con usted. Miro a Medel, que ya se levanta.

—Ahora seguimos —le digo.

Medel saluda a López y sale del despacho.

—Me han dicho que el Lucas dijo en el hospital que usted lo había llevado a un lugar oscuro para que le dieran una paliza. El parte del hospital saldrá hacia el juzgado recogiendo la denuncia.

López es un armario de uno noventa. Yo lo había retirado de las calles porque supe que teme a las armas, aunque a hostias es temible. Además, es de Baria, ha vivido aquí toda la vida y conoce a todo el mundo, de modo que es el mejor servicio de información de la comisaría. Tengo que protegerlo como a un niño. Lo tengo en una oficina, en contacto con la gente, haciendo gestiones en la calle y enterándose de lo que pasa.

—¿Qué sugieres?

—Me he enterado por mi prima, que trabaja en el hospital. Dice que Lucas lo culpa a usted personalmente.

—¿Cuándo saldrá ese documento hacia el juzgado?

—Los envían de una vez a finales de semana. Hay que hacer algo.

—Bien. Gracias, López.

López sale y entra Medel, como en un concurso. Le digo lo que me ha contado López. Medel se pone nervioso, como un mono antes de cascársela. Teme manchar su expediente, impoluto como el himen de una madre superiora.

—Luego veremos qué se puede hacer —lo tranquilizo.

Protesta, pero lo obligo a centrarse en el atestado que continúa abierto sobre la mesa.

—Hay dibujados una carretera y un restaurante. Y ante el restaurante, una amplia explanada. ¿Conoces ese restaurante, el Sierra Cabrera?

—No —responde Medel.

—Yo sí. De todas formas, se aprecia en el dibujo. La carretera dibuja una doble curva para evitar el restaurante precisamente. Si ves el lugar donde fue atropellada la mujer, verás que hay mucha distancia entre la carretera y ese punto.

—Sí, ya lo veo.

Medel busca una regla para medir la distancia.

—Debe haber casi ochenta metros, según la escala del plano.

—Tal vez algo más —le digo.

Medel se queda mirando el dibujo como si fuera una inscripción egipcia.

—Si observas la doble curva, la ese que hace la carretera, verás que para atropellar a la mujer en ese punto el coche no se salió al comienzo de la primera curva, sino que debió tomar bien la primera y salirse después, lo que es raro en la conducción de un borracho.

—Ya sé lo que quiere decir. Si hubiera sido un borracho, se hubiera salido en la primera curva, donde tiene que girar por primera vez y el giro es más brusco. Si es un chaval que va a toda hostia, por ejemplo, le hubiera pasado lo mismo.

—Puede ser que hubiera podido tomar la primera curva, que hubiera derrapado y

luego perdido el control, pero es demasiado complicado y hubiera provocado mucho ruido, de modo que tal vez alguien se hubiera asomado a una ventana desde el restaurante, pero no fue así. Además, tras derrapar el coche hubiera perdido velocidad y no se hubiera adentrado casi cincuenta metros en la explanada de tierra sin control.

—¿Cree que fue intencionado el atropello, comisario?

—Yo no creo nada.

Dejo a Medel preocupándose por el Lucas y peleándose con el atestado que nada dice y voy hasta la Clínica Médico Forense, que está en un edificio anexo a los nuevos juzgados, las afueras de Baria.

Es un edificio nuevo, oficial, con rejas enormes que simulan enredaderas, paneles de madera que pegan tanto como una casa solariega en Noruega, y grandes superficies de piedra marrón. Una arquitectura impensable por la que nadie hubiera pagado con dinero de su bolsillo.

El cielo está cada vez más blanco y sólo a lo lejos se adivinan unas pocas nubes, demasiado altas para soñar siquiera que vengan a descargar algo de agua.

En toda España llueve. Pero el Sureste siempre va a la contra del resto del país. Una sequía perenne y sol casi perpetuo. Es lo que me han enseñado los viejos del lugar.

Carlos Arribas es uno de los forenses adscritos a los juzgados. Lo conozco desde que me destinaron a Baria. Cuando voy a entrar sale de su oficina un tipo renegrido y sumiso que le suplica que recuerde lo mucho que le duele el cuello.

—Otro... —es todo lo que dice señalando al paciente que acaba de salir.

—Veo que te puede el estrés.

No hay nadie más en la sala de espera, de modo que supongo que a las once ha acabado su terrible jornada laboral.

—Vale, pero el que abre a los muertos soy yo, no tú —replica cuando se lo reprocho con envidia.

—Por mí puedes quedarte con ellos.

—¿Qué te trae por aquí?

Le explico lo que quiero, sin mencionar el anónimo.

—Sí, yo hice la autopsia —recuerda Carlos.

Luego se queda pensativo unos segundos. Teclea en el ordenador y se queda mirándolo.

—¿Lo quieres extraoficialmente?

—Sí. Sólo quiero conocer tu informe.

—¿Por qué? Ha pasado un año.

—Un año y un día. —No se me ocurre ninguna explicación, así que recuerdo lo que me ha dicho Alcoba—. ¿Conoces al padre de la mujer muerta?

—¿A Rafael Arnedo? Claro. Lo conocía de antes, pero tras la autopsia no me

habla.

—¿Por qué?

—Supongo que porque no puse que fue asesinada. Estaba obsesionado. No comprende que yo sólo hablo de la muerte desde la muerte —filosofa Carlos.

—Pues ahora, como ha sido el aniversario, se ve que ha molestado a alguno de mis superiores y quieren que le eche un vistazo. Sólo quiero convencerlo, como policía, de que no hay nada que motive sus sospechas. Así nos dejará en paz a todos.

—¿No te enteraste cuando pasó?

—Entonces no le presté atención. Oí hablar de un atropello, pero sólo se decía que había sido un conductor borracho que se dio a la fuga. Además, un atropello fuera de Baria no es de mi competencia.

—Como la mujer era la hija de Rafael Arnedo y como el marido es Enrique Salgado salió en las noticias. ¿No los conoces?

—Sólo de oídas. ¿Qué me puedes decir de la autopsia? Carlos pincha en el ordenador para imprimir su informe.

—Nada. De la autopsia no se deduce otra cosa que la mujer fue atropellada por un vehículo alto y pesado. Casi la partió por la mitad.

—Explícate.

—La víctima no vio venir el coche. Seguro que es así porque recibió el golpe por la espalda, más o menos por la cintura, de lo que deduzco que el coche era alto, y fue un impacto súbito porque provocó múltiples fracturas, pero todas limpias. La muerte era irremediable.

—¿No pasó el coche por encima?

—No. Desplazó el cuerpo muy lejos, por lo que no pasó después por encima.

—¿Cómo no oyó el coche que se acercaba? ¿No intentó girarse siquiera?

—Mi opinión es que estaba hablando por el móvil. Lo supongo porque comentamos esto en el Juzgado. El móvil apareció al día siguiente, porque alguien lo oyó sonar. Increíblemente, no se había roto. Estaba a treinta metros de donde la habían atropellado. Ello me da una idea de la violencia del impacto sobre el cuerpo y de que el aparato estaba en la mano de la víctima y salió proyectado. Volando, vamos.

Llamo a Medel y quedo con él en el restaurante. Conduzco hasta Garrucha, de allí hasta Turre y luego tomo la carretera de la sierra. Unos tres kilómetros más arriba, antes de que te des cuenta de que el paisaje amarillo del valle ha desaparecido, encuentras un edificio de una planta revestido de piedra. Está rodeado de chopos y olivos y la ilusión que provoca te hace oír el murmullo de un riachuelo. Seguramente es mentira, y el hilo de agua sólo será de un grifo, pero te lo crees.

Mientras espero a Medel, leo el informe de Carlos Arribas. La autopsia sólo confirma con desagradable y fría precisión lo que me ha dicho.

Bajo del coche y examino los alrededores. La carretera es estrecha, de unos seis

metros de anchura, aunque alguien, con más voluntad que acierto, se ha empeñado en dibujar una línea central que separa irregularmente los carriles. La curva dibuja, como había transcrito el atestado, una *ese* completa que deja en su interior la amplia explanada situada ante el restaurante. Busco el lugar donde cayó el cuerpo de Ana Arnedo. Me convengo de la impresión que tuve en comisaría estudiando el croquis. Cualquier coche que avance a gran velocidad tendría dificultades en tomar la primera curva. Mucho más si era un vehículo grande, es decir, alto y pesado.

Medel llega mientras estoy dando vueltas con el atestado en la mano. Aparca un Renault Clio que suena como un coche de carreras y se acerca.

—Creo que lo que hemos deducido en comisaría es cierto. Mira —señalo la primera curva—. Cualquier coche que circulara a mucha velocidad no podría tomar aquella curva.

—Es demasiado cerrada —acepta—. Pero ¿y si vino del otro lado? —pregunta Medel.

Miro hacia el lado sur, donde la carretera se pierde continuando su ascensión a Sierra Cabrera.

—No —le contradigo tras mirar de nuevo el croquis y el lugar donde cayó el cuerpo—. El coche vino desde el valle y luego continuó hacia arriba. De lo contrario, no podría haber alcanzado a Ana Arnedo por la espalda.

Le muestro el informe de la autopsia, que estudia con interés.

—El coche de la mujer estaba a la izquierda, según se sale del restaurante. Es decir, hacia el sur. Lo lógico es que se dirigiera al coche y entonces fue atropellada —concluyo, señalando con un dedo dónde está ubicado en el dibujo el coche de Ana Arnedo.

La carretera y el atestado. Nuestras miradas vagan de un lado a otro buscando una explicación.

—El vehículo no puede tomar la curva y continúa recto, —explico, más para entenderlo yo que para él—, se adentra en la explanada a mucha velocidad, atropella a la mujer y sale a la carretera otra vez, hacia la parte alta de la sierra.

—Si el vehículo era alto y grande, era más difícil para el conductor controlarlo —advierte—. Sería lógico que...

Medel se detiene, pensativo.

—Si había más personas en el restaurante, debía haber coches. Y esos coches estarían en esta explanada. Hay que ubicarlos todos para conocer la trayectoria del coche que atropelló a la mujer —razona.

En el croquis apenas se dibujan tres coches aparcados lejos de la supuesta trayectoria que hubo de seguir el que atropelló a la mujer.

Se ve que la universidad sirvió para algo.

Es cerca del mediodía y el restaurante ya está abierto, aunque sin clientela aún. La gente almuerza tarde.

Nos atiende un camarero joven que trajina tras la barra y que llama al dueño. Éste

me reconoce enseguida y nos invita a una cerveza.

Se llama Gómez. Es alto y calvo y parece recién salido de un establo, aunque López dice que es un tío listo y que lleva muy bien su negocio.

—Sí. Había una reunión de un montón de gente aquella noche —nos cuenta—. Se trataba de una asociación contra el cáncer o algo así, que entregaba unos premios y hacía una recolecta. La mujer de Enrique Salgado estaba con ellos. Era la presidenta, creo. Yo la conocía bien. Venían mucho por aquí los dos.

Le preguntamos si observó algo extraño aquella noche en Ana Arnedo.

Retuerce la cara intentando componer el gesto de recordar. Evidentemente, no le hacía falta esfuerzo suplementario porque un segundo después recuerda perfectamente que un camarero que ya no trabaja en el restaurante comentó que la había visto hablando por teléfono y abandonando el local precipitadamente un instante antes de ser atropellada.

—¿Pero se fue sola? —pregunto.

—¿Y antes que los demás? —añade Medel.

—Eso parece —responde Gómez—. Al menos, eso es lo que dijeron los que estaban con ella. La gente habló mucho de esto, esa noche y los días siguientes. Como es natural. Nadie sabía por qué había salido sola ni por qué se iba antes de que terminara la cena. Sólo que la habían llamado por teléfono.

Le pedimos que nos acompañe a la explanada y nos explique cómo estaban dispuestos los coches de los clientes. Sale de detrás de la barra y nos lleva a la parte norte de la explanada. Compruebo que se pueden ver las tierras ásperas que separan Turre de Garrucha y luego el mar.

—Un camarero les iba indicando —dice Gómez señalando la tierra—. Aquí una fila y allí otra. En medio dejábamos una calle para entrar y salir. Puse un camarero para evitar que cada uno aparcara como quisiera. A veces, se monta cada lío...

Gómez nos va describiendo las filas imaginarias de coches a medida que camina hacia la parte sur de la explanada, que se va elevando ligeramente.

La idea que se forma en mi imaginación es temible.

—¿Dónde había aparcado Ana Arnedo su coche? —Medel pronuncia las palabras. Por un instante creo que han salido de mi mente.

Gómez señala un poco más allá. Sonríe como diciendo, eso ya lo iba a decir yo. Da unos pasos más y señala el suelo que pisa. Más o menos donde está dibujado en el croquis. Estamos ya en la esquina sur de la explanada. La carretera corta la tierra y sube tras un recodo hacia las cimas de Sierra Cabrera. El edificio del restaurante queda algo retirado de aquí.

—Llegó la última. Por eso su coche era el último de la fila —explica Gómez, sabiendo que se adelanta a nuestros pensamientos. Sus ojos acuosos, acostumbrados a mirar la lejanía, despiden un brillo de inteligencia natural, encerrados en una piel dura de hombre de campo.

Claro que la idea es temible. La escena cobra una vida diferente. Medel me mira y

sé que piensa lo mismo. El coche que atropelló a Ana Arnedo tuvo que circular entre las dos hileras de coches aparcados para atropellarla en el lugar donde lo hizo y por la espalda.

Dibujo en el croquis las hileras de coches tal y como Gómez las ha descrito. Queda entre ambas un pasillo por donde no es fácil circular a cierta velocidad, y menos para un borracho, a no ser que...

No puedo sentir escalofríos porque Gómez se adelanta unos treinta metros, hasta el mismo límite de la explanada con la carretera. Da un pequeño brinco y de pronto parece haber perdido las piernas de rodilla para abajo.

Nos hace un gesto para que nos acerquemos. Su dedo señala una señal de tráfico tirada en la cuneta.

—Uno de mis camareros, unos días después del accidente, la encontró aquí, tirada en el brazal. Llamamos a la guardia civil por si pudiera significar algo. Nos dijeron que no la tocáramos y que vendrían a por ella, pero nada. Hasta hoy. Se me ha ocurrido que podía interesarles.

—¿Quiere decir que la tiró el coche que atropelló...?

Es una señal de doble curva peligrosa, advirtiendo a los vehículos que bajan de la sierra.

—El mismo camarero me dijo que al día siguiente había observado que la señal ya no estaba —continúa Gómez—. Un día vino hasta aquí no sé por qué y la encontró. Tal vez el coche que atropelló a la señora la tiró o pasó por encima. No lo sabemos, pero...

—Guárdala en el coche. Nos la llevamos —ordeno a Medel.

Los escalofríos se acentúan. No es sólo que corre un aire desangelado, sino que cada vez me gusta menos este asunto.

No tengo tiempo de pensar nada más. En ese momento suena el móvil. López.

—Jefe. Hay otro anónimo.

—¿Cómo?

—Que hay otro anónimo.

—¿Has tomado las medidas correctas?

—Claro, jefe. Pero antes de abrir el sobre no sabía lo que había dentro —se disculpa.

Adiós huellas, si las había. Aparecerán las del manazas de López por todas partes.

—Léelo.

—«*Pregunten a Enrique Salgado si alguna vez ha tenido un Range Rover*». Esto es lo que dice, comisario. Nada más.

Un vehículo grande.

De vuelta en comisaría, dejamos la señal de tráfico a López para que la envíe a analizar por las raspaduras que presenta y lo que parecen restos de pintura.

El anónimo recibido esta mañana, como el anterior, es una cuartilla holandesa, de papel común, que se puede adquirir en cualquier sitio. La han enviado en el interior

de un sobre de color marrón.

López ha ido a Correos y ha sabido que ambos anónimos los depositaron en un buzón del barrio del Albaicín, en la parte alta de la ciudad. López me dice que no hay nada cerca que pueda tener una cámara de seguridad, así que adiós idea lúcida. Además, las letras han sido trazadas con una plantilla, por lo que no hay examen caligráfico que valga.

Las oficinas de Megasur S. A., la empresa que dirige Enrique Salgado, están ubicadas en una antigua casona rehabilitada del centro de Baria. Se trata del mayor holding inmobiliario de la provincia. López se ha encargado de informarnos: cualquier piedra que se mueve en la comarca de Baria, cualquier zona recalificada en la costa o cualquier proyecto inmobiliario de importancia pasa por las manos de Enrique Salgado, dueño absoluto de la empresa desde la muerte de su esposa.

La casona, un palacete, ha recobrado el viejo esplendor: suelos y escalinatas de mármol de Macael, lienzos y grabados con antiguas escenas de caza, artesonados de estilo mudéjar, esculturas en mármol de Carrara. Y, por supuesto, la más moderna tecnología. Pululan empleados por los salones y pasillos de la planta baja. A la derecha, un pórtico deja ver un jardín de árboles centenarios y con una palmera más alta que el edificio. Tras ella se observa un ventanal con arquitectura de hierro. Adivino que esa ventana, que controla todo el edificio a través del jardín interior, y también la calle, corresponde al despacho al que nos conduce un empleado tan discreto como educado.

Subimos una escalera imperial y, en la segunda planta, esperamos ante una puerta de madera tan gruesa como una viga.

Había oído hablar de Enrique Salgado. Pero nunca antes había prestado más atención a lo que se decía de él que a cualquier otro chisme. Sabía, como toda la ciudad, que es multimillonario y tiene un considerable poder económico. Así que se puede decir que no sé sobre él más que lo que López nos ha adelantado un rato antes. Preferiría que no nos hubiera dicho nada, porque es difícil no tener prejuicios cuando uno interroga a un hombre que se ha hecho rico pegando un braguetazo y, ¡oh, causalidad!, su rica esposa fallece atropellada por un vehículo sospechosamente desconocido.

Cuarenta y pocos años. Casi dos metros de alto. Pelo negro cortado a cepillo. Ojos ovalados y oscuros. Barbilla grande y con la sombra azul de las barbas muy pobladas, pero con rasurado de profesional. Ancho de hombros y con cierta tendencia a aflojarse. Asiduo del pádel y el golf y la sauna cinco veces en semana.

Viste un traje azul marino de, al menos, dos mil pavos. No mucho más que sus negros zapatos italianos. La camisa es de un discreto color malva y la corbata gris azulada. Usa pillacorbatas y ostentosos gemelos de oro con la misma naturalidad con la que yo llevo la nariz sobre la boca.

Alarga la mano cordialmente. Es tan perfecto que temo se ensucie al estrechar la mía.

—Buenos días. Soy Enrique Salgado —voz grave, varonil.

—Comisario Camilo —digo. Y tengo que aclararme la garganta para que me salga una voz a su altura—. Inspector Medel.

—Encantado —saluda efusivo apretando la mano de Medel. Nos invita a sentarnos en un sofá de cuero beige tan suave como la piel de una quinceañera y nos ofrece tomar algo. Nos negamos y despide con un gesto al empleado que nos ha conducido hasta él, quien cierra la puerta con la discreción de un mayordomo inglés.

La luz de la mañana es tamizada por unas cortinas tan gruesas que deben pesar una tonelada. Observo el ventanal que vi desde el corredor. Ha respetado las vidrieras antiguas que se incrustan en la orfebrería de hierro. A un lado, una terraza más amplia que mi casa reina sobre la Gran Vía de Baria, la calle más señorial de la ciudad. El suelo de madera brilla de rojo sangre. Las paredes, también de madera, pulidas como un espejo. Una mesa de despacho de madera tan noble que seguro tiene la sangre azul. Enrique Salgado nos muestra unos dientes de diseño.

—Precioso edificio —comento.

El halagado propietario mira a su alrededor con un gesto algo ampuloso.

—Es romántico. Me gusta. Lo hemos rehabilitado. Era la casa de un marqués. Si la hubiera visto hace tan sólo cinco años no la reconocería.

—Han hecho un buen trabajo.

—No es funcional. Tuvimos que comprar el edificio que había a la espalda para construir nuestras oficinas. Cuarenta despachos, *parking*, departamentos técnicos...

—Creí que tenía las oficinas abajo —digo.

—Sólo las comerciales. Por la imagen. Las oficinas de administración y los despachos de ingenieros, arquitectos y demás están en el edificio nuevo. Además, demasiada gente puede dañar este palacio.

—Las cosas bellas son frágiles —comento. Una cosa lleva a la otra y he pensado por un momento en mi mujer. Le encantaría entrar aquí y ver y tocar la belleza que nos rodea. En realidad, mi voz ha sonado tan triste como mi pensamiento.

Enrique Salgado cambia de tercio, lanzando una mirada subrepticia a su Omega de oro.

—Díganme en qué puedo ayudarles, comisario.

—Como sabrá, aún no hemos encontrado al conductor del coche que atropelló a su esposa.

Una educada mueca de disgusto se dibuja en sus gruesos labios.

—Vaya, creí que venían por otra razón.

—¿Otra razón?

—Sí. Hace un par de semanas despedimos a uno de nuestros vendedores. Lo habíamos sorprendido quedándose parte de las comisiones de ventas de una de nuestras promociones de la playa. Creí que era por esto.

—No sabíamos nada al respecto.

Enrique Salgado se muestra pensativo durante unos segundos.

—Creí que lo de mi mujer era cosa de la Guardia Civil.

—En principio sí. Pero sus amplias competencias les impiden a veces detenerse en casos concretos. De vez en cuando les echamos una mano.

En realidad, no tenemos razón alguna para estar aquí. Ni siquiera tenemos un caso. He tenido que dar instrucciones a López para que envíe la señal de tráfico a analizar bajo un expediente incorrecto. Así, si no llegamos a ninguna parte, nadie hará preguntas. El caso no existe. Pero Enrique Salgado tampoco pregunta más.

—Bueno —admite—. Sé que no ha habido progresos en este año que ha transcurrido desde entonces. Supongo que ocurre en muchos casos. Un conductor borracho que atropella a una persona y se da a la fuga. Si no hay testigos, imagino que es imposible averiguar quién fue —abre las manos, en un gesto de comprensión y fatalidad.

—Realmente es complicado... Si me permite hacerle algunas preguntas sobre lo ocurrido, tal vez podamos avanzar en la investigación.

—¿Aún no han cerrado el caso? Se lo agradezco.

—¿Puede contarnos lo que hizo usted la noche del 13 de diciembre del año pasado?

—Bueno...

Eleva la cabeza instintiva pero sutilmente, como si le hubiera lanzado el amago de una bofetada. Medel tampoco esperaba una pregunta tan directa y siento su instinto que se afila como las uñas de un gato.

—Estaba en casa, porque no había querido ir con Ana a esa reunión. Era de una asociación contra el cáncer que presidía. Ana hacía muchas obras de caridad. No supe nada hasta que me llamó la Guardia Civil tras el accidente.

—¿Y no ha recordado nada desde entonces que pueda ayudarnos?

—No sé qué podría recordar. No estaba allí.

Dejo suspendido el silencio unos segundos. Luego, sin haberlo premeditado antes, lanzo las palabras.

—Mire... Aún no sabemos si se trató de un accidente o fue intencionado.

La insinuación le sienta como un repentino dolor de muelas. Se endereza bruscamente.

—¿Qué quiere decir? ¿Intencionado? ¡Eso es imposible! Decido seguir en línea recta.

—¿Tiene usted enemigos?

Enrique Salgado resopla y recompone su expresión.

—Por favor, comisario. La competencia en mi negocio no es tan dura.

—¿Alguien que pudiera guardarle rencor? ¿Un empleado despedido, por ejemplo?

—No. Por supuesto que no...

Antes de que pueda pensar con claridad y nos mande a paseo, golpeo de nuevo.

—¿Y su esposa, tenía enemigos? Tal vez un antiguo novio despechado...

—¿Rencor a Ana? Imposible. No había discutido con nadie en toda su vida.

—¿Lo sabía usted todo de su esposa? Ahora, Enrique Salgado no disimula su enfado.

—¡Por supuesto! No sé qué quiere insinuar.

—No quiero molestarle, señor Salgado. Pero es mi obligación. Dejo apaciguar las aguas unos segundos.

—Mire... Hay algunas cosas en todo esto que son extrañas —juego con mis manos buscando comprensión y una explicación al mismo tiempo, como un cura en un aprieto.

—¿Extrañas?

Enrique Salgado se remueve en su asiento, pero parece amortiguar la impresión. Se sujeta la corbata y se aclara la garganta antes de dedicarme una mirada de atención tan intensa como la de un vendedor de seguros.

—A veces, hay casos que no me dejan dormir. Deformación profesional, supongo —inspiro profundamente y pongo la expresión de sinceridad y pesar adecuados—. Y éste, desde que lo conozco, es uno de esos casos.

Respira hondo, encajando mis palabras hasta el fondo.

—¿Por qué, comisario? Quiero saberlo.

—He revisado el atestado que levantó la Guardia Civil de Tráfico. El lugar donde ocurrió el atropello. El punto donde cayó el cuerpo de su esposa. Luego, he estudiado la autopsia. Hemos ido al lugar, hemos pateado la explanada que hay ante el restaurante Sierra Cabrera.

—¿Qué quiere decir con todo esto? —pregunta ofuscado.

—Quiero decir que no cuadra la forma de ocurrencia del atropello con un accidente casual.

Deja espesar el silencio y traga saliva. Se levanta, perdiendo la mirada en algún lugar. Busca en un mueble y saca de un cajón un paquete de cigarrillos. Enciende uno y vuelve a sentarse. Al fin habla.

—No sabía que la policía tuviera dudas al respecto. No sé qué decir.

Me levanto súbitamente. Se sorprende tanto que parece asustado. Pero enseguida reacciona y se planta frente a mí.

—No pretendo molestarle, señor Salgado. Pero le ruego que intente recordar algo que pueda ayudarnos.

Doy un paso pero él se adelanta. Tiene tantas ganas de que nos vayamos que en dos pasos está ante la puerta de su despacho. Ha perdido aplomo. Ya no es el hombre seguro de sí mismo que encontramos un rato antes. No es la primera vez que observo esa reacción en personas interrogadas por la policía. Supongo que es la primera de nuestras ventajas.

—Tal vez haya algo en la vida de su esposa que usted pueda recordar y que nos

ayude.

—No acierto a comprender qué puede haber. Le aseguro que ella... Es demasiado sórdido y cruel lo que está diciendo —se defiende.

—Lo que es sórdido es atropellar a una persona y darse a la fuga. Siento ser tan crudo, pero lo pienso así.

Le tiendo la mano.

—Espero que nos volvamos a ver en circunstancias más agradables.

Me devuelve el saludo. Pero su apretón ahora es desvaído. No está para recordar las instrucciones del buen ejecutivo. Ahora me fijo en sus manos, demasiado pequeñas para el tamaño de su cuerpo, y siento la mezquina satisfacción de encontrarle algún defecto. Se olvida de estrechar la mano del inspector.

Tiene una mano en la puerta, deseando cerrarla a mis espaldas, pero antes le suelto:

—Por cierto. ¿Ha tenido alguna vez un Range Rover? Parpadea varias veces, tan anonadado como si le hubiera escupido.

—¿Cómo?

—Un Range Rover.

—No. Nunca he... ¿Por qué?

—Le quedamos muy agradecidos por su atención —corto tajantemente—. Nos ha gustado mucho su oficina —añado mirando a mi alrededor.

Enrique Salgado se olvida de indicarnos el camino de vuelta a la calle. Medel y yo bajamos taconeando en venerables peldaños de mármol.

Cuando salimos a la calle, el tráfico está en todo lo suyo. Se acerca el mediodía y la gente camina con urgencia como si tocaran retreta. El sol calienta más que en ningún otro momento del día y no hay que dejarlo escapar. Pero para mí el cielo se ha subido tan lejos que no siento calor alguno. Está blanco. Como si estuviera vacío.

—Has disfrutado como un perverso —me dice Medel en cuanto llegamos al coche.

—¿Qué te hace pensar que un perverso disfruta más que cualquier otro?

—Se supone, ¿no? Por eso es perverso.

Lo dejo estar y caminamos un rato por las aceras repletas de gente.

—Es un antiguo rencor de clase. Me joden los tíos tan ricos. Y encima guaperas.

—Pura envidia —comenta Medel.

—Por supuesto.

—No te has ganado un amigo. Cuando reaccione, se va a cabrear —dice.

—Tal vez no le dejemos reaccionar.

—Ahora eres tú el que cree lo que dicen los anónimos.

—No creo nada más que lo que veo, como Santo Tomás.

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Significa que no sabemos nada y que si queremos saber algo será rompiendo puertas.

—Tal vez no haya nada que saber, dijiste ayer —comenta con sarcasmo, satisfecho consigo mismo, pues él insistió en prestar atención al asunto.

—Ya veremos. Lo que pasa es que uno siempre quiere creer que los ricos son depravados, ¿no crees?

Enrique Salgado se sentía noqueado. Como un boxeador a quien el rival ha sorprendido con un gancho a la mandíbula y aún no sabe si está de pie o tendido en la lona. Cerró la puerta cuando salieron los policías y, moviéndose lenta y torpemente, se acercó hasta su mesa y se sentó. Durante un rato fue incapaz de hacer nada, sólo mirar sin ver lo que tenía ante los ojos. Alguien llamó a la puerta. Creyó que los golpes nada tenían que ver con él, que se producían muy lejos, hasta que vio a Inma plantada ante su mesa.

—¿Podemos celebrar la reunión? —inquirió Inma—. ¿Llamo a Pablo?

—¿Cómo? —dijo Salgado, saliendo de su estupor.

—Que si continuamos la reunión. ¿Qué te ocurre?

Salgado no respondió. Inma esperó unos segundos, se mordió los labios y finalmente se decidió a preguntar:

—¿Qué te ha dicho la policía?

Despegó los labios, como si arrancase a hablar, pero no dijo palabra alguna. Salgado tenía confianza en Inma, mucha confianza. Pero no tanta para confiarle esos pensamientos que cruzaban por su mente desde que se fueron los policías. Ésos no.

—¿Ha ocurrido algo malo? —quiso saber ella.

—No, no —esquivó Salgado.

—¿Entonces...?

Inma dejó la pregunta en suspenso. Como él no respondiera, insistió:

—¿Han venido por lo de Ana?

—Sí —reconoció él.

—¿Han encontrado el coche que la atropelló?

—No... Aún no.

—¿Qué te han dicho?

—Lo siento.

Salgado pareció volver en sí. Se levantó bruscamente y pareció decidido a hacer algo, pero se paró en seco a unos pasos de su mesa de despacho. Abrió un cajón y extrajo una cajetilla de tabaco, como había hecho cuando estaban allí los policías. Encendió un marlboro.

—Inma... —comenzó. Pero se contuvo de pronto, como si se arrepintiese de lo que iba a decir.

—¿Qué es, Enrique?

La muchacha cerró la puerta del despacho, buscando la reserva que le decidiese a hablar.

—Tú eras amiga de Ana, ¿verdad? —comenzó.

—Claro. Ya lo sabes.

—Y, si supieras algo de ella, ahora... Ahora que no importa, ¿me lo dirías?

—No sé a qué te refieres, Enrique. ¿Qué quieres que te diga? Salgado calló. Se sintió repentinamente avergonzado por lo que iba a decir. No quería comentar algo así con su empleada, por mucha confianza que tuviera en ella. Pero sí podría hacer otra cosa. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro —respondió Inma.

—Pero sin decirle nada a nadie.

—Me estás asustando —dijo Inma.

Salgado sonrió, intentando restar importancia a lo que iba a decir.

—No te preocupes. No tiene importancia. Sólo quiero que... ¿Recuerdas el coche que tenía Lucía antes... hace un par de años?

—No.

—Lo dimos de baja en Tráfico a través de nuestra gestoría, cuando sufrió el accidente.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Pero...

—Sólo quiero que vayas a la gestoría y pidas la documentación que tengan acerca del coche.

—¿Todo?

—Sí. Todo lo que tengan. Que no se queden con copia. Asegúrate.

—De acuerdo, luego...

—No. Por favor. Hazlo ahora mismo.

Inma acusó la sorpresa en silencio. Luego dejó sobre la mesa unas carpetas que llevaba en la mano y caminó hasta la puerta.

—Y no le digas nada a nadie, por favor —insistió imitando sin éxito un tono desenfadado que disimulase su ansiedad.

—Descuida —respondió Inma, leal hasta el extremo a Enrique Salgado, como siempre.

Cuando la chica salió, Salgado apagó la colilla que casi le quemaba los dedos. Encendió otro cigarrillo inmediatamente y respiró hondo. Dio unos pasos hasta la balconada. La luz resbalaba por las altas terrazas de los edificios, por el tejado antiguo e inclinado de la Iglesia. Las campanas de su torre daban los cuartos. Las campanadas sonaban a muerto, pensó.

La visita de los policías le había dejado una herida abierta. Quería saber por qué escocía tanto, ahora, un año después. Pero no se engañó a sí mismo. Pulsó un botón del interfono que había sobre su mesa y ordenó a una secretaria que llamase a Pablo.

Treinta años, la cabeza afeitada como hacen algunos calvos jóvenes y el cuerpo fornido de los devotos del gimnasio. Las mejillas estaban tan rasuradas que brillaban. Pablo Ayuso tenía los ojos pequeños, la frente alta, la nariz estrecha y los labios esbozando una sonrisa tan leve que había que conocerlo mucho para adivinarla. Tres

años de ejecutivo en la empresa no lo habían hecho mejor. No era brillante, aunque sí útil.

Algo destelló en su memoria y Salgado cayó en la cuenta de que sólo su amistad con Ana le había servido al ejecutivo para estar cerca de los órganos de poder de la empresa. No recordó ningún otro mérito.

Pablo se sentó frente a él, displicente, con la actitud de quien se ufana de la confianza de su jefe. Salgado miró unos ojos grises, de iris casi transparente, como los de un gato.

Lo pensó dos veces antes de decidirse, calibrando el grado de confianza que merecía el empleado. Éste interrumpió sus pensamientos, incómodo en el silencio.

—Como te he dicho esta mañana, he añadido un estudio de costes. Los terrenos, en su conjunto, pueden ascender a dos millones y...

—Sí. De acuerdo —cortó Salgado con un gesto de la mano.

Pablo no ocultó su satisfacción porque Salgado aprobara su proyecto. Sonrió abiertamente, pero al ver la expresión absorta de su jefe, preguntó:

—¿Ocurre algo? No parece que te pongas muy contento. No hay más problema que...

—No es eso —cortó Salgado de nuevo. Permanecieron en silencio un rato. Finalmente, Pablo dijo:

—Me han dicho que ha estado aquí la policía. ¿Qué te han dicho? Parece que te ha afectado mucho.

Salgado se dio cuenta de que un cigarrillo ardía en el cenicero lentamente.

—Sí que vuelan las noticias en esta empresa —se quejó Salgado. Aplastó el cigarrillo con rabia.

—¿Te han dicho algo sobre Ana?

—¿Por qué preguntas eso? —replicó Salgado, mirándolo bruscamente a los ojos.

—Bueno. Supongo que... —se atropelló Pablo—. No tenemos ningún otro problema. ¿Han averiguado algo?

—Aún no han cerrado la investigación.

Salgado se preguntó por qué de pronto se mostraba reticente para hablar con Pablo cuando un momento antes estaba decidido a hacerlo.

Al oír el nombre de Ana se sintió como si le hubieran pinchado y no manara sangre.

—Han mencionado que el atropello de Ana pudo ser deliberado —dijo de pronto, sorprendido de oírse cuando un instante antes estaba seguro de no querer confiarle nada.

—¡Eso es imposible! —saltó Pablo.

—Dicen que... no lo saben. Sólo es una hipótesis, pero deben investigarlo. Eso han dicho.

—¡Bah! —se reclinó Pablo de nuevo en su silla—. ¿Han venido un año después sólo con eso? No han encontrado nada. Sólo están justificando su incompetencia.

Salgado hizo caso omiso de sus comentarios. Comprendió que le habían hecho daño las palabras del policía. Mucho más daño del que podría haber esperado.

—Han preguntado si conocía la vida de Ana.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Supongo que había aspectos de su vida que yo desconocía. Tengo que reconocer que durante el último año antes de... del accidente, no le presté mucha atención. Querían decir que tal vez Ana tenía amistades... O un amante, ¿sabes? Algo que yo desconociera.

—¿Qué saben ellos? —escupió Pablo.

—No me han dicho nada. Sólo han preguntado.

—En tal caso, no debes preocuparte. Ya te lo he dicho. Sólo son palos de ciego para ocultar su negligencia por no haber encontrado al maldito borracho que la atropelló.

Salgado encendió otro cigarrillo. Hacía mucho que no fumaba tanto. Hizo un silencioso gesto afirmativo.

—Han conseguido ponerte nervioso —reconoció Pablo.

—Me ha sentado fatal. Como una patada en el estómago —aceptó Salgado. Pero luego añadió—: Me pregunto si lo sabía todo sobre Ana. Tú eras amigo de Ana. Salías con ella y con Marian...

Pablo respiró hondo antes de hablar.

—Nunca se sabe todo de otra persona. Aunque esté muy cerca de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos tenemos secretos. No podemos vivir sin secretos. No tienen por qué ser malos o sucios. Pero es difícil conocer el fondo del corazón de otra persona.

—¿Crees que Ana... pudo tener una vida oculta para mí? El otro se removió incómodo en su sillón.

No digo eso. Digo que quién puede saberlo... —Pablo abrió mucho los brazos—. En todo caso, ya no tiene importancia.

Después se quedó mirando a su jefe. Éste se enredaba en el humo de su cigarrillo. Pablo se levantó.

—¿Puedo contar con que haremos la operación? Salgado elevó la cabeza.

—Sí. La haremos.

Pablo salió del despacho. Salgado ni siquiera se acordaba ya de él.

Rafael Arnedo se encontraba sólo en casa cuando sonó el timbre. Su mujer había salido a hacer una de esas innumerables e inútiles tareas que la mantenían ocupada. Por supuesto, Patricia, la asistenta, había ido con ella. Él prefería la soledad. Y pensar. Pensar mucho. Así que abrió la puerta de mal talante y se encontró frente a un hombre de mediana estatura, calvo y de anchos hombros.

El hombre se presentó como Ernesto Durán, investigador mercantil.

—Detective privado, vamos —explicó Durán.

Rafael lo miró fijamente, el tiempo necesario para concluir que su visita no podía tener otro motivo que aquél que le quitaba el sueño desde hacía un año. Lo invitó a entrar y lo condujo hasta su despacho, una habitación reservada al final de la casa, buscando una intimidad innecesaria o un formalismo inútil.

Se sentaron frente a frente, ante una antigua y vetusta mesa de madera.

—Soy detective privado —insistió.

Extrajo del bolsillo interior de su cazadora una cartera y se la mostró. Rafael examinó la tarjeta de identificación y se la devolvió.

—Dígame —soltó Rafael.

A su mente acudieron tantos pensamientos sin compartir, acumulados durante un largo año de angustia, que sintió tensos los músculos de la cara.

—Sé que usted ha intentado encontrar a la persona que atropelló a su hija. Por eso estoy aquí —dijo sin más preámbulos el detective.

Rafael sintió que una oleada de indignación acudía a su pecho y subía hasta su boca. Era tan caliente que le quemaba. Emitió un abrupto gemido y se le humedecieron los ojos de pura rabia.

—Durante un año he intentado que me escuchen. Pero nadie hace nada —se quejó, la voz honda y ronca.

—Lo sé —respondió Durán—. Tal vez yo pueda ayudarle.

—Pero si no me dice para quién trabaja, no puedo confiar en usted. Tal vez me esté engañando —adujo Rafael.

Ante el recelo del viejo, Durán abrió las manos. No le hacía falta saber más para manejar a aquel anciano.

—Su hija tenía contratado un seguro de vida. Yo trabajo para la compañía de seguros.

—¿Un seguro de vida? —saltó Rafael—. Mi hija tenía treinta y cinco años y una salud de hierro. Tenía dinero y no tenía hijos de cuyo futuro preocuparse.

—Pero habían contratado la póliza. De eso no hay duda.

—¿Ella? No lo creo. No se ocupó de nada práctico en toda su vida. Mi hija...

—La póliza la contrató su marido. Catorce meses antes de su muerte —explicó Durán.

—¡Catorce meses...! —repitió Rafael, en el tono reflexivo de quien encuentra una explicación.

Durán, que quería tener a su favor incondicionalmente al viejo, continuó hurgando en la herida:

—La póliza tenía una carencia de doce meses. Es decir, si fallecía de muerte no natural durante el primer año no tenía derecho el marido a percibir ni un euro.

—¡Catorce meses...! —repitió Rafael, con los ojos duros y la mirada perdida mucho más allá del rostro del detective—. Entonces su marido se embolsó todo el dinero de la póliza. ¿Cuánto era?

—No puedo darle datos concretos. Mucho dinero.

—¡Maldito sea!

Durán sacó un paquete de cigarrillos. Lo mostró solicitando permiso para fumar. Rafael hizo un gesto, aunque no dio muestras de advertir lo que quería el detective, absorto en sus deducciones. Durán encendió un cigarrillo mientras esperaba que la información hiciera su efecto, que se cociera lentamente en el cerebro del viejo. Exhaló el humo de una larga bocanada.

—No quiero que me entienda mal y ponga palabras donde yo no he dicho nada — continuó al fin—. Sólo le informo de la situación y de que estoy obligado a llevar a cabo una investigación. Le ruego su colaboración.

Concluido el formulario, el anciano que tenía ante él era un saco del que extraer todo lo que hubiera. Así que fue directo.

—¿Sospecha usted que el atropello de su hija pudo ser intencionado?

—¿Sospechar? Me he pasado un año diciendo a la Guardia Civil que no podía tratarse de un accidente. Hasta un viejo como yo se daba cuenta. Pero ellos nada... Me veían como un incordio. Malditos sean ellos también.

—¿Sospecha usted de Enrique Salgado?

—Era un muerto de hambre. Mi hija se encaprichó de él. Fue un error —gritó sordamente.

—¿Cree que podría estar interesado en la muerte de su hija?

—No tuvo escrúpulos para seducirla. No sólo se ha quedado con la empresa que regalé a mi hija, sino que le hizo una póliza de seguro... —Rafael se contuvo súbitamente, como si no quisiera dejar escapar la fuerza contenida de sus palabras.

—¿Sabe si eran felices en su vida matrimonial?

Rafael miró al detective como si quisiera atravesarlo con los ojos.

—Es un mujeriego. Se lo dije a Ana, pero sólo conseguía que se enfadara conmigo. Como si yo tuviera la culpa. Un maldito putero ¿No ha visto con quién se ha casado ahora?

—¿Tenía amantes Enrique Salgado mientras estaba casado con su hija?

—Todavía tengo amigos —dijo Rafael, altivo como el rey que se niega a reconocer que ya no le queda reino alguno—. Y puedo asegurarle que tenía amantes. Ésta es una ciudad pequeña y todo se sabe.

—¿Alguna mujer en concreto? —insistió Durán.

—Que yo sepa, la zorra con la que se ha casado. Tuvo un lío con ella antes de que... mientras estaba casado con mi hija.

—¿A pesar de que usted se lo dijo, su hija no hizo nada?

—No. Sólo se enfadaba conmigo. Mi hija era débil, como su madre. Si veía un problema, tiraba por la acera de enfrente. Nunca la vi hacer nada... Aunque unos meses antes de su muerte...

—¿Sí? —incitó Durán.

—Me pidió las llaves del piso que tengo en el centro de la ciudad. Y me dijo que

no se lo dijera a nadie. Ni siquiera a su madre. Y mucho menos a su marido.

—¿Ha estado usted allí recientemente?

—No. Mandé a mi asistenta para que lo limpiara. Lo venderé. No lo quiero...

—¿Me dejará una llave? No perderíamos nada por echar un vistazo —dijo Ernesto Durán.

Recibo una llamada en el móvil. Número oculto. Suena tres veces y se corta. Vuelve a sonar otras tres veces y corta de nuevo. Vuelve a llamar una tercera vez y corta también a la tercera llamada. No es necesario responder. Sé de quién se trata.

Voy solo. Hay cosas que no debe saber un subordinado. Entre otras razones, porque tal vez entonces sea tan buen o mejor policía que tú.

El bar La Peineta está situado en el Barrio Alto, entre el Albaicín y la zona antigua de la ciudad, alrededor de un castillo árabe del que apenas quedan cuatro ruinas y bajo la muela del cementerio. Calles estrechas de casas de dos plantas y puertas de madera por las que escapan las cortinas, balcones y rejas con macetas. Los coches aparcados desordenadamente apenas permiten circular.

La casa donde está el bar no se distingue de las otras de la misma calle. Sólo un antiguo y pequeño letrero sobre la puerta. El bar tiene el aire pueblerino que José Luis no permitirá nunca que pierda. Antes se cortarían las venas. Alguien remilgado podría decir que hay mugre en los rincones. José Luis no es susceptible ante esos comentarios. Responde que si ha ido bien de este modo durante veinte años, ¿para qué cambiar?

Para que nadie sospeche de él acudo a comer las especialidades de la casa al menos dos veces por semana. De modo que es frecuente verme por allí.

—Buenas tardes —saludo a los parroquianos, casi todos jubilados que pasan allí varias horas al día entre vasos de cerveza, vinos y tapas de pulpo y pescaíto frito.

Me devuelven el saludo con el respeto y la consideración que merece mi cargo. Es bueno que no sepan de la misa la mitad. Así te respetan más. Pero esto ocurre con casi todos los cargos, no sólo en la policía.

Hay un par de parejas jóvenes al otro lado de la barra donde me acodo. José Luis me saluda con cierta displicencia, como hace siempre. Un simple gesto y un sonido que no es una palabra, más bien un gruñido. No le gusta que digan que simpatiza con la bofia. Él tiene sus antecedentes y un pasado, de los que está orgulloso, y que merecen un respeto. No siempre ha sido un aburrido y buen ciudadano.

Me sirve una cerveza con mucha espuma que rebosa sobre el mostrador de madera, tan pulida del uso que es suave como seda.

José Luis siempre va en mangas de camisa, no importa el tiempo que haga fuera. Los brazos cortos, fuertes, recubiertos de vello, parecen aprisionar los vasos y las botellas como si los fuera a estrangular.

Me pongo a leer el periódico sobre la barra. Al poco, José Luis deja una tapa

junto a la cerveza como quien tira una moneda con desgana. Los modales no son lo suyo y si encima exagera...

Le digo que me quedaré a comer y responde que pase al comedor.

Es ésta una habitación interior, excavada en la roca de la parte trasera de la casa, sin ventanas, recubierta de ladrillo y con el techo pintado de cal. Apenas caben cuatro mesas apretujadas. No hay nadie más.

Me siento acompañado de mi cerveza y un periódico. Acude José Luis un segundo después. Cierra la puerta a su espalda.

—¿Qué? —dice.

—Estuviste en una hoguera de Santa Lucía, creo.

—Por supuesto. No me despegué de la hoguera en toda la noche —responde con toda naturalidad—. Lo justo para mear.

—Entonces no hay problema —replico, preguntándome aún por qué me ha llamado en tal caso.

José Luis se vuelve hasta la puerta, la abre y da un grito.

—¡Ya voy!

Algún parroquiano que se impacienta y llama. Seguro que ahora no mete prisa. José Luis va derecho al grano.

—Me han dicho que el Lucas quiere denunciarte.

—Ésa es noticia vieja.

—Habrá que hacer algo.

—Ya lo solucionaré. Se ve que el trabajo no fue lo suficientemente bueno.

José Luis se pone rojo de indignación.

—¡Me *cagondiós* que no! ¿Qué hay que hacer? —se pregunta—. ¿Matar al cabrón ése?

—No te preocupes. Ya lo solucionaré —digo, mirando el periódico, despreocupado.

—A nosotros no nos reconoció —comenta.

—De eso estoy seguro. ¿Os habéis pasado?

—Hombre... Según se mire. Podrá denunciarte, pero... Creo que su exmujer podrá estar tranquila.

—De eso se trataba. Lo mío va en el sueldo. Y tengo el abogado gratis.

Bebo de mi cerveza y le hago el pedido. Otra jarra de cerveza, una ración de pulpo a la plancha y otra de pescaíto frito. Pero eso ya lo sabía él. No toma nota. Se vuelve para salir, pero mira al exterior y vuelve a cerrar.

—Los picos están al caer.

—¿De qué hablas?

—Del Ladislao.

—¿Cómo al caer? Eso iba para más adelante.

Ahora sí que dejo el periódico y lo miro a la cara. La cara ancha y de piel gruesa de un pescador que dejó el mar por un agujero con grifo de cerveza y barra.

—Ya no. Han venido sus primos de Alicante. Están en su casa. Están trajinando algo. Es ahora o mañana puede ser tarde.

—Vale. Vale.

José Luis sale del comedor. Lo oigo quejarse de las prisas. Nadie replica.

—¿Y yo qué le hago si no sabe siquiera lo que quiere comer, joder? —le grita a alguien—. Ya ni la policía sabe lo que quiere —deja caer asegurándose de que yo también lo oiga.

Me quedo pensativo un rato. ¡El Ladislao! Los primos. Tengo que hacer algo o me lo levanta la Guardia Civil. En realidad, no hay nada que preocupe más a un madero que un picoletto.

Pero esto tampoco debe saberlo nadie.

Marian había sido la mejor amiga de Ana desde que eran niñas. Tenía ahora treinta y tantos años muy bien llevados que a Salgado le habían parecido en algunas ocasiones demasiado atractivos. Tenía el cabello castaño y rizado, los ojos risueños y dos hoyuelos en las mejillas que se acentuaban al sonreír. Era de mediana estatura y tenía de todo, sin estridencias pero en su sitio.

Salgado la vio llegar hasta su mesa. Pero hoy no pensó en las piernas que se veían bajo su falda ni en el colgante que se perdía en el inicio de sus pechos, entre las solapas de la blusa.

Marian lo saludó y se quitó la chaqueta de cuero a juego con la falda. Tenía un salón de belleza y lo utilizaba a conciencia. Pero él pensaba en otra cosa, aunque se levantó a saludarla y no volvió a sentarse hasta que lo hizo ella. Todo un caballero.

Marian lo miró con curiosidad, pero era discreta y esperó a que Salgado le explicara el motivo de su llamada. No era frecuente que se vieran desde que Ana había muerto. Y, especialmente, desde que Salgado se había casado, meses después, con Lucía. Estaba claro que la amiga de Ana lo miraba con recelo.

De modo que hicieron unos cuantos comentarios sobre el tiempo que hacía que no se veían. La había citado en El Rey, el mejor restaurante de la ciudad. Pensó que después del tiempo transcurrido y de su boda con Lucía no sería suficiente una conversación rápida para saber lo que lo atormentaba desde hacía unas horas.

—Eras la mejor amiga de Ana —explicó, y dejó el comentario a medias.

Un camarero acudió con un Martini que había pedido Marian. Salgado bebía una copa de vino.

—Quiero que me hables de ella —continuó.

—¿Que te hable de ella? ¿A qué te refieres? —la mujer compuso una expresión muy forzada de extrañeza.

Salgado se puso nervioso por segunda vez en un día. Y eso era mucho para alguien que no lo había estado en años.

—Desde... Desde el accidente... Tengo la sensación de que me pierdo en un

vacío, ¿comprendes? No lo había pensado claramente. Pero hoy alguien ha mencionado que... Tal vez no lo sabía todo de Ana. Y me siento desorientado. Quiero hacer memoria y sólo encuentro vacío. En los últimos tiempos estábamos algo distanciados, no sé si lo sabías. Yo siempre estaba trabajando o viajando por motivos de negocios. No sé. Tengo la sensación de que algo se me escapa.

Salgado percibió claramente la expresión de desagrado de Marian ante sus falsas palabras. Ella, además, no se esforzaba nada en disimular. Bebió de su Martini con desdén.

—¿Por eso me has invitado a comer?

—Sí.

—He visto llorar muchas veces a Ana —espetó Marian, dejando la copa sobre la mesa.

Salgado se quedó mudo. No esperaba una reacción tan hostil.

—Podía habértelo dicho por teléfono en un minuto —continuó ella.

—Lo que quiero que me digas no se puede decir por teléfono —alegó él.

—¿Y qué quieres saber?

—Lo que realmente sentía, lo que la emocionaba. Si tenía ambiciones o inquietudes que yo desconocía.

—¡Que tú desconocías! No me hagas reír.

—¿Qué quieres decir?

—Ella quería un hijo —dijo agriamente Marian—. Lo quería tanto que no podía comprender cómo tú no aceptabas. Siempre tenías una excusa. Siempre había que dejarlo. Y el tiempo pasaba.

—Quizá lo pidió en mal momento, no sé... —se excusó Salgado.

—Todos eran malos momentos para eso.

—Yo quería saber...

—Es triste que un marido tenga que preguntar esto a la amiga de su esposa.

—Es cierto. Pero quiero oír algo que no sepa.

Marian lo miró fijamente. Luego bajó los ojos.

—Ana te quería muchísimo —reconoció.

—Lo sé. Pero su imagen se derrumba en mi memoria. Hay ámbitos de su vida que... ¿Crees que tuvo secretos para mí?

Marian sonrió. Ahora comprendía perfectamente. Enrique Salgado no quería decir expresamente... Pero lo había dicho.

—¿Qué mujer no tiene secretos? —respondió Marian, con una sonrisa que quería ser enigmática. Ahora se estaba divirtiendo, a su costa.

—Me refiero a aspectos de su vida que yo no...

—Sé a lo que te refieres —atajó Marian, repentinamente seria—. ¿Qué pretendes con ello?

—Aún no lo sé —mintió Salgado.

—Si he aprendido algo en esta vida, es que a veces es mejor no saber —concluyó

Marian.

—¿Por qué?

—Puede ser doloroso. ¡Que se lo digan a ella!

—Pero es necesario saberlo —insistió él.

—¿Para quién? Nada puede cambiar ya —objetó Marian recogiendo su bolso.

—Es cierto, pero... —comenzó a decir Salgado. Marian se levantó, dando por zanjada la conversación.

—Es mejor que lo dejes. Ana, como cualquier mujer, hubiera querido tener una familia de verdad. Y más atención del hombre al que amaba. Y ese hombre eras tú. Cualquier otra cosa, es secundaria.

—¿Qué estás insinuando? ¿Qué cosa es secundaria? —pidió Salgado mientras se levantaba también.

—Es de muy mal gusto que me hayas invitado a comer para pedirme que traicione a mi mejor amiga, aunque esté muerta. Adiós, Enrique.

Marian se volvió y salió del restaurante. Salgado supo que había perdido el segundo asalto del día.

Traicionar. Marian había mencionado la palabra traicionar, y ésta se retorció en la mente de Salgado como un ratón en una jaula. No podía deberse a una casualidad o a una expresión deficiente. Marian era una mujer cultivada y se expresaba muy bien. Demasiado bien. Había algo que no sabía. Él, que tan ufano había estado durante sus años de matrimonio, tan seguro de la devoción de Ana que su actitud había sido displicente y chulesca a veces.

Y eso no era lo peor. Lo peor era el documento que había sobre su mesa.

Salgado había vuelto al despacho tras la frustrada comida con Marian. Y había encontrado lo que esperaba.

Se trataba de la documentación de un Range Rover. El coche del padre de Lucía, pero que usaba ella. El que tuvo hasta unos meses antes del atropello de Ana, cuando Lucía sufrió un accidente, una salida de vía con vuelco. Lucía dijo que no quería saber nada más del coche, que le había cogido manía, que se ocupara él. Salgado, galante, no lo dudó un segundo. Encargó a su gestoría y a su abogado las cuestiones administrativas y legales, la baja del coche en Tráfico y su traslado a un desguace y las gestiones con el seguro.

Ahora lo tenía todo sobre su mesa. Toda la documentación, fotocopiada, en la cual se podía leer perfectamente el modelo de vehículo, el color, sus características, la fecha del accidente y el nombre y dirección del desguace donde finalmente fue depositado.

Salgado dio instrucciones de que no le pasaran llamadas y apagó su teléfono móvil. Se encerró, deambuló de un lado a otro, dando tantas vueltas por su despacho como algunas malditas coincidencias por su mente. Cuando por fin comenzaba a

anochecer, salió sin despedirse de nadie.

Condujo con prisa, a demasiada velocidad para una carretera de montaña. En más de una ocasión tuvo que frenar bruscamente y rectificar la trazada de las cerradas curvas que conducían hasta el restaurante Sierra Cabrera.

Cuando vio las luces del local, se detuvo a cierta distancia. Gómez lo conocía y no quería que lo viera por allí. No había vuelto desde entonces.

Cayó en la cuenta de que nunca se había preguntado si volvería a este lugar, o lo que sentiría en caso de hacerlo.

Se bajó del coche. Cerró el cuello de un tres cuartos de piel y caminó entre las sombras. Apenas unos pocos coches estaban aparcados ante la fachada del restaurante. Desde sus ventanas brotaba una luz triste que ponía un punto de penumbra en la explanada. Salgado caminó por ella lentamente, aplastando la hierba y la grava con sus zapatos. Miró a su alrededor. Noche, viento, soledad. Le pareció un mal lugar para morir. Se acordó con tristeza de Ana.

—¿Busca algo?

La voz estalló a su espalda. Salgado se volvió, inquieto. Un anciano lo miraba fijamente.

—¿Cómo dice? —preguntó Salgado.

—¿Busca algo? —repitió el hombre.

—No. Nada. Gracias.

Salgado se alejó unos pasos, pero se sentía observado. Se preguntó si lo habría reconocido.

—Esta mañana ha venido la policía —comentó el hombre. Salgado no dijo nada.

—Me lo ha dicho mi hijo.

Imaginó que sería el padre de Gómez.

—Hace un año atropellaron aquí a una mujer —continuó el hombre, con esa molesta tenacidad en la conversación de los ancianos.

—El coche rompió una señal de tráfico que había allí —explicó el anciano señalando el ángulo que dibujaba la carretera un poco más arriba—. La policía se ha llevado la señal esta mañana.

Salgado emitió un gruñido, pero no fue una respuesta, ni una pregunta. No era más que irritación por la presencia y las palabras del intruso.

—¿Conocía usted a la mujer? —preguntó el anciano concentrando su atención en él y mirándolo fijamente.

—Sí —se sorprendió reconociendo Salgado.

El anciano pareció comprender porque se quedó perplejo y no dijo nada más. Salgado se alejó hasta su coche. El anciano permaneció quieto, mirándolo mientras se alejaba. Salgado pensó que Gómez lo sabría cinco minutos después. Sintió vergüenza, aunque no sabía si por haber venido ahora o por no haber venido mucho antes.

Sólo conozco dos remedios contra el estrés. Uno no puedo tenerlo. No puedo esperararlo ahora de mi esposa. En realidad, no ha habido «un mejor momento» desde hace mucho, desde mucho antes de venir a Baria. Desde aquel largo tiempo en el Norte. A pesar de todo, no pierdo la esperanza. Aunque cada día me pregunto por qué.

La segunda es conducir un rato, hasta una playa solitaria. Si es posible, la de Macenas. Apagar entonces el móvil y mirar el mar. Es algo que no se puede hacer en verano. Entonces, el Mediterráneo estalla de calor y las gentes parecen peces fuera del agua, de modo que no hay un momento de sosiego. Es necesaria la llegada del otoño y luego del invierno para disfrutar del mar como de un placer o una droga, en solitario.

Macenas oculta mi coche y esconde mis pensamientos. La pirámide del castillo es un anacronismo de piedra a punto de ser devorado por los tiempos. Lo mismo que yo.

Entorno los ojos y veo el mundo gris del atardecer en el que se confunden el cielo y el mar. El oleaje pone una música monótona y triste a mis pensamientos. Y esa música tiene letra.

La letra dice que tengo que solucionar el asunto de Lucas. Pero que puede esperar a mañana. Porque esta noche hay una prioridad: el Ladislao. O voy por él o los picoletos me lo levantan como a una perdiz.

Enciendo el móvil y llamo a Medel. Se queja de no haberme podido localizar en las últimas horas. Le corto diciéndole que todo puede esperar pero que esta noche tenemos acción. Le explico que vamos a ir a por el Ladislao. Medel esboza una protesta, es demasiado precipitado.

—Llamaré a los especiales —dice.

—Nada de eso —atajo.

Masco su miedo a pesar de que sólo hablamos por teléfono. Su silencio es ácido, como mi temor.

—No hay tiempo. Tenemos que hacerlo nosotros. Esta noche. Bastará con ocho hombres. Elígelos tú mismo.

Corto sin darle tiempo a reaccionar. Ni quiero ni puedo darle más razones. Sé que cumplirá las órdenes y que cuando yo vuelva de sentir el mar, con la serena pasión que provoca el miedo, como les ocurría a los gladiadores, todo estará preparado.

Cierro los ojos y puedo oír, con un estremecimiento, el chasquido de las armas al montarlas.

Enrique Salgado conducía a demasiada velocidad huyendo de Sierra Cabrera. Como lo había hecho cuando ascendía en busca de esos fantasmas que asaltaban su imaginación: Ana en la explanada del restaurante, alucinaciones de atropellos, sórdidos desprecios de Gómez cuando el viejo le contara, insidiosas insinuaciones del policía que necesitaba atajar inmediatamente.

Le costó dar con el lugar. El desguace se hallaba tras un recodo de la vieja carretera que conducía a Almería, ya casi en desuso desde que se construyó la autopista, a unos diez kilómetros de Baria. Estaba rodeado de campos sumergidos en la penumbra. Un lugar solitario.

No era una empresa nueva ubicada en el ordenado y cuadriculado polígono industrial de Baria. Era una vasta parcela de terreno rectangular, vallada a la buena de Dios, que en su parte frontal tenía una verja de hierro comido por la falta de cuidados y luego una pequeña oficina de paredes bastas con un largo techo de Uralita que se prolongaba hacia atrás. Un sucio tubo de neón iluminaba la puerta de chapa de la oficina. El resto, esqueletos de coches apilados, motores desguazados y chasis desventrados.

La noche mordía los últimos vestigios de claridad y un viento frío aceleraba desgarrones de nubes a punto de llorar. A través de un ventanuco y de la puerta entornada de la oficina se filtraba una luz amarilla.

Salgado aparcó frente a la verja y se acercó hasta la oficina caminando sobre grava. En el atardecer ya más negro que azul aún se recortaban los perfiles de los esqueletos de acero, amontonados como basura.

Llamó con los nudillos a una puerta metálica sobre la cual un letrero anunciaba «Desguace Salinas». Salgado oyó la voz de un hombre, que no hablaba con él.

—Puedes traerlo... Pero no te doy más de trescientos euros. Mañana te envío la grúa.

Cuando Salgado empujó la puerta, el hombre hizo un gesto invitándolo a entrar y continuó su conversación telefónica. Luego, sin mirarlo, buscó un bolígrafo en un bolsillo del mono verde que vestía y deletreó un teléfono y una dirección. Una mesa barata, unos sillones con la tapicería atigrada de manchas de grasa y varias estanterías con piezas de coche y un archivador gris. De la pared encalada y sucia colgaban *posters* de paisajes idílicos y un calendario con una tetona nórdica.

El hombre del mono verde apagó el móvil y lo guardó en un bolsillo. Salgado ya estaba frente a él.

El hombre lo miró de arriba abajo. Salgado quiso ver una sombra de disgusto cuando sus ojos se encontraron, pero no estuvo seguro.

—Quería saber si un pariente trajo un coche a este desguace hace algún tiempo —comenzó.

El hombre no respondió. Desvió la mirada, como si buscara algo.

—¿Es usted el dueño del desguace? —preguntó Salgado.

—Soy Miguel Salinas —respondió como si se tratase de algo evidente.

No era muy alto y tampoco debía pasar de los treinta. Tenía profundas entradas, el pelo negro cortado al uno y unas patillas largas como las de un róker. En la oreja derecha un pendiente discreto. Sus ojos eran oscuros y opacos, y la mandíbula fuerte.

Miguel Salinas desvió la mirada hacia un reloj de cocina que colgaba de la pared. Luego lo confirmó en su propio reloj de pulsera.

—Quería saber si un pariente mío dejó un coche hace un año y medio aproximadamente —repitió Salgado.

—No tenemos tanto tiempo los coches. Esto es un desguace —replicó el otro.

—Sólo quería saber si lo trajeron aquí. Seguro que lo recuerda.

—¿Por qué? Aquí entran coches a diario.

—Pero éste era un Range Rover, un coche muy caro.

—Sé qué modelo es —espetó Salinas—. Pero nunca ha entrado un coche así en mi negocio.

—¿Está seguro? Me han asegurado que lo habían traído a este desguace —insistió Salgado.

—Le digo que aquí entran coches todos los días. Tengo que irme —cortó.

Salinas dio un paso a un lado y evitó a Salgado. Se dirigió hasta el archivador, cerró una pequeña caja de caudales y se volvió.

Los dos hombres se miraron. Un par de segundos. Más de lo necesario.

—Tengo que irme —repitió Salinas.

—¿No podría comprobar la matrícula?

La insistencia de Salgado le hizo dudar y abrió la boca para decir algo. Pero rectificó y no dijo nada. Cogió un manojito de llaves que estaba sobre la mesa y finalmente explicó:

—No tenemos archivo de hace tanto tiempo.

Mientras hablaba se dirigió hasta la puerta de la oficina. Esperó unos segundos a que saliera Salgado.

—Buenas noches —dijo ya en la calle, y le dio la espalda mientras cerraba la puerta y daba dos vueltas a la llave en la cerradura.

Cuando se giró, Salinas se encontró frente a una fotografía iluminada por el tubo de neón.

—¿La ha visto alguna vez? —preguntó Salgado con la mano extendida y la fotografía ante los mismos morros del otro.

—Si la hubiera visto alguna vez la recordaría mejor que a un coche —replicó abruptamente Salinas.

Dio dos pasos para alejarse en dirección a un Land Cruiser aparcado un poco más allá, y luego añadió en voz alta, sin volverse:

—Pero rubias como ésa las hay a montones.

Salgado vio al hombre subir al Toyota. Arrancó, le devolvió una mirada mientras giraba en redondo y salió a la carretera, donde se perdió un instante después. Salgado se quedó junto al Lexus, sintiendo el silencio que lo rodeaba. Subió al coche y arrancó, dio media vuelta y nada más salir a la carretera, a unos treinta metros, encontró un camino de tierra. Introdujo el coche por el camino, se detuvo y permaneció unos minutos si hacer un solo movimiento. Finalmente, encendió la luz de cortesía y alumbró unos documentos que había sobre el salpicadero. No había duda. El coche había sido traído al Desguace Salinas. La dirección también coincidía,

por supuesto. Apagó la luz. Encendió un cigarrillo. En la fotografía, Lucía tenía el pelo color caoba. Era de dos años atrás. Pero ella era rubia. ¿Cómo lo sabía el hombre del desguace?

Respiró hondo. Sintió que las piernas le temblaban un poco, como si hubiera corrido varios kilómetros sin descanso. Entonces supo con claridad lo que iba a hacer a continuación.

Buscó en el maletero la linterna de emergencia. Caminó a lo largo del vallado del desguace. Giró noventa grados siguiendo su perímetro. Pronto encontró un fallo en la fina alambrada. La tela metálica había sido aplastada por la caída de un viejo Simca. Salgado pisó chapa oxidada y se adentró en el Desguace Salinas. Avanzó entre calles de chatarra de tres metros de altura. Tenía intención de entrar en la oficina. No sabía cómo, pero...

Tras la oficina, el techo de uralita se prolongaba sobre una estructura metálica, sin paredes. Allí había varios vehículos, menos deteriorados que los otros. Entre ellos, un Range Rover. Se detuvo, la boca abierta de estupor: mirar aquel coche era como descubrir una bestia agazapada en la maleza.

El coche no tenía matrícula. La carrocería estaba abollada, especialmente en su lateral derecho, precisamente donde había recibido los daños cuando Lucía sufrió el accidente. Habían quitado el capó y la calandra delantera. Un faro estaba roto. Buscó con la linterna y en una esquina de la luna delantera encontró el número de serie. Lo apuntó en su mano. Abrió la puerta y entró en el coche. Estaba sucio, pero era tal y como él lo recordaba. Buscó en la guantera, pero no había nada, sólo un olvidado juego de bombillas.

De pronto, una luz atravesó el interior del coche. Salgado sintió un escalofrío, brutal como un navajazo. Entonces oyó la voz de Salinas, que gritaba:

—¿¡Cómo quieres que esté!?! Ese tío ha venido preguntando por el coche. Sí... Claro que es el puto coche, ¿cuál va a ser?... No lo esperaba. ¿Qué querías que dijera?...

La luz se apagó con tanta violencia como se había encendido. Oyó un portazo que dejó ecos en el silencio. En la retina de Salgado se grabó la ventana que comunicaba la oficina con la parte trasera de la nave. Y en su mente quemaban las palabras que había oído.

No supo luego recordar cuánto tiempo había estado sentado en el Range Rover. Sólo sabía que no recordaba, que tenía que imaginar cómo abandonó el coche, con movimientos lentos y simiescos, torpes, como si nadara en la oscuridad en lugar de caminar.

Una vez en el Lexus volvió a la realidad. Sintió frío y conectó la calefacción. Tosió y respiró hondo muchas veces, como si llevara mucho rato sin hacerlo. Arrancó y se alejó del Desguace Salinas con tanto sigilo y miedo como un ladrón novato.

Por eso no pudo ver el coche que le seguía. Por eso no había podido ver la sombra que lo observaba escondida entre los restos de coches desguazados.

Ernesto Durán era un hombre paciente. Y como tal, estaba acostumbrado a estar solo. Por eso hablaba consigo mismo cuando estaba contento. En cambio, si estaba cabreado, apretaba la mandíbula y se mantenía al borde de la cólera, pues sabía que la concentración y la violencia eran su ventaja. La mayoría de la gente teme a la violencia. Por eso, siempre gana el que menos miedo tiene. Y Ernesto Durán no era un hombre miedoso.

—El zorro conduce al lobo hasta el corral de las gallinas —masculló exultante.

—Bien. Muy bien. Te mereces un diez, Ernesto —se contestó. Cuando el coche de Enrique Salgado se perdió tras la alta verja de su casa, el detective dio media vuelta y volvió al Desguace Salinas. Inspeccionó el Range Rover con todo detalle. Lo fotografió. Luego salió del desguace y marcó un número.

Pablo respiró hondo antes de llamar el timbre. Resonó muy lejano, tras la gruesa puerta de madera maciza.

Unos minutos después, apareció Rafael. No estaba acostumbrado a tantas visitas el mismo día. Con gesto adusto, tras mostrar su sorpresa, le hizo pasar.

Pablo lo siguió hasta el interior de la casa. No vio a Águeda.

Como si descubriera su pensamiento, Rafael aclaró:

—Águeda ha salido. Si quieres algo de ella...

—Perdona que haya venido a estas horas —se disculpó Pablo—. Pero es mejor así, quiero hablar sólo contigo.

Rafael lo miró con curiosidad. Sabía, naturalmente, quién era. Pero Pablo Ayuso había comenzado a trabajar en la empresa sólo dos años antes, cuando él ya estaba apartado, por lo que no se conocían muy bien. Como a todos los nuevos en la empresa que fue suya, Rafael lo miraba con desconfianza, aunque sabía que había sido un buen amigo de Ana.

Entraron en el despacho de Rafael. La habitación olía a humo. Había un postigo abierto, que Rafael se apresuró a cerrar.

Tomaron asiento. Rafael tras su mesa de trabajo y Pablo donde había estado sentado el detective.

—No sé cómo te va a sentar lo que te vengo a decir, pero es necesario. Si te molesta, basta con que me lo digas y me iré. Y no volveremos a hablar más del asunto —comenzó Pablo.

A Rafael le sorprendió el tuteo tan directo, pero no dijo nada.

—¿De qué se trata?

—Lo que tengo que decirte es confidencial. Yo corro mis riesgos viniendo a hablarte de estos asuntos.

—¿A qué riesgos te refieres?

—Si se supiera lo que te voy a decir perdería mi trabajo... como poco.

Rafael lo miró con detenimiento. Se levantó, cerró la puerta de su despacho y volvió a sentarse. Miró a Pablo, a la espera.

—Corrígeme si me equivoco: Desde la muerte de Ana, Enrique controla la empresa. Tu empresa —recalcó.

Pablo pudo ver cómo se dilataban las aletas de la nariz del viejo.

—Enrique controla el setenta y cinco por ciento del capital social. Tú sólo el veinticinco por ciento. Testimonial. Con una simple ampliación de capital, te deja fuera de juego cuando quiera —añadió.

—¿Adónde quieres ir a parar? —atajó Rafael.

—Sólo hay una manera de recuperar la parte de tu hija: presionando a Enrique para que te la venda.

—¿Y por qué lo iba a hacer?

—Para no ir a la cárcel.

Rafael se retrepó en su sillón. Empezaba a oír música celestial, aunque aún no conocía la letra. Antes, un detective que investigaría la muerte de su hija. Ahora, alguien que podría ayudarle a vengarse. Por primera vez, desde aquel fatídico día, Rafael se sintió vivo.

—Es complicado —advirtió Pablo sonriendo.

Rafael iba a decir algo, pero se mordió los labios. Pablo continuó.

—He convencido a Enrique para que compre los terrenos de la Venta Capilla. Valen dos millones. Cuando esté totalmente convencido, que lo estará muy pronto...

—¿Por qué? —atajó Rafael.

—El otro día coincidí con Lucía.

—¡La puta...! —dejó caer Rafael, que no perdía oportunidad.

Es ambiciosa. Le expliqué lo de los terrenos y le pedí que convenciera a Enrique. Creo que lo hará.

—Sigue —exigió Rafael.

—He hablado con el vendedor. El hijo del dueño, que es el que dispone, es amigo mío, aunque nadie lo sabe. Tiene convencido a su padre para vender. Sin embargo, se pagará un precio algo elevado por los terrenos. Y lo que es mejor, no se hará la operación si no es con una gran parte en dinero *Be*. Esta operación quedará documentada. Y tú tendrás acceso a ese contrato y a la documentación con los pagos realizados por Enrique. Habrá cometido un delito a la Hacienda Pública.

A Rafael todo aquello no le parecía tan importante. En su rostro se dibujaba la decepción.

—¿Y qué? Todos hemos pagado en dinero negro. Es el padrenuestro de un promotor inmobiliario.

—Pero si tú tienes ese contrato en la mano, podrás presionarle. Lo denunciarás si no accede a lo que le pides. La cantidad que se pagará en negro será muy elevada. Al menos, seiscientos mil. Un delito. Lo he consultado con un abogado. La pena para ese delito es de cárcel, de uno a cuatro años. No hay posibilidad de remisión

condicional de la pena porque superaría los dos años y medio. Enrique no tendrá más que dos opciones: o venderte su paquete de acciones o afrontar un proceso que no podrá ganar. Además, con la Ley de Sociedades en la mano podrás revocar su cargo, por haber cometido un delito.

—No lo creo. Luego empiezan los abogados a enredar y a recurrir y no pasa nada.

—Sí pasará. Yo estaré en la operación y lo grabaré todo. Grabaré al vendedor con una confesión de lo que ha recibido en dinero negro. Y tú dispondrás de todo ello. Con la suficiente publicidad, nadie se atreverá a parar el proceso. También cuento con amigos periodistas.

Rafael calló un rato. Pablo lo miraba. Tras aquella cabeza anciana había una tormenta.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Rafael. Pablo se tomó su tiempo.

—Tengo mis motivos.

—¿Sólo eso?

—También quiero dos cosas. Un veinticinco por ciento de la empresa y convertirme en el administrador.

—¿Y una vez que pase esto, por qué tendré que darte todo eso?

—Porque te habrás vengado de Enrique y porque no puedes llevarte la empresa a la tumba.

Rafael se molestó.

—También puedo venderla y pegarle fuego a los billetes. O regalarlos a los niños de África.

—Lo harás con tu parte. Quiero la mía.

Rafael abrió un cajón de la mesa. Sacó un paquete de Camel. Encendió un cigarrillo sin ofrecer siquiera a Pablo. No le gustaba aquel trepa. Pero tal vez... Si funcionaba... Se pondría en un aprieto al cabrón de Enrique Salgado. Toda la mierda que le salpicase le parecía poca. Tenía que pagar de algún modo. Y no tenía otra cosa que las promesas vagas de un detective y un traidor ambicioso. No tenía nada que perder.

—Vale. Lo haremos.

—Tenemos que ir a Viena —dijo Lucía.

Salgado la observó detenidamente, ahora que ella estaba de espaldas, dejando una botella de vino junto a la ventana de la cocina. Lucía se había empeñado en no permitir que hubiera servicio en la casa después del atardecer.

—Estas horas son sólo nuestras —había dicho—. No podemos permitir que haya extraños.

Y había tenido razón. Durante sus horas de intimidad siempre parecía que estaba a punto de suceder algo nuevo, imprevisto. Ella lo había conseguido. ¡Qué diferente de la aburrida vida con Ana!, reconoció Salgado con cierto sentimiento de culpa. El

mismo que le remordía cuando recordaba que apenas había sentido su muerte, su ausencia. Y que incluso se había alegrado unos meses después, cuando Lucía le dijo que tenían que vivir juntos, sin esperar ni un día más. Había habido muchos cambios desde entonces. No los evidentes que cualquiera esperaría: que cambiase los muebles o las cortinas o la decoración. Sino mucho más importantes y sutiles. La vida con Lucía era nueva, era viva, era intensa. No había más que música, o silencio. O el crepitar del fuego en la chimenea. Un fuego innecesario en una zona cálida como ésta, pero ella se empeñaba en prenderlo. Así parece un refugio, y es más íntimo, repetía siempre.

—¿Qué serías capaz de hacer por mí? —preguntó Lucía unos días antes del aniversario de la muerte de Ana.

Surgió la pregunta del silencio. Pues Lucía insistía en que las palabras debían elevarlos sobre la mugre de la vida. No hablaba innecesariamente.

Lucía sabía manejar los silencios como nadie que hubiera conocido. Eran silencios sutiles. Lo miraba y nada decía. Pero había algo inefable en su mirada que Salgado nunca descubrió y que ella no explicaba.

—Si te lo dijera, perdería el misterio. No tendría gracia.

No insistió más. Pero ahora, ella se acercó a la chimenea. Encendió un cigarrillo y, unos segundos después, sintiéndose observada, se volvió. Descubrió su mirada clavada en ella, pensativa.

—¿Serías capaz de matar por mí? —preguntó bruscamente. Salgado tardó unos segundos en digerir la pregunta.

—El otro día no quisiste decir qué serías capaz de hacer por mí. Evadiste la respuesta —aclaró ella.

—Mataría a quien intentara hacerte daño, por supuesto —respondió Salgado.

Lucía sonreía, colgada de la respuesta durante segundos. Salgado sentía a veces que ella se elevaba y debía mirarla desde abajo, como si estuviera muy lejos de él. No comprendía del todo a aquella mujer que había enaltecido su vida como si lo escondiera durante la noche en un trozo de Paraíso. Salgado quiso decir algo. Pero se enredaba en la necesidad de explicar una respuesta vulgar y en la angustia de ignorar si lo que había ocurrido esa noche en el desguace significaba algo.

—No lo harías —dijo Lucía tristemente—. Creo que no lo harías. La mayoría de la gente se asusta, tiene miedo. Miedo a llegar a sus límites, miedo a lo que puedan decir, a no dar de sí lo que de ellos se espera.

—Si una persona te va a hacer daño, te defiendes —replicó Salgado, los ojos de Lucía muy fijos en los suyos.

—No me refiero a eso. Te costó casarte conmigo porque hacía unos meses que había muerto Ana. Te preocupaban más las apariencias que lo que yo sintiera. Eso es cobardía.

—No era eso, solamente que...

Lucía se acercó y le puso un dedo en los labios. No quería oír lamentables

excusas. Cambió de tercio bruscamente, mientras se acercaba al mueble bar.

—Tengo entradas para el concierto de Año Nuevo.

Salgado reconoció que sus aspiraciones para el día de Año Nuevo hasta convivir con Lucía nunca habían ido más allá de pasar la resaca de Nochevieja lo mejor posible. Ésta no era su vida. Era la vida que Lucía había elegido. Temió no estar a la altura. Lo había temido muchas veces, pero le daba miedo formularse la pregunta.

Lucía volvió con un vaso ancho repleto de hielo y un dedo de *whisky*. Se lo dio a Salgado. Llevaba una blusa ligera y unos pantalones ajustados que resaltaban las caderas y descubrían los tobillos y sus pequeños pies. Acababa de cenar y sus labios permanecían tan rojos como si los hubiera maquillado hacía un instante.

—Labios Rojos... —evocó Salgado, pensativo, expresando sin querer un pensamiento.

Lucía sonrió. Su mirada azul era como un espejo. Se sentía desnudo ante esos ojos inmensos. Lucía se puso de puntillas y lo besó.

—Quiero enseñarte algo —dijo, cogiéndolo de la mano.

Lucía se sentó en un sofá de cuero blanco junto al hogar de la chimenea. Salgado sintió un golpe de calor en el rostro, pero se sentó a su lado. Ella buscó una caja que había sobre una mesita. Sacó una pieza de cristal que estaba perfectamente embalada.

—Me ha llegado hoy. Quería que la vieras antes de ponerla a la venta.

Siempre lo hacía, si pensaba que merecía la pena. Sólo ponía a la venta en su tienda de antigüedades aquellas piezas que ellos desestimaban.

Era un busto de mujer. Tallado en cristal. Crecía desde las caderas sobre un pedestal que semejava una roca marina. La cabellera se enredaba en la imaginara brisa y los brazos se retorcían sobre la cabeza, ambiguamente, imposible saber si de dolor o placer.

—¿Te gusta? —preguntó Lucía. Salgado la cogió entre sus manos.

—Pareces ensimismado esta noche —comentó Lucía.

—Me gusta, pero no creo que sea mejor que otras que ya hemos tenido antes.

—Pensé que la querías para ti —comentó ella algo decepcionada.

Salgado se levantó y buscó un cigarrillo. Cuando lo encendió, miró por la ventana.

—Ayer vi a Pablo Ayuso. Me comentó que vas a comprar Venta Capilla. Es un lugar hermoso. Podría hacerse algo bonito allí, pero no vulgar... —dijo ella, cambiando de conversación y embalando la figura de delicado cristal.

Salgado abrió la puerta corredera y salió a la terraza. No quería oír hablar de trabajo. Ni comentarlo. Su mente estaba demasiado ocupada en otras cosas. Pensó que estaba realmente enamorado de su casa. Subida a una colina que le pertenecía enteramente, a sus pies descendían las luces de las calles y las urbanizaciones de Mojácar, hasta la playa. A él nadie podría quitarle sus vistas al mar.

Corría una brisa fría que levantó las cortinas como penachos. Sintió un escalofrío. Pero necesitaba estar allí solo, alejarse del influjo azul de sus ojos y del contacto rojo

de sus labios para poder pensar. Porque aquella sospecha estaba clavada en su pecho como un dolor.

«¿Qué serías capaz de hacer por mí?», había preguntado.

Y la pregunta se enredaba en la sospecha como un cáncer en la carne.

¿Qué significaba lo que había vivido esta tarde en el desguace? Aún estaban los documentos en el Lexus. Se miró la mano. Donde había estado escrito el maldito número de chasis del Range Rover ya no quedaba rastro. Se había lavado las manos muy bien.

Pero era el mismo maldito número.

Un ruido le hizo volverse. Lucía estaba al otro lado de la terraza, alejada de él, en la penumbra, mirando el mar. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y sostenía un cigarrillo. Su pelo no era ahora color caoba. ¿Cómo lo había sabido aquel hombre?

—¡Una noche desangelada! —digo tiritando.

El viento se ha llevado girones de nubes hacia el este y ha traído la humedad del mar sobre el que hay un cielo raso, oscuro. Las escasas luces esparcen una penumbra amarilla y sucia. Miro las calles, aún en la lejanía, con aprensión.

Se masca la tensión. No soy el único asustado. Todos lo estamos. Pero el jefe debe disimular. Un escalofrío recorre mi espalda cuando me pongo el chaleco antibalas.

Medel ha escogido ocho hombres, los mismos que hubiera elegido yo. Diez debemos ser suficientes.

Nos dirigimos lentamente hasta el barrio de San Gabriel, en cuatro vehículos camuflados y una lechera detrás, que se quedará a la espera hasta que todo concluya, dispuesta a llevarse a los detenidos.

El barrio de San Gabriel está situado al sureste de la ciudad, en una hondonada. Una calle asfaltada y vacía —nadie quiere construir en los solares cercanos al barrio— conduce a este gueto desde el centro de Baria. El resto, caminos de tierra que lo circundan, con casuchas esparcidas, solares vacíos y banales abandonados.

Aparcamos a cien metros de la casa del Ladislao. Uno de los coches se acerca un poco más y se detiene. No vemos a ningún machaca.

La casa del Ladislao es de una planta, guarecida tras una tapia miserable que dejó de ser blanca hace mucho. Una luz tenue ilumina el portalón de madera vieja de la entrada, de cuarterones sucios. Las ventanas, de madera barata, están cerradas y no escapa ni un hilo de luz por sus cierres defectuosos.

Las casas vecinas están deshabitadas porque nadie quiere vivir cerca del Ladislao.

Martín y Bastia inspeccionan los coches aparcados frente a la casa. El Ladislao deja coches viejos esparcidos por la calle y esconde en ellos pequeñas cantidades de material, de modo que cualquier aprehensión supone una coartada de consumo propio y no nos sirve de nada. Martín, escondido tras uno de los coches, nos hace una señal:

—Despejado —dice entre dientes.

—¿No había machacas? —pregunto extrañado de que el Ladislao no tenga guardia.

Martín dice que no y se concentra en la casa, mientras yo huelo algo raro en el ambiente. Pero ahora no puedo pensar. Sabemos que se trae algo gordo entre manos. Lo sabemos nosotros y lo saben los picoletos. Acertar con el momento adecuado es poco menos que una cuestión de suerte. Y no voy a dejar las papeletas de la lotería en manos de la competencia. Tal vez nos adelantemos. Tal vez acertemos.

Lo que sabemos es que los primos del Ladislao han venido del Levante. Y suponer que han venido de vacío es como esperar que donde hay bestias no haya mierda.

Avanzamos pegados a las paredes. Tres hombres se acercan por detrás a la casa, desde los campos sucios y oscuros, y guardan una posible huida por la retaguardia. Otros tres hombres se acercan a la casa bordeando la tapia. Llevan los chalecos antibalas y las escopetas y metralletas en las manos. Medel y López están sentados en mi coche y esperan. Entrego la orden de registro a López, que está lívido como un cadáver, y busco las sombras, avanzando agazapado, siguiendo a Bastia.

Empuño la pistola. Musito una sorda orden y después, cuando ya Martín no me mira, mis labios dibujan una desesperada oración.

Los tres hombres que nos han precedido abren el portalón y entran en el patio de la casa. Tras ellos entramos Bastia y yo. Miro hacia atrás y observo a Medel, con una escopeta en las manos, que se agazapa tras un coche, guardándonos la espalda. Tras él, dos casas antiguas de una planta, parecen abandonadas, los postigos cerrados.

Un gesto mío y un disparo de recortada vuela media puerta. Una patada estrella lo que queda contra la pared y entramos dando voces y disparando al techo, del que se desprenden yeso y astillas de madera. Los focos de las linternas arañan la oscuridad y descubren movimientos de cuerpos tendidos que recuerdan a reptiles huyendo bajo el cieno.

Los cogemos durmiendo. Me sorprende de encontrar una cama y dos cuerpos atemorizados en la primera habitación. Bastia y yo apuntamos a la cama mientras Martín y otros dos hombres corren por los pasillos con las armas a punto, gritando.

Enfoco la linterna y descubro una calavera que me mira con los ojos abiertos como platos. Es el Ladislao.

Levanta los brazos y comienza a gritar.

No distingo sus palabras. Entre las voces de Martín, los ruidos y la tensión, lo que dice es incomprensible. Comprendo que trata de hacerse entender a voces. Seguramente alertando a los que están dentro. Tal vez grita en caló.

Bastia pulsa un interruptor y estalla la luz en el rostro del Ladislao. Es la primera vez que nos vemos cara a cara. Ya no parece una calavera. Sólo un hombre enfermo, que se calla repentinamente pero no aparta sus ojos de mí.

Bastia pega un tirón de las ropas de la cama. Descubre una gorda en camisón. Las

tetas se le desparraman como sacos de harina. La mujer grita tanto que por un instante perdemos la noción de la realidad.

—O se calla o la dejo sin dientes —le grito.

Entonces el codo de su marido se estrella en su boca y la mujer se calla tan repentinamente como un aparato al que le quitas la electricidad. Un hilo de sangre brota de sus labios, la escupe con menos desprecio del que observo en su mirada cuando eleva sus ojos negros.

El Ladislao ni siquiera mira a su mujer. Es una paya gruesa que apenas puede taparse las enormes y blancas tetas con el camisón.

Seguimos oyendo voces en el interior de la casa, pero ahora se disgregan entre silencios muy hondos. Precaución y avance se suceden como pasos en arenas movedizas.

Le hago un gesto y Bastia avanza por los pasillos, por si alguien lo necesita.

De pronto, apenas han pasado treinta segundos desde que entramos, estalla una ventana y enseguida vemos a Alex y Leandro entrar en la casa, con las escopetas en la mano.

—Mirad adentro. Esto está controlado —les digo.

Oigo los gritos de Martín. Le grita a alguien que salga con las manos arriba o disparará. Sé que lo hará. Repite la amenaza tres veces. No obtiene respuesta. Oigo una sorda explosión y luego toses y voces, y me llega el olor acre de los gases. Doy orden de salir inmediatamente. Antes, damos unos culatazos a las ventanas para que circule el aire.

El Ladislao y su mujer se quedan de pie ante la tapia de su casa. Luego van saliendo un primo canijo y con cara de mala leche que ya está esposado y luego otro, éste mayor que el primero, grueso y bajo, con el pelo revuelto y bigote. Una segunda mujer es puesta también frente a la tapia. Entre todos, organizan un buen concierto de toses.

Tras ellos sale Martín. Lleva una máscara de gas y arrastra a un gitano renegrido que parece haber dejado de respirar.

—Llama a una ambulancia —digo a Medel, a quien descubro a mi lado.

Medel repite la orden y Bastia corre hasta mi coche. Veo el rostro de Medel. Tiene los ojos desencajados y la mandíbula apretada. Imagino que mi rostro debe expresar el mismo temor. Procuero calmarme mirando a Martín. Se quita la máscara de gas. Tiene el rostro cansado, con expresión de tensión, pero siento vergüenza ante su ausencia de miedo. Martín arroja la máscara a un lado y le da una patada al cuerpo del gitano tendido a sus pies. Me mira, pero no es para pedirme disculpas.

Medel llama a Damián, que se había quedado apostado a la espalda de la casa. Llega en un segundo. Luego, comprueban si se puede respirar ya dentro de la casa y entran para registrarla. Martín se queda conmigo, esposando a los detenidos.

Miro a mi alrededor y compruebo con sorpresa que no se ha encendido una sola luz en todo el barrio. Nadie quiere mirar. Nadie quiere saber nada.

El Ladislao protesta porque los tenemos frente a la pared, ya esposados, casi desnudos. Dice que es inhumano tener a su mujer y a su prima desnudas delante de los chapas.

Martín se le acerca por detrás.

—Si no te callas, me la follo ahora mismo.

El Ladislao capta enseguida el mensaje y se calla. El primo del bigote comienza a decir algo, pero Martín de un salto se sitúa junto a él y el otro se calla como si le hubieran cortado el cuello de un tajo. El más joven masculla insultos. Martín le da una patada en la rodilla y cae al suelo.

—Dile que se calle —ordena.

Y señala a la prima del Ladislao, que está soltando maldiciones gitanas entre dientes. Martín, por si acaso, se sitúa tras la prima, una mujer más joven que la del Ladislao, con el pelo negro recogido tras la nuca y su cuerpo traslúcido bajo el camisón traspasado de luz. Martín le hace la señal de la Cruz y le grita al oído:

—Que le pase a tus hijos el doble, asquerosa.

La gitana se calla súbitamente.

Enciendo un cigarrillo. Trago saliva y suavizo mi garganta. Ya domino la voz lo suficiente para llamar al juez y confirmarle que la operación de entrada y registro ha ido bien, sin heridos. Aún es pronto para decirle lo que hemos encontrado, pero cumpliremos el trámite esperando al secretario del juzgado. Le digo al juez que enviaré un coche para traer al secretario. Me callo que sólo lo haré cuando todo haya acabado.

Entro en la casa y encuentro que la primera habitación, donde dormía el Ladislao con su mujer, parece sacada de una foto antigua, de hace treinta o cuarenta años, de un cortijo pobre. Tiene el techo de yeso y cañas y maderos resquebrajados y al aire. Paredes encaladas, alféizares bastos y ventanas de madera reseca. Además de la cama deshecha, un sofá viejo, una tele antigua y una mesa camilla donde falta una vieja al brasero para que la imagen sea completa. Unos cuantos retratos y un calendario es todo lo que cuelga de las paredes.

—Vaya una mierda de casa —comento.

—Estos gitanos viven como animales —dice Bastia—. ¿No huele?

—Sólo puedo oler a gases y a pólvora —digo, pero porque no quiero comentar que también huelo un olor más poderoso, más antiguo, más profundo: olor a humanidad cruda. Olor a celdas, olor a barracones, olor a refugiados. Olor a derrota.

El resto de las habitaciones sigue el mismo patrón.

—¿El Ladislao vive aquí? —pregunto, aunque sé de sobra que eso es lo que dicen los informes.

—Estos drogadictos no saben tener nada mejor —responde Bastia, que me precede por un pasillo—. El Ladislao es listo, pero consume su propia mierda y eso lo pierde —comenta.

En las habitaciones ocupadas por los primos del Ladislao encontramos armas, dos

automáticas, una Walter p22 y una Star de nueve milímetros. También hay una repetidora del doce, con los cañones recortados. Pero lo mejor está en sus equipajes. Suficiente farlopa para meterlos en chirona varios años.

Pero no encontramos nada en el resto de la casa. De modo que el Ladislao se va a escapar, aunque trinquemos a los primos.

Estamos buscando durante más de dos horas.

Entretanto, el Ladislao y sus primos y las mujeres han sido conducidos a la habitación de la entrada, sentados en sillas y en el sofá viejo mientras procedemos al registro. Ninguno de ellos habla durante todo el rato más que algún comentario quejándose del trato que les dispensamos.

Mis hombres entran y salen, y cada vez que veo sus rostros observo una expresión más abatida. Y yo sé lo que eso significa: críticas internas y fracaso ante la opinión pública porque seguimos sin tener pruebas contra el mayor traficante de Baria.

Por eso me sorprende no encontrar una mueca de satisfacción en la cara aviejada del Ladislao. Tiene los ojos anclados en el suelo.

A medida que nos invade el desánimo y que damos por perdido el esfuerzo, menos ganas tengo de presionarle. Sé que no podré con él. Es perro viejo y mis advertencias, camufladas de consejos, no sirven de nada. Él sólo dirá lo que le convenga.

Finalmente, tan sólo encontramos unos puñados de billetes y un par de gramos de coca en la cocina, junto al azúcar, como si fuera un condimento más. También hay una papelina de heroína. Siento cómo el Ladislao se me escurre entre los dedos. Ya me lo habían advertido. Es más listo que el hambre. No recuerdo quién lo dijo, pero fue nada más llegar a Baria y acertó de pleno.

Acepto que sólo hemos cogido a los primos. Armas, un kilo de farlopa y una bolsa de pastillas.

Cuando damos por concluido el registro, vuelvo a la habitación de la entrada. Los primos están sentados, con las manos esposadas a la espalda, frente a una pared. Las mujeres están también esposadas, pero sentadas en el sofá, y alguien les ha echado una manta por encima.

Nos maldicen entre dientes.

El Ladislao se encuentra tras ellas, en una silla. López está apoyado en la pared, callado. Mira al Ladislao y luego me mira a mí. De pronto, se va hacia los primos, como si estuvieran haciendo algo.

—Mira la pared —dice a uno.

El primo canijo se endereza y mira la pared.

El Ladislao busca mi mirada. Mueve la cabeza señalando la calle. Tiene que hacer el gesto tres veces para que entienda. Tal vez me estoy volviendo estúpido.

—Ven conmigo —le digo, asiéndole violentamente del brazo.

Lo arrastro hasta la calle, dejando atrás las protestas de las mujeres y de los

primos, a quienes López y los otros intentan hacer callar. Cuando estamos frente a su casa señala un coche situado al otro lado de la calle.

Al llegar, trastabilla, da tres malos pasos y se estrella contra la chapa del coche. Grita.

—¿Qué les estás haciendo a mi marío, joputa? —grita la mujer desde la casa.

—¡Cállate! —se oye la voz de López.

El Ladislao mira a su alrededor.

—Tenemos que hablar solos.

Martín y Alex que fumaban fuera de la casa, nos miran. Les hago un gesto para que vuelvan a lo suyo y me llevo al Ladislao tras el coche. Ellos piensan que voy a macerarlo un poco y se meten en la casa.

—¿Qué coño quieres? No me hagas perder el tiempo y no me vengas con mierdas o te hincho a hostias —le advierto al cadáver andante que tengo delante. Puedo abarcar el grosor de su brazo en mi mano, como si fuera el de un niño.

El Ladislao tiene los ojos oscuros y unas ojeras que le parten la cara en vertical. Resaltan los pómulos y la nariz como si estuvieran esculpidas en piedra. Tiene los labios finos y resecos.

Está callado unos segundos, mirándome como si me estudiara. El Ladislao sabe quién soy yo y yo supe nada más llegar a Baria quién es él. Pero nunca nos habíamos visto de cerca. Nunca habíamos hablado. Yo había estado esperando mi oportunidad y él había continuado con sus negocios. Nos llegó un soplo. Parecía que planeaba comprar más cantidad de la habitual. Interpretamos la visita de sus primos como el momento oportuno. Esperábamos cogerlo esta vez y hemos fracasado.

—No tienes na contra mí, jefe —dice el Ladislao. Hay un brillo de sorna en su mirada.

Sé que es verdad, pero reconocerlo es una humillación.

—Lo que has pillao era de mis primos. Así tiene que ser.

—¿Y si pongo que la mitad era tuyo? Puedo hacer el informe como me salga de los cojones.

—Pero eso no es verdad.

—¿Y a quién le importa cuando se manda al talego a un chorizo de mierda como tú?

El Ladislao mira la casa. Me pide un cigarrillo.

—Te puedo decir donde tengo las cosas.

Tras pensarlo, le doy el cigarrillo. Quiero oír lo que sigue.

—¿Qué quieres decir?

—¿Le has cogió bastante a mis primos?

—No te entiendo, Ladislao.

—Que si has cogió bastante a mis primos para enchironarlos cinco años por lo menos.

—¿Tienen antecedentes penales?

El Ladislao asiente.

—No van a tener... —me mira como si yo fuera imbécil.

—Entonces sí. Los tengo por la farmacia y las herramientas.

—Yo no tengo antecedentes penales —dice el Ladislao.

En la penumbra quiero observar una sonrisa en sus labios. Está satisfecho de sí mismo.

—Lo sé. Nunca te han cogido.

—Pero ahora sí quiero que me cojan.

Debo poner cara de tonto, porque el Ladislao comprende que no lo sigo.

—Tienes que pringarme, tío. Pero yo te diré dónde está lo gordo y un buen dinero. Eso para ti. Serás un héroe, que has pillao al Ladislao. Pero me tienes que jurar una cosa.

—¿Qué?

—Que protegerás a mi hijo.

Medel me llama y se acerca a nosotros. Levanto la mano en señal de que espere. Medel se vuelve hasta la casa.

—Yo no tengo nada que ver con tu hijo. Dime qué coño quieres.

—Si yo no voy al trullo, mis primos pensarán que hay algo raro y me dan voleta. Y si no pillas el material, los primos de mis primos vendrán a por él y se llevarán por delante lo que pillen.

—Y el material lo tiene tu hijo.

Un tío listo, el Ladislao. Podemos ganar todos. Menos los primos. Vale.

—¿Dónde está el material?

—¿Me lo juras por tu hijo? ¿Juras que protegerás a mi hijo?

—Yo no tengo hijos.

—Dime que lo harás.

—Te voy entendiendo, Ladislao. Y no tienes más opción que confiar en mí. Así que empieza.

El Ladislao me dice dónde esconde el material. Y dónde hay dinero. Y lo que espera de mí. Y dónde está su hijo. Lo dice atropelladamente. Entre frase y frase pega una patada a la chapa del coche y grita, como si yo lo estuviera trabajando a base de bien.

Cuando lo agarro del brazo para volver a la casa, se tira al suelo y comienza a gritar. Que lo deje en paz, que no le pegue más.

—Pégame —pide en voz baja.

Le doy una patada en la boca, donde sangre con facilidad y otra en el estómago. Hay gestos que no se pueden fingir. El Ladislao se retuerce sobre el suelo. Gime. Ahora no simula.

Vienen Medel y López corriendo desde la casa. Me separan del Ladislao.

—El muy cabrón ha intentado sobornarme. ¡Me cago en tus muertos! —le grito al Ladislao, al que ya arrastra López hasta la casa mientras Medel me sujeta.

López intenta calmar al Ladislao, que no hace más que gritar entre barboteos de sangre «m'han matao», «m'han matao», y llora como un niño. Me mira como si fuera el mismísimo Demonio. Entro en la casa, seguido de Medel, que teme que haga una locura. Me acerco al Ladislao. López me mira como si fuera a matarlo. Le agarro la cabeza y la echo hacia atrás de un manotazo.

—En la comisaría te trabajaré a gusto, pedazo de mierda.

Los primos vuelven la cabeza y lo miran con pesar. Las mujeres lloran, haciendo saltar sus tetas dentro de los camisones.

—Tapa eso —le digo a López señalando a las mujeres—. Afuera con ellos. Recogedlo todo. Estoy hasta los cojones de esta puta noche.

Encargo a Medel que traiga por fin al secretario judicial para que levante acta.

López se acerca y me pasa su teléfono móvil.

—Una llamada de comisaría, jefe.

El agente me dice que un detective llamado Ernesto Durán dejó hace horas un mensaje urgente para mí. Ha dejado un número de teléfono. Cuelgo antes de que añada algo más. ¡A quién coño le importa ahora el detective de una compañía de seguros!

Salgo a la calle, a esperar al secretario judicial. Son casi las dos de la madrugada. Todo ha ido más rápido de lo que esperaba. Miro al cielo. Sólo negrura honda, muy alta, muy lejos.

Llega la lechera con las luces de emergencia. Pone una triste nota de color en la miseria que nos rodea.

Enciendo un cigarrillo y me quedo mirando la casa del Ladislao. La casa contigua permanece oscura y cerrada como un secreto.

El secretario judicial escribe el acta con tanta prisa como si fuera a propagarse un incendio en la casa. A las tres estamos ya en comisaría y esta noche sólo se le tomarán las huellas y se leerán sus derechos. El Ladislao no pide un médico y nadie le insiste. Todos piensan que me ha cogido miedo.

Llego a casa a las cuatro de la madrugada. Antes de abrir la puerta, camino hasta la arena de la playa. Casi me mojo los pies. Recuerdo un sueño recurrente, uno de los pocos que tengo o que recuerdo. Un mar que, de pronto, se queda quieto, sin vida. Me asusta. Vuelvo la mirada hacia mi casa. Es un bungalow algo anticuado, situado entre Garrucha y Mojácar, en el interior de una curva que describe la carretera. Alguien, cuando era legal construir tan cerca de la playa, había levantado una pequeña urbanización de bungalows con porches y jardincito, de paredes blancas y ventanas azules. No vale mucho, pero me encanta vivir tan cerca del mar.

Abro la cerradura con tanto cuidado como un randa. Las farolas de hierro negro que hay en la urbanización esparcen luz suficiente para mantener en penumbra el interior de la casa. Puedo ver claramente la distribución de volúmenes en la

oscuridad. Respiro pesadamente y me despojo de la pistolera. Enciendo un cigarrillo junto a la ventana.

Miro el mar, aunque no encuentro respuesta a lo que me pregunto. Pero oigo su respiración como si fueran los propios pulmones de la noche. Y una especie de esperanza convertida en el sueño de su cuerpo envuelto en oscuridad se apodera de mí. Me odio a mí mismo cuando no me domino, cuando ella es más fuerte.

Entro en el dormitorio y me siento en la cama, desnudo. El relieve de su cuerpo bajo las sábanas al alcance de mi mano. Siento su calor y su respiración. Miro la ventana situada enfrente, rendido de antemano. Sé que abre los ojos y me mira. ¡Por Dios! Lo sé porque donde sus ojos miran arde mi piel. Pero luego oigo cómo se vuelve sobre sí misma y se aísla. Es como una bofetada.

Necesito amarla. Y la necesito más aún porque he sentido miedo.

Me levanto y me voy con mi deseo y mi rencor. Me tiendo en el sofá, escondido en un saco de dormir. Abro un poco la ventana, a pesar del frío, para oír el oleaje.

15 DE DICIEMBRE

Nada más llegar a la comisaría, me asalta Ernesto Durán. En ese momento, recuerdo la llamada de anoche.

—Tenemos el coche —dice.

—¿Qué coche? —pregunto sin detenerme.

—Tengo el coche —rectifica Durán, que ahora camina a mi lado por los pasillos de comisaría—, con que atropellaron a Ana Arnedo.

—¿Cómo lo ha encontrado? —me detengo de repente. Realmente, me ha impresionado.

Durán cuenta en un instante que había seguido a Enrique Salgado la tarde anterior y que éste lo condujo hasta un desguace donde está el coche.

—Después de vuestra visita, me quedé esperando. Tampoco podía hacer otra cosa. Quería ver cómo reaccionaba tras ser interrogado por la policía. Y ¡Bingo!

Nos había seguido a nosotros para ver qué hacíamos. No sabía si cabrearme o felicitarlo.

—Él sabe qué coche es. No hay duda —recalca entusiasmado el detective—. ¿Por qué iba a preocuparse por un coche que está en un desguace si no fuera porque se trata del coche que atropelló a su esposa?

—Creo recordar que Enrique Salgado tiene una coartada sólida. Que estaba en casa cuando ocurrió —objeto.

Durán comenta que está claro que es un asesinato por encargo.

Yo también lo pienso.

Dejo a Durán esperando en el vestíbulo y subo a mi despacho. Llamo a Medel, que acude enseguida. Le cuento lo que me ha dicho Durán y se le ponen los ojos en órbita. Alucina.

—Mi intuición no me ha engañado —se exalta.

A veces, Medel es demasiado ampuloso en sus declaraciones. Tiene un punto de vanidad que no sabe disimular. Lo que hay que hacer hasta el interrogatorio del Ladislao es trabajo burocrático, rutinario, así que lo dejo al cargo. No puede disimular su decepción cuando me ve abandonar la comisaría.

Durán me conduce hasta el Desguace Salinas. Circula demasiado rápido, pero no voy a permitir que me deje atrás un aprendiz de policía.

Ha amanecido un día de nubes altas que dejan claro y fresco el cielo. El sol se estrella en las nubes y se difumina como la luz de una inmensa tulipa sucia.

Lo único decente del Desguace Salinas es que no se ve desde ninguna carretera principal. En una hectárea de terreno se acumulan esqueletos de chatarra. Y la única construcción, una oficina, parece construida con la misma chatarra.

Aparcamos y Durán me dice que la noche anterior había apreciado cierta hostilidad del dueño hacia Salgado. Los había espiado con unos prismáticos nocturnos. Señala dónde estaba apostado, en un recodo de la carretera.

—Prácticamente lo echó de mala manera. Lo sé por los gestos. Luego se montó en un Land Cruiser y se piró levantando tierra, como si estuviera cabreado —explica.

La verja está abierta. Hay un Land Cruiser cubierto de polvo ante la puerta de la oficina. Un hombre con un sucio mono verde sale a la calle y no le gusta lo que ve. Guarda un móvil en un bolsillo del mono.

Le pongo la chapa en las narices y balbucea al pronunciar las primeras palabras.

Se llama Miguel Salinas. Lleva un sudado mono de BP. Sus manos están negruzcas y su cara tiene tiznajos y barba de varios días. Una sombra vela sus ojos y entorna los párpados para mitigar la luminosidad del día.

Le preguntamos directamente si tiene un Range Rover en su desguace y enseguida nos conduce tras la oficina. Se trata de un Range gris metalizado, sin matrícula, sin parachoques y sin capó. El lateral derecho está abollado.

—Los que guardo bajo el techao no están tan mal —dice Miguel Salinas—. Los voy desmontando poco a poco —aclara—. Tienen muchas piezas que valen todavía. Y se trata de coches caros. Así se les saca más dinero.

Dos Mercedes de unos quince años de antigüedad, un Volvo aún más viejo y un XM harto de vivir son los coches que hay junto al Range.

Le pregunto si recuerda de dónde sacó el Range.

—No lo sé. Tendría que mirar las fichas. Pero el coche estaba aquí cuando yo compré el negocio. Muchas fichas de coches se han perdido. El dueño anterior del desguace perdió los papeles. No me dio ni uno.

Durán tiene ganas de preguntar muchas cosas, pero lo paro en seco con una mirada.

Le pregunto a Salinas si le importa que nos llevemos el coche. Protesta, se queja de que perderá mucho dinero. Le prometo que se lo devolveremos pronto, que para las comprobaciones bastará con que esté unos días en el garaje de la comisaría.

—Si me hacen un recibo —admite finalmente, de mala gana.

Le digo que sí, que lo firmaré. Así evito pedir una orden en un caso que no existe como tal. No podría justificar la petición siquiera. Miguel Salinas se aleja y entra en su oficina para preparar el recibo. Durán me lleva junto a nuestros coches.

—Ese Range Rover que hemos visto es el mismo que había anoche. Pero ahora no tiene cristales. Apuesto a que también tiene borrado el número de chasis.

—¿Por qué?

—Anoche entré tras Enrique Salgado...

—Eso es allanamiento —digo irónicamente escandalizado.

—¡No me joda! Yo vi a Enrique Salgado subido a este coche. Estuvo un rato. Luego se ocultó en él porque volvió este tío del desguace. Y esperó a que se fuera de nuevo para salir. Cuando se marchó Enrique Salgado inspeccioné el coche. Apunté el número de bastidor. Y ahora no tiene cristales. Este tío ha venido esta noche y se ha deshecho de los cristales y ha borrado el número del chasis. Seguro. ¿No ha visto la cara que tiene? Este tío no ha dormido en toda la noche.

Lo que dice el detective tiene toda la lógica del mundo. Pero aún no quiero interrogar al hombre del desguace.

Durán protesta.

—Es el momento de interrogarlo. Si pasan las horas, le dará tiempo a preparar las respuestas —insiste.

—Usted mismo ha dicho que su actitud ante Enrique Salgado fue hostil. Eso significa que no estaban concertados entre ellos o que han discutido. Así que como no sabemos nada, nada preguntaremos aún.

—Este tío ha hecho desaparecer el número de chasis y eso significa que sabe algo.

—Si es cierto lo que usted dice, sobre ese punto nunca podrá preparar una respuesta satisfactoria.

Durán se calla. Le pido el número de chasis que tomó anoche.

En menos de media hora una grúa se ha llevado el coche. Ernesto Durán se despide y sale levantando polvo del desguace.

Intenta abrirse paso un sol húmedo que no acierta a disipar la bruma, aunque ya son casi las once de la mañana. Antes de introducirme en el Golf miro hacia la oficina. Está la puerta abierta y Miguel Salinas habla por teléfono. Hace un gesto de despedida con la mano.

En cuanto llego a la comisaría llamo a López. Le describo el desguace y le pregunto si conoce al anterior dueño. Sale cinco minutos para hacer una llamada. Cuando vuelve, está ufano como un niño grande que ha hecho bien los deberes.

—Ya sé quién es, jefe: El Pringao.

Deja el mote suspendido en el aire.

—¿Y...? Que era un desastre. Llevaba sólo el negocio y no veía tres en un burro. Sería normal que hiciera las cosas sin un papel.

—Hay que asegurarse. Ese Salinas ha dicho que no le entregó ni uno.

—Pues ese Miguel Salinas sí que es un pinta... —dice López.

Me pone al tanto de quién es el fulano.

—Un putero y un chulo —dice—. Alguna hostia le he soplao, jefe. Así que ahora es el que lleva el desguace... —se queda pensativo.

Antes de que le eche humo el cerebro, le encargo que averigüe en Tráfico la titularidad del vehículo cuyo número de chasis me ha dado el detective.

Pongo al tanto a Medel y se llena de ideas en un segundo.

—Los anónimos dicen la verdad. Lo que insinúan es cierto. Ahora estamos seguros.

—Ahora no estamos seguros de nada —lo aplaco—. No tenemos más que unas pocas sospechas. Ni un dato. Ni una prueba.

Se siente decepcionado una vez más. Es su sino. Le pregunto cómo va lo del

Ladislao. Dice que los primos se han negado a declarar, como preveía, y estamos esperando que venga su abogado desde Alicante.

No dirán ni media palabra hasta estar en presencia del juez. Para entonces ya habrán preparado la estrategia de defensa con su abogado. Pero no me preocupa. Tenemos las armas y la droga y se las voy a encasquetar sólo a ellos. Los tenemos cogidos por donde más duele.

—Sigue interrogándolos. Haz un trato con los primos de Alicante —digo a Medel.

—¿Un trato?

Medel no comprende que quiera hacer un trato con chorizos a los que hemos pillado con hierro y farlopa. Pero yo sé que se pondrán de acuerdo para que cargue uno con todo y los demás a la calle.

—Diles que no les imputaremos ningún delito a las mujeres si se inculpan ellos.

Aceptarán. Se lo explico a Medel. No voy por ellas. Si me allanan el camino para enchironarlos, bienvenida sea su presencia.

En cuanto al Ladislao, la cosa se ha complicado. Ya no era sólo el choro más famoso de Baria y a quien había que coger tarde o temprano. Ahora había que tener en cuenta otros aspectos. Eso era cosa mía.

Llama López a la puerta.

—Jefe —dice cuando entra.

Cierra la puerta cautelosamente a su espalda y mira a Medel. Aún tarda unos segundos en continuar hablando.

—El Lucas ha llamado a Remi Flores como abogado. Ha estado esta mañana en el hospital.

Nos quedamos callados, esperando la conclusión que todos pensamos.

—Ese abogado es un cabrón. Si lo ha llamado es porque hay escándalo —apunta López, como si no me hubiera dado cuenta.

—Y eso significa que me va a denunciar —digo yo.

—Y a éste también —aclara López señalando con poca educación a Medel.

—¿A mí? —se indigna Medel.

—¿Por qué te extraña? —le digo.

—Pero si yo no... —se detiene de repente, como si ahora comprendiera.

—También estabas allí, ¿no? —digo tranquilamente. Creo que estoy sonriendo mientras se lo digo.

Medel me mira en silencio. Ahora comprende que al haberle permitido subirse al coche lo he involucrado en las acciones del CSI. Ve la mierda tan alta que se ahoga. Ve volar por los aires su carrera. Y Medel es un joven policía ambicioso, que usa mucho la corbata.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

—Nada —digo.

Medel y López se quedan pasmados. Esperaban una respuesta contundente.

—¿Cómo que nada?

Medel parece más indignado conmigo que con el Lucas de los cojones.

—Un poco de publicidad gratis nos irá bien —comento.

—¿Cómo que bien? No voy a permitir que ese hijo de puta nos ponga en la picota. La policía de Baria no...

Casi grita y tengo que llamarle la atención. Se calma un poco. Se levanta de un salto, se acerca a la ventana y mira la calle. Luego se da media vuelta y nos mira.

—¿Y si hablo con él?

López me mira. Ha puesto unos ojos tan inocentes que se diría que no oye ni entiende nada de lo que está pasando.

—Bueno. Yo no tengo inconveniente —le invito, encogiéndome de hombros.

Medel se dispone a marcharse. Pero antes de salir, se gira hacia mí.

—No puedo creer que te dé igual. Si nos denuncia...

—Si hubieras estado en el Norte, como yo, no te preocuparía tanto la opinión de la gente.

Mi mentira ha sido convincente. Medel se va aplastando el pasillo. López me mira, expectante. Pero yo no tengo que darle más explicaciones.

—A ver si ha llegado la información de Tráfico —le digo.

Antes de que se vaya, le pregunto:

—¿Qué sabes del hijo del Ladislao?

López se aferra a la puerta como si la necesitara para mantenerse derecho.

—Bueno. No sé mucho. Es raro, porque el Ladislao siempre lo ha tenido fuera del negocio.

—¿Por qué es raro?

—Normalmente, utilizan a los menores como camellos porque no les pasa nada si los cogemos. Son inimputables. Pero él, nada de nada. Nunca. Como si su padre lo hubiera tenido alejado de todo. Además, es buen estudiante.

—Eso sí que es raro. ¿Qué edad tiene el zagal?

—Unos catorce años. Nos miramos, pensativos.

—El Ladislao quiere mucho a su hijo —dice López.

Es triste que un hombre tenga que registrar su propia casa. Aunque, en realidad, Enrique Salgado no se sentía triste. Se sentía humillado. Buscaba algo, pero no sabía qué.

Había descubierto un vacío en su vida anterior y no sabía cómo llenarlo. Ana había sido una esposa correcta. Lo había amado, de eso estaba seguro. Ella le había dado todo lo que tenía.

¿Y él? ¿Qué le había dado él? Le había dado un amor considerado al principio. Un matrimonio estable luego. Un estatus «de señora de» con el que ella se sentía completamente satisfecha. Ana era una mujer antigua en muchos sentidos. En

demasiados sentidos, le había reprochado él en ocasiones.

Y cada uno comenzó a interpretar su papel. Él era cada vez más el gran empresario, lo que más anhelaba para quitarse el sambenito de bragueta, de aprovechado. Ella, a vestirse elegante para cualquier cosa, a aparecer en todos los actos públicos dedicados a una buena causa y a adornar su indolencia de ocupaciones grandilocuentes y vacías.

Y a medida que aumentaban sus responsabilidades en la empresa, que era de Rafael y que éste había donado a su hija tras su primer infarto, para retirarse a descansar y a ver crecer los nietos que nunca le dieron, Enrique Salgado se distanciaba de ella, quien dependía emocionalmente de él cada vez más. Y cuanto más lo precisaba Ana, peor, pues él necesitaba entonces una vía de escape.

Es tan fácil como tener una cena de trabajo, como realizar un viaje de negocios o cerrar un trato. Siempre hay una ocasión propicia para que aparezcan mujeres.

El cuadro de familia inmóvil que veía cada vez que recordaba su vida con Ana se había resquebrajado. Se había quedado sin fondo que lo sustentara. Enrique Salgado no comprendía por qué ahora necesitaba urgentemente saberlo todo acerca de Ana, cuando había pasado un año de su muerte. Sentía remordimientos por no haber sufrido más. Pero los había ocultado sin esfuerzo en el fondo de su corazón.

Tal vez intentara encontrar en lo que Ana pudiera haberle ocultado una compensación a su deslealtad con la que aplacar cierto sentimiento de culpa. O tal vez sólo era una excusa para ocultar su vanidad herida. O tal vez buscaba una explicación a la insidia lanzada por el policía. Porque si la idea de que Ana hubiera sido atropellada deliberadamente, de que hubiera sido ¡asesinada!, era terrorífica, mucho más lo era profundizar en las sospechas que nacieron un segundo después de que el policía le preguntase por el coche.

Salgado miraba el antiguo dormitorio donde había dormido con Ana. Apenas se habían amado allí, porque Ana había muerto tan sólo unos meses después de que la casa estuviera construida.

Lucía había respetado el dormitorio. Estaba tal y como había estado en vida de Ana. Le extrañó que una mujer permitiera el recuerdo de otra de una forma tan evidente. Pero también recordó que no había entrado en la habitación desde entonces. Lucía, astuta, había dejado allí el testimonio de su pasado. Para que él no lo rozara siquiera. Y comprendía que era como si la casa tuviera una habitación menos y su corazón y su memoria un compartimento innecesario y olvidado.

Nunca hasta ahora había pensado en esto. Pero era cierto que a veces había tenido la sensación de que Lucía se adelantaba a sus propios deseos, a sus propios pensamientos. Comprendía su naturaleza humana como si la viera a través de un cristal.

Rebuscó en los cajones de una cómoda y en el vestidor y no encontró más que ropas de Ana. Pensó que debía pedirle a Rosario, la cocinera, única empleada que ahora permitía Lucía además del jardinero, que se encargara de hacer desaparecer

todo aquello.

Las ropas de Ana exhalaban un aire siniestro, evocando el cuerpo muerto que ya nunca volverían a vestir.

En el tocador había múltiples cajitas de joyas y complementos de lujo de todas clases. Salgado recordó vagamente algunos artículos, una pulsera, un reloj de oro que él le regaló, unos pendientes y una sortija de diamantes. El resto, a pesar de su abundancia, nada le decía. Como si los hubiera visto en el escaparate de una joyería.

Salió del dormitorio y recorrió la casa, esperando que se le ocurriera algún lugar donde Ana hubiera podido ocultar algo, una carta, un regalo dedicado. Pero comprendió que aquello era estúpido. Jamás antes se le hubiese ocurrido pensar que Ana guardara secretos y las vagas elucubraciones no se debían sino a la exasperación en que vivía desde la visita de los policías.

Entró en la cocina. Rosario estaba limpiando pescado y enjuagando verduras. Una luz tamizada entraba por un ventanal y atravesaba la habitación desnudando el aire. Salgado entornó los ojos al mirar la ventana.

—Las ropas de Ana, Rosario. Debería usted quitarlas del vestidor. No tiene sentido...

La mujer le ayudó.

—Claro. Las pondré en otro sitio.

Salgado no quiso decir que debía tirarlas. O regalarlas. Rosario había trabajado para Ana durante varios años y la quería mucho. No quería parecer desconsiderado. Salgado se sirvió un poco de agua.

—¿Está enfermo, señor? —preguntó Rosario. Nunca había tenido mucha confianza con él y le seguía llamando señor.

—No, ¿por qué?

—Como no ha ido a trabajar.

—Estoy buscando algo.

La mujer dejó el cuchillo sobre una encimera de granito que ocupaba el centro de la cocina.

—¿Puedo ayudarle? Si me dice lo que es.

Rosario tendría unos sesenta años. Era gruesa y fuerte. Tenía la piel muy blanca y el cabello gris. Sus ojos eran pequeños pero inquietos. Salgado se preguntó lo que pensaría si le dijese...

—Estoy buscando unos documentos que debió tener la señora... Ana.

—¿Qué clase de documentos?

—No estoy seguro, Rosario. Puede que... ¿No sabe usted donde guardaba ella sus cosas más íntimas? ¿O las más importantes?

—¿Ha buscado en el dormitorio?

—Claro. Por eso he visto toda su ropa que...

Rosario se limpió las manos en el mandil blanco que le cubría el pecho y le llegaba hasta las rodillas. Salgado observó que la mujer emitía un chasquido antes de

comenzar a hablar, como si lo estuviera pensando.

—A veces, señor, la vi guardar cosas en el mueble de la entrada.

—¿Qué mueble?

—El paragüero antiguo que compraron en Madrid. El que hubo que restaurar. Hay un cajón en el interior. Aunque no sé qué pudo guardar allí. La señora no tenía secretos —dejó caer.

—Claro que no, Rosario —se disculpó Salgado—. Es que he perdido algo y tal vez ella lo guardó.

El amplio vestíbulo. Mármol y maderas. El suelo de granito negro. Dos amplias escaleras se elevan hasta el piso superior en semicírculo, una a cada lado. Bajo la escalera se abre un *hall* que da paso al piso inferior. Y entre el hall y la escalera, Ana colocó un paragüero de finales del XIX, debidamente restaurado, con el que se había encaprichado.

Salgado examinó el mueble por todas partes y no descubrió más cajón que uno frontal donde apenas cabían otra cosa que una linterna y las llaves del sótano. Se agachó. Miró a un lado y luego al otro, pero no vio nada más. Entonces apareció Rosario.

—Perdone, señor.

Rosario alargó la mano y abrió un cajón que había pasado inadvertido a Salgado.

—Vaya. No lo he visto —reconoció él.

—Está tan bien hecho que las juntas de la madera no se ven —dijo la mujer.

Era un cajón más amplio donde se insertaba el cajón aparente que Salgado había abierto, ensamblados como cajas chinas.

—¿Quiere el señor un café?

—No, gracias.

Rosario se marchó a la cocina. Salgado extrajo el cajón completo y lo dejó en el suelo. Sólo había una pequeña cámara fotográfica digital. Salgado ahora estaba seguro de que nunca encontraría nada. Ana era... demasiado aburrida.

Devolvió el cajón a su sitio. Con la cámara en la mano se dirigió hacia el salón. Miró la terraza. Podía ver el mar, tan sereno como una noche de verano, pero gris como una llanura de pizarra.

Dejó la cámara sobre un mueble y se dirigió a la terraza. Pero de pronto se detuvo. Volvió sobre sus pasos. Manipuló la cámara y pronto pudo ver las últimas fotografías que se habían tomado con ella.

Ana con un hombre en Las Ramblas de Barcelona, apenas tres meses antes de su muerte. Ana con ese mismo hombre frente a la Sagrada Familia, el mismo día. Ana y el hombre en la Barceloneta, junto al Puerto Olímpico. La fecha y las horas grabadas en el ángulo inferior.

La actitud de ambos invitaba a pensar que...

La última fotografía, Ana sorprendida casi desnuda en lo que parecía una habitación de hotel, despejaba cualquier duda de un manotazo.

Salgado se preguntó si le sorprendía. Lo pensó durante un rato y concluyó que no. Como si lo hubiera estado esperando. O como si lo deseara, en el fondo, para mitigar su remordimiento. Se sentía tan helado, tan distante de todo aquello, que le sorprendió la crueldad de sus emociones.

Le digo a Medel dónde voy y salta de la silla para seguirme. No quiere perderselo, ya que casi ha terminado el papeleo de los primos del Ladislao. Han aceptado el trato y se tragan el marrón. Las romís a la calle, a cuidar de los churumbeles y a convertirlos en unos buenos choros el día de mañana.

Salimos de comisaría y subimos al Golf. Yo conduzco, como casi siempre, y Medel no para de hacer preguntas, como siempre.

—¿El coche está a nombre de quién?

—Del padre de la actual mujer de Enrique Salgado.

—Pero has dicho que el coche no tiene matrícula ni número de bastidor.

—Alguien se los habrá quitado, ¿no?

—¿Y cómo sabes tú la matrícula si ya no está?

—El detective entró anoche en el desguace y dice que entonces sí estaba el número de bastidor. Lo anotó y me lo ha dado para su comprobación.

—Pero no hay pruebas de que el coche que tenemos en el sótano sea el mismo al que corresponde ese número de chasis.

—En realidad, no.

Salimos de Baria. Bordeamos la costa hasta Mojácar. Urbanizaciones, campos de golf, hoteles de lujo, el Mediterráneo inverna en un otoño apacible.

Lucía Ugarte tiene su negocio en el Centro Comercial situado al pie de Mojácar, junto a la playa. Arquitectura imitación árabe, blanca y surcada de callejuelas repletas de *boutiques* caras, joyerías y tiendas de muebles de diseño, bancos, restaurantes de demasiados tenedores, galerías de arte y la tienda de antigüedades de su propiedad.

Aparcamos en lugar prohibido y bajamos del coche. Medel masculla las preguntas y se siente derrotado antes de tiempo.

—Pero entonces no tenemos nada —comenta mientras caminamos.

—Claro que no tenemos nada. ¿Qué quieres si ocurrió hace un año?

—¿Crees lo que dice ese detective?

—Él tampoco tiene nada.

—Pero, entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Me intriga todo esto.

Descubrimos la tienda en una esquina del complejo. «Antigüedades Hera». Nombre de diosa. La cruel esposa de Zeus, que se vengaba de las amantes, forzosas o consentidas, de su marido.

Una chica muy joven nos atiende. El maldito maquillaje que oculta su piel la hace parecer mayor, pero los ojos y su cuerpo delatan su edad posadolescente. Alguien le

ha enseñado buenos modales.

—¿Puedo atenderles, señores?

Mientras habla camina hacia nosotros como una modelo y nos mira fijamente a los ojos. Pregunto por Lucía Ugarte.

—Doña Lucía está ocupada —responde—. Tiene...

Le muestro la placa con un movimiento de muñeca magistral, como el de un mago enseñando la carta imposible en un juego de manos. Queda tan fascinada que apenas puede replicar. Vuelve sobre sus pasos. Nos fijamos en su culo perfecto y no queremos que se acabe el paseo. Entra en una oficina situada al fondo de la tienda.

Apenas nos da tiempo a reparar en los objetos distribuidos para su exhibición y venta. Muebles de ebanistería y de hierro forjado, relojes de pared, adornos de cristal y de bronce y de plata, lámparas, esculturas, cuadros, tapices. Todo huele a clase y a dinero.

Como la mujer que avanza hacia nosotros. Parece surgir de la nada, porque todo lo que queda tras ella, a medida que avanza, desaparece. Esta mujer eclipsa lo que ocurre a su alrededor.

Viste una falda negra de terciopelo y una blusa encarnada. Las piernas han sido muy bien torneadas y la blusa contiene la carne que no puedes dejar de imaginar.

—Buenos días.

Nos tiende la mano. Su tacto es suave y firme. No podía ser de otro modo.

Sonríe. Intento adivinar si sus labios rojos están maquillados. Tiene unos inmensos ojos azules que me recuerdan el mar que acabo de dejar a mi espalda y el resto de sus rasgos son los de una muñeca de porcelana.

—Me ha dicho Nati que son ustedes policías.

—Así es. ¿Podemos hablar con usted un momento? Medel se ha quedado mudo, pasmado.

Nos invita a pasar a su despacho. La seguimos y las cosas van recobrando su presencia. Ahora vuelven a estar en su sitio, pero todas giran alrededor de sus pasos, como los planetas alrededor del Sol.

Su despacho tiene tanta clase que no podría describirla sino un crítico de arte. Maderas nobles, suelo de mármol que brilla como un espejo, cuero en las sillas de hierro, esculturas y cuadros que abrumen.

Se sienta frente a nosotros y cierra un catálogo tan pesado que habrán necesitado un árbol entero para cada hoja. Dice algo amable, pero sólo soy capaz de registrar su sonrisa.

Tras una vacilación de un segundo, no soy muy sutil.

—Deseamos saber si es usted propietaria de un vehículo. Un Range Rover gris metalizado, matrícula 9859 KMA.

Espera unos segundos antes de responder.

—No recuerdo la matrícula. Pero tuve un Range Rover. Aunque el propietario era mi padre.

—¿Guarda documentos de ese coche?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Puede decirnos qué hizo con él?

—Sufrí un accidente hace un año y medio aproximadamente. El coche quedó destrozado y no sé nada más.

—¿Conoce el Desguace Salinas?

—¿Un desguace? No. Por Dios. ¿Qué iba a hacer yo en un desguace?

Se ríe y muestra unos dientes blancos, pequeños. Su sonrisa ensancha su cara, haciéndola menos perfecta, pero más viva. No puedo imaginar alguien a quien no le guste esa sonrisa. Tampoco yo puedo imaginarla en un desguace.

—¿Por qué no reparó el coche? —pregunta Medel, que ha debido despertar.

—Mi marido me recomendó no arreglarlo. Nunca quedan bien. Responde sin mirarlo, concentrando en mí su mirada. Yo me defiendo como puedo.

—¿Conocía entonces a su marido?

—Sí. Enrique y yo éramos amigos. Él se ocupó de todo.

Dejo suspenso el silencio unos segundos. Pero ella lo interrumpe.

—¿A qué viene ahora preguntar por ese coche?

Sus ojos son francos como una ventana abierta al cielo. Guarda la sonrisa en los labios mucho después de que las palabras se acaben, hasta que le respondo.

—Puede ser que ese coche se utilizara fraudulentamente tras el accidente —digo.

—No entiendo —responde.

Antes de que pueda hacerme otra pregunta, continúo:

—¿Nadie le ha hablado del coche desde entonces?

—No, ¿para qué?

La miro fijamente unos segundos. Tengo más preguntas. Muchas más. Pero camino sobre barro. Acaricio la idea de volver a verla. Mejor que pasar por estúpido acumulando preguntas inciertas.

—Me gusta —digo al tiempo que me echo hacia atrás en la silla y cruzo las piernas y pongo cara de satisfacción.

Parece sorprendida por mi repentino cambio de actitud. Medel no puede ya más con su cara de no enterarse de nada.

—La tienda —aclaró—. Lo que usted vende. Sonríe, aliviada.

—Hola, Marian.

Marian lo miró con expresión de fastidio.

—No tengo nada de qué hablar contigo. Si vas a seguir con lo de ayer, es mejor que te marches.

La había sorprendido cuando cerraba su negocio, un salón de belleza y estética en el centro de Baria.

—¿Puedo invitarte a comer? —preguntó Salgado.

—No.

La mujer echó a andar. Salgado se puso a su altura.

—Ya lo sé todo. Era Pablo.

—Vaya. Te has dado prisa. Eres un buen detective —comentó Marian, sarcástica.

—Ana fue muy descuidada.

—Tal vez quería que la descubrieras. Así al menos le hubieras prestado algo de atención.

Pasaban cerca de unas galerías comerciales. Salgado las señaló.

—Deja al menos que te invite a una cerveza. Quiero hablar contigo.

Marian detuvo la marcha. Suspiró.

—No he venido a reprocharle nada. Sólo quiero saber cosas.

Marian se adentró con indisimulada displicencia en la galería comercial. Llegaron hasta una taberna vasca y Marian se sentó ante una mesa situada en un rincón. Salgado fue a la barra y volvió con dos cervezas.

Salgado la miró y se preguntó por qué apenas la veía con hombres a pesar de ser una mujer atractiva.

—¿Querías mucho a Ana, verdad?

Marian dejó caer las gafas de sol que llevaba sobre la frente y oscureció su mirada. No tenía hermanos. Había sido amiga de Ana desde que eran niñas. Probablemente, Ana era lo más parecido a una hermana que no había tenido nunca.

—Creía que ella me amaba. De pronto, me he dado cuenta de que era una desconocida —confesó él.

—No era una desconocida. Sólo era una mujer despechada. Tú nunca has sido un buen marido —le recriminó con acrimonia Marian.

—La culpaba a ella, créeme. Quizá fui un egoísta, pero pensaba que Ana... Se lo merecía.

—No intentes justificarte. Lo tenías merecido. Una mujer tras otra y Ana, mientras, sufriendo.

—Ana... En fin, Marian. No sé cómo decirlo. Era como si ella me empujara de su lado.

—¡No lo intentes! No conmigo —saltó con rabia, oponiendo una mano enojada.

Salgado recordó que unos años antes Marian había sido engañada y eso la había marcado. Se lo contó Ana alguna vez.

—Todos los hombres se justifican de la misma forma. Cualquier excusa es válida. No. No te voy a compadecer por ello. Eres un... —Marian escupía las palabras.

—Vale. De acuerdo —aceptó Salgado—. Pero... necesito saber si hubo algo más.

—¿Si te engañó otras veces? Debería haberlo hecho, pero no. No lo hizo. Sólo cuando se sintió demasiado dolida.

Salgado bebió de su cerveza. Le costaba tragar, como si se le hubiera cerrado la garganta. Se sentía humillado, pero necesitaba saberlo todo.

—¿Duró mucho?

—¿Lo de Pablo? Sólo unos meses.

Advirtió cierta satisfacción en el tono de Marian. A medida que él se sentía más confundido, ella se vengaba sutilmente por su amiga.

—¿Cuándo fue?

A Marian le costó responder.

—Poco antes del... final.

Cayó un pesado silencio entre ellos.

—Al mismo tiempo que tú —añadió Marian.

Salgado la miró a los ojos y lo único que descubrió fueron dos cristales negros.

—¿Crees que me quería aún?

—¿Qué es? ¿Remordimiento u orgullo? Ana te quería. Demasiado. Pablo insistía en que pidiese el divorcio.

Marian se levantó. Cogió su bolso.

—No estoy segura de que Pablo fuese sincero. Ella aceptó. ¿Sabes que llegó a firmar una demanda de divorcio? Pero se arrepintió. No quería divorciarse de ti. Aún me pregunto por qué.

Salgado la vio alejarse y salir del establecimiento. Sentía un agujero que le ardía en el vientre, como una úlcera.

Era un edificio nuevo, de cinco plantas, situado en el centro de Baria, a la espalda de la comisaría. Tenía grandes balcones y una terraza que daban a un parque. Los bajos estaban ocupados por comercios y la gente caminaba por las anchas aceras sin prisas, mirando los escaparates de un estudio de fotografía, de una óptica y de una tienda de instrumentos musicales. Ernesto Durán aparcó su coche frente al edificio y esperó unos minutos. Un coche aparcado junto a la zona infantil del parque le había llamado la atención. Recordó que había visto uno igual en el cementerio, durante el responso por Ana Arnedo. Era un deportivo de dos plazas de color rojo. No había apuntado la matrícula, pero no podía haber muchos coches como ése.

Durán entró en el edificio con las llaves que le había entregado Rafael Arnedo. Subió hasta el tercer piso. Abrió la puerta de la vivienda señalada con la letra D.

Se encontró en un salón con cocina americana y una cristalera que daba a la terraza. Entonces oyó ruidos en el interior de la casa. Se mantuvo alerta. Luego cerró con cautela. A la izquierda había un pasillo y una puerta abierta que daba a un aseo. Durán avanzó lentamente por el pasillo que concluía en un dormitorio con cama de matrimonio, sendas mesitas de noche, un armario y un tocador sobre cuyos cajones un hombre se inclinaba.

—Vaya, vaya, vaya.

El hombre dio un respingo como si le hubieran pinchado en el culo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

La sorpresa y el miedo desfiguraron su rostro cuando gritó. Durán ató cabos con

la rapidez de un marino.

—Así que engañando al jefe con su esposa. Pablo tardó un segundo en reponerse.

—No sabe lo que dice. Durán obvió su excusa.

—No creo que a Enrique Salgado le haga mucha gracia saberlo, aunque ella esté muerta.

Ernesto Durán dio un paso hacia el otro. Ahora recordaba el coche que le resultaba familiar. Había visto subir a este tipo al coche al salir del cementerio.

Pablo reculó hasta que chocó con la pared. El detective puso la cara muy cerca de su acojonada expresión.

—¿Qué está buscando?

Pablo hizo un ingente esfuerzo por su dignidad.

—¿A usted qué le importa?

Durán se acercó aún más. Prácticamente lo aplastaba con su cuerpo contra la pared.

—Has entrado con tu propia llave. Éste era el piso de Ana Arnedo. Y yo quiero saber qué buscas.

Pablo se hubiera caído al suelo de no estar encajado entre la pared y el cuerpo asfixiante del detective.

—Sólo... Quería llevarme mis cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

Pablo dijo entre dientes que aún quedaba ropa suya en el armario. Durán lo soltó y miró en el interior del mueble y, por supuesto, no había ropa de hombre. Abrió los cajones y sólo encontró algunos objetos sin importancia. Pablo se había sentado en la cama.

—¿Qué buscabas? Es la última vez que te lo pregunto.

La voz de Durán adquirió de repente una ronquera amenazadora. Pablo sintió que aquel hombre lo intimidaba. Tomó aliento.

—Una cámara de fotos —respondió.

—Explícate.

Pablo dijo que le había regalado una cámara de fotos a Ana durante un viaje que hicieron a Barcelona tres meses antes de que Ana fuera atropellada. Era un viaje de una asociación a la que pertenecían ambos. Nadie imaginó nada. En esa cámara se guardaban fotografías de su relación.

—¿Por qué has esperado un año para buscarla?

—Porque la he buscado por todas partes y no la encuentro. Algo debió decirle la policía a Enrique porque se ha mosqueado y está preguntando cosas que antes ni se le pasaban por la cabeza.

Durán lo miró violentamente. Le dijo que saliera al salón. Aquí repitió el registro. Tampoco encontró nada. Pablo lo miraba desde un sofá. Cobró algo de color y de valor.

—¿Quién es usted?

Durán no respondió. Pero cuando concluyó la inspección, se volvió hacia Pablo, encendió un marlboro y lo miró con sorna.

—Vaya, vaya, vaya...

Dejó colgado el silencio en la expresión de desconcierto de Pablo. Un poco después, añadió:

—Cuéntame lo que sepas de Enrique Salgado.

Cuando vio sus pupilas dilatadas supo que le diría la verdad.

Medel dejó el coche en el aparcamiento que rodea el hospital de Baria. Esperaba encontrar poca gente en las horas primeras de la tarde, cuando ya el horario para las visitas y consultas externas ha concluido y sólo quedan los enfermos y unos pocos parientes.

El sol aclaraba el día y disipaba por primera vez la bruma. La luminosidad hacía brillar los coches aparcados.

Caminó hasta la entrada. Suspicao como era, buscó cámaras de seguridad. Sólo una en la puerta. Desvió la cara al entrar. Un vestíbulo amplio y vacío. López le había dicho el número de la habitación. Subió a la tercera planta y buscó el departamento de traumatología. La habitación se hallaba al final de un pasillo idéntico al resto de pasillos. Los arquitectos de hospitales construyen laberintos en lugar de edificios. Medel pensó que la confusión aumentaba la sensación de indefensión de pacientes y familiares. Y eso es bueno para la Administración.

Se cruzó con algunas personas que no le miraron a la cara. Algunos pacientes daban un patético paseo colgados de una percha de suero. Iban prácticamente desnudos bajo batas casi sueltas. Brazos y piernas enyesados, arquitecturas metálicas sobresaliendo de la carne. Parecía una romería de lisiados.

La habitación trescientos treinta tenía la puerta entornada. Medel miró discretamente. Alguien dormitaba en un sillón. Se veía el inicio de dos camas. Una estaba vacía.

Medel comenzó a sudar. La calefacción excesiva y la impaciencia, el olor irremediable de los hospitales. Sintió una arcada.

Estuvo un rato deambulando lo más discretamente posible por el pasillo. Encontró una habitación vacía y se introdujo en ella. Allí esperó un cuarto de hora. Luego salió de nuevo al pasillo. Para quien lo viera no era más que un familiar de otro paciente.

Finalmente vio salir a alguien de la habitación trescientos treinta. Era una mujer gruesa, casi anciana. La siguió por el pasillo y vio que subía a un ascensor.

Volvió sobre sus pasos y empujó la puerta con cautela. Unos pies sobresalían entre las sábanas de una de las camas.

Lucas estaba dormido. Tenía la muñeca derecha vendada. Una goma de suero pinchada en su brazo izquierdo. Un collarín mantenía rígido su cuello. Un apósito

cubría su ceja izquierda y la nariz estaba hinchada como una berenjena.

Medel lo observó con detenimiento y cierta prevención. Los labios habían engordado como el hígado de una oca, el ojo hinchado estaba cerrado y apenas se distinguía del hematoma que lo rodeaba. El CSI había hecho un trabajo a conciencia.

Medel apretó la bolsa de suero. Un gemido surgió desde lo más profundo del sueño de Lucas. Un movimiento involuntario de su mano izquierda donde ahora el suero entraba como un turbión de agua sucia después de una borrasca.

Lucas entreabrió el ojo derecho. Medel acercó la boca a su oreja. Le dio con los nudillos sobre el apósito de la ceja, para terminar de despabilarlo. Lucas chilló entre dientes. Medel habló en un susurro.

—No te acuerdas de nada. Saliste a la calle y te atacaron unos inmigrantes.

Lucas emergió del sueño bruscamente. Ahora sí estaba despierto. Su respiración se agitó. Su ojo sano buscaba una explicación. Medel continuó hablando lentamente, tranquilamente, como un padre paciente al niño revoltoso.

—Una palabra de más... Una denuncia contra la policía... Y la próxima vez será la última.

El cuerpo de Lucas se tensó bajo las sábanas. El terror le impedía moverse, pero su cuerpo se agitaba epilépticamente.

—¿Me entiendes?

Medel pegó otro apretón a la bolsa. Lucas gimió de nuevo. Dijo «sííí» con un sonido que se extraviaba en los abultados labios como pies en el barro.

—Te atacaron unos inmigrantes, ¿has comprendido?

Lucas movió la cabeza en señal de asentimiento. Medel pudo ver una lágrima que brotaba de su ojo izquierdo y brillantaba la carne entumecida. Decía que sí una y otra vez, aunque apenas podía mover el cuello. Medel soltó la bolsa de suero.

—¿Sabes una cosa? Basta dejar que entre aire en el catéter para que estés muerto.

Medel le dio un toquecito en el hombro y añadió con cierto aire de fatalidad.

—Es tan fácil matar a una persona. Lucas lloraba en silencio.

—No vuelvas la cabeza.

Lucas obedeció y Medel salió sigilosamente de la habitación.

No debería haber subido al coche del comisario. Pero reconoció que siempre le podía más la curiosidad que la prudencia. Había oído rumores. Y quería saber si era verdad.

A lo hecho, pecho. No iba a dejar que el cabrón del Lucas le jodiera su carrera.

Habitualmente almuerzo solo. Es un ejercicio saludable. Se come poco y se piensa mucho. Para esto, nada como un chiringuito de playa en invierno. Uno se siente impregnado de nostalgia frente a los ventanales que dan al mar. El Viento Sur es un buen lugar. Apenas hay gente y sólo se oye el oleaje salpicado de ruidos lentos de la cocina.

Pido un par de raciones de salmonetes y un litro de cerveza.

Compruebo que, como casi siempre, no tengo una idea precisa de lo que está ocurriendo. Repaso los hechos: los anónimos, el extraño atropello, un tipo que se hace rico gracias al braguetazo que dio con la muerta y una mujer espectacular que ahora comparte su riqueza y su felicidad. Y el sorprendente descubrimiento del coche, si lo que dice el detective es cierto.

Lucía Ugarte tuvo un Range Rover, como el del desguace. Pero nadie pudo identificarlo la noche del atropello.

Alguien encendió la mecha y han ocurrido muchas cosas. Pero, a decir verdad, aunque quiero creer que estoy ante un crimen, no estoy seguro de si me dejo llevar por mis prejuicios y todo esto no es más que una sucesión de casualidades y sospechas sin fundamento. O de simples infundios.

En realidad, no hay nada. Únicamente la belleza de Lucía Ugarte sobrevolando las ensoñaciones de un hombre sólo como la sombra de las gaviotas sobre la playa melancólica.

Pido un café y enciendo un puro. Fumo un rato vaciando la mente y buceando en mi intuición. El atropello de Ana Arnedo queda en un segundo plano. No tengo tiempo de jugar a los acertijos. Tampoco quiero pensar en el Ladislao. Lo que propone no se puede aceptar con la razón, hay que aceptarlo con las vísceras. Luego, se acierta o no.

Pienso en ello mientras conduzco camino de la comisaría. Me he reservado el interrogatorio del Ladislao. El trabajo burocrático está hecho. La actividad policial ha dejado de ser detectivesca para convertirse en una gestión burocrática del delito. Ya no existen los crímenes que se resolvían fruto de la deducción, de la inteligencia o de la intuición. Ahora se descubre la verdad a través de pruebas científicas y de la estadística. Nos limitamos a recopilar datos y éstos nos conducen a la solución. Los delincuentes ayudan, suelen salirse poco de la estadística y no tienen imaginación. Por eso me atrae el misterio de la muerte de Ana Arnedo. Casi deseo que se trate de un crimen para romper la monotonía.

Además, si finalmente se trata de un asesinato y no descubrimos al culpable, al no conocerse públicamente nadie lo tendrá en cuenta. Mi expediente y mi estadística particular no se van a resentir.

Un grupo de gitanos se congregan ante la puerta de la comisaría. Parece un funeral. Me miran con odio. Son los familiares del Ladislao y de sus primos. Me quito las gafas de sol y los reto con la mirada. Deben saber que eres peor que ellos.

Intento descubrir algún chaval de catorce años entre la gente, pero no lo veo.

López se presenta en mi despacho como un sargento chusquero. Dice que el Ladislao está ya en la sala de interrogatorios. Lleva allí tres horas, esperándome. Le digo que lo pase a la última sala de las tres que hay en el edificio. Es la única que no tiene cristales ni micrófonos.

López comenta excitado que están llamando de todos los periódicos de la

provincia y de las emisoras de radio y televisión locales, preguntando por la detención del Ladislao. Le doy órdenes tajantes de no decir ni media. Ya emitiremos una nota de prensa.

López me informa también, sin venir a cuento, de que ha llegado de Gobernación la orden de vigilar una manifestación la semana siguiente.

—Una manifestación por el agua. Quieren pedir agua. ¡Dicen que van a venir más de cien mil personas! —dice López.

—Otras cien mil personas no caben en Baria —le replico.

—Supongo que mandarán a los antidisturbios —advierde López.

—No te preocupes. Puedes ir a la manifestación.

—No era por eso, comisario —se queja.

Entra Medel. Se sienta frente a mí. López y yo nos quedamos mirándolo.

—Llevaré al Ladislao a la sala tres —dice López tras un largo silencio, porque Medel no abre la boca. Luego se pira.

—¿Por qué a la sala tres? —pregunta Medel.

—Porque lo voy a hacer yo.

—Pero yo...

—Lo siento. Después podrás leer su declaración.

Medel se queda callado unos instantes. Cuando voy a salir, dice lo que estaba reprimiendo desde que entró.

—Creo que he resuelto un problema.

Me dejo caer de nuevo en mi sillón y espero.

—He ido a ver a Lucas.

Me limito a seguir mirándolo.

—Pero tranquilo que nadie me ha visto —aclara.

—¿Y...?

—Simplemente, he hablado con él. Creo que le dieron la paliza unos inmigrantes.

—¿Ha prometido que no matará a su exmujer? —pregunto.

—No.

—Entonces no has resuelto ningún problema.

Me levanto y me abro. Hay cosas más importantes que hacer.

El Ladislao tiene mal aspecto. Su aire de Cristo después de la Pasión se ha acentuado tras la noche en la celda. Tiene la piel del color del cuero y tan arrugada como un pellejo viejo. Los ojos se le han hundido en las cuencas y el pelo encrespado parece más escaso. Huele a sudor frío y a encierro.

Me siento frente a él y enciendo un cigarrillo. Sobre todo para apartar el mal olor. Más humo vendrá bien para dejar de olerlo del todo y le ofrezco otro. El Ladislao enciende su cigarrillo haciendo pantalla con las manos esposadas.

—Aquí estamos seguros. Te he traído a esta sala porque no hay cristales ni micrófonos.

El Ladislao mira a su alrededor. Luego se agacha y busca bajo la mesa metálica,

anclada al suelo, que nos separa.

—No te voy a tomar declaración ahora. Primero quiero que hablemos.

—El trato sigue en pie —dice.

—Yo no hago tratos con chorizos.

—Sí los hace —afirma.

—¿A qué te refieres?

—Lleva dos años en Baria. Y yo lo conozco.

—No nos habíamos visto.

—Pero los dos nos conocemos, ¿verdad?

En eso tiene toda la razón.

—¿Qué quieres?

—Ya se lo dije. Yo le doy algo a cambio de algo.

—Tus primos se han tragado el marrón.

—¿Cómo?

—He dejado a las mujeres.

—¿Las iba a pringar?

—Claro.

Se queda pensativo un instante, mirándome. Como anoche, me está midiendo.

—Contra mí no tiene ná —suelta.

El Ladislao fuma de su cigarrillo y baja los ojos. No quiere retarme. Espera que yo asuma la verdad: que si él quiere, estará libre mañana mismo, en cuanto lo ponga en manos del juez.

—¿Qué me ofreces?

—Un buen caso. Usted se pone los galones, porque va a pillar al Ladislao. Y yo salvo a mi hijo.

Veinte mil euros y un kilo de farlopa. Yo lo encontraré todo esta noche. Detendré a su hijo, a quien pondré en manos de la Fiscalía de Menores. Luego tendré que encargarme de que lo envíen a un centro lejos de los primos del Ladislao.

Si no acepto, quedo como un imbécil. El Ladislao a la calle. Nadie valorará la detención de los primos. Y se me echará encima la Guardia Civil, porque les pisé su investigación.

Salgo de la sala tres. Ordeno que trasladen al Ladislao a otra sala. Él negará cualquier posesión de droga o armas. Luego, yo pondré en evidencia su mentira encontrando lo que hemos acordado. El zagal reconocerá después que el dinero y la droga son de su padre.

Dejo a Medel peleándose con las negativas del Ladislao.

El Ladislao me ha dado un teléfono. Entro en mi despacho y cierro la puerta. Marco el número. La voz de su hijo es demasiado ronca para tener sólo catorce años. Pero no sólo es madura su voz.

Luego llamo a López. Acude corriendo. Le gruño que cierre la puerta. López comprende que pasa algo grave y se arma de su expresión favorita de sorpresa e

inocencia. Es tan falsa como una máscara de carnaval.

—Cuando quieras que realicemos una operación, me lo dices directamente. No me venga con falsos chivatazos ni historias —le grito sordamente para que nadie nos oiga.

—No sé de qué me habla, jefe —protesta López.

—Del Ladislao. Claro que lo sabes. Y José Luis también. ¡Me habéis tomado el pelo con eso de que la Guardia Civil se me iba a adelantar!

—Pero, comisario...

López deja sus excusas en el aire. Se sienta frente a mí.

—Comisario. Hemos tenido que hacerlo. Si no... Esto era un baño de sangre. Los primos del Ladislao habrían matado a toda la familia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque conociéndolo, habría dicho que se mataran entre ellos.

—¡Joder, López! —ahora sí grito—. ¿Tan cabrón soy?

—No quería decir eso comisario.

—¿Tan mal policía soy?

López se piensa la respuesta.

—No. Es demasiado bueno, comisario.

Salgado miraba el horizonte desde la ventana de su despacho. Reflejos tangentes del sol inclinado enrojecían los tejados, el campanario de la iglesia, las azoteas de la ciudad.

Pensaba en la traición de Ana. En cómo la había ido despreciando hasta que ella cayó en la vileza de castigarlo con la misma moneda. Debió sentirse tan sucia. Ahora no sentía amargura ni celos. Se lo merecía, como había dicho Marian.

Pero aún así... se sentía humillado. No tenía derecho, pero no podía evitarlo. ¡Y, además, con Pablo! ¡Pablo!

Volvió rápidamente a su mesa de despacho y pulsó un botón del interfono.

Respondió Alicia, su secretaria.

—Alicia, ¿ha venido Pablo?

—No, señor. Ha llamado diciendo que estaba enfermo.

Salgado lo maldijo. Quería mirarlo a los ojos. Después de todo lo que le había dado, menudo hijo de puta.

Sonó el teléfono. Alicia anunció que lo llamaba Lucía. Salgado echó una excusa y colgó. Un segundo después volvió a sonar. Era Alicia. Lucía había dejado el recado de que a las diez debían estar en la fiesta.

No lo recordaba. Una fiesta en un nuevo hotel de Mojácar. Luego, unas copas. Se sintió anticipadamente cansado. Se sentó ante su mesa de despacho. Abrió un cajón y buscó un cigarrillo. Le gustaba estar en su despacho. Le daba seguridad. Los muebles de madera noble, los cuadros, las amplias vistas de la ciudad desde su ventana,

producían la sensación de hallarse unos metros sobre la superficie rastrera de la calle. También su dinero, el que Ana había puesto a su disposición y él había multiplicado.

Sin embargo, el engaño de Ana amargaba como el recuerdo de una enfermedad antigua. Y asomaba la nariz el temor por Lucía. No lo podría soportar. Lucía...

Levantó un portafolios. Miró un sobre grisáceo. Unas letras gruesas, realizadas con plantilla, indicaban que era «Para entregar personalmente». No tenía remite.

Extrajo una cuartilla del sobre. La volvió a leer: «¿Aún no se ha dado cuenta? Pregunte a su mujer dónde estaba la noche del atropello de Ana». Su mente se había bloqueado. No podía comprender qué significaba aquella nota anónima, hasta qué punto... quién... Le horrorizaban sus propios temores: el coche que había mencionado la policía, su visita al desguace, la reacción del hombre.

Salgado entró en el cuarto de baño adosado a su despacho. Se lavó la cara con agua fría. Se enjuagó la boca muchas veces, como si la tuviera sucia.

Había intentado averiguar quién había traído el mensaje. Pero había llegado en el correo ordinario. Su nombre y la dirección de la empresa estaban en el sobre. Lo había abierto él. Nadie más lo había leído. La insinuación no podía ser más evidente. No quería verla, pero estaba allí, como una mancha en el pecho. Se sentía encallado, como un barco entre el cieno. Debía hablar con Lucía. Debía aclararlo todo y olvidar esta pesadilla.

El *Centro de Acogida Baria* está situado en la carretera que lleva al interior del valle, a unos cinco kilómetros de la ciudad. Allí ya han acabado los cultivos intensivos y se extiende entre ásperos páramos, sospechosamente parecidos a un desierto.

Consta de una valla de obra menor y alambre y tres edificios. Uno central, donde hay una oficina y un comedor y un dispensario, además de varias aulas vacías, y dos a cada lado, donde se ubican los dormitorios de hombres y mujeres. Unas garitas para los servicios de seguridad están situadas a la entrada del centro.

Aparco frente al edificio central. Conocí al director nada más llegar a Baria. En realidad, me presenté a él y le pedí que cada vez que le envasen un grupo de inmigrantes, me llamase. Sólo quería hacerles una revista. Tarde o temprano encontraré al que busco. Sé que entrará en el país una y otra vez, aunque sea expulsado. Y si algo intuyo con certeza sobre mi destino es que algún día lo volveré a encontrar. Y entonces...

El director se llama Salvador. Un nombre muy apropiado para quien ejerce su labor. Salvador Aguilar. No llega a los treinta años y aún conserva, seguramente por eso, una fe implacable en el mundo y en los hombres.

Me recibe agradablemente. Me aprecia porque sabe que no tomo represalias gratuitas contra sus alumnos y que los dejo en paz y les permito moverse por la zona para buscarse la vida. A cambio, me sirve de fuente de información para un ambiente que, en principio, a nosotros nos está vedado.

Me estrecha la mano y me dice que los nuevos están en el dispensario, pasando revisión médica. Aunque ya fueron examinados hace dos días, cuando llegaron a las playas de Granada en una patera, Salvador insiste en que se les haga un nuevo reconocimiento. Están bien, en general, añade.

Cuando me dispongo a ir al dispensario comenta que ha oído lo de la detención del Ladislao. Me da la enhorabuena y dice que es lo mejor que puede pasar para las calles de Baria.

—No estés tan seguro —respondo.

Le explico que si el Ladislao está fuera de la circulación no sabemos quién vendrá a ocupar su puesto. Y que puede ser mucho peor.

Me mira sin acabar de entenderlo. Luego sonrío y me suelta lo de siempre:

—¿Cuándo me vas a contar por qué haces esto?

—Algún día —le digo.

Le doy una palmada en la espalda y camino hasta el dispensario.

Hay quince personas en total. En la patera han llegado casi cuarenta, pero el resto han sido diseminados por otros centros. Están sentados en bancos corridos pegados a la pared, esperando turno para pasar ante un médico y una enfermera, que los atienden en una sala contigua. La mitad moros, la otra mitad, subsaharianos negros.

Ninguno es el hombre que busco.

Hay tres mujeres y me dirijo a ellas en primer lugar. Saco una fotografía del bolsillo de mi americana y se la muestro. Les pregunto en mi rudimentario francés y en el no menos torpe inglés si conocen al hombre de la fotografía, si ha cruzado el Mediterráneo con ellos. Miran la fotografía sin interés y mueven la cabeza a un lado y a otro.

Voy pasando la fotografía ante los demás. Cuando llego al último, tiene la cabeza cubierta con la capucha de un *anorak*. Quito la capucha de un tirón. Es una mujer. Tiene la piel color chocolate, muy fina, tanto que parece tensada. El cabello negro se pega a su cráneo, corto y ensortijado. Tiene los labios gruesos y brillan sus pómulos, ligeramente elevados. Los ojos miran fijamente, con orgullo de reina negra.

Me alejo de ella, que no despega los labios. Me sigue con la mirada. Me detengo en la puerta del dispensario y espero. Ella se aburre de mirarme y desvía los ojos al suelo.

No se hacen largos los minutos observándola. Cuando se levanta para entrar en la enfermería, me deslumbra su presencia. Y eso que sólo viste, bajo el *anorak*, una falda sucia y larga hasta los pies.

Ya son más de las diez de la noche. No he querido volver a la comisaría. Quiero estar solo. Me tomo un par de cervezas en un bar de carretera y espero hasta la hora convenida. Entretanto, me llama Medel y me dice, frustrado, que no le ha sacado ni media palabra al Ladislao. No tenemos nada contra él, se queja. Apenas respondo,

evasivo, y corto.

Barrios como el de San Gabriel hay en todas las ciudades. Habitados por gitanos, ahora proliferan también inmigrantes de todos los colores. Pero el Ladislao ha seguido siendo el rey, aunque hasta él sabe que cada vez está más desdibujado su poder. No le reconocen los ponis, por miles, que apenas se drogan con otra cosa que no sea alcohol barato. Ni los moros, que manejan más costo que él, ni los negros, que van a lo suyo. Y a los eslavos, hasta el Ladislao les guarda el aire.

Las tres últimas casas antes de la del Ladislao están deshabitadas. Sin embargo, están mejor conservadas que la suya.

Desde la casa del Ladislao parte un camino asfaltado que lleva hasta la general. Paso de largo y medio kilómetro más adelante doy la vuelta. Aparco a cierta distancia. Espero diez minutos dentro del coche, con las luces apagadas. Después, me dirijo hasta la casa con la pipa en la mano. Antes de llegar a la puerta, que ha sido reparada con una chapa de aluminio, se abre discretamente. Me ha visto llegar sin que yo haya sido capaz de advertirlo.

Apenas hay luz en la habitación. El hijo del Ladislao se hace a un lado y me deja pasar. López dijo que tenía catorce años, pero es demasiado grande y grueso para su edad. No se parece a su padre.

—Enciende la luz —digo.

El muchacho cierra la puerta.

—Se supone que estoy haciendo un registro legal.

Enciende la luz y disminuye el frío eléctrico que corre por mi nuca. Recupero una respiración normal cuando compruebo que estamos solos en la habitación. Veo la ventana machacada anoche, por la que entraron mis hombres. Me endezco como un jorobado que, de pronto, se quita la chepa de encima.

El chico, sin decir ni media, sale de la casa, al patio que hay detrás. Unos muros desbastados y rotos, maleza sin cuidar. Salta el muro que rodea el patio por su parte más baja, da un rodeo y entra en la casa contigua. Enciende la luz.

—No se puede ver la luz desde la calle —dice.

Es la voz ronca del teléfono. Si no lo sabes, no la asocias con un niño.

—¿Tú estabas aquí anoche?

Asiente.

—Joder. Sois más astutos que nosotros.

—Mi papa es el más listo —afirma, orgulloso.

—Lo sería mucho más si no se metiera la mierda que vende —replico.

El muchacho no rechista. La habitación donde nos encontramos es un salón profusamente amueblado, recargado, como imagina uno que le gustan las cosas a la mujer del Ladislao.

—¿Vivís aquí?

—Sí.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

—Porque no abrimos las ventanas.

El Ladislao no se priva de nada. La televisión de plasma tiene tantas pulgadas que parece una pantalla de cine. El sistema *sound round* se despliega por toda la habitación. Alrededor de la televisión hay dos sofás de cuero negro. En el centro, una mesa de madera, brillante, sobre la que hay dos figuras de Lladró y unos tapetes con bordados. Apuesto el sueldo de un mes a que el Ladislao no se gastó un duro en las figuras.

Sobre la mesa también hay dos paquetes envueltos en papel.

—¿Cómo te llamas?

—Sebastián.

—¿Sabes dónde vas a ir a partir de mañana?

—Sí.

—¿Estás conforme?

—Sí.

Sebastián se acerca a la mesa y abre los paquetes. En uno hay montones de billetes. En el otro, casi un kilo de farlopa. Lo pienso unos segundos. Después le pido a Sebastián otro sobre. Introduzco la mitad del dinero y la mitad de la reina blanca.

—¿Por qué hace eso?

—¿No te lo ha dicho tu padre? No lo vamos a desperdiciar todo.

Sebastián inicia una protesta, pero lo miro bruscamente por primera vez y calla.

—Se lo puedes decir a tu padre —digo.

Volvemos a la casa vieja. Sebastián señala un escondite que no habíamos podido encontrar la noche anterior. En el patio, en un rincón, camuflado bajo tierra, hay una antigua llave de paso con una puertecilla metálica.

Introduzco un paquete y cierro la trampilla. Dejo a Sebastián en la casa y vuelvo al coche, donde escondo el resto del dinero y de la farlopa. Entonces llamo a la comisaría. Cuando vuelvo a la casa, unos minutos después, Medel ya está en camino con un coche patrulla.

El hotel donde se celebraba la fiesta se llama Estrella del Sur. Es pequeño, de tres estrellas, por lo que no es muy lujoso, pero está situado en un buen lugar, cerca de la playa de Mojácar. El dueño había comprado varios edificios de cierta antigüedad y con ellos había construido un hotelito coqueto cuya clientela estaba garantizada durante todo el año. Sol a buen precio para ancianos nórdicos que vienen en oleadas, como niños de un colegio.

Después de la cena una orquesta comenzó a tocar en el salón y se abrió la barra. Salgado pidió un *whisky* solo y salió a la terraza, escabullándose de la gente y de la música.

Desde la terraza casi se podía tocar el mar. Bastaba cruzar la carretera. A la izquierda, la línea de edificaciones y luces se ceñían a la costa como un vestido

estrecho. Y si girabas la cabeza a la derecha podías ver Mojácar subido a su cerro como un helado de nata en su cucurucho de galleta.

Soplaba una brisa húmeda y fría. Salgado se sintió más despejado. Demasiado vino en la cena. Cerró los ojos. Cuando los abrió, Lucía estaba a su lado. La brisa ondulaba su cabello. Se miraron en silencio. Salgado no sabía cómo empezar. Pero sabía que tenía que decirlo. De lo contrario, se iba a volver loco.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer por mí? —se adelantó Lucía.

La maldita pregunta, se dijo Salgado. Empezaba a intuir qué significaba y le horrorizaba.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Estoy romántica esta noche —dijo Lucía.

Se acercó a él. Lo abrazó. Se puso de puntillas y le besó el mentón. Luego se dio la vuelta y se alejó.

—¿Qué serías capaz de hacer por mí? —preguntó él antes de que Lucía abandonara la terraza.

Lucía se volvió a mirarlo, sonriendo.

—Todo. Soy una romántica —dijo.

Luego se perdió entre el ruido y la gente del salón.

Dejo a Medel en comisaría, exultante, catalogando las pruebas y redactando el informe que concluirá que el comisario Carrillo ha vuelto a la casa del Ladislao y ha encontrado gran cantidad de dinero y de droga.

Estoy dispuesto a ser un pequeño héroe. A partir de mañana.

Hemos avisado al Centro de Menores y a la Fiscalía y se encargarán de Sebastián en un par de horas. Aún así, Medel le ha tomado declaración. Quería que todo se quedara atado. No quería sorpresas. Sebastián ha reconocido, como le había ordenado su padre, que estaba en la casa y en posesión del dinero y la droga, y que pensaba venderla por instrucciones de su padre. Tiene garantizada una pequeña temporada en un centro de menores, lejos de los primos del Ladislao.

Cuando salgo de comisaría es la una de la madrugada. Esta noche tampoco me ha llamado mi mujer. Ya sé lo que eso significa. Así que conduzco un rato, dando vueltas por Baria, sin querer salir de la ciudad, como si algo me retuviera o una idea me rondara por la cabeza, pero sin acabar de dar con ella. Aún llevo la mitad del dinero y de la farlopa del Ladislao en el coche.

Aparco junto al Baria City, sobre la acera. Aunque no haya clientes, siempre está abierto.

Se encuentra en el casco antiguo de Baria, entre casas de dos plantas con puertas de madera y balcones de hierro negro y una iglesia, cuyos cimientos son una de las paredes del club.

Mike, un inglés de unos treinta y cinco años, había comprado una casa vieja, la

había vaciado, había escarbado hasta encontrar espacio suficiente y había puesto un *pub* con cierta clase. Había cubierto las paredes de madera, el suelo de parqué, y las mesas y las sillas, así como la tarima para las actuaciones en directo, eran imitación exacta de las que uno podía ver en una revista de música de los años cincuenta. En las paredes, espejos antiguos y *posters* de músicos legendarios, desde Louis Amstrom hasta el Miles Davis de sus primeros años.

Cuando entro, suena Charlie Parker. Descubro a Mike al final de la barra, leyendo un libro y bebiendo un *bourbon*. Debería fotografiar esa estampa, porque será como lo recuerde siempre.

Me saluda y se pone a preparar un *gin-tónico*. Mike no es muy hablador, pero hemos echado un buen rato alguna vez.

Se queja del mal tiempo. Para Mike, que no haga sol y al menos veinte grados es mal tiempo. Comento que aún tendrá que aguantar un par de meses, pero que no está nada mal tener ocho meses de verano al año.

—Por eso no me voy —comenta.

Echa los cubitos en un vaso ancho. Luego añade limón. Tiene un acento inglés inconfundible, como el de un anuncio.

—He oído que has detenido al Ladislao.

Le digo que sí, que aún está en comisaría. Mike vierte la ginebra y pone una tónica junto a la copa. Bebo ginebra sola antes de mezclarlo. Es tan fuerte que aparta los malos pensamientos.

—Para que lo haga otro, mejor que lo hagas tú. No quiero que lo haga la guardia civil.

—¿Por qué?

—Los odio. Ellos siempre ponen las multas cuando voy con mi coche.

Mike tiene un Camaro que no cabe por algunas de las calles de Baria.

—También odio a los Policías Locales. Vienen a cerrarme el local y me inspeccionan todo.

Alarga las *ces* tanto que parece que no va a poder terminar la palabra.

Acaba Parker.

—¿Puedes ponerlo otra vez? Mike asiente.

Entonces se me ocurre. Sabe Dios que no lo digo inocentemente.

—¿Sabes lo que he visto esta tarde?

Comienza a sonar *Now's the time* y Mike vuelve junto a mí. Le describo lo mejor que puedo la mujer que he descubierto en el Centro de Acogida. La descripción se queda corta, muy corta.

—¿Qué me quieres decir con eso? —pregunta Mike.

—Nada. Sólo que me ha impresionado.

Mike da unos pasos y regresa con su *bourbon*.

—¿Qué será de ella? —pregunto un poco al aire cuando vuelve a mi lado.

—¿De verdad parece una reina?

—Es alta y delgada. Su cuerpo me recuerda esas esculturas de madera que venden los negros en los mercadillos. Es como la idea estilizada de un cuerpo de mujer. Ya la verás.

—¿Por qué dices que ya la veré?

Lucía caminaba a su lado, taconeando firmemente en la acera. Reconocía sus pasos y la firmeza con que apretaba los labios cuando se encontraba contrariada. Apenas le había ocurrido un par de veces desde que la conocía. Recordó ahora, cruel es la memoria, la discusión del día antes de que Ana muriera atropellada, cuando Salgado creyó que todo había terminado. Ella le exigió una decisión:

—No voy a ser tu amante eternamente. Tienes que elegir: ella o yo. Salgado se negó a elegir. Pedía más tiempo. Siempre pedía más tiempo. Y ella estaba cansada. Nunca le había dicho «Te quiero», pero los dos sabían la fuerza del vínculo que los unía. Salgado había tenido muchas mujeres, especialmente desde que adquirió posición y dinero. Pero no hubo más desde que conoció a Lucía.

Había sido en una reunión de trabajo. Ella acompañaba a un antiguo socio suyo. Salgado estaba harto de darle vueltas a un trato que no acababa de cerrarse y salió de la reunión. Lucía esperaba a su amigo. Estaban en el hall de un hotel de Granada. Salgado se acercó, más por ser amable que por otra cosa. Charlaron un rato. Salgado no volvió a la reunión.

Lucía dijo que tenía una tienda de antigüedades en Mojácar. De las antigüedades pasaron a hablar de arte. Salgado siempre había querido tener una galería y en ese momento decidió que la montaría. Le gustaba considerarse un pintor fracasado. Así que no pudo tomar sino como el mejor halago que le habían hecho en su vida, cuando ella dijo:

—No esperaba encontrar ninguna sensibilidad en este ambiente de especuladores.

Salgado le contó una versión muy maquiada de su matrimonio con Ana, del infarto de su suegro, que había motivado que la empresa recayera en sus hombros como una maldición bíblica. Cuando comprobó que había una atracción recíproca, quiso largarse con ella.

—Al fin y al cabo, los de ahí adentro no discuten más que de dinero —dijo.

Lucía ya no se despegó de él en todo el viaje. A partir de aquel momento, Salgado acudió con frecuencia a Mojácar en busca de un local donde montar la galería. Hasta que la abrió. Lucía se encargó de buscar pintores y escultores jóvenes ansiosos de exponer.

La inauguración fue recogida en los periódicos de toda la provincia como un acontecimiento cultural. Enrique Salgado era un nuevo mecenas. Se regodeó comentando ante los periodistas su devoción por el arte, sus antiguos deseos truncados, su intención de ofrecer a los jóvenes las oportunidades que él no había tenido y se revistió de una película de artista fracasado condenado a la vileza de la

opulencia que le satisfacía onanísticamente tanto como una mentira piadosa a un niño.

Allí estuvo, hasta el final, Lucía. Y ocupó, en esa noche de íntima satisfacción, el lugar que debió ocupar Ana, quien pensaba que todo aquello no era más que una manía, una forma tonta de tirar el dinero.

Acabaron en un hotel de Almería. Salgado quiso abalanzarse sobre aquella mujer tan hermosa. Pero ella se negó. Tendría que dibujarla primero. Y se desnudó frente a él, quien se sintió ridículo con un lápiz en la mano, intentando infructuosamente encontrar aquel bello cuerpo en las cuartillas con membrete del hotel.

No podría presumir ante los amigos de su primera noche con Lucía. Pero ella lo ganó para su causa, porque era el primer gran deseo ferviente que no podía obtener.

Subieron al coche. Salgado arrancó. Lucía permanecía en silencio, obstinadamente. Nada más había ocurrido entre ellos durante la velada en el hotel, excepto que Salgado apenas le dirigió la palabra y cuando lo hizo fue para preguntar insistentemente:

—¿Qué serías capaz de hacer por mí?

Ambos sabían que no bastaba cualquier respuesta. Y Salgado, en cuanto salieron del hotel y se encontraron a solas, tuvo miedo de repetir la pregunta. Temía la respuesta.

Mientras conducía de vuelta a casa, Salgado recordó las múltiples veces que se veían en la trastienda de su galería de arte o en cualquier hotel de Almería o Murcia. Ella lo obligaba a dibujarla. Después comenzó a llevar acuarelas a los encuentros. Y después lienzos y pinceles y pintura. Los encuentros eran cada vez más prolongados. Sólo después de dibujarla o pintarla, tenía derecho a amarla.

Dio un volantazo y, en lugar de continuar camino de casa, Salgado tomó la carretera de Turre. Fue un impulso. Pero quería saber y, al mismo tiempo, estaba aterrado.

—¿Dónde vamos? —preguntó Lucía después de unos minutos.

Su voz sonó alarmada. Y seguramente fue ese temor que embadurnaba sus palabras como aceite lo que lo impulsó a continuar, ya sin dudar.

—¿Por qué no vamos a casa? ¿Qué haces?

Cruzaron Turre y luego tomó la carretera de Sierra Cabrera.

—Quiero enseñarte algo —acertó él a decir con la boca seca. Lucía se hundió en el asiento.

La carretera de la sierra se cerraba sobre sí misma como un laberinto. Disminuyó la velocidad, la hondura de la noche era inmensa y el mar a lo lejos un infinito vacío negro. Parecía que no iban a llegar nunca.

Pero al final aparecieron las luces del restaurante. Y Salgado frenó. Se quedó parado en mitad de la carretera, mirando hacia el restaurante que, por supuesto, a aquellas horas estaba cerrado y a oscuras.

Salgado sacó el anónimo del bolsillo de su chaqueta. Lo mostró a Lucía. Ésta

encendió la luz de cortesía y lo leyó. Luego lo arrugó y lo tiró al suelo.

—¡Mierda! —y apagó la luz con rabia.

Salgado estuvo observándola un rato, en la penumbra.

—¿Qué significa esto? —preguntó al fin.

—¿Qué crees que significa? —respondió ella.

—Yo no puedo imaginarlo. Es demasiado horrible. Lucía estalló, colérica.

—¿Demasiado horrible? ¿Te ha parecido demasiado horrible mientras has estado conmigo? ¿Qué es lo que no te ha gustado? Te he dado la vida que querías y no tenías valor para conseguir tú solo.

Lucía volvió la cabeza y miró al frente, a la oscuridad y a la fachada turbia del restaurante.

—No puede ser... No puede ser... —dijo Salgado lentamente.

Sólo entonces Lucía se volvió a mirarlo.

—Te he dicho que soy una romántica. ¿No lo has comprendido?

Salgado salió del coche.

—Baja —exclamó—. Quiero que hagas lo que hiciste aquella noche.

Lucía lo miró. Movié la cabeza con fatalidad, pero finalmente se sentó al volante.

—Repite lo que hiciste aquella noche —ordenó Salgado.

Lucía le pidió un cigarrillo. Lo encendió. Miró el vacío de la noche. Esperó, mientras él miraba su perfil y se agitaba, nervioso.

Lucía suspiró. Luego tiró la colilla a la carretera y apretó el acelerador.

El Lexus salió disparado como si hubiera recibido un obús en su parte trasera. Circuló primero por el asfalto, el acelerador a fondo, cada vez más veloz, hasta que salió del asfalto bruscamente. El coche derrapó en la tierra, pero Lucía lo controló y giró hacia el edificio. Salgado tuvo la sensación de que en una décima de segundo se estamparían contra el muro del restaurante. En el último segundo Lucía dio un volantazo y el coche salió disparado de nuevo hacia la carretera. La noche se llenó de chirridos de neumáticos, de olor a polvo, de silencio luego, cuando Lucía, algo más allá, detuvo el coche. Apagó el contacto y la oscuridad los inundó como si se hubieran sumergido en el fondo del mar. Salgado no veía estrellas, no veía luna. Sólo oscuridad y el aliento agitado de Lucía. Sintió pánico. Sólo esa respiración a su lado.

—¿Estás satisfecho? ¿Se ha aliviado tu sentimiento de culpa?

—¡Putá!

Siguió un largo silencio en la oscuridad. Hasta que sintió un manotazo en la boca, y unas uñas que le rasgaron la mejilla. La yema de sus dedos se llenó de una humedad que no podía ser otra cosa que sangre.

—¡¡Putá!!

Lucía rugió como un animal y Salgado sintió encima una fiera que le mordía, unas manos que le arañaban. Quiso defenderse, pero la respiración animal de la mujer y la oscuridad total lo habían paralizado.

Sólo después, un torpe movimiento de su brazo hizo que el codo se estrellara en

el cuello de Lucía. El abrazo brutal de la mujer se desvaneció lentamente. Lucía se quedó inmóvil y en silencio.

Salgado la empujó a un lado y bajó del coche. Las luces interiores del Lexus hirieron sus pupilas, dilatadas por la oscuridad y el terror. Le robó aire a la noche fría. Cuando, por fin, su corazón comenzó a latir a un ritmo soportable, se puso al volante.

Sólo los ahogados sollozos de Lucía que, sin embargo, parecían provenir de muy lejos, se oían en el interior del vehículo.

Salgado arrancó y volvió a la carretera. Resbalaban sangre y sudor por su mejilla.

16 DE DICIEMBRE

La luz del sol latía en sus sienes como el insoportable pulso de un corazón descomunal. No pudo abrir los ojos. Tenía la boca áspera como si hubiese masticado ortigas. Se llevó las manos a la mejilla. Aún le escocían los arañazos.

Lucía. ¿Dónde está?

Le costó recordar que habían vuelto a casa en silencio. Sin mirarse, sin hablar. Ella había corrido hasta la casa y se había encerrado en el dormitorio. Él tampoco quiso verla. Se quedó en el salón, mirando la inmensa noche desde el vacío de su terraza, suspendido en la negrura. Añadió mucha ginebra sola, cuanto más bebía más se excitaba y menos comprendía. Hasta que la ginebra pudo con él, muy poco antes de amanecer.

Estaba retorcido sobre un sofá. A sus pies, la botella de ginebra, vacía. Fue a la cocina y bebió agua del grifo. Sintió una arcada, pero aguantó. Se lavó la cara. Afortunadamente no había llegado Rosario. No recordó qué día era hasta un rato después, cuando volvió al salón, buscando un cigarrillo y preguntándose qué demonios había ocurrido la noche anterior, incapaz de aceptar que su temor se había confirmado.

Entonces oyó los tacones. Se volvió y allí estaba. Se había peinado y maquillado con esmero, como cualquier otro día. Incluso más elegante de lo habitual. Vestía un traje beige y una blusa fucsia.

El maquillaje disimulaba una ligera hinchazón en el labio superior. Algún golpe descargado en la oscuridad había alcanzado sus labios rojos. Lucía lo miraba detenida, serenamente.

Se sintió observado, empequeñecido.

—Me voy —dijo ella.

Salgado carraspeó. Despeinado, los ojos heridos de luz y con ojeras, sin afeitarse y la ropa sucia. Su mirada era desvaída y él lo sabía.

—Quiero que te asees. Te vestirás como todos los días y acudirás a tu trabajo, como siempre. Aunque sea sábado, quiero que vayas a la oficina o a cualquier otro sitio y te dejes ver —continuó Lucía. Su tono de voz no dejaba lugar a dudas.

Salgado carraspeó y finalmente acertó a preguntar:

—¿Como siempre?

—Como siempre. No ha pasado nada. Anoche no existió. Es un nuevo día. Haremos nuestra vida normal.

—¿Vida normal? ¿Vida normal...? —Salgado fue capaz de elevar la voz, de oponer lo que creía un golpe de dignidad ante la frialdad turbia de la mujer.

Pero cuanta más firmeza quería él aparentar, más displicente y serena se mostraba ella, quien sonrió antes de pronunciar las siguientes palabras:

—No olvides que siempre puedo decir que tú lo sabías. Que lo planeamos juntos para quedarnos con todo lo tuyo.

Lucía se quedó mirándolo fijamente, asegurándose de que acababa de captar el mensaje. Después, torció la boca en un gesto de desprecio, se dio la vuelta y desapareció. Salgado la oyó bajar las escaleras afilando los tacones en los peldaños de granito. Luego oyó la puerta cerrarse con contundencias de madera gruesa. Y su mundo se quedó, durante un rato, sellado como un nicho.

Era impensable la sombría frialdad de Lucía. Se quedó dando vueltas a las palabras en su mente como a brasas que quemasen en la mano. Y finalmente entendió la amenaza. La entendió con tal claridad que se sintió solo, tan sólo como jamás había estado.

Envío a Medel al Juzgado de Guardia a primera hora de la mañana, con el Ladislao y sus primos. Todos irán a prisión. La nota de prensa será muy escueta. Pero López ya se encargará de hacer llegar a algunos periodistas que el éxito de la operación ha dependido de un segundo registro llevado a cabo por el comisario Carrillo en la vivienda del Ladislao y en la contigua, de la que había sospechado como escondite. No haría falta ni media palabra más para convertirme en un policía sagaz y admirado.

Me ocupo de redactar la nota y luego llamo a mis superiores para ofrecerles toda clase de explicaciones. Que habíamos recibido un soplo apenas unas horas antes de llevar a cabo la entrada y registro y no pudimos esperar. También me justifico diciéndole al Comisario Jefe de Almería que el motivo de no haberlo llamado antes era porque hasta el segundo registro habíamos considerado un fracaso la operación.

Luego, al Delegado del Gobierno aclaro que no tenía conocimiento de que la Guardia Civil llevase a cabo un seguimiento del Ladislao, pero que si lo hubiera sabido, desde luego hubiera compartido la información. Es mentira y él lo sabe, pero lo acepta. Le pregunto si quiere estar en la conferencia de prensa que se dará mañana junto al Comisario Jefe y apenas necesita el señor delegado un segundo para olvidar todas las objeciones posibles.

Después vuelvo a llamar al Comisario Jefe y le insinúo que el señor Delegado ha sugerido la conveniencia de que debía estar acompañándolo en la conferencia de prensa. El Comisario Jefe se muestra conforme, por supuesto.

Cuelgo. Una vez solucionadas las cuestiones políticas, sólo queda un extremo que cuidar, y mucho.

Bajo al sótano. Abro el maletero del Golf, levanto la tapa de la rueda de repuesto y saco una bolsa de viaje con el dinero y la coca del Ladislao. Subo por las escaleras diciendo a todo el que me cruzo que necesito descargar la tensión después de lo del Ladislao. Cierro la puerta de mi despacho y abro la caja fuerte. Tiene una combinación y una llave, que sólo yo poseo, y que hasta ahora estaba en un cajón de mi mesa. Introduzco la bolsa y cierro la caja. Paso diez minutos redactando un informe confidencial que guardo junto a la bolsa. Tal vez no tenga que abrirla en mucho tiempo, pero si alguna vez debo hacerlo, debo dar una explicación. Coloco la

llave en mi llavero y éste en mi bolsillo.

Tras cambiarme, bajo al gimnasio, contiguo al sótano. Subo a una cinta de correr, pero no más de media hora. Suficiente para darle vueltas a la cabeza y preguntarme cómo y por qué ha salido todo de esta manera y cómo he accedido a hacer un trato con un chorizo que no es de fiar.

Sudo como un cerdo, si es que los cerdos sudan. Y creo que sudo más por la preocupación que por el esfuerzo de mis piernas.

Estoy otra media hora golpeando un saco. Cuando ya me duelen todos los músculos del cuerpo, me destrozo intentando hacer flexiones. Tengo que tomar aliento tres veces.

Un rato más tarde, después de una larga ducha, vuelvo a mi despacho, miro la caja fuerte preguntándome qué estoy haciendo.

No tengo tiempo de contestarme, porque llega Medel, que vuelve del Juzgado.

—Prisión incondicional para todos —dice a modo de triunfo.

—¿Acaso lo dudabas?

—Bueno. Supongo que esta vez sí nos pondrán unas cuantas medallas —dice, ufano e ingenuo.

—No te hagas ilusiones. La rueda de prensa la darán el Comisario Jefe y el Delegado del Gobierno.

Va a iniciar una protesta, pero levanto la mano.

—Medel, yo no estoy comenzando una carrera, me basta con mantener lo que tengo.

Advierto una luz de desprecio en su mirada, pero no dice nada y cambia de tercio:

—He llamado al dueño del desguace para interrogarlo. Tardo muchos segundos en acordarme del tipo grasiento.

—Ya ha llegado. ¿Quieres interrogarlo tú?

Sé que desea hacerlo, así que lo dejo hacer.

—Estaré en la sala uno —dice antes de salir.

Miro la caja fuerte, sin comprender que Medel no le haya dirigido ni una sola mirada. Me río de mí mismo y me fumo un cigarrillo.

Cuando me levanto, las agujetas cristalizan todos mis músculos y amenazan con desgarrarlos. Resisto y miro por la ventana. Más allá hay un hermoso día de invierno, cálido y soleado. La gente entra y sale del mercado y camina por la calle sin prisa, como corresponde a una mañana de sábado en un Sur de por sí perezoso.

Desciendo hasta la pecera, que también está en el sótano. A través del cristal puedo observar a Miguel Salinas sentado ante la mesa metálica. Aunque no está detenido, Medel está haciéndose el duro. Aprieto el botón y suena su voz a través de los altavoces.

—Tienes que decirme de dónde has sacado el dinero para comprar un negocio como ése. Eras un muerto de hambre hace tan sólo un año —dice Medel.

Responde que le prestaron el dinero. Da unos nombres que Medel apunta en una

libreta. Tendremos que interrogar a los prestamistas para comprobar si es verdad. Trabajo para Medel, que ahora lee unos documentos que tiene sobre la mesa. Confirman que un tal Cristóbal Ugarte, padre de Lucía Ugarte, había tenido un Range Rover del color del que tenemos en el garaje. Miguel afirma no conocer a nadie con ese nombre.

—¿Quién llevó el coche al taller?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Entonces el desguace no era mío.

—Pero luego sí.

—¿Y qué?

—Que a ese coche le has prestado atención especial. Lo tenías tras la oficina, a resguardo, y sin desguazar.

Salinas se lo piensa. Mueve la cabeza varias veces, como si no supiera lo que decir para convencer al policía.

—Cuando compré el negocio no había documentación de ese coche. Además, a veces meto gente. Pero sin contrato. Me han perdido papeles, han quemado cosas, yo qué sé.

Entro violentamente en la sala y me inclino sobre él, muy cerca de su cara, echándole todo el aliento del cigarrillo que acabo de fumar.

—El análisis de pintura en una señal de tráfico, en el lugar donde atropellaron a una mujer, coincide con la pintura de tu coche —suelto mi farol al tiempo que cargo un poco la mano, como sin querer, en su cogote, para que vaya comprendiendo que ésta no es la sala de espera de la manicura. Estira la cara en un gesto de asco. Medel se ha quedado de piedra—. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Eh, lo sabes?

Se queda callado. Tiene la cara vuelta hacia su derecha y hacia abajo, pero de reojo no aparta unas pupilas negras, que arden, de mi cara, preguntándose qué coño estoy diciendo y hasta qué punto es cierto.

—Significa que te vamos a encasquetar un asesinato.

—Pero yo no...

—¿Y a mí qué coño me importa?

Medel y Salinas se quedan en silencio. Un silencio tan espeso que no se oyen ni nuestras respiraciones. Cuando ha pasado un tiempo tan largo que temo que nos cristalicemos, continúo, ahora muy lenta y tranquilamente, para que lo entienda muy bien:

—A mí me importa una mierda que tú atropellaras a esa mujer, ¿no lo entiendes?

Le doy una palmadita serena en el hombro, como a un colega. Enciendo un cigarrillo tranquilamente y doy unos pasos a su alrededor.

—Pero si tengo el coche, la muerta, y un matao al que colgarle el atropello, me pongo una medalla.

Me señalo el pecho, golpeándome el corazón con dos dedos.

—Una medalla, tío.

—Pero yo no sé nada de una mujer atropellada.

Salinas está tan blanco que parece que le hemos pintado la cara con cal. Se lleva las manos a la cabeza, como si le doliera terriblemente.

—Yo no sé nada de una mujer muerta, no sé nada de lo que dice —tartamudea.

Miro a Medel. Sabe que se lo he puesto en bandeja y hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Funciona el Range Rover? —pregunta Medel.

—¿Cómo que si funciona? —Salinas tarda en aceptar que ahora le hemos hecho una pregunta sencilla.

—Que si arranca, si puede circular.

—Habría que repararlo. Le faltan piezas del motor.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Había sufrido un accidente, ¿qué quiere que sepa yo?

—¿Y por qué no lo has desguazado durante todo el tiempo que ha estado en tu negocio?

Medel pregunta con seguridad y sin darle tiempo a respirar.

—Lo iba vendiendo por piezas, así le sacaba más dinero.

—Hace dos días el coche tenía el número de chasis perfectamente, y también estaba grabado en los cristales. Se los quitaste antesdeanoche, ¿por qué?

—¿Cómo lo sabe? —Salinas levanta la cabeza.

Le sacudo una colleja, ahora que casi se había olvidado de mí.

—¿Por qué? —grita Medel.

Salinas balbucea alguna respuesta, pero no le doy opción de inventar mucho. Cierra los ojos con fuerza mientras le echo el brazo por encima y me pego a él.

—¿Por qué has ocultado el número de chasis?

—¿Han entrado sin permiso?

No es estúpido. Ha reaccionado de la peor manera posible. Se lo dirá luego a su abogado.

—¿Y a quién cojones le va a importar eso cuando te carguemos el mochuelo de un asesinato, capullo? Tenemos un testigo.

—No pueden sab...

No quiere seguir hablando, huelo su miedo. Si antes no tenía dudas sobre lo que dijo el detective, ahora tengo la certeza.

—Venga, tío. Esto no puedes llevarlo solo —le digo, con cierta camaradería.

Salinas se lo piensa un rato. Incluso le ofrezco un cigarrillo y le doy fuego. Echa el humo con fuerza, con la misma intensidad con que se debaten sus neuronas.

—Un hombre vino antesdeayer, por la tarde —comienza—, y preguntó por el coche. Me dijo que lo desguazara en ese momento. Tenía que hacer desaparecer la documentación y el número del chasis y de los cristales.

—¿Quién es?

—Enrique Salgado se llama.

—¿Fue él quien llevó el coche al desguace?

—Ya le he dicho que no lo sé.

El detective dijo que había hostilidad de este tipo contra Enrique Salgado cuando se despedían. No cuadra con un encargo.

—¿Qué hiciste la noche del 13 de diciembre del año pasado? —pregunto.

—Estuve en el club Paraíso —contesta Salinas.

—¿Cómo es que te acuerdas tan bien?

—Porque mi cumpleaños es el catorce.

Ahora sé que he mordido algo sólido. Por primera vez pienso seriamente que podremos tener un caso.

Salimos de la pecera. Salinas se queda allí, buscando algo infructuosamente en los bolsillos de su mono.

—Se ha tragado lo de la pintura —dice Medel.

Le ordeno que deje libre al pájaro. Encerrado no nos sirve de nada. Comprobaremos su coartada y luego ya veremos. También volveremos a visitar a Enrique Salgado.

—Tiene muchas cosas que aclarar —digo.

—Ese tío no está limpio —enfatisa Medel.

Se habían citado en una cafetería céntrica de Baria. Rafael entró y buscó con la mirada a Ernesto Durán. Éste se levantó de una silla al final del local y llamó su atención. Cuando Rafael estuvo frente al detective no se anduvo por las ramas.

—¿Qué ha averiguado?

—Que su hija tenía un amante. Que tenía intención de pedir el divorcio —respondió bruscamente Durán. Estaba empezando a manejar al viejo a su antojo y no lo iba a desaprovechar.

Rafael se quedó mudo unos instantes. Después, se sentó frente al detective. Sus ojos, tan acuosos que parecían flotar en agua, se entristecieron aún más.

—No me lo dijo —reconoció. Entonces apretó los labios y añadió—. ¿Quién era el amante?

—No estoy seguro de si debo decírselo.

—Pero ahí tiene el motivo. ¡Yo sabía que no era un accidente!

—Eso no podemos afirmarlo. No tenemos pruebas.

—¡A la mierda las pruebas! Lo sé.

Rafael miró a su alrededor porque había levantado la voz. Se calmó. En ese momento, llegaba una camarera. Rafael hizo un gesto molesto por su presencia y Durán la miró con sorna y la contempló alejarse.

—Hay que encontrar esas pruebas —dijo mirando duramente a Durán.

—Recuerde que yo no trabajo para usted —aún miraba las piernas de la camarera.

—Me da igual. Le daré lo que quiera —dijo sordamente Rafael.

—¿Me está sobornando? —preguntó sarcástico Durán, volviendo a mirar al viejo.

—Llámelo como quiera.

Durán bebió un sorbo de su cerveza.

—Creo que sabemos con qué coche atropellaron a su hija.

—¿Ve? Usted puede averiguar la verdad. Nadie me hacía caso, pero...

—Pero tampoco tenemos pruebas.

—Las pruebas... ¡de los cojones! —Rafael se mordió los labios.

—¿De quién sospecha usted? —le animó Durán.

—¿De quién? ¿Quién va a ser? —Rafael tuvo que contener otra vez el tono de su voz—. El que se ha aprovechado de ella desde que le echó los ojos encima. El que se ha hecho rico a su costa.

Rafael escupía las palabras. Estaba a punto de explotar. Su rostro estaba rojo, congestionado de rabia.

—Quiero que trabaje para mí —dijo después con la rotundidad de quien no admite una negativa.

—No puedo trabajar para dos clientes al mismo tiempo en un caso. No es ético.

—Déjese de mierdas. Le daré cien mil euros si prueba que la muerte de mi hija fue un asesinato.

Durán prendió un cigarrillo. Chupó lentamente. Luego dijo:

—Comprenderá que ese contrato no puede formalizarse. Será una palabra entre nosotros.

—No necesito contratos. Consiga pruebas y entregue al culpable.

—¿Hablamos del mismo hombre?

—No hay otro. Ese hombre llevó a mi hija a la ruina el día que la conoció. Y quiero que lo pague.

—¿Y si no consigo pruebas?

—Me da igual si las consigue por las buenas o por las malas. Consígalas y le pagaré.

Durán se recostó en su silla.

—Vaya, vaya, vaya.

Rafael se había convertido en un manojo de nervios. Lo miraba tan fijamente como un enloquecido.

—El amante de su hija era Pablo Ayuso. —Rafael asintió, indicando que lo conocía—. Y la policía tiene el coche con que la atropellaron. Pronto sabré lo que han encontrado en él. El coche era de la amante de Enrique Salgado. Su actual esposa.

López nos informa del domicilio de Enrique Salgado. Nos cuesta más de media hora llegar desde Baria hasta su casa en las colinas de Mojácar. Situada en la parte más alta de las montañas que bordean la costa, se accede a ella por una carretera entre

chalés y urbanizaciones. Llegamos ante una verja de cuatro metros de altura y pulsamos un timbre mientras sentimos en la cara el objetivo de las cámaras de seguridad. La puerta se abre con un zumbido.

Continuamos por un acceso de grava hasta la casa.

La planta baja es un porche amplio en el que dominan la piedra y la madera y las rejas de hierro colado. A un lado hay un cenador de hierro y sobre el porche se abre una terraza grande como una cancha de tenis. Puedo ver los destellos del agua de una piscina y unos ventanales tan amplios como los de una exposición. La casa ha sido la explosión onírica y erótica de un arquitecto sin límites.

Está rodeada de jardines tan tupidos como un bosque. Vemos a lo lejos a un jardinero deambular arrastrando una manguera. Tienen formas geométricas y abundan los árboles de hoja perenne. Enrique Salgado no quiere ver su jardín muerto.

El propio Salgado nos espera en la puerta de la casa. Viste unos tejanos arrugados y una camisa de cuadros. No es el mismo hombre que nos recibió en el centro de su imperio, con aquel traje más costoso que mi sueldo de un mes y un aire de perfección casi irreal. Ahora se observa una barriga ligeramente prominente, su cabello corto está encrespado, como si no lo hubiera peinado tras una ducha, y tiene unos arañazos en la mejilla que no ha podido disimular.

A través de las ventanas de la cocina vemos a una mujer de edad, trajinando.

Nos estrechamos la mano y entramos en la casa. El vestíbulo es un ajedrez de enormes losas de mármol blanco y negro. A ambos lados se abre una escalera en abanico que asciende al piso superior.

Enrique Salgado nos conduce, en cambio, a la izquierda; un corto pasillo y una sala amplia y ventilada cuyas ventanas dan al jardín. Hay un sofá y unos sillones alrededor de una mesa baja y una pared con estanterías donde se apilan libros que hace mucho no se tocan, aunque no haya una mota de polvo.

A un lado hay una pesada mesa rodeada de sillas, donde tomamos asiento.

Nos pregunta si queremos tomar algo. Ha perdido aquel aplomo que mostró en su despacho y no es capaz de decidir qué pose adoptar. Finalmente, busca un cenicero, enciende un cigarrillo y nos mira de lado.

—¿Qué es lo que quieren? —pregunta tajantemente, en un tono dominado más por la inquietud que por la hostilidad.

Intento aprovechar la situación. Demasiados años de policía facilitan reconocer las emociones de la gente. Ocurre algo que quiere ocultar, su mirada ya no es frontal y clara y, aunque conserva el aire vanidoso de quien se siente superior, parece extrañamente abandonado, ensimismado, sin seguridad ni fe en sí mismo.

—Nos mintió, señor Salgado.

Se incorpora como si le hubieran pinchado. Sus ojos se dilatan.

—¿Cómo? No. Yo no les he mentado.

No quiero darle un respiro.

—Dijo que usted no tenía ningún Range Rover. Sin embargo, su actual mujer sí

tuvo uno.

—¡Ah! Bueno... Ya no lo... —se disculpa—. No era mío.

Se traiciona a sí mismo y enseguida se da cuenta.

—Quiero decir que lo tuvo antes... Hace mucho tiempo.

—No tanto —replico.

—Lucía tuvo uno, pero había sufrido un accidente meses antes. No recordaba ese coche cuando usted me preguntó.

Recobra un débil dominio sobre sí mismo. Me fijo en sus ojeras.

—¿Conoce el Desguace Salinas?

Nos mira durante un segundo. Abre la boca y luego la cierra. Se lleva el cigarrillo a los labios. No le tiembla la mano, pero su pulso no es firme.

—Sí. Es uno que hay cerca de Baria —responde.

—El dueño nos ha dicho que usted se ocupó de dejar allí el Range Rover de la que ahora es su mujer.

—No es cierto —ataja Salgado—. Ni siquiera conozco a ese hombre.

—¿No lo ha visto nunca?

—¿Verlo? Sí. Pero...

Dejamos que se sostenga sólo en el vacío. Salgado nos mira y comprende que lo sabemos.

—Cuando usted habló conmigo hace dos días... Recordé después que Lucía había tenido un coche así, un Range Rover. También dijo que el atropello pudo ser... No ser casual. —Se muerde los labios antes de continuar—. Fui a ver el lugar donde habían atropellado a Ana. Creo que no hice bien. Me impresionó. Había intentado olvidar todo aquello y sin embargo, un año después... Había allí un hombre. Señaló el lugar donde cayó el cuerpo. Supongo que estaba sugestionado por todo ello.

—Eso no explica por qué fue al desguace.

—Supongo que quería asegurarme de que el Range Rover estaba allí.

—¿Para qué? ¿No es un coche inservible?

Salgado apaga el cigarrillo en el cenicero. Lo aplasta con saña. Luego se sopla pensativo los dedos. Entonces nos mira.

—Como usted dijo lo del coche... Tuve un mal presentimiento. Pero era una estupidez. Aquel coche había sufrido un accidente unos meses antes del atropello y estaba inservible.

—Sin embargo, usted sabe que ha permanecido sin desguazar durante todo este tiempo.

—Bueno... Eso no lo sabía. No sé por qué, realmente... No me interesé por él. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Cómo sabía dónde estaba el coche?

Salgado sonrío torpemente.

—Ya conocía a Lucía cuando sufrió el accidente. Supongo que quise ser caballeroso y ahorrarle molestias. Como ella estaba herida por el accidente...

—¿Llevó el coche al desguace personalmente?

—No. Sólo cursé la comunicación del accidente a la compañía de seguros. Ellos se encargaron de todo. La información no la tenía yo, sino la gestoría.

Estoy cansado de tantas vueltas.

—Antesdeanoche fue usted allí y ordenó desguazar el coche. Salgado nos mira espantado. Niega enseguida con un movimiento de cabeza.

—No. El dueño del desguace ni siquiera me permitió ver el coche. Negó que estuviera allí.

—¿Y cómo supo que sí lo estaba?

Lo piensa un segundo y luego decide contarle todo de una vez.

—Esperé a que se fuera y entré por detrás, a través de la valla. Vi el coche. Pero no estaba desguazado ni yo he dado orden de hacerlo. Como le digo, ese hombre me dijo que no estaba allí.

—¿Por qué supone que le mintió?

—No lo sé.

El dueño del desguace nos ha dicho que usted le ordenó quitar cualquier identificación de forma inmediata al vehículo.

Advierto una señal de pánico en su mirada. Sus pupilas se dilatan, pero parecen mirar a su interior, perderse en sus pensamientos, antes de poder responder.

—No puede ser. Le digo que apenas hablamos. Ese hombre no quería hablar conmigo. Casi me echó de allí. Se mostró... grosero. Y no lo conocía. No lo había visto en mi vida.

Su versión casa con lo que había dicho el detective. Que Miguel Salinas lo trató con hostilidad.

—Señor Salgado, ¿dónde estaba la noche del 13 de diciembre del año pasado?

—No tiene explicación para lo esencial: ¿Por qué fue al desguace? —comenta Medel en cuanto salimos de la casa y subimos al Golf.

—¿Y por qué no han desguazado el coche durante un año? ¿Y por qué Salinas dice que Enrique Salgado le encargó hacerlo inmediatamente cuando, según el detective, lo trató hostilmente?

—Lo que es cierto es que con ese coche atropellaron a Ana Arnedo —concluye Medel.

—Y también es cierto que no hay pruebas de ello, ¿te das cuenta? Nadie pudo identificar el coche, así que no tenemos nada.

—Tenemos lo que sabemos.

—Que no nos sirve de nada sin pruebas —añado—. Enrique Salgado ha dicho que estaba en casa la noche del atropello de su mujer. Que estaba solo. Comprobaremos las llamadas de aquella noche. También debemos comprobar la coartada de Salinas. Este tío es el centro de todo el asunto, al igual que el coche.

Una vez en comisaría, le pido a López que localice al detective. Durán había dejado su número de móvil, así que un par de minutos después López me pasa con él. Le pido que me explique de nuevo lo que había visto a través de los prismáticos dos noches antes, la escena entre Enrique Salgado y Miguel Salinas.

Para mi sorpresa, comenta que hablaron un rato.

—¿No le pareció una actitud hostil de Salinas hacia Salgado? ¿No dijo eso?

—No, creo que no, aunque lo vi a distancia. Parecía que uno ordenaba y el otro asentía.

—¿Diría usted que ambos se conocían?

—Sí, pensándolo bien, creo que sí.

Cuelgo. Cuando se lo digo a Medel, también se extraña.

—Pero eso no fue lo que dijo ayer.

—Puede haberlo pensado mejor —explico.

—Las impresiones no se piensan. Vio lo que vio y ahora ha cambiado de opinión —dice Medel.

Y me parece que tiene razón.

Son versiones contradictorias del mismo hombre sobre los mismos hechos, sólo veinticuatro horas después.

—Vaya con el detective —digo.

—No te puedes fiar de ellos —comenta Medel. Es lo primero que nos enseñan en la academia.

—Tengo una sensación rara con este asunto —balbuceo.

—¿Rara?

—Parece que todo el mundo se mueve. Pero no lo suficiente. ¿Sabes cómo se hace para comprobar si hay ratas en un agujero?

—¿Qué se hace, comisario?

—Se tira una piedra.

Enrique Salgado vio partir el Golf de los policías y corrió hasta su móvil. Llamó a Lucía. No respondió. Volvió a llamar. Nada. Llamó a la tienda. Le atendió Maribel. Preguntó por Lucía y esperó un minuto.

—Doña Lucía está hablando por teléfono. No puede ponerse —excusó la chica.

Salgado insistió. Dijo que era muy urgente. Esperó de nuevo.

—Doña Lucía no puede ponerse ahora. Dice que después lo llamará —repitió Maribel, tras volver de consultar por segunda vez.

Lanzó una maldición y colgó. Bajó al garaje y subió al Lexus. Salió a toda velocidad. En menos de diez minutos estaría en la tienda.

Llamó al móvil de Lucía. Una, dos, tres, cuatro veces. Cuando estaba llegando al Centro Comercial, pulsó de nuevo el botón de rellamada. Lucía contestó al fin.

—¿Por qué no me coges el teléfono? Tengo que hablar contigo —le reprochó

gritando.

Se oía el taconeo de Lucía en el pavimento.

—Lo único que tienes que hacer es tu vida, como todos los días.

—No puedo. Después de lo de anoche, no puedo.

Lucía no respondió. Salgado continuaba oyendo ruidos de pasos de fondo a través del teléfono. Ya podía ver la arquitectura blanca del Centro Comercial.

—Además —añadió— acaba de estar la policía en casa. Me han interrogado.

—¿Qué les has dicho? —preguntó alarmada Lucía. El taconeo se detuvo bruscamente.

—No sé lo que está pasando, Lucía. Tenemos que hablar.

—Quédate tranquilo. Todo pasará muy pronto —dijo ella y volvieron a oírse los tacones.

—Espérame en la tienda. Voy para allá —pidió Salgado.

—No vengas. Yo te llamaré —negó ella, apagando su teléfono.

Salgado lanzó una blasfemia y marcó de nuevo. Pero la llamada se alargaba y Lucía no respondió. Entonces la vio. Salía de la galería. Aún llevaba el teléfono en la mano, lo miraba y finalmente lo guardó en su bolso. Salgado la vio subir a su Z3 y salir del estacionamiento. Se introdujo en el tráfico, giró en una rotonda y tomó la salida de Garrucha. Los separaban unos cien metros. Pero había tantos coches que Salgado supo que no podría alcanzarla. La volvió a llamar, pero no sólo no respondió. Lucía había apagado su teléfono.

Sucesivos cruces con otras carreteras, salidas y entradas a urbanizaciones, rotondas que disolvieron algo el tráfico. Ahora estaba más cerca, pero aún circulaban varios coches entre ellos.

Lucía se introdujo en Baria. Callejeó hasta llegar al barrio de San Ginés. Calles amplias entre bloques de ladrillo visto de seis plantas de altura. Un hervidero de coches, motocicletas, gentes, talleres y pequeñas tiendas y comercios. Salgado perdió el rastro del coche de Lucía en una bocacalle. Dio varias vueltas por las manzanas cercanas hasta que lo descubrió aparcado ante un edificio de fachada descolorida, que había sido de ladrillo rojo y ahora era de color ocre.

Salgado detuvo el Lexus a unos cincuenta metros. Iba a bajarse del coche en el momento en que llegaba una motocicleta, que aparcó junto al Z3. Mientras se dirigía a la entrada del edificio, el motorista se quitó el casco. ¡Era el hombre del desguace!

Salgado se sintió morir. Pero también creyó que comenzaba a comprender.

Medel empuja la puerta de mi despacho. Lo sigue López. Ambos se sientan frente a mí. Aparto unos expedientes que estaba revisando. Trabajo burocrático y aburrido.

—¿De verdad crees que Enrique Salgado pudo conducir el coche? —pregunta Medel.

—No —digo.

—Yo tampoco lo creo —dice López—. En realidad, no puedo creer nada de lo que estáis diciendo. Conozco a su familia y son todos buena gente.

—Eso no quiere decir nada, López —desmiente Medel.

—Aún así. He hablado con algunas de las personas que estaban sentadas cerca de Ana Arnedo, como me ha pedido, comisario. No ha sido nada fácil esquivar su curiosidad. Querían saber por qué me interesaba.

—¿Qué les has dicho?

—Que era rutina. Que el padre está molestándonos. Se lo han creído.

—Bien.

—Dicen que nada les llamó la atención excepto que, un momento antes de irse, Ana Arnedo recibió una llamada a su móvil.

—¿Qué hora era? —pregunto.

Consulta un bloc pequeño, azul, de hojas cuadriculadas.

—Alrededor de media noche.

—¿Y qué pasó?

—Al parecer, se puso muy seria y, de repente, se levantó y cogió su bolso para irse. Le preguntaron qué le ocurría y no dijo nada. Y es raro, porque era una chica muy educada.

Medel y yo nos miramos.

—Parece claro que alguien la llamó para que saliera del restaurante —deduce Medel.

Fuera la esperaba el coche para atropellarla.

—Hay algo más —añade López—. Mi mujer conoce a Marian del Pozo. Era la mejor amiga de Ana Arnedo. He ido a verla. Y dice que llamó a casa de Ana sobre las once y media para hablar con ella. Y que respondió el marido. Estuvo hablando con él unos minutos.

—Si eran tan amigas, ¿por qué no sabía que Ana no estaba en casa?

—Porque Marian acababa de llegar de viaje. Llevaba varios días fuera.

—¿Estuvo hablando varios minutos con él?

—Sí. Por cierto, que no podía quitármela de encima para que le dijera por qué estamos investigando ahora.

—Lógico que se mosquee —dice Medel.

—Como no sabía qué decirle, no le he dicho nada.

—Conviene llevar esto con discreción —digo.

—Esa mujer odia a Enrique Salgado —comenta López.

—¿Por qué? —pregunta Medel.

—Le culpa de todos los males de su amiga. Dice que era un sinvergüenza que la engañaba constantemente.

—Lo único que nos faltaba era una resentida metiendo las narices en nuestra investigación —digo resoplando.

—Ahora sí te tomas en serio este asunto —afirma Medel.

—Sí. Pero no quiero que se entere nadie. Podemos hacer el ridículo.

Lucía abrió la puerta con su propia llave. Enseguida la estremeció ese olor a cosa vieja y a cerrado que aborrecía hasta la náusea. Era un piso barato de finales de los setenta. Los suelos hacía mucho que habían perdido el color y las paredes necesitaban librarse del vetusto papel floreado.

Dejó el bolso sobre la mesa de formica de un comedor barato y pasado de moda. Luego fue a abrir una ventana, dejando corrida la cortina para no ser vista desde los idénticos y feos edificios de enfrente. Suspiró cuando el aire fresco penetró en la casa. Recogió el bolso y volvió sobre sus pasos y entró en la cocina. Abrió el bolso y comprobó que todo estuviera en su sitio. Respiró hondo al darse cuenta de que le temblaban las manos. Abrió el grifo del fregadero y se mojó las sienes.

Entonces oyó la cerradura. Un segundo después, Salinas estaba frente a ella. Vestía unos tejanos y una camiseta bajo una cazadora de cuero negra. Llevaba el casco de la moto en la mano.

—Has sido puntual —dijo él.

—Me moría de ganas de verte —replicó cáusticamente Lucía.

Salinas se le acercó y la asió por la cintura, atrayéndola.

—Dime: Miguel, te he echado tanto de menos.

—No podía vivir sin ti —respondió ella, simulando una triste actuación.

Lucía se deshizo del abrazo y buscó un cigarrillo en su bolso.

—Tranquilo. Dame unos minutos. Tengo que hacerme a la idea.

—No hay prisa. Además, hoy tenemos que hablar.

—¿Hablar, de qué? ¿Sabes hablar?

Salinas se apoyó en la pared y levantó un dedo amenazador.

—No deberías tratarme así.

—Ya —dijo Lucía con resignación—. ¿Dónde será hoy?

—En el dormitorio. Quiero estar cómodo.

Lucía salió de la cocina. Se iba quitando la blusa.

—¿No sería menos peligroso que con el dinero que te he dado buscaras una puta?

—Las tengo cuando quiero. Pero no conozco ninguna que huela como tú.

—¿No huelen bien las putas?

—También he conocido otras que no lo son —advirtió él, acercándose.

—No lo creo —replicó ella.

—¿Quieres dejar el cigarrillo?

—Espera. —Lucía se apartó de él y entró en el dormitorio. Dejó el cigarrillo sobre la mesilla de noche.

—Se quemará —se quejó Salinas.

—No creo que dure tanto —replicó Lucía mientras acababa de desnudarse. Después se tumbó en la cama, esperándolo.

Salinas la miraba con odio.

—Maldita zorra —dijo, mientras se inclinaba sobre ella. Lucía sintió los labios pegajosos sobre sus pechos.

—¿Por qué no desguazaste el coche inmediatamente, como te dije? Eres un estúpido.

—¡Cállate!

Salinas se debatía contra su cuerpo como si estuviera peleando con un enemigo.

—¿Por qué tienes el labio hinchado? —preguntó al tiempo que intentaba besarla. Le excitaban tanto sus labios, siempre rojos, tan llenos—. ¿Te gusta el sexo duro?

Ella lo rechazó y volvió la cabeza.

—Sólo un imbécil puede dejar el coche a la vista de cualquiera —atacó.

Salinas suspiró hondo y entró bruscamente en ella. Lucía reprimió un gemido. Se mordió los labios y movió las caderas. Miguel respiraba agitado, como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo. Escondía la cabeza contra la almohada, porque ella le prohibía besarla, y se debatía consigo mismo durante unos minutos. Después se rendía al brutal deseo y se deshacía como un azucarillo en la piel tan suave, tan dulce, de la mujer que odiaba y deseaba con un furor animal.

Lucía lo empujó de los hombros para quitárselo de encima. Aún le quedaba una calada al cigarrillo. Miró la mesilla de noche y le dio asco. Entró el cuarto de baño y tiró la colilla al retrete.

—Como tú eres una pija niña rica —decía él desde el dormitorio—. ¿Sabes lo que valía ese coche para mí? Casi tanto como me pagaste, avariciosa.

Unos minutos después, se reunieron de nuevo en el salón.

—¿Por qué me has llamado con tanta urgencia? —preguntó Lucía, mientras encendía otro cigarrillo.

—Vengo de la comisaría.

Por primera vez, Lucía lo miró fijamente.

—No me gusta cómo van las cosas. Ese policía aprieta mucho. Y sabe cosas —continuó él.

—¿El comisario?

—Sí.

—¿Qué sabe?

—Que fue con ese coche. Eso es seguro. Lo saben —admitió él abriendo los brazos. Se dejó caer en un sillón de tela marrón.

—No entiendo cómo han podido llegar hasta el coche —se preguntó Lucía en voz alta.

—Ese marido tuyo los llevó allí. Seguro.

—¿Pero por qué fue él hasta allí? Eso es lo importante, lo que motivó sus sospechas. ¿Por qué buscó el Range?

—Lo único que sé es que la cosa se pone fea. Saben que antesdeanoche le borré el número de chasis.

Lucía intentaba comprender a toda prisa. El anónimo que le mostró Enrique. Tal vez hubiera otros... ¿Pero, quién? ¿Y cuánto sabía quién los hubiera enviado? Luego pensó otra vez en el maldito coche:

—Sólo pueden saberlo si alguien ha visto el coche antes y después —concluyó.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien vio el coche antes de que le quitaras el número. Alguien vio el coche esa noche y por eso al día siguiente supo que lo habías quitado.

—Tuvo que ser tu marido.

—No. Él no se lo hubiera dicho a la policía.

—¿Entonces...?

—Alguien ha puesto a la policía tras nosotros.

Salinas forzó una expresión de temor que no pudo disimular.

—Desde que estuvo en el desguace supe que habría problemas. No lo reconocí hasta que estuvo ante mis narices.

—Lo importante es saber quién ha puesto a la policía sobre la pista del coche. En cuanto la policía le preguntó por un Range Rover, Enrique fue directamente a buscar el mío.

—¿Quieres decir que puede haber alguien que está intentando jodernos?

—¿Qué le has dicho a la policía? —Lucía se plantó ante él.

—Les he dicho que tu marido me dijo que lo desguazara inmediatamente.

—¿Por qué has hecho eso? Eres imbécil. Lo has convertido en sospechoso —gritó Lucía.

—¡No me grites! Ya era sospechoso, ¿es que no lo ves? Y tenía que darle un aviso.

Lucía lo miró desconfiada.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito pasta para abrirme.

—Ya te he pagado yo. Y te ha pagado de muchas maneras —advirtió Lucía.

—Me da igual. Quiero dinero de tu marido. Él tiene mucho. Tengo que darme el piro. Esto no me gusta.

Lucía se apartó de él y estuvo pensativa durante largos minutos, perdida la mirada tras la ventana entreabierta. Podía ver el edificio de enfrente, igual de vetusto, igual de sucio, igual de triste, como si hubiese un espejo.

—¿Dónde vas a ir?

—A Cuba. Tengo un amigo allí. Podría vivir de puta madre con dinero.

Lucía aplastó el cigarrillo sobre un cenicero. Se mordió los labios.

—Tienes que irte, sí. Debes desaparecer —admitió.

—Quiero un millón de euros —soltó él. Lucía se le quedó mirando, incrédula.

—Tú eres tonto —dijo.

El hombre le devolvió la mirada. Sentía que ahora también la dominaba a ella. Sonrió.

—¿Sabes cómo podría vivir en Cuba con un millón?

—¿Lo dices en serio? —la expresión de Lucía mudó de incredulidad a estupor—. Eso es imposible. Es mucho dinero. No tengo ese dinero.

—Pero tu marido sí. Y lo quiero ya —dijo rotundamente.

—Nunca te dará ese dinero.

—¿No? —Salinas se levantó ágilmente y se plantó ante ella—. Cuando le diga que irás a la cárcel. Y que él también irá, lo pagará tan rápido que ni lo vas a ver.

—Tú serás el primero en ir a la cárcel —le retó Lucía.

—Te equivocas. —Salinas hablaba casi divertido. Por primera vez desde que la conoció sentía que la dominaba—. Yo no lo hice.

Lucía dio un paso hacia él.

—Repite eso.

—Que yo no lo hice.

Una oleada de calor subía por su pecho y se estrelló en la garganta de Lucía.

—¿He estado acostándome contigo todo este tiempo y no fuiste tú?

—Se lo hubiera dicho igualmente a tu marido. De todos modos, tenías que hacerlo. Y ha estado de puta madre, ¿no?

—¿Quién conducía?

—Nadie que te importe.

Lucía lanzó una bofetada que se estrelló en el rostro de Salinas.

—¡Maldita guarra! —gritó él, a quien el golpe pilló de sorpresa.

La aprisionó entre sus brazos, de modo que ella no pudiera escaparse, aunque se debatía inútilmente. La alzó y la llevó hasta el dormitorio, tirándola sobre la cama y aplastándola con su cuerpo.

—Es la última vez —dijo mientras agarraba las muñecas de Lucía con sus manazas—. Haz que te recuerde con cariño.

Cinco minutos después, Lucía se levantó. Tenía lágrimas en los ojos.

—Quiero el dinero el lunes —dijo Miguel desde la cama—. El lunes por la noche. Ni un día más. Si no tengo mi dinero escribiré a la policía todo lo que sé y me perderé.

Lucía se vistió en silencio.

—Y también diré que tu marido lo sabía. Él también irá al talego.

—No puedo conseguir tanto dinero en tan poco tiempo —se defendió Lucía.

—No quiero tu dinero. Quiero el suyo. Y él tendrá que pagar —dijo Salinas, y se dio la vuelta en la cama. Apagó la luz. Un leve resplandor entraba por la persiana—. Cierra al salir, cariño.

Lucía llegó hasta el salón. Acabó de vestirse. Se dirigió hasta la puerta. Abrió... Y cerró de un portazo. Se quitó los zapatos. Entró en la cocina. Abrió el bolso y extrajo unos guantes y un cuchillo afilado. Se dirigió con cautela hasta el dormitorio.

Miguel era un bulto bajo las mantas.

Lucía dio dos silenciosos pasos y levantó el cuchillo.

Un golpe sordo que pareció romper su espalda la hizo saltar hasta el otro lado de la cama. De su pecho escapó un gruñido. No podía respirar, no podía moverse. Salinas saltó sobre ella.

—¿Querías matarme? —chilló sordamente, fuera de sí—. ¿Querías matarme como a un cerdo?

Lanzó una patada al cuerpo tendido. Luego un puñetazo, y otro. Al hombro, al costado, al muslo. Lucía quedó paralizada, acurrucada en el suelo, plegándose dolientemente. Salinas cogió el cuchillo que había caído sobre la cama. Lucía levantó patéticamente las manos, los ojos empañados de lágrimas, gimiendo.

El brazo de Salinas, amenazante, se quedó suspendido una eternidad.

—¡Vete, puta! Después de esto, te juro que si no tienes el dinero lo contaré todo antes de que me mates.

Lucía se arrastró fuera del dormitorio, se levantó dificultosamente y salió del piso, perseguida por la mirada de odio del hombre.

Observó enseguida algo raro en su actitud. Lucía atravesó la calle lentamente. Salgado corrió hasta ella, la alcanzó antes de que subiera al Z3. Lucía no se dio cuenta de su presencia hasta que él apretó su brazo. Ella emitió un gemido de dolor.

—¿Qué significa esto? —preguntó él, apagando la rabia que sentía para no llamar la atención de las gentes que pasaban por la calle.

La introdujo en el coche y él se sentó al otro lado.

—¿Qué significa esto?

Se quedó mirando su perfil, escondido tras unas gafas de sol.

—Me has estado engañando desde el principio. Todo ha sido una mentira. Nunca hubiera imaginado que tú también pudieras traicionarme.

Ella no dijo nada. Salgado sintió deseos de abofetearla, pero temió su reacción, como la de la noche anterior, a la vista ahora de todo el mundo, y sólo consiguió morderse el labio y lanzar una maldición.

—Primero Ana y ahora tú —continuó.

—Yo no te he engañado —replicó Lucía con voz débil.

—¿No? Ése es el hombre del desguace. Supongo que él conducía el coche. Claro, por eso tú estabas lejos de Baria aquella noche, para tener una coartada.

—Yo no te he engañado —repitió Lucía.

—Lo he visto con mis propios ojos. Has entrado en el edificio y él ha llegado un segundo después.

—Pero nunca te he engañado. Te amo demasiado —dijo Lucía, girando la cabeza hacia él, aunque las gafas escondían su mirada.

—No puedes decir eso. No después de lo que ahora sé. Debes estar loca.

Unas lágrimas se deslizaron por el rostro de Lucía. Salgado las vio resbalar desde la sombra oscura de las gafas hasta los labios rojos.

—Tenía que hacerlo. Me dijo que si no accedía a acostarme con él te lo contaría todo. Y yo no quería que tú lo supieras, ¿comprendes?

—¿Cómo quieres que te crea? Todo el cuerpo de Lucía tembló.

—Si no me crees, déjame. Baja del coche y vete.

Entonces gimió con fuerza. No podía soportar más el dolor. Se llevó la mano al costado. Abrió mucho la boca. Le costaba respirar.

—¿Qué te ocurre?

Ella apretó los labios e intentó contener un grito de dolor. Salgado levantó su blusa y descubrió un enorme cardenal en el costado.

—¿Qué ha ocurrido ahí arriba? Lucía rompió a llorar.

—Me ha pegado. Me ha pegado una paliza —sollozó.

Aparcamos el coche frente a un pequeño taller situado en el extremo más alejado del cuadrículado y moderno polígono industrial de Baria. Es la nave más pequeña de todas las que hemos visto. Apenas hay media docena de coches situados a la entrada y un par de ellos en el interior, donde se afanan dos mecánicos. Uno levanta la cabeza desde el motor de un Citroën y se acerca hasta nosotros. Medel pregunta por Cortés y el hombre se presenta. Medel le muestra la placa.

—¿Qué pasa? —pregunta con recelo.

Se trata de un hombre joven, de menos de treinta años, bien parecido si no le faltaran las dos paletas. El hueco negro se abre en cuanto despega los labios y los sonidos salen silbando.

—¿Eres amigo de Miguel Salinas? —pregunta Medel.

—Sí, bueno... Lo conozco.

—¿Lo conoces o sois amigos?

—Bueno...

Cortés quiere reservarse la palabra *amigo* hasta saber de qué va todo esto. No sabe si le conviene seguir siéndolo. Al fin y al cabo, quien pregunta es la bofia.

—¿En qué quedamos?

El otro mecánico es un chaval de apenas dieciséis años que desvía la mirada cuando me fijo en él. A lo largo de las paredes se alinean toda clase de herramientas y bajo ellas hay neumáticos, restos de motores, tubos de escape, un barril con aceite.

A la derecha hay una pequeña oficina.

—Bueno. Si Miguel tiene un coche en el desguace y quiere arreglar una pieza para venderla, la trae y yo se la arreglo. Pero no somos socios. Si él necesita algo, me llama y ya está —está explicando Cortés.

—¿Te ha traído alguna vez un Range Rover para arreglarlo?

—¿Uno de esos de lujo? No. Sólo trae piezas. Un cuadro que no funciona, una bomba, un carburador, cosas así.

—¿No tienes más negocio que éste? —pregunta Medel.

—Claro. Tengo bastante trabajo, no crea.

—Miguel dice que le has prestado dinero para comprar el desguace. Cortés casi se ruboriza. Se muerde los labios, pero no con las paletas.

—Bueno. Le presté un poco. Yo quería entrar en el negocio del desguace, pero luego... Le he dicho que se quede el negocio para él y que me devuelva el dinero.

—¿Cuánto le prestaste?

—Veinte mil.

—Pero el desguace valía mucho más. ¿De dónde sacó el resto?

—No lo sé —responde Cortés, encogiéndose de hombros.

Nos despedimos y subimos al coche. Ambos nos preguntamos de dónde ha sacado Miguel Salinas el resto del dinero para pagar un negocio que vale cinco veces más. Entonces llama López. Oímos su voz a través del manos libres.

Ha hablado con alguien que también estaba con Ana Arnedo aquella noche.

—Se llama Matías. Es un señor mayor que estaba en el servicio cuando Ana salió del restaurante. Oyó un ruido y fue el primero en acudir. Vio la silueta de un coche, y, ¿sabe lo más curioso, comisario? Que le encantan. Conoce todos los modelos. Asegura que era un todoterreno. Y posiblemente un Range Rover, aunque cuando él salió se alejaba a toda velocidad y no pudo distinguirlo bien.

—¿Se lo dijo a alguien? —le pregunto.

—Sí. A la Guardia civil, pero nadie tomó nota porque no podía identificarlo con seguridad.

—¿Por qué se te ha ocurrido hablar con él, López? —le pregunto, picado por la curiosidad.

—Porque Marian, la amiga de la muerta —explica—, me dijo que Matías había sido el primero en acudir.

—¿Le has dicho por qué le preguntabas?

—No, comisario. Me he hecho el encontradizo. Es jubilado y siempre está en los mismos sitios. Y le he tirado de la lengua. No se ha dado cuenta de nada.

—Buen trabajo, López.

Sé que ahora López no cabría en el uniforme, si llevara uniforme.

—Y otra cosa, comisario —dice la voz metálica de López.

—Dime.

—He hablado también con el Pringao.

—¿Quién? —pregunta Medel.

—El Pringao —repite López.

—El dueño anterior del desguace —le aclaro.

—Dice —continúa López— que mientras él fue el dueño nadie llevó un coche de esos. Que sería después.

—¿Cuándo le vendió el negocio? —inquiero.

—Hace año y medio.

—Justo en el momento en que el Range de Lucía Ugarte sufrió el accidente —

comenta Medel—. ¿Y cómo le pagó?

—Le pagó sólo diez mil en efectivo. El resto, a la firma de la escritura. Que se firmó hace menos de un año.

—Justo después del atropello —revela Medel como si hubiera encontrado la solución a un enigma.

—Gracias, detective López.

Oigo un rumor al otro lado del teléfono. López no sabe cómo agradecer el elogio.

—Buen trabajo otra vez, López.

—Gracias, jefe.

Se corta la comunicación mientras salimos del polígono industrial y enfilamos la autopista hasta la siguiente salida, donde está nuestro próximo destino.

—Hay pocas personas alrededor de ese coche, comisario. Eso significa que el asesino está cerca.

—Déjate de frases —me quejo.

—Quiero decir que tiene que ser alguien que ha estado cerca del coche.

—Y el que más cerca está es Miguel Salinas.

—Y compró un negocio que pagó, sin justificar de dónde sacó el dinero, justo tras el atropello.

Asiento con la cabeza.

—Es hora de comprobar su coartada —sentencia Medel.

—Vigílalo. A él y a Enrique Salgado. Que los sigan discretamente.

Habían pasado la tarde en la consulta de un médico. Le habían contado que se había caído en los jardines de casa. El médico le había hecho una radiografía y no tenía nada roto, pero los hematomas iban apareciendo en el costado, en los brazos, en la pierna.

—Afortunadamente, no se ven —dijo Lucía.

Luego habían ido a casa.

Salgado permanecía en silencio, confuso entre el sentido deber de cuidar a Lucía herida y el miedo que le provocaba la verdad. Sería mejor no saberlo, se dijo, angustiado. Había sido muy feliz mientras la ignoraba.

Rosario preparó la cena y luego se fue. Lucía se puso ropa cómoda y se tendió en el sofá. Le pidió que encendiera la chimenea y se quedó mirando largo rato las llamas. Salgado preguntó si necesitaba una almohada, o tal vez una manta, si quería un calmante, dio vueltas de un lado a otro, encendió un cigarrillo, lo dejó en un cenicero, buscó un vaso de agua que puso junto a ella y encendió otro cigarrillo sin acordarse del primero, que aún ardía cerca del filtro, dejando un aliento insano en la habitación.

—Ese hombre conducía el coche, ¿no es cierto? —se atrevió a preguntar finalmente, con voz opacada por la ansiedad, que le cerraba la garganta como una

mano que estrangulara.

Lucía cerró los ojos lentamente.

—Necesito que me lo digas.

—¿Para qué?

—¿Le pagaste para que lo hiciera?

Lucía no dejó de mirar el fuego. Un enorme leño crepitaba en el hogar de la chimenea.

—¿O estabais de acuerdo y sólo buscabais mi dinero? Ahora sí lo miró con atención. Con atención y desprecio.

—¿Eres tan estúpido que no puedes comprender? Lo hice por ti, porque te amo y quería vivir contigo. Él no es mi amante.

—Pero has dicho...

—He dicho que he hecho cosas para evitar que tú lo supieras. Eso no es amar.

—Pero has estado acostándote con él.

—No era más que una mancha escondida en un vestido nuevo.

Tras el anterior silencio absorto de ella, descubría ahora Salgado, de nuevo, a la Lucía que esta mañana le ordenaba asearse y salir al mundo como si nada hubiera ocurrido. La mujer cuyos tacones resonaban en las escaleras de granito como una réplica inapelable.

Se acercó a ella y dejó el cigarrillo. Le temblaban las manos. Estaba aterrado.

—¿Por qué tuviste que hacerlo?

Lucía lo observó detenidamente. Él se sentía intimidado y frágil, reflejado en aquellos inmensos ojos azules como una mariposa en el microscopio del coleccionista. Pero, al mismo tiempo, sentía que necesitaba decir algo, hacer algo, lo que fuera, que no dejara las cosas así, vacías, tan huecas como se sentía él. Salgado comprendió vagamente, instintivamente, que él no era más que un perfil que Lucía había rellenado a su antojo desde que se conocieron.

—Si no lo has comprendido ya, no creo que lo comprendas nunca —dijo ella serenamente, y dio un trago del agua que él le había traído.

—¡Pero quiero entenderlo, maldita sea, dímelo! —estalló él, forzando una cólera que no dejaba de ser, en el fondo, sumisa.

—Te lo he dicho cada uno de los días que he estado contigo —reveló ella Suspiró, desengañada de que él no entendiera.

—No me vengas con frases. Eso no significa nada. Podías haberlo dicho... Yo podía haber pedido el divorcio —protestó él.

—¡Mentiroso! —gritó ahora Lucía, lo que le provocó un golpe de tos—. ¡Mentiroso! —repitió gimiendo y llevándose la mano al costado.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—¡Eres un cobarde! No lo hubieras hecho. Eres demasiado codicioso y eso hubiera supuesto perderlo todo. Te dije que yo tenía dinero, pero claro, no tanto como ella. Te dije que te dejaría, y lo hice. —Lucía dejó asentarse el silencio durante largos

segundos, como quien espera que caiga el polvo.

Lo vio en la memoria, aquel día. Lo dejó plantado. Quiso amenazarle en serio con no volver a verlo. Y para intentar olvidarlo, salió. Sola. A todas horas. Como una buscona. Y conoció a Miguel. Y se humilló con él.

Hasta que supo, unos días después, que no podría soportarlo. Y la idea más atroz fue tomando cuerpo. Y Miguel, que quería demostrarle lo macho que era, que ocultaba bajo una pátina de hosquedad la fascinación que sentía por ella, se espantó al principio, pero luego conspiró, hasta el final.

Permanecieron callados un rato.

—Pero no puedo estar sin ti —reconoció finalmente con voz débil.

—¿Quieres decir que la mataste por mi culpa? —afirmó, más que preguntó, Salgado.

—¡Culpa! ¡Culpa! Todos somos culpables. Somos culpables por amarnos. Ella culpable por no saber amarte y permitir que te enamoraras de mí. Además, te engañaba. Yo lo supe.

—¿Cómo?

—Debíamos seguirla... Era Pablo.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Para qué? De todos modos no iba a durar mucho —reconoció cínicamente, con una mueca triste.

—He sido un títere en vuestras manos —admitió Salgado.

—Todos te hemos amado demasiado.

Lucía cerró los ojos, dolorida.

—Ahora me pregunto si te lo mereces —añadió.

Salgado se levantó. Estaba sudando, no podía soportar el calor que desprendía el fuego. Le quemaba la cara y las manos. Salió a la terraza.

Respiró hondo. Bajo la bóveda oscura, sintió que el amor que había recibido le pesaba como un manto de plomo, como una maldición. Lucía apagó la luz del salón. Salgado se volvió a mirarla, a través de las ventanas. Ahora, sólo una luz indirecta la iluminaba. En la penumbra, su cuerpo tendido en el sofá, hizo que Salgado recordara muchas cosas.

Volvieron nítidos los recuerdos de las primeras veces que se vieron, aquellos encuentros clandestinos en los que la deseaba con una pasión que no había sentido nunca y ella no se dejaba. Primero él debía cumplir un ritual ridículo, pero que acabó siendo tan necesario y vivo como una liturgia. Sólo entonces podía amarla. Y cuando lo hacía, ya se había convertido en algo más que deseo y carne, el sexo había cobrado alma y, por primera vez en su vida, Enrique Salgado atisbó lo que era el amor.

—Quiero que me ames de esa otra manera —decía ella.

Era como recuperar la juventud más inocente. Como era él antes de emputecerse con el dinero de Ana. ¡Qué curioso! Se casó con Ana por su dinero y la despreció precisamente porque no era capaz de resistir la atracción del dinero que esa misma

mujer le entregó. Se sintió patético, indigno del amor de Lucía. Porque ahora sabía que su codicia había impelido a Lucía y había provocado la muerte de Ana.

Se engañó a sí mismo durante un tiempo creyendo que nada le importaba excepto Lucía. Y fue el periodo más feliz de su matrimonio. Pero cuando ella le pidió que dejara a Ana, no fue capaz. Lo perdería todo. Y comenzó a dar largas, a no querer preguntarse qué le importaba más, si el dinero o Lucía.

Por eso se alegró de la muerte de Ana. Se sintió liberado. Ahora no tendría que elegir. ¡Qué lejos quedó ese terrible momento, seis o siete meses antes, cuando Lucía lo había dejado! Creyó que no podía soportarlo. Semanas de tristeza y soledad. Porque Lucía cumplió su palabra. Y cuando habían pasado dos semanas sin verla y ya no podía más, se había acercado a la tienda de antigüedades. Y había entrado en la oficina de Lucía, que no quería salir a recibirlo. Y le había dicho que no podía estar sin ella, que todo debía continuar como hasta ahora, que no era suficientemente valiente para dejarlo todo y huir, pero la amaba furiosamente. Y ella le había tocado la cara con sus pequeñas manos y le había dicho, con lágrimas en los ojos, premonitorias del horror:

—¡Mi amante triste!

Ahora sabía que en ese momento había decidido la suerte de Ana.

Salgado sabía también que no sería fácil, a partir de ahora, mirarse al espejo y ver su cara, la de verdad. Se sintió tan desnudo que pensó que jamás antes, en toda su vida, había sido sincero consigo mismo.

Unas manos lo abrazaron por detrás. Sintió un escalofrío seguido de un intenso calor al tiempo que el cuerpo de Lucía se estrechaba al suyo.

—Cariño. Tenemos que pagarle.

Supo que lo haría. Haría todo lo que ella dijera. Porque ella lo había colmado de pasión y de miles de cosas que ni siquiera sabía que existieran, igual que se llena de buen vino un pellejo viejo.

Pero no lo había descubierto ahora. Lo supo anoche, en aquel lugar incierto, sumergidos en oscuridad, en el interior del coche, cuando habían luchado y se había excitado tanto que alcanzó una plenitud imposible de explicar y difícil de confesar. Sólo la vergüenza y el miedo le habían impedido estallar.

El Paraíso es un antiguo hotel reconvertido en puticlub. Su licencia de negocio de hostelería da cobijo a una treintena larga de chicas que pagan la habitación y se llevan, además del importe del servicio, una comisión por cada copa. El dueño del hotel no tiene que preocuparse de buscar clientela. Sus huéspedes lo hacen por él. Y muy bien.

En cuanto nos ven entrar se miran entre sí, alarmadas. Algunas nos conocen y las que no, nos huelen en la expresión de sus colegas. Nuestra presencia las alerta como una serpiente a un perro.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunto a Medel mientras nos acomodamos en la barra, con el estilo chulesco de los habituales.

—Alguna vez he venido, ¿qué pasa?

Me sorprende su respuesta. Aunque aún puedo darle unos cuantos consejos, que dejo para mejor ocasión.

—Si te gustan estos sitios, deberías elegir uno más discreto, más alejado de tu jurisdicción.

—Donde no me conocen, no me tratan igual.

—Como quieras —concedo—. Allá tú.

Nunca hubiera supuesto que Medel oliera a gorrón.

Un camarero se acerca hasta nosotros. Hago ademán de sacar la cartera para mostrarle la placa, pero levanta la mano.

—Buenas noches, comisario —dice marcando mucho las eses. Es español, pero de muy lejos. En trescientos kilómetros a la redonda de Baria no hay ningún lugar donde se hable tan fino. Siento un mordisco de nostalgia y recuerdo vagamente mis orígenes, también lejanos.

—Sabe quiénes somos —dice Medel, como si fuera una obviedad y yo un poco espeso de reflejos.

—¿Qué quieren beber? —pregunta el camarero. Tiene las manos muy grandes y los dedos muy finos. Es alto y muy delgado. Y tiene una boca grande en un rostro de Cristo del Greco.

—Lo de siempre —responde maquinalmente Medel.

—¿Qué es lo de siempre? —le pregunto mientras me quedo mirándolo.

—Un *gin-tónico*.

—Otro para mí —digo mirando al camarero.

—Enseguida.

Llama a una rubia madura, oxigenada, de formas amplias. Más comedida en el vestir que las otras, supongo que está retirada y sólo trabaja de camarera. Nos sirve las copas en un instante.

Paseo un poco la mirada y no veo nada nuevo bajo el sol. Varios haraganes en un rincón, que ni siquiera invitan a las chicas. Algún solitario maduro en la otra barra, poniendo a prueba la paciencia de una guapa eslava. Un tipo treintañero, con aire de comerse el mundo, dándole el pico a una mulata.

Saco la cartera, esta vez para pagar, pero el camarero lo ataja de un plumazo:

—Invita la casa —dice. Sonríe a Medel—. ¿Qué le trae por aquí, inspector?

Medel le dice lo que buscamos. Le pregunta si conoce a Miguel Salinas, el que tiene un desguace a la salida de Baria. El camarero responde que sí, que viene de vez en cuando. Explica que Miguel nunca ha tenido una chica fija, que pica aquí y allá y todas lo conocen. Añade que casi siempre va pasado de vueltas. Se señala la nariz y sorbe unos mocos ficticios. Medel le pregunta por la noche del trece de diciembre del año anterior, la noche de Santa Lucía. El camarero se lo piensa un rato.

—Hace un año. Es mucho tiempo.

Nos pide con un gesto que esperemos y le dice algo al oído a la rubia, quien sale de la barra y se pierde tras una cortina.

—Por ahí está la escalera —aclara Medel.

—Conoces bien la casa. Medel se encoge de hombros.

El local es amplio, repleto de luces cálidas. La música no es estridente y permite la charla. Cuento rápidamente unas quince mujeres y porque es demasiado temprano. Por la pinta, ni una española. Observo un grupo de cinco, de aire eslavo, que están charlando en un rincón como manijas tras la compra. Hay tres mulatas sentadas una tras otra, como piezas de dominó, en altos taburetes, que me miran con intención. Lamento ser el comisario de Baria. Otra vez será.

Tres negras entran y salen haciendo bailar la cortina tras la que se perdió la rubia. Y dos mujeres de aire magrebí se mecen la una a la otra, atrapadas entre una máquina tragaperras y un altavoz, contándose algo entre cuchicheos. También me devuelven una mirada que lo contiene todo y que me deja herido.

—Aquí nos lo van a decir todo —comenta Medel, con el optimismo engréido de quien se considera importante.

Lo miro con una expresión de lástima y sorna, pero estoy cansado de darle lecciones gratis. Que aprenda solo. Ya tiene edad.

—Quieren estar a bien con nosotros. Seguro que nos dicen todo lo que saben —insiste.

Es cansino oír permanentemente las bobadas de Medel.

En ese momento vuelve la rubia oxigenada. La acompaña una preciosidad color chocolate, menuda pero de proporciones perfectas, que se planta frente a nosotros. El camarero se acerca a la chica y le dice, a través de la barra y de forma que podamos oírlo claramente.

—Responde a todo lo que te pregunten. —Luego añade, dirigiéndose a nosotros—. Se llama Silvia. Es amiga de Miguel.

El camarero se aleja unos metros y se queda bajo los anaqueles repletos de botellas, observando discretamente la evolución del negocio.

Medel le pregunta a Silvia por Miguel Salinas. Silvia responde con un español dulzón del Caribe. Es dominicana. Dice que Miguel venía mucho a verla, pero luego había cambiado de chica. Es por rachas, un rabaneras, dice, un día le da por una cosa, otro por otra.

Doy unos pasos y le busco un taburete. Se eleva considerablemente cuando se sienta y cruza las piernas. La muñeca es aún más bonita tan de cerca.

—¿Tiene siempre dinero? —pregunta Medel.

Tiene la carita de facciones mínimas y perfectas, como una muñeca de porcelana, y la piel marrón es suave como terciopelo. Tiene unos labios ligeramente carnosos y los ojos marrones demasiado grandes para su cara de estampa.

Silvia responde que sí, que Miguel siempre tiene dinero y que gasta mucho.

Medel le pregunta por la noche del trece de diciembre del año anterior. Sorprendentemente, Silvia no la ha olvidado.

—¿Cómo voy a olvidar? —dice, mostrando una lengua rosada y una sonrisa lenitiva que sanaría a Lázaro antes que cualquier palabra.

Cuenta Silvia que aquella noche Miguel había llegado temprano, sobre las nueve. Que estaba muy alegre, que no paraba de dar gritos, de meterse en la cabina para poner discos y de invitar a todo el mundo. Dijo que era su cumpleaños. Luego subió con una chica. Bajó media hora después y continuó bebiendo y metiéndose cosas — Silvia señaló su nariz— en los servicios cada diez minutos.

Medel le pregunta por qué recuerda con exactitud la fecha. Silvia hace un gesto, como pidiéndole que espere, que ya cuenta. Medel no tiene paciencia para dejar hablar a la gente.

Silvia reacomoda su trasero en el taburete. Las urgencias de Medel no le agradan, así que me mira a los ojos cuando descruza y vuelve a cruzar las piernas. Porque le presto toda la atención del mundo y también para saber si me he quedado con el cante. Tendría que ser ciego o estar muerto.

Satisfecha, continúa diciendo que sobre media noche Miguel estaba tan volcado que se subió a la barra, bailó sobre ella, dio patadas a las copas y se peleó con un cliente porque le había tirado el cubata. Luego volvió a subir a la barra y se desnudó. Hizo un *striptease* y se quedó en calzoncillos.

—¿Se comportaba así habitualmente? —pregunto.

—No. Siempre era alegre, pero como esa noche no.

Le damos las gracias. Silvia añade que Miguel volvió hace tres noches y la buscó. Le resultó raro, porque hacía tiempo que pasaba de ella. Estaba nervioso, la invitó a dos copas, pero no paraba de mirar el reloj. Luego sacó la conversación del año anterior, que si se acordaba de aquella noche, de las locuras que hizo y todo el rollo. Dijo que era el 13 de diciembre, el día antes de su cumpleaños. No quiso subir con ella y se dio el piro.

—¿Un poco como con prisas, sabe? —concluye Silvia.

Después mira al camarero, que le hace un gesto casi imperceptible, y se despide de nosotros. Salta del taburete como una niña traviesa y antes de darme la espalda me mira a los ojos. Mantengo su mirada. El giro de su pequeño cuerpo es tan largo como un adiós.

Se acerca el camarero y nos pregunta si necesitamos algo más. Le decimos que no y salimos, escoltados por las miradas de todos los presentes.

Subimos al coche y volvemos a Baria. Medel no puede esperar más y larga todo su optimismo.

—Está claro que quería tener una coartada y se encargó de que todo el mundo supiera dónde estaba. Y que ahora, hace tres días, ha venido a recordarlo. Precisamente para que nadie se olvide.

—Supongo que desde que Enrique Salgado apareció por el desguace y preguntó

por el coche, se puso en guardia y quiso asegurarse —confirmo.

—Tenemos que detenerlo. Lo sabe todo y si le apretamos...

—No vamos a hacer nada, Medel.

Se queda atónito, mirándome. Conduzco lentamente por las calles solitarias de Baria. Ha caído la noche, tan temprana, tan implacable. La oscuridad y el deseo frustrado me ponen de mala leche. Maldigo la ciudad que queda tan vacía al caer la noche que parece fantasmal.

—No tenemos nada, Medel.

—Pero sabemos muchas cosas —protesta.

—Saber para un policía no significa tener un caso. Sabemos cosas. Pero no tenemos ni una prueba.

Guardo silencio unos instantes, mientras Medel se rebulle en el asiento de al lado, y luego recapitulo.

—El coche no nos sirve de nada. Sabemos que atropellaron a Ana Arnedo con él, pero no tenemos ninguna prueba. Miguel tiene una coartada sólida. Y sabemos que Enrique Salgado también, porque estaba en su casa y lo podrá ratificar una persona que lo odia. Así que, ¿qué tenemos?

Aparco junto a la acera. Medel tiene su domicilio cerca. Parece abatido. Aprieta los ojos reconcentrado, intentando rebatir mentalmente mis conclusiones.

—Además, si no tenemos nada, lo mejor es dejarlos libres —explico—. Tal vez cometan un error o se delaten, qué sé yo. Estaremos esperando —lanzo esta esperanza, a ver si la acepta como una limosna.

Se queda a medio camino, con un pie fuera del coche, pensando en lo que le he dicho.

—Si los detenemos —continúo— no tendremos nada, porque enseguida sus abogados pondrán en ridículo nuestras sospechas. Entonces estarán más en guardia y les bastará con estarse quietos para que nos olvidemos de ellos. Sólo presión, Medel, sólo presión y seguirlos, como te he dicho. El resto es cosa de su mala conciencia. O de su codicia. O de lo que sea.

El Golf es una bestia domesticada. Siente mi frustración y se detiene ante el Baria City Blues. Como no hay aparcamiento, subo el coche a la acera. La Policía Local está cerca. Me ven. Los miro sin saludarlos. Hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Y no voy a preocuparme por unos alguaciles venidos a más.

Suena algo desconocido para mí. Es *jazz* del bueno, así que no lo identifico.

Mike está al final de barra, pero esta vez no está leyendo. Se distrae mirando discos. Oigo jaleo. Al fondo del local hay un grupo de gente. Recuerdo con pena que es sábado. Hasta Mike hace hoy negocio. Puedo ver a tres hombres y cuatro mujeres. Todos están en la frontera de los cincuenta y sus gritos no se corresponden con sus elegantes trajes y vestidos. Parecen adolescentes avejentados que acabaran de ser

despedidos de una boda. Se abrazan, hacen lastimosos remedos de bailes, beben. Una de las mujeres se acerca a Mike. Habla con él un minuto. Mike asiente con la cabeza. La mujer repara en mi presencia. Tiene una mirada lenta y vidriosa, que se detiene pegajosa en mi cara. Yo también la miro. Es guapa. La mujer se da la vuelta y se une al grupo. Continuo mirándola, preguntándome cuánto tiempo tardará en darse la vuelta para comprobarlo. Un segundo.

Mike deja los discos y se acerca.

—Están contentos —comento.

—Sí —reconoce Mike con fastidio—. Y más que se van a poner.

—¿Quién es la rubia que hablaba contigo?

—No la conozco, pero viene con ellos.

—¿Qué quería?

—Gloria Gaynor —dice pronunciando el nombre tan correctamente que hasta que no comienza a sonar *I will Survive* no logro entender lo que ha dicho.

Mike se vuelve hacia el grupo, que jadea la música.

—¿Qué quieres? —pregunta después.

—Lo de siempre, pero esmérate esta vez. Acabo de tomar una copa y parecía el brebaje de una bruja.

—¿El qué?

—Veneno —aclaro—. Haz bien tu trabajo.

Coloca un ancho vaso sobre la barra, luego la botella de ginebra azul, busca los cubitos más cúbicos y duros y después friega el limón. Tarda varios minutos en raspar la cáscara verde y frotarla por los bordes del vaso. Escancia la ginebra y busca un agua tónica helada. Por fin, ensarta un trozo de cáscara de limón en el cristal.

—¿Ok?

—Ok.

Mike sonrío.

—No te esperaba esta noche.

Mientras respondo, reconozco que no quiero ir a casa. Tengo miedo a otro fracaso.

—¿Tenía que venir? —le respondo.

—Será mejor que veas algo. De todas formas, te vas a enterar. Mike sale de la barra y se pierde por una puerta que dice «Privado». Vuelve un par de minutos después. Pero no viene solo.

Junto a él, anulando su presencia como una reina a su porteador, camina la diosa color chocolate que había descubierto el día anterior en el Centro de Acogida. Un vestido de una pieza y no necesita más. Deja al descubierto sus hombros, moldea su cintura y sus caderas y descubre sus piernas un poco más arriba de las rodillas. Un par de pendientes de madera se bambolean al compás de sus pasos. Mike la ha subido a un par de tacones discretos, suficientes para mecerla como el viento la vela de un barco.

No digo nada, pero estallo por dentro.

—Fue tan fácil como coger la fruta de un árbol —explica Mike para justificarse. Era carne de deportación.

—¿Me denunciarás?

Miro a la mujer a los ojos. Me mira fijamente. Me ha reconocido y huele a policía. Me rindo. En su país no la espera sino la miseria de la que ha huido. Veo a Mike a su lado y me parece poco para esa diosa africana.

—Sólo un hombre sin pasión podría pedirle documentos a esta mujer.

Mike sonrío. Creo que no me abraza porque le da vergüenza.

—¿Se quedará contigo?

—No lo sé —dice con tristeza anticipada, encogiéndose de hombros.

—¿Habla español?

—No, pero lo entiende. Habla portugués.

—¿De dónde eres? —le pregunto a la mujer.

Ella se limita a mirarme. Sin expresión el rostro. Esperando tal vez la fatalidad. Qué importa de dónde sea, me pregunto.

Mike se la lleva. Le va explicando quién soy yo y que no tiene nada que temer.

Uno de los hombres del grupo la ve y se acerca. Monta un número, pero Mike se vuelve y le para los pies. Luego, se pierden tras la misma puerta por la que han aparecido. Me alegro de que la mujer haya caído en manos de Mike.

Me relajo conduciendo a ciento ochenta. En menos de una hora estoy en Almerimar.

Sólo voy cuando la frustración acucia hasta lo insoportable. Como un alcohólico melancólico, que soporta el deseo de beber hasta un cierto límite y luego bebe lentamente, con tristeza.

Es un lugar discreto. Una barra americana donde cada copa cuesta treinta euros. Un benjamín de champán, sesenta. La mejor manera de reservarse el derecho de admisión.

Mejías ha pasado por toda clase de negocios. Y se ha decidido finalmente por éste. No hay problemas legales. Tiene mucho cuidado con las mujeres que emplea y las trata bien. No salen con cualquiera. Hay que tener mucho pedigrí para que Mejías te permita llevarte una de sus chicas.

Me recibe con los brazos abiertos y me invita a una copa.

—¿Qué te trae por aquí?

—Necesitaba aire fresco. Ya sabes... Mi mundo, allí arriba, es demasiado pequeño —respondo.

—¿Cómo sigue el levante? ¿Tan anárquico como siempre?

—Cada vez más.

Nos conocemos desde hace varios años. Le hice un favor que él aún agradece, exageradamente. Una vez le habían cogido una chica demasiado joven. Yo supe que

él había sido engañado. Bastaba ver a la chica para comprobar que podía hacerse pasar por mayor de edad. Sus quince años parecían veinticinco. Un documento ghanés falsificado lo había inducido a engaño. Obvié el asunto y Mejías no tuvo problemas. La chica fue devuelta a través del Centro de Acogida.

Me cuenta cómo está el negocio. Cómo va la competencia. Le pregunto por los clubes de Baria, para que me ponga al día. No los conoce a todos, pero en general son de gente seria.

—Profesionales —dice— nada de mafias ni mierdas de esas.

—¿Y el Paraíso?

—Es de uno que parece un Cristo Crucificado —responde—. Trabajó conmigo de camarero un tiempo. Un tío legal. No hay cosas raras. El Regalao, le dicen.

—¿Por qué?

—No lo sé —dice. Y luego pregunta—. ¿Cuántos hay?

—Cinco locales, a día de ayer y que sepa el comisario de Baria, así que puede haber más —digo.

—Es buena señal —confirma Mejías. Y filosofa—. Un poco de puterío es el mejor síntoma de una sociedad satisfecha.

—Pues la de Baria debe estar muy satisfecha —ratifico.

Mejías llama mi atención de una palmada en el brazo. Se apagan las luces y se ilumina un rincón. Hay una barra metálica anclada al suelo y al techo. Un foco ilumina el escenario y una escultura rubia, que más tarde comprendo que es de carne y hueso, brota de las sombras y comienza a ejecutar un número que es mitad contorsionismo, mitad gimnasia y algo de fantasía. Finalmente, se queda desnuda y perfecta.

—¿Qué quieres esta noche? —pregunta Mejías cuando concluye el número, la rubia perfecta se evapora y el rincón vuelve a su anonimato.

—Tú ya me conoces —digo, sin poder evitar el embarazo.

Mejías llama a una chica con un gesto. Ella deja un minuto después la barra y al hombre con el que bebe. Las protestas de éste se apaciguan enseguida, en cuanto otra chica ocupa el lugar de la primera con la sincronización de una carrera de relevos.

Me presenta a Natalia. Lituana, de melena castaña y profundos ojos verdes. Sus rasgos no son perfectos, sino algo angulosos, pero sé que Mejías la ha elegido por algo.

Le dice que soy un gran amigo suyo. Luego le susurra algo al oído y le entrega unas llaves.

Natalia me sonrío, dice que vuelve enseguida. Un momento después aparece vestida de calle, ciñéndose un bonito abrigo que hace juego con sus ojos.

Me despido de Mejías y Natalia sube al Golf y me dirige hasta una urbanización cercana al mar. Aparcamos ante un dúplex con un jardín en la entrada, muros blancos y ventanales de persianas venecianas. A un lado, una escalera sube al piso superior. El resto de viviendas que nos rodean parecen tan abandonadas y solitarias como la

nuestra.

Natalia abre y da la luz y taconeando por los pasillos, abriendo y cerrando puertas y comprobando que todo está bien. Me pide que la espere en el salón, que me ponga cómodo. Se trata de una habitación amplia, con ventanas que dan a la calle y desde las que se ve el oscuro mar. Abro una y deajo que entre el aire frío de la noche. Me suelto un botón de la camisa y respiro hondo, en espera de la mujer.

Ella se debate en el interior de la casa. Oigo grifos y agua correr.

Natalia sale un rato más tarde, se ha quitado el abrigo y puedo observar tranquilamente su figura esbelta, aunque cuando se acerca a mí, su cara no supera la altura de mi pecho. Sonríe.

—¿Quieres beber algo?

—Claro.

—No tardaré mucho —dice mientras busca las bebidas.

Cuando pone sobre la mesa el *gin-tónico*, se disculpa y vuelve al interior de la casa. Bebo tranquilamente, comprobando cómo una melancolía serena se apodera de mis miembros, que cada vez pesan más. Bebo y respiro hondo, fumo un poco, cierro los ojos. Hace mucho que no tenía un respiro.

De pronto, siento la mano de Natalia en la mía. Me invita a seguirla.

Me lleva hasta un aseo de fantasía. Luces tan tenues que parecen acariciar, un ritmo lento de agua que termina de llenar una bañera de harén. Las manos de Natalia me desnudan casi sin tocarme.

—Me ha dicho Mejías que eres muy amigo suyo.

—Sí. Pero me alegro de que no esté aquí.

Natalia ríe con ganas. Habla muy bien y entiende a la perfección el idioma. Incluso la ironía.

Me introduce en el agua como si fuera un niño. Luego, se desnuda lentamente, con la naturalidad con que un hombre sueña ver a una mujer.

Natalia es buena conversadora. Me cuenta su vida en su país, su título de enfermera, inútil allí, su vida en España, no la esperada, pero tampoco tan mala como la de otras, la suerte que tuvo de conocer a Mejías.

—¿Te chulea?

—Él no. Otros sí, pero ya pasó.

—Lo siento, no te lo preguntaba como policía.

—Lo sé.

Natalia se acerca, me besa. Me sorprende la naturalidad con que se comporta, como si fuéramos antiguos amantes. No hay afectación en sus movimientos, ni en sus poses, ni en los besos ligeramente picantes de sus labios.

—Ven —dice.

Sale del agua y se ciñe una toalla. Hago lo mismo y me conduce hasta un dormitorio. Me pide que la espere unos minutos. Guardo la ropa y la pistola bajo la cama. Miro por la ventana y veo un campo de golf sumido en la más áspera

oscuridad. Me alegro de estar aquí, con Natalia.

Cuando vuelve, me ordena que me tienda en la cama. Un segundo después, siento sus piernas leves en mi espalda, sus manos en mi nuca.

Me siento cansado, como una pantera herida.

17 DE DICIEMBRE

Una habitación agigantada, de techos altísimos y paredes como muros. Al fondo, un fuego tan cruel como el del Infierno se agitaba en el vientre de una descomunal chimenea. Cerca de las llamas, perversamente ajenas al brutal fuego, dos mujeres reían sin pudor. Lo llamaban con gestos obscenos y reían y reían. Él intentaba acercarse, había algo que lo impelía a ellas, pero al mismo tiempo, parecía sujeto por una cuerda invisible a un origen desconocido y no podía avanzar. Se sentía helado, a pesar de las llamas. Lo atravesó una punzada de terror al reconocer tales rostros, cincelados con precisión los rasgos, aunque algo volvía monstruosas las expresiones. Ana y Lucía cuchicheaban algo, luego lo miraban como niñas siniestras y volvían a reír.

Despertó con ardor en el pecho, como si le hubiera costado respirar mientras dormía, y un sabor agrio en la boca. Percibía un tufo lejano a ginebra bebida hacía horas.

Lucía continuaba tendida en el sofá, muy cerca de donde él había pasado la noche, ayudándose de la botella para conciliar el sueño que a ella le vino enseguida, dolorida y fatigada.

—¿Te duele?

Lucía apartó el cabello de su cara y miró a su alrededor, más pálida de lo que jamás él la había visto. Después se tocó el pecho.

—Casi nada.

Unas profundas ojeras sombreaban su rostro y le conferían un aire desvalido que lo estremeció. Salgado sintió su dolor como si fuera propio.

—Podemos volver al médico, para que te examine de nuevo —invitó él.

Ella se negó. Se levantó, sonriendo ante las molestias que le causaban los dolores, parezca una viejecita, dijo, rechazó su ayuda, insistió en que la esperara y fue hasta la cocina. Regresó un momento después con dos zumos de naranja. Le dio uno y bebió el otro mirando la mañana desde las cristaleras. Una mañana gris, nubes gordas en el horizonte.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Temprano. Olvidé correr las cortinas y la luz nos ha despertado.

—Mejor así.

—¿Por qué?

—Anoche dejamos una conversación a medias.

Lucía se volvió y lo miró a los ojos mientras hablaba. Salgado recordó la mirada de ayer, cuando apareció a primera hora, vestida como si nada hubiera pasado, dispuesta a continuar con su vida, ajena a todo. Salgado supo que volvía aquella mujer y que, hablase lo que hablase, él había perdido ya.

—¿Aún me quieres? —preguntó Lucía.

Tenía el rostro ligeramente hinchado por el sueño y el malestar y parecía algo

marchita, como una flor sedienta. Se mostraba imperfecta, más carnal, más humana. Pero tan decidida... Se acercó hasta él.

—Pégame. Tal vez así te sientas mejor.

Salgado podía olerla, sentir su calor. Lucía dejó el vaso de zumo sobre una mesa. Se inclinó y puso sus manos en el pecho de Salgado.

—Antesdeanoche te sentiste mejor cuando me golpeaste. Hazlo.

—No digas tonterías —se defendió él, intentando levantarse del sillón. Lucía clavó las uñas en su piel con tanta fuerza que Salgado lanzó un grito. Después lanzó la mano hasta su boca. Rasgó sus labios con las uñas. Salgado gimió. La agarró de las muñecas e intentó detenerla, pero ella también era fuerte. Se dejó caer sobre él y lo aplastó contra el sillón. Le mordió la boca. Se miraron fijamente, un instante, como gatos antes de saltar. Él comprendió aquella mirada salvaje. Soltó una bofetada.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —le retó ella al tiempo que le apretó el cuello con fuerza. Con una fuerza que él no comprendía. Hasta que la congestión le hizo estallar y lanzó una bofetada que estalló en el rostro enrojecido de Lucía, quien giró sobre sí misma y cerró los ojos profundamente. Cuando los abrió, brillaban como espejos, humedecidos por las lágrimas. Lágrimas y sonrisa.

—Te excitaste, ¿verdad? En el coche —dijo ella.

Salgado se levantó con tal violencia que ella voló hasta chocar contra el sofá. Quedó en el suelo, sobre la alfombra.

—Quería matarte —dijo él.

—Y follarme —dijo ella.

—Y follarte —reconoció él.

La aplastó con su cuerpo. Ella gimió de dolor. Entró en ella, violento y abandonado. Ella le susurraba palabras ininteligibles, otras inconexas, pero él entendía que no tenía voluntad, que se deshacía en ella como si fueran la misma carne, hasta que su cuerpo se estremeció en un súbito y hondo dolor que lo arrojó jadeante, muerto, a la orilla de un lugar donde jamás estuvo. Al abrir los ojos, se sintió solo, muy solo. Pero más vivo que nunca.

Lucía emergió del duelo como si hubiera renacido de alguna clase de ausencia. Buscó unos cigarrillos y se sentó junto a él. El fuego de la chimenea era un rescoldo de brasas y pavesas que acariciaba los cuerpos desnudos.

—Tenemos que pagar —dijo—. No podemos hacer otra cosa. Dio un par de caladas al cigarrillo.

Si no fuiste capaz de dejar a Ana por su dinero, aunque me amabas, no querrás perderlo todo ahora, ¿verdad? Sólo hay que pagarle. Y todo volverá a la normalidad.

—¿Y la policía? —objetó él.

—La policía no tiene nada —atajó ella bruscamente—. ¿Quieres pensar con la cabeza? El coche no es nada. No pueden demostrar nada. Nadie lo vio. No pueden identificarlo.

—Pero me han interrogado —protestó Salgado—. Soy sospechoso para la policía.

—¿Y qué? —le cortó Lucía, enojada—. Sólo si Miguel habla tendremos un problema. Ha bastado que diga que le ordenaste deshacerse del coche para que todo se complique. Mientras Miguel esté callado, no tenemos nada que temer.

Salgado se quedó mirándola. Recordó lo que ella había dicho ayer, cuando le ordenó hacer su vida normal. Como si leyera sus pensamientos, ella dijo:

—¿No pensarás que he hecho esto para perderte ahora? Además, Miguel te amenazó. Te involucrará si no le pagas. Sabe que tú tienes el dinero.

Salgado comenzó a sudar. Había vuelto a la realidad atroz: si Miguel lo involucraba, todo el mundo le creería.

—Yo ya pagué mi precio —dijo Lucía—. Ahora te toca a ti.

Salgado se sentía atrapado. Se alejó de Lucía y comenzó a vestirse.

—¿No tienes tanto dinero? —imprecó Lucía—. Gástalo y compra nuestra felicidad.

Natalia duerme plácidamente a mi lado, una pierna sólida sobre mi cadera. Me doy una ducha y un beso en la mejilla a Natalia. Aunque tiene instrucciones de no cobrar, le dejo una buena propina. Le prometo que volveré a verla. Y cuando lo digo, lo siento de veras.

Una hora después, entro en mi casa sigiloso como un gato y me tiendo en el sofá.

Apenas he dormido un rato cuando ella comienza a trajinar y a hacer ruido. Deambula por la casa como una sombra. Como una sombra sorda a los ruidos. Me levanto. Me doy otra ducha por hacer algo y no volverme loco. Un momento después, la observo hacer en la cocina. Ella vierte leche en un cuenco. Abre la puerta del patio y deja el cuenco en el suelo. Antes de cerrar, ya han maullado cuatro gatos. Odio a los gatos.

Ella vuelve a la cocina. Si no me hubiera vuelto tan loco como ella, diría que está sonámbula. Ni siquiera mira a donde yo estoy. Aún así, lo vuelvo a intentar, como siempre.

—Podemos ir a cualquier sitio, ¿qué te parece? Cogemos el coche y nos perdemos por ahí. Es domingo...

Como si oyera llover. Como si yo sólo fuera el espíritu del marido muerto. No lo soporto más y salgo de casa dando un portazo. Vivo con un fantasma.

—Ha habido otro robo —me dice un agente nada más entrar en la comisaría.

Lo que faltaba. Ya sé lo que eso significa. Un montón de trabajo y acusaciones de ineficacia policial. Se intensifica el dolor de cabeza. Ya no puedo quitarme las gafas de sol ni dentro del edificio. Todo lo que miro me daña el cerebro. Me escondo en mi despacho, conecto la radio local y espero el boletín informativo.

Pido un café y enciendo el primer cigarrillo del día. Deambulo por el despacho intentando concentrarme en algo concreto, pero no puedo. Busco alguna solución mirando por la ventana, pero sólo hallo desolación de calles vacías en domingo.

Afortunadamente, López viene en mi rescate. Abre la puerta y entra con el café.

—Han ocurrido muchas cosas esta noche, jefe.

—Sólo lo que sea competencia nuestra, López. Ya me enteraré de lo demás.

Busco un analgésico en un cajón. Trago un par de aspirinas con el café.

—Lo más importante: un robo.

—Me lo han dicho a la entrada.

—Es otro robo nocturno, en casa aislada y habitada. Han desvalijado los cajones.

No entiendo cómo no los oyen.

—¿Y qué coño quieres que haga, López? Vamos a la casa, recogemos el testimonio de los dueños, buscamos huellas, que no suele haber, y ¿qué más podemos hacer? Nada. Nadie los ha visto llegar. Nadie los ha visto irse.

Acabo casi gritando.

—Ya lo sé, comisario. No le echo la culpa.

López para un poco. Me mira con curiosidad. Me estoy llevando las manos a la cabeza y me restriego los ojos.

Dice López que la familia está fuera, poniendo la denuncia. Antes han pasado por un centro de salud para tratar de calmarse.

Hago un esfuerzo y salgo para hablar con ellos. Los veo en la distancia, ante la mesa de un agente, contando su miedo. Se trata de un matrimonio de cuarentones. Él viste un chándal y ella tampoco se ha preocupado mucho de su aspecto esta mañana.

La mujer cuenta a gritos que sus hijos estaban en el dormitorio contiguo. Que qué les ha podido pasar.

No me siento con fuerzas. Me doy media vuelta, dejando a López con un palmo de narices.

—Dile a Medel que se ocupe.

Vuelvo a mi despacho con el dolor de cabeza sobre los hombros.

Blanca, la agente que realiza tareas de relaciones públicas, me anuncia la presencia de un periodista que quiere hablar conmigo. ¡Lo que faltaba!

Fumo un cigarrillo mirando el cielo. Está gris, como mi alma. Frío, como mi corazón. Una torpe bruma de diciembre, como mi cerebro.

Mejor no pensar, así que pulso el botón y le digo a Blanca que haga pasar al periodista.

No me ha advertido que se trata de Juan Requena en persona. Jefe, dueño, periodista estrella y editor de Tele-Mediterráneo Indalo. Alma máter de la política local. Tan pagado de sí mismo que se rasgan los espejos cuando él se mira. Viste un traje de más de mil euros y sus zapatos brillan tanto que caigo en la cuenta de lo mate que está el mármol del suelo de mi despacho.

Un periodista es como una puta. Si viene a verte no es para irse de vacío. También se diferencian en una cosa. La puta da algo a cambio.

Nos estrechamos la mano y lo invito a sentarse.

Tiene aire de antiguo progre. Cuentan que cuando llegó a Baria no tenía más que

una cámara de vídeo. Ahora tiene su propio estudio y los políticos lo miman. Debe ser muy útil. Tiene noticiarios tres veces al día, como las cadenas nacionales, y durante los últimos años, en los que la vida en Baria se ha revuelto lo suficiente, más audiencia que aquéllas.

La barba recortada, dignas entradas de cincuentón coqueto y la mirada tan viva a esta hora que sospecho se sombrea la línea de los ojos.

Me pregunto si aún recordará el chiste que le conté sobre el dentista y su paciente: ¿No nos haremos daño, verdad, doctor?

—¿Qué te trae por aquí y trabajando en domingo?

—La información no tiene horarios. Como el delito —responde.

—El delito no tiene horarios. Pero yo sí —apunto.

—Hay asuntos que no pueden esperar —se queja. Veo sus manos vacías. No toma notas. No graba.

—Tú dirás.

Se arrellana en el sillón como si estuviera en su casa.

—En primer lugar, el Ladislao.

—Sobre ese asunto, el Comisario Jefe de Almería va a dar una conferencia de prensa esta mañana.

—Sí. Pero tú lo has detenido. Y yo quiero saber más.

—No hay nada más que la versión oficial.

—Supongo que sí. Pero ¿por qué la policía se ha adelantado a la Guardia Civil? Ellos venían siguiéndolo desde hace meses.

—No hay comentarios.

—¿Cómo se enteró la policía de que estaban ahí sus primos? Venían desde Alicante y se dice que nadie lo sabía.

—Nunca desvelamos nuestras fuentes de información —respondo. Aunque yo también me lo pregunto. ¿Cómo lo sabían López y José Luis?

También pienso que los picoletos me ganan en el aprecio de Juan Requena. Ya me enteraré por qué. Si algo tiene nuestra naturaleza hispánica es que nadie es capaz de guardar un secreto mucho tiempo. Me mira y sonrío irónicamente.

—Y de Lucas, ¿qué me dices? Su sonrisa se amplía como una máscara de goma.

—¿Quién? —pregunto con mi sonrisa de misa dominical, un poco en desuso.

—Sabes perfectamente a quién me refiero. Estuvo detenido el día 13. Luego salió y alguien le dio una paliza de muerte.

—¿Está muerto? No me he enterado —ironizo. Vuelve a ensanchar su cara.

—Los renglones torcidos de Dios —comenta.

Quiere darme a entender que sabe lo que ha pasado. Yo también sé de sus negocios de invernaderos con mano de obra ilegal y barata.

—Ahora recuerdo. Creo que le dieron una paliza tras dejarlo nosotros en libertad. Unos inmigrantes, si no me equivoco. De esos que trabajan como esclavos en algunos invernaderos. Ganan tan poco que lo atracarían para robarle la camisa.

Ríe de buena gana.

—¿Ha puesto alguna denuncia que tú sepas? —añado.

—La ha puesto en la guardia civil. Se ve que le inspira más confianza —me apuñala.

—Seguro. Allí lo denunció su mujer unas horas antes de que casi la matara —digo con toda la mala hostia que puedo.

—¿Puedo publicar ese comentario, comisario? Nos miramos con una sonrisa durante un rato. Cuando se levanta sé que no he ganado un amigo.

Nos despedimos ceremoniosamente. Le digo a Blanca que lo acompañe hasta la entrada. Es tan soberbio que lo entiende como un gesto de deferencia. En realidad, sólo quiero asegurarme de que se va a la puta calle.

Inmediatamente, llamo a López.

—Quiero un informe completo sobre Juan Requena. Quiero saberlo todo sobre él, lo que se sabe y lo que se comenta. Si es verdad eso que dicen sobre los inmigrantes ilegales en invernaderos de los que es propietario. Sus negocios, los legales y los otros, si los tiene.

—Pero, jefe... —protesta López.

—Ha insinuado algo sobre el Lucas. ¿Quieres que nos vayamos todos a la mierda?

Lo miro duramente y López lo acepta con la cerrada convicción de un recluta.

—Nadie debe saberlo excepto nosotros dos. No lo hagas en el ordenador de la comisaría. Tú eres el único que puede hacer ese trabajo. Y recoge pruebas. Podemos necesitarlas.

López se larga tan ancho que no cabe por la puerta.

Sobre las once recibo una llamada del Comisario Jefe de Almería. La rueda de prensa está preparada y él tan contento de chupar cámara un rato.

Ernesto Durán daba vueltas a su terca cabeza sentado en el Renault Laguna. Unos cien metros más abajo, en la misma calle, Miguel Salinas había aparcado su moto y se había metido en un bar.

Durán maldijo el domingo. Llevaba todo el día sin sacar nada en claro. Había encontrado a Miguel Salinas por la mañana en el desguace y luego lo había seguido de un sitio a otro, de una cerveza a una copa y de una copa a una cerveza. Durán intuía que nada podría esperar hoy. Mucho menos cuando descubrió, tan discreto como una flor amarilla en un ojal, un coche de la bofia, situado frente al mismo bar donde acababa de entrar Salinas. Los maderos intentaban disimular, pero estaban demasiado cerca, por eso a él no lo habían descubierto.

Durán estaba seguro de que no tardaría mucho en ocurrir algo. Y cuantas más vueltas le daba al asunto, más clara veía la solución: nadie tiene más que perder que quien más tiene.

Descuelgo el teléfono y de centralita me dicen que alguien insiste en hablar conmigo personalmente. Cuando acepto la llamada, una voz ronca sugiere que visite al Ladislao en el Acebuche, la cárcel de Almería, a donde lo ha enviado el juez, sin posibilidad de fianza por el momento.

Mientras hablo, miro la caja fuerte y pienso en el tesoro o la bomba que guardé.

Advierte la voz que debemos vernos en las oficinas, lejos de los locutorios donde todo el mundo se enteraría de la visita y donde, aunque no lo digan y el juez no lo autorice, se graban conversaciones de los internos. Nadie debe saber que nos vemos. Si se enteran sus primos, que están en el mismo módulo que él, la cagamos.

En menos de una hora estoy allí. Por el camino, aviso de mi visita y me facilitan una oficina discreta.

Cuando entro, el Ladislao ya me espera. Viste un chándal azul de cuando las pelotas eran cuadradas y hiede a sudor viejo. La oficina es tan triste como una celda. Dos mesas metálicas a juego con unas cuantas sillas, un par de ordenadores de antes de nacer Bill Gates y unos archivadores grises. En las paredes, un calendario y la ritual foto del Rey. Una ventana sin postigos deja entrar una claridad blanca, de mediodía tristón.

El Ladislao me sonrío como si fuéramos viejos colegas. De día, su rostro parece aún más deteriorado. No se ha afeitado desde que entró en el talego y el aseo no está entre sus prioridades.

—Si te maqueas en el talego te dan por culo —aclara cuando le pregunto si no se lava en el trullo.

—Tú no podrías maquearte ni en una clínica de Marbella.

El Ladislao se ríe de buena gana y muestra tres dientes de mal color. Dos funcionarios que lo custodian sonrían y, a un gesto mío, salen discretamente al pasillo.

—De todas formas, me tienen miedo. Soy el Ladislao —dice sacando pecho—. Además, creen que tengo el sida.

Por su aspecto, yo también lo sospechaba. Las mandíbulas son una línea blanca afilada, soterrada bajo la barba de punta, y los ojos se han hundido aún más, como los del Dómine Cabra.

—He dicho que he *dao* positivo en la prueba.

—¿Y no ha sido así?

—No. Yo no tengo sida. Tengo hepatitis.

—Demasiadas jeringuillas, Ladislao.

Se encoge de hombros, dando a entender que ya qué más da. Nos sentamos frente a frente, separados por una mesa. Me pide un cigarrillo y cuando lo prende fija sus ojos en mí.

—Usted y yo podemos hacer tratos —dice.

Me echo hacia atrás. No por lo que dice, sino porque con el humo de su cigarrillo

me llega su aliento.

—Otros apaños *amás* que el que llevamos entre manos —añade. Da otra calada y continúa:

—He pensao que se quede la farlopa y el parné pa usté. Lo miro con cara de póquer.

—¿No me diga que no lo había pensao, eh?

Al sonreír, sus dientes dejan claro que debe visitar al dentista. Se lo hago notar.

—Así podrás salir de vez en cuando de la cárcel. Te darán un paseo hasta Almería.

Se descojona de risa. Las arrugas verticales de la cara se le estiran tanto que los pelos de la barba parecen escarpías.

—Yo tengo lo que usté necesita. Y usté tiene lo que yo necesito.

—El otro día llegamos a un acuerdo porque te entregaste. Si no es algo así, no me interesa nada tuyo.

—¿Qué ha hecho con el costo? ¿Y con el jayere?

—Ya veremos lo que hago. Tal vez lo presente al juez y te metan más años.

Su sonrisa se evapora.

—No me joda —apunta muy serio—. Además, ya no puede. Pongo cara de cansancio.

—A ver si te enteras, Ladislao. Yo soy el comisario de Baria. Mi carrera es intachable. Yo puedo hacer lo que me salga de los cojones. El que no puede eres tú.

—Yo mantengo el trato —afirma.

—¿Qué quieres ahora, Ladislao? No me habrás hecho venir para nada.

—Si hay que ir se va, pero ir pa ná... ¿eh, comisario?

—Déjate de chistes. No es lo tuyo.

Sonríe y apura la colilla. Hinchaba los pulmones y la tira al suelo. Inmediatamente, me pide otro cigarrillo.

—Le puedo dar a alguien de vez en cuando.

—¿A cambio de qué?

—Que me despeje el territorio.

El Ladislao cree que Baria es suya. No me extraña. La controla desde hace diez años.

—¿También tenías ese trato con mi antecesor?

—¿Con quién?

—Con el anterior comisario.

Hace un gesto de asco. Escupe al suelo.

—Era un mal bicho. Un viejo de mierda que no se enteraba de ná. En eso tiene razón.

—Si me sobra algo, Ladislao, son confites.

—Y una mierda —protesta—. Sólo cosas chicas. Gentuza, que nunca se entera de ná.

Hago como que lo pienso. El Ladislao espera mi respuesta.

—Aclárame que quiere decir eso de «despejar tu territorio».

—Yo me entero de to lo que pasa en Baria. Si llega alguien nuevo a quitarme el sitio, se lo digo y usted lo detiene.

—¿Y yo qué gano dejándote a ti al mando?

—Que yo tengo limpia la ciudad. No vendo en los colegios. No mato a nadie... A nadie honrao... To ordenao.

Lo miro durante largos segundos. En realidad, no pienso en su oferta, que aceptaré inmediatamente. Y la mantendré mientras interese. Quiero mirarlo para que piense que no me gusta lo que oigo. Enciendo un cigarrillo y me hago el desinteresado.

—No puedo detener a todo el que venga a Baria —considero.

—Pero yo les hago una trampa y se lo entrego con pruebas.

Sé que puede hacerlo. Tiene hombres que pueden incriminar a cualquiera, clientes que le deben favores, todo un submundo a su servicio. Lo que yo necesito. El trato está hecho. Miro la pared durante dos minutos, por lo menos.

—¿Sólo gano eso? ¿Paz de espíritu?

Veo en su cara que no le gusta lo que acaba de oír. Me he puesto más duro de lo que esperaba.

—Si quiere más parné...

Súbitamente, a pesar del mal olor, pego mi cara a la suya.

—Vuelve a intentar sobornarme y te pateo la cabeza.

—¡Eh! ¡Eh! —recula y pone las manos—. Eso sí que lo he entendió bien...

Vuelvo a mi sitio y continúo mirándolo. Titubea y, finalmente, dice:

—También puedo darle otras cosas... Cuando me entere.

—¿Cómo qué?

—Puedo decirle dónde se esconde uno que mató a un policía en Alicante.

Empiezo a oír música celestial.

—Antes hay que resolver dos problemas.

El Ladislao se me queda mirando. No comprende que no acepte aún.

—Necesito un escondite para lo que me has dado. No puedo llevarlo encima.

—¿Quema, eh?

Sonríe. Me prometo a mí mismo que no le daré pie a sonreír una vez más. No es nada agradable su boca abierta.

El Ladislao habla de una casa en Mojácar. Es suya, pero nadie excepto su mujer y su hijo lo saben. A la puerta de la cárcel me espera un coche. Me darán las llaves y la dirección. El maldito cabrón sabía que iba a aceptar. A juzgar por lo que había hecho con la casucha donde lo detuvimos, es un experto en casas camufladas.

—Necesito información. Me interesan sobre todo las mafias que están viniendo a la costa —digo.

Se echa hacia atrás como si le hubiera mentado al diablo.

—Yo en eso no me meto. Es chungo. Yo trabajo na más que con chorizos, que es lo mío.

—Entonces, ¿cómo quieres que te despeje el territorio?

—Lo mío es al por menor.

—¿Chorizos de mierda? ¿Eso es todo lo que me puedes dar? No me interesa, Ladislao.

Se queda con la cabeza baja, mirando el suelo de terrazo, algo sucio.

—Además —le animo—. Te enteras de cosas. ¿Te crees que voy a hacer un trato contigo y te voy a despejar el camino sólo porque me digas algo que yo sabré una semana después? Sabes que soy el segundo, después de ti, que se va a enterar de si alguien viene a vender mierda a tu territorio. Por lo tanto, esto no vale nada sin el resto de información.

Se lo piensa.

—Bueno. Pero no me meta. Le digo lo que me entere, na más. Y si hay alguien chungo, me protege.

—Yo no protejo chorizos, Ladislao.

Tiró la colilla a un rincón.

Nos quedamos en silencio un rato. No nos miramos. Como si estuviéramos solos, cada uno a su bola.

—Vale —dice al fin—. Escribe, jefe.

Escribo los datos del asesino del policía. Luego le pregunto cómo lo sabe. Sonríe, otra vez. Dice que su primo lo había dicho.

Me levanto para irme.

—¿Tenemos un trato, jefe?

Alarga la mano. Se la miro. No me gusta.

—Entre caló y caló no hay Buenaventura, Ladislao.

Nos miramos a los ojos. Recoge velas y se guarda la advertencia en un parpadeo. Luego guarda también la mano.

Camina hacia la puerta, pero antes se me ocurre preguntarle algo más.

—¿Sabes algo de la mujer que atropellaron el año pasado?

Le digo el nombre de Enrique Salgado. Sabe quién es, como todo el mundo de Baria. Sabe que a su mujer la habían atropellado.

—Mi mujer me lo dijo. Y que luego se casó con otra. Como si fuera un culebrón.

—¿Sabes quién la atropelló? —le insisto.

—Yo no me meto en las cosas de los ricos —ataja—. Eso es un mundo mu complicado.

Salgo de la cárcel. Dejo atrás el aire afligido de sus muros gruesos y marrones. Subo a mi coche. No veo a nadie, pero cuando salgo a la carretera, ya adivino su presencia. Pone el intermitente para entrar en la primera gasolinera. Yo hago lo mismo. Un hombre agitanado baja de un Renault Megane con más achaques que un geriátrico y se encamina hacia los servicios. Lo sigo. Una vez dentro, me entrega, sin

decir palabra, un sobre. En una hoja en su interior, mal escrita, está la dirección de la casa de Mojácar. Alguien ha escrito, además, la palabra *harmario*. También hay unas llaves.

Cincuenta minutos después llego a Mojácar. La casa repite el mismo patrón que la casa de Baria. Es la primera que se adhiere al casco blanco y abigarrado del pueblo en el flanco de más difícil acceso. A un lado, el campo; al otro, ya las callejuelas empinadas, estrechas y sinuosas. Se ve que el Ladislao elige siempre la primera. Es más fácil controlar los alrededores.

No se accede por la carretera principal que lleva al pueblo, sino por un camino lateral que se pierde entre campos. He tenido que preguntar en una gasolinera y aún así dar cuatro vueltas antes de encontrarla.

Me encuentro unas pitas, una higuera y una almuzara. Dan paso a una terraza de cemento donde se alza la casa, encalada como una novia. Observo la calle que asciende desde la casa del Ladislao, pero sólo veo postigos cerrados y silencio.

Si piensa el Ladislao que voy a utilizar el escondite que él ponga a mi disposición o que me voy a quedar con su mierda y su dinero, ya puede esperar. Doy unas cuentas vueltas por los alrededores y me largo por donde he venido. Me detengo en una gasolinera antes de Baria y, en el bar, tomo una cerveza y un bocadillo.

Respiro hondo cuando aparco frente a la comisaría.

Al primero que veo al bajar del coche es a López.

—¿Qué haces aquí? Es domingo todavía.

—Estoy con el informe del robo —explica.

—¿Y Medel?

—Está siguiendo a Enrique Salgado o a Miguel Salinas.

—¿Tan mal andamos de gente?

—Peor. Por eso estoy echando una mano. De todos modos, la otra opción era ir a comer a casa de mi cuñada. Y cocina de pena. Y encima hay que poner buena cara y comérselo todo. Si no comes, porque no comes, y si comes, encima te ponen más porque se creen que te gusta...

—Bueno, déjalo ya.

Nos adentramos por los pasillos de la comisaría.

—¿Por qué no responde al teléfono, jefe?

—También es domingo para mí, ¿no?

—Bueno.

Entramos en mi despacho y me lanzo sobre mi sillón. Suspiro.

—¿Está cansado, jefe?

—Hay cosas que cansan más que otras. Saco una nota del bolsillo.

—López. Llama a la Comisaría de Alicante que corresponda. Dales esta dirección y diles que allí está un tal José Pacheco según ha sabido el comisario Carrillo, de Baria.

—¿Quién es ése? —pregunta López.

—Un cabrón que mató a un policía. Hazlo ahora mismo.

—¿Cómo lo sabe, comisario?

—Porque soy comisario. Si no lo supiera, haría tu trabajo. ¿Qué os creéis, que llevo todo el día tocándome los huevos?

López sale escopeteado. No está acostumbrado a que le pare los pies. Soy demasiado condescendiente. Se pone nervioso sólo de pensar en la posibilidad de que cojan al asesino de un compañero.

Entra por la ventana una claridad mortecina, de tarde que se vence. Pero el mustio resplandor es suficiente para herirme los ojos. Me siento tan cansado que no puedo recordar cómo se está cuando uno se siente bien.

Vuelve López un instante después, satisfecho de haber enviado el mensaje y con ganas de ajetreo y comentario.

—Les echaron un gas tóxico, dice la familia —comenta. Le pregunto de qué habla.

—Del robo, jefe. Parece mentira.

—¡Ah! El único gas tóxico que utilizaron es el terror de saber que hay alguien en la oscuridad de tu dormitorio —respondo—. ¿Tienen servicio?

—No. Una chica española que va a limpiar dos veces por semana.

—¿No tienen relación con extranjeros? ¿Ni un jardinero? ¿Ni el panadero? ¿Ni un chapuzas que les haya hecho algún trabajo?

—No. Se lo he preguntado veinte veces. Ninguna relación.

—Pues alguien vigiló la casa. Alguien informó a los que entraron. No sería por casualidad.

López hace un gesto de desaliento.

—No tenemos nada. Es un callejón sin salida. He pasado la información a Madrid. Será uno más para la estadística.

Me fastidia dejar el asunto así. Se me ocurre de pronto:

—¿Hay obras cerca de la casa?

—Sí. Están haciendo una casa enfrente. Como para no fijarme, me han pedido que quitara el coche para dejar pasar una hormigonera.

—Comprueba enseguida qué empresa es y a quién tiene empleado. Si te dice que no tienen extranjeros, te vas a la obra y los controlas. Y si los tienen, te los traes. Como sea.

—¿Y si tienen papeles?

—Te los traes también.

—No creo que sirva de mucho. Coño, jefe, hay obras en toda la ciudad. Miras Baria de lejos y no ves más que grúas.

—Inténtalo de todos modos. No perdemos nada.

Lo que había dicho Lucía no admitía réplica. Todo había ocurrido por el dinero de

Ana. El dinero que lo atrapó. Para casarse con una mujer de la que no estaba enamorado. Para no dejarla cuando se enamoró de Lucía. Lucía lo había comprendido. Lo había comprendido tan bien que su lucidez provocaba terror.

Pensaba en esto mientras conducía hasta las oficinas de Megasur S. A. Tenía que comprobar cuánto dinero quedaba en la caja. Dinero. Dinero. Dinero. De no ser por el dinero de Ana no tendría que pasar por esto. Temía cómo podía acabar todo. Podía ser un desastre.

Entró en el *parking* situado bajo el edificio de Megasur S. A. Descendió la rampa y aparcó el Lexus en mitad del espacio casi vacío. Sólo tres o cuatro coches que dejaban algunos empleados. La soledad del garaje le comunicaba un aislamiento total. Ahora no estaba Lucía a su lado para transmitirle su seguridad y su fuerza.

Se apeó del coche. Un ruido lo sobresaltó. Sólo era la puerta del *parking*, que se cerró con un portazo metálico que, de ordinario, en medio del ruido diurno, pasaba desapercibido y que ahora, sin embargo, sonó como un cerrojazo.

Caminó por los pasillos desiertos. Las oficinas, a oscuras, tenían un aire clandestino. Se sentía como un ladrón.

Cogió en su despacho un maletín y bajó al segundo sótano, abrió una puerta que tenía tres cerrojos y encendió una luz cenital, tan lechosa que todo se veía borroso. Sólo Inma, Pablo y él tenían acceso a esta habitación y al interior de la caja. Tendría que pedirle sus llaves a Pablo y cambiar la combinación de la caja.

Abrió la caja fuerte. Revisó por costumbre o por distraer su mente algunos documentos y contratos, bonos y pagarés, y después extrajo una vieja cartera de cuero. Contó el dinero según los fajos. Cuatrocientos sesenta mil.

Mañana tendría que ir a Almería, visitar varias oficinas bancarias y sacar de las cajas el resto.

Sintió una siniestra satisfacción tocando el dinero. De no ser por él tampoco habría conocido a Lucía, reconoció. Lucía. Lucía. Lucía. Cuyo amor lo había colmado tanto, lo había saciado tan plenamente.

El dinero en sus manos era una mezcla turbia de terror y amor, de muerte y de carne viva.

Volvió en sí tras su turbación y dejó el dinero donde estaba, cerró la caja y apagó la luz.

Volvió a oír sus pasos resonando por los pasillos vacíos. Cerró puertas y volvió al garaje. Abrió el Lexus y sintió que era un alivio largarse de allí.

—Buenas noches —dijo una voz, de pronto, a sus espaldas.

—¿Quién es usted? —preguntó, girando sobre sí mismo, tan asustado que sintió un escalofrío súbito y agudo como una fría corriente eléctrica. Un sudor helado le empapó el cuerpo en un instante. No estaba preparado para esto. Esto no, por Dios.

El hombre salió de detrás de una columna. Se encontraba a unos metros de él. Se acercó lentamente. Cuando estuvo muy cerca, le tendió una tarjeta.

—Ahí lo pone. «Ernesto Durán. Investigador mercantil».

Salgado dio un paso hacia atrás y quedó atrapado entre el Lexus y el hombre. Pero éste se detuvo, esperando con la mano tendida, mientras él comprendía el gesto que en un principio le pareció absurdo. Por fin, cogió la tarjeta.

—¿Qué quiere? Éste no es lugar para hablar —dijo, reponiéndose.

—Se equivoca. Es el lugar idóneo.

Durán intentó tranquilizarlo.

—Sólo quiero hablar con usted.

Luego fue directo al grano.

—La policía está convencida de que el atropello de su primera esposa fue un asesinato.

La luz del garaje se apagó de repente. Salgado apretó el mando a distancia del Lexus. Las luces del coche los iluminaba débilmente, como si estuvieran en una pecera. Durán continuó.

—Y hay muy pocos sospechosos, señor Salgado. Sólo dos personas se beneficiaron de la muerte de su esposa. Usted y la que era su amante.

Durán prendió un cigarrillo mientras esperaba su reacción.

—¿A esa conclusión ha llegado usted solo? —dijo Salgado.

—No me menosprecie. No le conviene. Sé de quién se sospecha y por qué. Sé quién conducía el coche, cómo se pagó el trabajo. La policía está cerca de ustedes.

—La policía no tiene nada —atajó Salgado, evocando inseguro las palabras de Lucía.

—¿Eso cree? Está usted en manos de un indeseable. Ese hombre, Miguel Salinas, lo venderá en cuanto la policía le apriete las clavijas. Lo he estado siguiendo. Y sé que su mujer lo visitó ayer. Usted también lo vio. Les está chantajeando, ¿verdad?

Salgado no respondió.

—Su silencio lo dice todo. No soy estúpido, señor Salgado. ¿Qué quiere?

—Todas las cuerdas tienen un punto débil. El suyo es el conductor del coche, el hombre que lo hizo. Si falla la cuerda por ahí, nada los podrá salvar. Terminarán en la cárcel. Su maravillosa vida de rico, su magnífica casa, sus coches caros, su bella mujer.

—¿Para quién trabaja? Durán sonrió.

—Me contrató la compañía con le abonó el seguro de vida. Más de un millón. ¿No lo esperaba, verdad? Se ha convertido en un asesino incluso para una triste compañía de seguros.

Ambos se miraron lentamente.

—¿Qué sugiere que haga? —preguntó Salgado.

—Contrató al hombre equivocado. El hombre del desguace es un chorizo de poca monta. Esto le viene grande. Cuando esté maduro, y estoy seguro de que la policía lo ha dejado suelto para que haga algún movimiento, lo detendrán, le presionarán, le ofrecerán un trato y se ablandará como mantequilla. Y le aseguro que falta poco para que eso ocurra.

Salgado miró la tarjeta que tenía en la mano. Durán la señaló.

—Una llamada suya y el conductor no será un problema. Usted y su bella esposa podrán dormir tranquilos el resto de sus días.

—¿A cambio de qué?

—Usted cobró más de un millón de euros. Quiero la mitad. En Suiza, claro. Usted sabrá hacerlo. Ni siquiera le pido nada por anticipado.

Se hizo un silencio espeso.

—Soluciono el problema. Y sin prisas, unas semanas después de que todo se tranquilice, usted paga. Me fío de usted.

Durán tiró la colilla. La aplastó con la punta del pie.

—Una llamada, recuérdelo. Una llamada y la pesadilla habrá concluido.

Durán dejó que las palabras calasen hondo, como una lluvia espesa.

—Salga usted de aquí. Después saldré yo.

Salgado subió al Lexus. Arrancó. Durán se acercó al coche y llamó su atención. Salgado bajó el cristal.

—Por cierto. La policía lo está vigilando. Están detrás de usted. Es un Renault Clio azul aparcado frente al edificio, un poco más arriba.

Salgado se quedó atónito, la boca ligeramente abierta, con una expresión estúpida en la cara. Durán aprovechó.

—Ya le decía que están esperando que cometan algún error. No sea estúpido. Marque mi número.

Tocó Salgado inconscientemente el bolsillo de su chaqueta, donde había guardado la tarjeta que le dio el detective.

—Si no lo hace, le haré daño yo también —amenazó Durán.

Salgado aceleró. Quería salir de allí cuanto antes.

Ceno en el club de Mike. A veces prepara un sándwich para los pocos habituales. No se lo he pedido, pero él lo trae con una cerveza. Cuando termine, me servirá la copa que he pedido. No admite réplica.

Luego se ocupa de sus invitados. Mike ha hecho la obra buena del mes: tres pelanas aporrean sus instrumentos sobre la tarima. Podrían bastarse con la quincalla que llevan en las orejas, las muñecas, la nariz y los dedos. Además, tocan una guitarra eléctrica, un bajo más alto que el canijo a él adosado y una batería.

Han intentado remedar algunos temas clásicos y se parecían a su original tanto como una danza guerrera al Réquiem de Mozart. Pero ilusión no les falta.

Enrique Salgado giró a la derecha, por la Gran Vía, en busca de la salida de Baria hacia Garrucha y Mojácar. Vio el Renault Clio aparcado frente a las oficinas de Megasur S. A., pasó junto a él y pudo fijarse en el hombre sentado al volante y que

disimulaba trajinando la radio. Salgado creyó reconocerlo como el inspector que lo había visitado junto al comisario.

Sintió un estremecimiento. El sudor se pegaba helado a la nuca y a la espalda. Giró el mando de la calefacción y elevó varios grados la temperatura interior del Lexus.

Había caído por completo la noche. Sintió con aflicción que se avecinaba la noche más larga del año, y lo tomó por un mal presagio. El cielo se había cubierto y lloraba unas gotas gordas y agónicas que manchaban el parabrisas y ennegrecían el asfalto.

Comprobó por el retrovisor que el Clio lo seguía. Dio varias vueltas al azar, en algunas manzanas, antes de salir de Baria, y allí estaba siempre, sus faros como unos ojos acusadores en el retrovisor. Sintió un ataque de pánico. El detective tenía razón. Sólo podían seguirlo porque lo consideraran sospechoso de asesinato. Y, siendo así, estaban a la espera de un error. Una luz súbita y terrible se encendió en su mente. El pago. El pago sería el momento más peligroso. La prueba que la policía necesitaría. Nunca podría justificar el pago de esta cantidad a un individuo como el del desguace.

Si muriera.

Acarició la idea. Pero entonces tendría el mismo problema con el detective. Y éste parecía aún más peligroso, aún más listo. ¿Cómo se había introducido en el garaje? Y lo que es más escalofriante, ¿cómo había podido averiguarlo todo?

Salgado se estremeció de terror. Ya no bastaba la confianza de Lucía para tranquilizarlo. Había cosas que ni ella podía controlar. La furia del hombre que la había golpeado. La astucia del detective. Estaban en sus manos. Y sólo podía optar por pagar y arriesgarse a ser detenido, o mandar asesinar y tener pendiente otro crimen. Salgado dio un frenazo. Estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo a la entrada de Mojácar y atropellar a un peatón que paseaba un perro en la oscura noche. Le recriminó el peatón y Salgado optó por apartar su coche a un lado. Cerró con fuerza los ojos. Se llenaron de lágrimas. Abrió la puerta del coche y dio varias arcadas con el cuerpo fuera. Pero fueron inútiles. No pudo expulsar nada, ni siquiera el pavor que se había apoderado de él.

Entonces reparó de nuevo en el Clio. Se había situado tras él, a cierta distancia.

Bajó bruscamente del Lexus y caminó decidido hasta el Clio.

—¡Yo no fui! —gritó, deteniéndose a unos metros—. Mi mujer... Lucía pagó a ese hombre del desguace... ¡Yo no sabía nada!

Medel bajó del coche.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

No supo en ese momento si lo que mojaba el rostro de Salgado eran lágrimas o lluvia.

—Tiene que venir conmigo y firmar una declaración —dijo Medel, entendiendo por fin.

—Tiene que saberlo el comisario —dijo Salgado.

—Tranquilícese. Tiene que venir conmigo y firmar una declaración —invitó Medel, la mano tendida.

Salgado lo miró durante un segundo eterno, súbitamente rígido, como si de pronto hubiera reparado en algo olvidado. Se dio la vuelta y corrió hasta su coche. Aceleró hasta perderse por las calles de Mojácar mientras Medel llamaba urgentemente por teléfono.

Me lo explica aceleradamente. Le pido más detalles y lo repite.

—¿Te ha firmado una declaración? —le pregunto dos veces.

—No —repite Medel—. Pero...

—¿No ha querido?

—No. Entonces se ha dado la vuelta y se ha marchado corriendo.

—Entonces no nos sirve de nada —lamento, aunque me irrita su insistencia.

Nunca perderá esa tenacidad que da cierta clase de inocencia. Un poli dice que una noche el sospechoso de asesinato confiesa que los verdaderos culpables son... Se reirían de mí desde el fiscal hasta los abogados de los acusados si me presentara con eso ante un juez. Aunque cosas peores se han visto..., bastando el testimonio de un policía y ninguna otra prueba que lo corrobore para condenar a muchos. Pero no es el caso de Enrique Salgado. Ni de Lucía Ugarte. Ellos pueden pagarse una bonita presunción de inocencia. Y pagársela al paria del desguace.

Se lo digo por tercera vez y lo mando a acostarse. Mañana será otro día. Como no se queda tranquilo, admito que por la mañana comentaremos el asunto. Así lo dejo pensando un rato.

He tenido que salir a la calle para hablar con él. Cae una llovizna lenta y gruesa. En Baria la lluvia es un acontecimiento y siento que purifica el ambiente. Y mi alma. Si es que tengo. Pero es tan débil la lluvia que debo esperar un poco para mojarme a gusto antes de volver al local.

Los entusiastas, sin duda amigos de instituto de los músicos, vocean y aplauden sin reparos y se palmean con el tal Johnny, que da nombre al grupo y que toca la guitarra. Ahora se les ha unido una cantante. Se trata de una chica ancha de caderas, ancha de culo, ancha de tetas y ancha de cara. Pero cuando comienza a cantar los jadeos de los otros tres parecen elevarse y aquello parece blues de verdad. Me dejo calar por la sorpresa. Suena como una imitación digna de Shirley Bass. No hará carrera en los Estados del Sur pero le agradezco el rato que pasa cantando. Consigue que me olvide de todo. Hasta Mike se me acerca con una sonrisa en los labios.

—¿Qué te parece?

—¿Puedo comprarme la chica?

—¿Para qué? —pregunta sorprendido.

—Me gusta. Canta bien.

—Eso pienso yo. Les he prometido una noche al mes si trabajan duro.

—¿A ellos también?

—No quería ser cruel.

—Bueno. Vale la pena intentarlo, por ella.

Mike se aleja. Esta noche pone más copas que en toda la semana anterior. El Baria City Blues no es un local muy frecuentado. Sólo algunos habituales, casi todos gente entre los treinta y cinco y los cincuenta y cinco. Los que nos hemos educado en la música del Imperio. El Imperio sigue siendo el mismo, pero por desgracia la música no. Ahora se educan con esa mierda de rap, que sirve para que cualquier imbécil se suba a un escenario.

Haber intuido la verdad del caso de Enrique Salgado me produce una sensación agrídulce. Me planteo la veracidad de lo que ha confesado a Medel y concluyo que no lo sé. Pido a Mike mi tercera copa y, mientras tanto, voy al servicio.

Paso ante Estela, que es como se llama la cantante, y que inicia un soul sin música, de mérito, que me acompaña. Cuando vuelvo a mi mesa hay alguien esperándome: el rostro de mujer dulce de Elena Silva. Cabello negro corto, frente despejada, unos pendientes mínimos en unas ojeras deliciosas, una nariz pequeña, unos labios delicadamente dibujados que sonrían, unos pómulos suaves y unos ojos que brillan en las luces indirectas del Baria City Blues como esmeraldas.

Sólo con verla allí sentada sé lo que busca.

Mike nos observa de reojo. Descubro en su expresión que ella le ha preguntado cuándo encontrarme aquí. Aunque simula un encuentro casual y no sabe cómo decir lo que quiere. Pero Mike viene en su ayuda y nos pregunta si la señora desea algo.

Es suficiente, porque ya estoy obligado a invitarla. Y lo hago con un embarazo en el vientre que me recuerda otras épocas, demasiado lejanas. Mientras, Estela se atreve con *Georgia in my mind*. Pienso que la chica se merece un premio, aunque mi capacidad crítica es nula cuando me hacen feliz.

Le pregunto a Elena si le gusta el club, si viene mucho por aquí. Luego comento lo bien que canta la chica, hago un comentario sobre los acompañantes y Elena sonrío.

Cuando lo hace, no puedo evitar que me venga a la memoria el rostro magullado, tan distinto, de las fotografías que vi hace tan sólo unos días. Lamento comprobar cómo nos cambia la violencia, pues hace difícil entender que aquella mujer humillada sea la misma que ahora está sentada, hermosa, junto a mí.

Ella intuye mi pensamiento con su clarividencia de mujer exapaleada, porque enseguida coloca su mano sobre la copa, baja la mirada y dice lentamente:

—Le estoy muy agradecida.

—¿Por qué?

—Por lo que ha hecho con Lucas.

—Sólo lo detuve. Lo interrogué un poco. Nada más.

Elena eleva los ojos y sonrío. Pero su rostro está triste. Es como si viera su corazón helado. Pone su mano sobre la mía. Es muy suave.

—Gracias.

Claro que lo sabe. Y yo sé que ella lo sabe. Y soy el caballero andante ante su dama. Su mano me redime de tanta porquería. Bendita seas.

18 DE DICIEMBRE

Tres agentes de uniforme vigilan a dos rumanos en el pasillo del sótano. Les ordeno que introduzcan a cada uno en una sala y los dejen solos un rato.

Me informan que son ilegales, que los han descubierto al llegar a la obra, a las ocho de la mañana. Uno de ellos fue contratado hace sólo tres días. El otro lleva dos semanas trabajando en la estructura que hay frente a la casa asaltada la madrugada del domingo.

Le digo a López que busque al Fliper.

El Fliper es un camello de medio pelo que se mete mucho más de lo que vende. No pasa de los treinta, pero tiene aspecto de más de cincuenta. Es pequeño y mezquino, y un tipo inofensivo que jamás ha hecho más daño a alguien que a sí mismo. Lo asustamos un poco de vez en cuando para que no nos pierda el respeto. A veces le pedimos prestado su material. Es hijo de un conocido de López y éste parece más su padre que un policía.

Dejo cocer un poco a los rumanos y en menos de una hora vuelve López con algo de caballo y un buen paquete de chinas.

—Dice el Fliper que son de Huelva —comenta López.

—Ya veremos.

Dejo de lado al rumano que lleva tres días en la obra.

Entro en la sala de interrogatorios y tiro toda la farmacia sobre la mesa. Lo mira sin comprender. Yo me apoyo indolentemente en la pared, a un lado, para que sólo pueda verme con el rabillo del ojo. Enciendo un cigarrillo y estoy cinco minutos sin abrir la boca.

—Eso no mío —dice al fin el rumano.

Como no respondo, vuelve la cabeza y busca mis ojos. Descubre a un guripa que lo mira con expresión divertida. Hace un gesto de rechazo con la mano y repite.

—No mío.

—Me han dicho que hablas español.

—Poco. Casi nada —alega.

—Un poco mucho —respondo—. Llevas más de un año en España. Y en esta empresa llevas cuatro meses. Tus colegas del andamio dicen que hablas de puta madre.

Asiente con la cabeza.

—¿Crees que si le digo a un juez que esto es tuyo me creerá a mí? ¿O te creerá a ti cuando lo niegues?

—No mío —insiste con una expresión tan inocente que casi siento lástima.

Tiro la colilla y me acerco hasta él. Le tiendo el paquete y le enciendo un cigarrillo. Me siento frente a él. Estudio su cara. No es estúpido. Es delgado, fuerte. Lleva el pelo al uno. Huele a sudor y a exmilitar.

—¿Ejército rumano?

Me mira con desconfianza.

—No. Algañil. Yo algañil.

—Algañil en España. En Rumanía, militar.

Tiene los ojos de un gris galvanizado, como si el iris fuera la rosca de un tornillo. Su cara es afilada y sobresalen demasiado los huesos de la calavera. No tengo nada mejor, así que intento exprimirlo, a ver si hay suerte.

—Te lo voy a decir simple, para que me entiendas. Sé que has sido tú quien ha vigilado la casa que hay frente a la obra donde trabajas. Tus amigos la han asaltado el domingo por la noche. ¡Con una familia dentro! —le grito.

Él se echa hacia atrás y pregunta inocentemente.

—¿Qué casa?

—No me hagas perder el tiempo. Enciendo un cigarrillo.

—Así que si no me dices quién ha sido ahora mismo, escribiremos que hemos encontrado en tu casa todo esto —señalo con gesto amplio de la mano toda la farmacia extendida sobre la mesa.

—No mío —responde con expresión de susto. Ha comprendido perfectamente.

Me levanto de la silla y recojo la droga.

—Ocho años de talego, Ciaulescu —exagero.

Me mira a la altura del pecho, sin elevar los ojos hasta los míos.

—Haz todo lo necesario para endilgarle esta mierda. Que la hemos incautado en su coche, si lo tiene. Y si no, en su casa, o donde viva. Y que se entere de que esto va en serio —le digo a López cuando salgo y le entrego la droga.

Me sorprende reconocer que aún tengo escrúpulos. Sobrevivo con migajas de amor de mi fantasma y con carne de pago cuando el rencor se hace intolerable. Aunque el destino me ha servido en bandeja a Elena, he resistido. Su última acción de gracias, cuando anoche la dejé junto a su casa, fue mucho más larga de lo razonable y mucho más corta de lo deseable. Tal vez otro día...

Mientras tanto, mato la espera con un pago sin compromiso. Es peligroso enamorarse.

Rememoro aún el calor de su despedida cuando suena el teléfono. Dejo que suene, giro el sillón y miro por la ventana la desangelada mañana de diciembre. Nubes bajas de vientre gris para un simulacro de invierno en el Sur. Continúo soñando y por fin acepto que alguien destruya la piel tersa de la soledad. Cuando descuelgo, es el Comisario Jefe de Alicante, que me felicita por la detención del tal Pacheco.

—No hay nada que agradecer —respondo—. Se llevó por delante un compañero. ¿No se ha resistido a la detención?

—Por desgracia no —dice con amargura.

Todo son efusiones.

—No puedo revelar la fuente —comento—. De todas formas, sólo fue un golpe de suerte.

Siempre me ha gustado la falsa modestia bien llevada.

Nos deseamos todos los parabienes del mundo y colgamos. Se han enterado en Madrid, es lo último que me dice.

Pues mejor que mejor.

Me descubro a solas de nuevo y disfruto un rato, fumando y mirando por la ventana, hasta que irrumpe Medel. Continúa obsesionado por la confesión de Enrique Salgado. Cree que ha resuelto el caso y no quiere dejarlo escapar.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

—Esperar.

—¿Sólo eso?

—No tenemos nada.

Me mira como si no pudiera creer que de mi boca brote tanta estupidez.

—¿Cómo puedes decir eso? Confesó ante mí —afirma rotundo.

Le pido que se siente y lo tome con calma. Entonces le explico:

—Tu declaración no servirá de nada. Nadie lo creerá si él lo niega. Y lo hará, seguro. Has confundido la debilidad de un momento con una confesión. Y luego todo el mundo pensará que nos lo hemos inventado porque no tenemos pruebas. Quiero que comprendas algo: ni siquiera tenemos caso.

Ahogo sus protestas con un gesto y cuento con los dedos.

—No tenemos pruebas de que se tratara de un atropello intencionado, comenzando por ahí. No tenemos pruebas de qué coche atropello a esa mujer. Y no tenemos pruebas de quién o quiénes fueron los autores, directos e indirectos, del atropello.

Medel frunce los labios. Los aprieta tanto que van a reventar.

—Ahora bien —comienzo para su alivio—. Estoy convencido de que se trató de un crimen. Y también de que algo está ocurriendo, subterráneamente, silenciosamente... Se están moviendo, como ratas. Tal vez el detective haya sido el detonante, la piedra que te dije. Además, ¿por qué, si no, Enrique Salgado iba a mostrarse asustado y confesarnos el crimen, aunque culpe a otros? Están nerviosos, quienes quiera que sean.

—Fue él. Lo que dijo es mentira. Quería el dinero de su mujer y la mató —afirma Medel—. Es tan viejo como el mundo —se lamenta.

—A pesar de todo... Da qué pensar, ¿no te parece?

—¿El qué? —pregunta.

—Que culpara a su esposa.

—La mentira de un cobarde. Está acojonado y el tío no tiene huevos. Descarga culpas. Nadie puede creer que él no lo supiera, que su mujer lo hiciera a sus espaldas. No es un crimen de mujer.

—Estás anticuado. Ahora todos los crímenes son crímenes de mujer —

puntualizo.

—¡Y una mierda! Está acojonado y quiere cargarle el marrón a otro.

—Seguramente tienes razón —digo encendiendo un cigarrillo—. Pero no queda otra cosa que esperar. Vamos a ver por dónde escapan las ratas del barco.

Salgado estaba en su despacho a primera hora, nervioso como un preso en un pasillo. No había dormido. Dio mil vueltas pensando que podía haberlo perdido todo por un instante de debilidad. Se arrepintió nada más pronunciar las palabras. En ese momento supo, de forma irrevocable, que el policía no le creía. Sintió un pánico atroz. Eso quería decir que nunca podría liberarse del peso del crimen. Hasta ver la expresión de escepticismo del policía no había comprendido que nadie creería jamás que él es inocente.

No lo había seguido a partir de ese momento. Pero toda la noche temió que la policía irrumpiera en casa y lo detuviera. No acababa de comprender por qué no...

Estuvo un buen rato ante los muros de su propiedad, lejos de las cámaras de seguridad, las luces del Lexus apagadas, en total oscuridad, en total soledad.

Recordó las palabras de Lucía:

—No olvides que siempre puedo decir que tú lo sabías. Que lo planeamos juntos para quedarnos con todo lo suyo.

Pensó que no había sido capaz de calibrar el peso exacto de tales palabras. Y supo, además, que no necesitaba Lucía decir ni una de ellas para que nadie creyera en su inocencia.

Entró en la casa como un condenado. Avergonzado, callando el dolor que soportaba y el oprobio de su debilidad. Si Lucía supiera...

Pero ella se encontraba mejor y sólo deseaba que llegara el momento de pagar. Todo pasaría como una mala pesadilla, dijo cien veces.

Se abrazó a él en el sofá y se quedó dormida al rato. Salgado pensó en tomar un somnífero de los que ella había ingerido, pero el miedo a la visita de la policía, el temor de que se supiera su traición y el pavor de saber que nunca volvería ser un hombre inocente lo mantuvieron vigilante de una soledad cerrada y amarga.

No le dijo nada acerca del detective. Cuando ella hablaba todo parecía tan sencillo... Bastaba con pagar. Y él tenía el dinero. Todo el dinero del mundo. Le aterraba, además, involucrarse en otro crimen. Y le aterraba también la amenaza del detective.

Decidió que iría cuanto antes a Almería por el dinero y luego, con cualquier excusa y con la ayuda de Inma, se aseguraría de que no hubiera nadie en las oficinas en horario de tarde y desconectarían todos los sistemas de seguridad. Haría el pago en su terreno, en sus propias oficinas, donde siempre pudiera justificar su dinero en tanto éste no pasara de manos.

Cogió las llaves de seguridad de las cajas y bajó al garaje para coger el coche. En

menos de una hora tendría el dinero.

—Su hija utilizaba el piso de la ciudad para verse con su amante. Los ojos de Rafael sangraban de indignación.

—¡Ese cabrón me la convirtió en puta! Durán se divirtió hurgando en la herida.

—Desde luego, no la trataba debidamente. La engañaba constantemente. Además, el propio agente de seguros se mostró sorprendido del interés con que Enrique Salgado contrató la póliza de vida para su hija.

Los ojos de Rafael se clavaron en Durán con tanta fiereza como le permitía su furor de anciano y con tanto odio como permitían acumular sus muchos años.

El detective sabía que esto era mentira. El propio agente de seguros le había dicho que fue él quien llamó a Enrique Salgado para ofrecerle un seguro de vida que evidentemente no necesitaban. Enrique Salgado había aceptado de compromiso. Así se lo había hecho saber tanto a la compañía como al propio Durán dos días antes, cuando éste se presentó en su oficina. No había mediado, desde luego, ni siquiera una insinuación por parte de Salgado para que él le ofreciera aquel seguro que luego había resultado providencial dada la desgracia del atropello de Ana, había aclarado el agente.

Pero Ernesto Durán sabía lo que le convenía. Jugando a dos bandas aseguraba un mínimo de ingresos. Para ello, debía enfurecer a Rafael Arnedo. La medida de su odio elevaría el precio.

Rafael miraba a su alrededor, receloso de los muebles y de los objetos. Parpadeó lentamente mientras posaba los ojos en el maldito piso donde su hija se humilló por culpa de Enrique Salgado.

El detective se había sentado en el sofá del pequeño salón, donde Pablo Ayuso le había contado todo lo que sabía de Ana Arnedo durante los últimos meses de su vida. Era el momento apropiado para exprimir al viejo.

—Señor Arnedo. Le voy ser completamente sincero. Sabemos que su hija fue asesinada. Pero no tenemos pruebas que demuestren que fue un crimen y no un accidente.

Rafael volvió de algún sitio muy lejano. Intentó protestar, pero Durán lo detuvo con un gesto.

—Sé quién conducía el coche. El hombre del desguace. Mientras, Enrique Salgado buscaba una coartada hablando por teléfono desde su propia casa. Pero tampoco tengo pruebas para detener e incriminar al hombre del desguace.

—¿Qué me está diciendo? —chilló Rafael, atragantándose en su propia bilis—. ¿Qué tengo que ver cómo los asesinos de mi hija se libran?

—No veo la manera, señor Arnedo.

Durán abrió los brazos en señal de impotencia. Rafael lo traspasó con la mirada, como si el mismo Ernesto Durán fuera culpable del crimen.

—Teníamos un trato —dijo Rafael.

—Pero el trato era encontrar a los asesinos. Y lo he hecho. No que fabricaría pruebas donde no las hay para meterlos en la cárcel.

Durán lanzó el anzuelo. Y por si Rafael aún no había mordido, añadió:

—Eso sería ilegal. Me estaría jugando mi carrera. Rafael se mordió los labios.

Tras un incómodo silencio, Durán miró a su alrededor. Rafael se tensó como un junco viejo, a punto de partirse.

—A no ser...

—¿A no ser qué? —exigió Rafael.

—Que esas pruebas, que no existen, se fabriquen.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, la policía lo hace a veces. Cuando sabe que alguien es culpable y no puede demostrarlo. En fin... Es una idea.

—Déjese de mierdas y lance la idea. Me está mareando para pedirme más dinero, ¿se cree que no he hecho nunca un negocio?

El detective sonrió levemente.

—Está bien. Puedo conseguir las pruebas. Ilegalmente.

—¿Cuánto?

—Trescientos mil.

Rafael se puso rojo como un tomate.

—Ya no tengo la empresa. Ese hijo de puta se ha quedado con ella. No puedo pagar tanto. Sería... mi ruina.

Rafael babeaba. Estaba cerca de una apoplejía. Parecía incapaz de controlarse. Durán prosiguió rápidamente, antes de que le diera algo y todo se fuera al carajo.

—Puede darme los cien mil acordados en cuanto consiga las pruebas. El resto me lo dará más adelante, cuando consiga de nuevo la empresa, porque es eso lo que persigue, ¿verdad?

Rafael lo miró perplejo. Durán se levantó y alargó su mano.

—¿Tenemos un nuevo trato?

Rafael tardó unos segundos, pero alargó la mano. Con asco, pero lo hizo.

Aparco ante el Centro Comercial Mojácar. La párvula de Antigüedades Hera me atiende con una sonrisa impresa en un maquillaje casi teatral. Me dice que doña Lucía no está. Le pido su teléfono pero se niega a dármelo. Quiero ser amable con ella, no hacer el numerito de la muñeca mostrando la placa. Pero la chica no cede, de modo que le digo que cierre la tienda, que se viene detenida a comisaría.

La expresión de esos ojos tan jóvenes no puede ser más dolorida. Temo ser demasiado cruel. Pero finalmente admite que la señora está constipada y que hoy no ha venido a trabajar, que está en casa.

Decido ir hasta allí mientras Medel me explica por el móvil que Miguel Salinas

está de nuevo controlado, que está en el desguace. Por su parte, Enrique Salgado salió de la ciudad hace dos horas y aún no ha vuelto a su oficina.

Ella misma responde tras el ojo muerto de una cámara cuando llamo a la verja de la entrada. Dice que me esperará abajo, pues está sola en casa.

Detengo el coche con ruido de grava cara. La mujer que me espera ha perdido el aire sofisticado de nuestro primer encuentro, pero ha ganado en naturalidad y viveza. Si antes era una talla de marfil para admirar ahora es una mujer casi voluptuosa que apenas se cubre con un pantalón pirata blanco y una camisa celeste de hombre demasiado grande.

Tiene los brazos cruzados para defenderse del frío. La melena se mece al viento, como la camisa que se ciñe al cuerpo.

Me invita a entrar en la casa y me conduce a la misma sala donde interrogué a su marido.

Observo que tiene los labios ligeramente hinchados y cierta rigidez en sus movimientos.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Nada. Un pequeño accidente doméstico. En el jardín.

—¿La ha visto un médico?

—En aquel momento. Ahora es innecesario. Bastará un poco de reposo.

Me mira con una fijeza incómoda.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta Lucía Ugarte, tomando asiento e invitándome a su lado—. ¿Le apetece tomar algo?

—No, gracias.

Hay algo sutil en el aire que me comprime. Tal vez sea cierta sensación de inconsciente inferioridad ante la belleza rubia y fría de la mujer, pero siento que pierdo agilidad mental y que mis gestos y mis palabras se ralentizan y brotan estereotipados como si las pronunciara un aprendiz recitando su lección.

—Como sabe, hay puntos oscuros en todo lo que rodea la muerte de Ana Arnedo.

—Yo no sé nada de puntos oscuros —puntualiza ella—. Sólo que no se ha encontrado al conductor que la atropelló. No es la primera vez.

—Efectivamente. Ocurre a veces —admito—. Pero, en este caso, de hecho, estamos convencidos de que se trató de un asesinato.

Ni siquiera parpadea. Quise verla. Interpretar su reacción. Nada. Sólo una leve sonrisa tan indescifrable como un jeroglífico.

—Hemos acumulado suficientes indicios para confirmarlo. Y estamos en disposición de aventurar hipótesis que muy pronto se verán probadas.

Sólo consigo que se acentúe su sonrisa.

Me molesta tanto su displicencia que decido utilizar el golpe bajo al que aún no quería recurrir.

—Anoche, su marido habló con nosotros.

Intuyo ahora una ligera sombra en su mirar franco y azul. Se agita levemente en

su asiento, un movimiento subterráneo.

—Dijo que la muerte de Ana Arnedo fue inspirada por usted y que el autor fue Miguel Salinas.

Mantiene la sonrisa. Pero ahora los bellos músculos de su cara se mantienen forzados, como un elástico a punto de partirse.

—No le creo —dice finalmente.

—Puede creerlo. Yo no miento. Se lo dijo al Inspector Medel. Usted lo conoce.

Lucía Ugarte gana algo de tiempo suspirando profundamente. Se humedece levemente los labios rojos con una lengua rosada y hermosa. Cuando vuelve a mirarme, ya no soy capaz de ver otra cosa que sus ojos de un bello azul mediterráneo. Están tan serenos como aguas tranquilas.

—Estoy segura de que fue una broma. Mi marido es así.

Nos quedamos mirándonos, sonriendo ambos. Ambos sabiendo por qué nos miramos y ambos sabiendo por qué sonreímos.

—Les ha tomado el pelo —ratifica, pero al decirlo su mirada se esconde un segundo. El tiempo necesario para observar cansancio o desprecio. Me pregunto si lo siente por mí y, en el ámbito del silencio que ella dejar madurar con paciencia, entiendo que no, que le he hecho daño.

He introducido una cuña en la madera.

—Debería decirle a su marido que tenga cuidado con las bromas. A veces, se parecen demasiado a la realidad.

Me levanto y me despido. Le digo que no se moleste en acompañarme hasta la puerta.

A mediodía, Salgado ya estaba de nuevo en su oficina. Había intentado descubrir si alguien le había seguido hasta Almería y en el trayecto de vuelta, pero no observó nada raro ni hubiera sido posible a la velocidad a la que circuló.

Dejó el maletín con el dinero recogido de las cajas de seguridad de los bancos en el sótano, dentro de la caja fuerte. Después, se encerró en su despacho, ordenó a Alicia que no le pasara llamadas y que ordenara a Pablo acudir inmediatamente.

Mientras tanto, llamó a Lucía.

—He vuelto. He recogido todo lo que necesitaba —dijo.

—Bien —aprobó ella.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Estaba mucho mejor. Hasta hace un rato.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido visita. El comisario.

Salgado calló. No se atrevía a preguntar. La línea se colmó de un silencio elocuente. Ella le ayudó.

—Está bien. Luego hablaremos.

—Puedes llamarlo —dijo él con voz rota—. Quiero acabar cuanto antes — Salgado quería transmitirle su angustia. La que le había llevado a un instante de debilidad. A la traición.

—Ya lo he intentado. No ha respondido.

—¿Qué quieres decir?

—Que él se pondrá en contacto con nosotros.

Lucía cortó. Salgado se quedó con el auricular en la mano. Lo colgó. Entonces llamaron a la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntaba Pablo, la puerta entreabierta.

Se mostraba reticente, como un traidor que sale a la luz, pensó Salgado. Y se vio a sí mismo en la postura mezquina, miserable. Él, otro traidor.

—Pasa. Siéntate.

Pablo se sentó frente a él. Salgado lo miraba a los ojos, pero su mirada se perdía más allá. Estaba pensando en sí mismo, viéndose en aquél que lo había engañado. Intuyendo cómo lo vería Lucía a él ahora.

—¿Estoy despedido?

Salgado volvió a la realidad y miró los ojos que lo interrogaban.

—Sí.

—Miriam me ha dicho que lo sabes.

—¿Cómo pudiste...?

Salgado dejó a medias la pregunta. Porque, en realidad, no se la estaba haciendo a él. Sino a Ana. Pero nadie iba a responder.

—No pasó nada —respondió, no obstante, Pablo—. En realidad, lo intenté, pero ella no quiso.

—Pero, Miriam ha dicho...

—Por fastidiarte.

Salgado abrió un cajón y buscó un paquete de cigarrillos. Encendió uno sin ofrecerle.

—Entonces, ¿no vas a comprar los terrenos de la Venta Capilla? —preguntó Pablo.

—A ti ya te da igual —respondió Salgado.

Pablo lamentó que se le escapara la opción de atrapar a Salgado. Se levantaba de su sillón cuando entró Inma en el despacho.

—Hola —dijo—. ¿Puedo saber de qué habláis? Traía unos expedientes en las manos.

—Nada importante —repuso Salgado—. Pablo ya se iba.

Inma y Pablo se cruzaron, pero éste no devolvió la mirada. Ella interrogó con su expresión a Salgado, quien miró hacia otro lado. Sin embargo, en ese momento, la puerta se abrió bruscamente. Salgado sintió que su cara se quedaba rígida de estupor, como si la hubieran recubierto de cemento.

Desde la puerta, Alicia se disculpaba:

—Lo siento, don Enrique. No he podido...

A su lado, Miguel Salinas los miraba a todos desde la oscuridad de sus gafas de sol, una mueca burlona en la boca.

—¿Podéis salir, por favor? —pidió Salgado.

Pablo, tras un instante de vacilación, se quedó mirando fijamente al hombre que acababa de irrumpir en el despacho. Éste le devolvió una mirada oscura y Pablo salió. Inma, en cambio, se acercó a Salgado y se inclinó hacia él.

—¿Quieres que llame a la policía? —preguntó en voz baja.

—No.

Salgado se levantó y se quedó mirando al hombre del desguace. Inma dejó los expedientes que llevaba en la mano, acercó el teléfono al centro de la mesa y salió.

Miguel Salinas se acercó a Salgado y, mientras se levantaba las gafas hasta apoyarlas en la frente, dijo:

—He dicho a la policía que me pagaste por desguazar el coche rápidamente.

Salgado se sentó. Salinas sacó un paquete de Camel de su chupa de cuero y lo encendió. Dejó vagar su mirada por el despacho.

—Así que esto es... Joder, cómo vives.

—No has debido venir aquí.

—¿Es que no puedo comprar una casa? Esto es una inmobiliaria, ¿no?

—No. Es una promotora.

—Lo mismo da.

Salinas expulsó una larga bocanada de humo.

—¿Qué quieres?

—Sabes lo que quiero. Quería asegurarme de que te lo había dicho muy claro. Como te protege tanto...

La insinuación le dolió. Era un desprecio y el otro no lo ocultaba. Enrique Salgado se esconde detrás de su mujer. O de un policía, como anoche.

—No has debido venir aquí —repitió.

—Quería estar seguro de que recibes el mensaje. Dinero —Salinas rozó las yemas de sus dedos—. Mucho dinero.

Salinas jugaba con las gafas de sol y con el cigarrillo. Añadió:

—Es lo único que puede salvarte de la cárcel. Y a la puta de tu mujer.

—¡No hables así de ella! —protestó Salgado.

—¿Por qué no? Si la conozco muy bien.

Salgado sintió que le subía la sangre a la cara. Un sudor helado le ruborizaba y, al tiempo, le enfurecía como jamás lo había estado. Una corriente nerviosa le quemaba la columna vertebral.

—Has abusado y has pegado a mi mujer —dijo con la voz contundente y fría.

—No lo sientas. Es una bruja.

—Y has asesinado a una mujer inocente —soltó entre dientes.

—Ya veo lo triste que estás. Mira lo que has conseguido gracias a mí —respondió

cínicamente.

—¡Hijo de puta!

—Sí. —Salinas se inclinó hacia él violentamente. Salgado se echó hacia atrás como si hubiera intentado golpearlo—. Pero tú no eres mejor que yo. ¿Por qué no devuelves todo esto? Sabes cómo lo has conseguido. Devuélvelo.

Humillado, Salgado dijo:

—Debería llamar a la policía ahora mismo.

—¿Por qué no lo haces? Tengo uno pegado al culo desde ayer.

Salgado comprendió que la policía los seguía a los dos. Sintió una punzada de tensión en las piernas.

—¿Y los has traído hasta aquí?

—Lo perderé en cuanto salga. Tranqui, colega. No pueden seguir la moto por las calles estrechas. Son unos capullos.

—Pero por qué los has traído.

—¿Aún no lo entiendes? Eres más estúpido de lo que pensaba. Quiero que sepan que he estado aquí. Adivina qué van a pensar.

Salgado abrió la boca para protestar, pero era inútil y, además, no sabía qué decir. Se sentía como un trozo de barro en las manos de aquel hombre. Salinas aplastó el cigarrillo en el suelo de madera y lo estrujó con el tacón de su bota. Después, miró a Salgado, de nuevo parapetado tras las gafas negras.

—Una palabra mía bastará para salvarte —dijo, y rompió a carcajadas—. ¡Cómo son los curas! Una palabra mía y te enviaré a la cárcel. Y perderás todo esto, capullo. Y Lucía también irá a la cárcel. La condenarán dos veces. ¿Sabes que ayer intentó matarme? Con un cuchillo, como un gitano. ¡Paya mala! —ironizó.

—No tienes pruebas de nada —se defendió Salgado.

—¿No? Puedo contar cómo ocurrió todo. Cómo se planificó, quién llamó a la muerta para que saliera del restaurante, con qué coche se hizo, aunque esto ya lo sabe la policía. Pero yo tengo la pieza que les falta. La tapa del radiador y el capó con la sangre de tu mujer. ¿Cómo se llamaba?

Helado, Salgado era incapaz de hacer frente a aquel hombre. Se sentía igual de vulnerable y triste que anoche, ante el policía.

—Una palabra mía y los dos acabaréis en el talego —repitió Salinas.

—Tú también —acertó a defenderse Salgado.

—Pero yo puedo negociar. Puedo entregar a dos asesinos, ¿comprendes? Saldré en unos pocos años. Yo también tengo abogado.

—¡Si pudiera...!

—¿Qué?

—Te mataría con mis propias manos.

Levantándose, Salinas lo miró fijamente a los ojos. Después, concluyó:

—No tienes cojones. Escóndete detrás de tu mujer y paga. Sólo así podrás dormir tranquilo.

Se ajustó los vaqueros y se metió las manos en los bolsillos. Plantado ante Salgado, dijo:

—Quiero un millón. Esta noche. Ni un minuto más. Después, me perderé y nadie sabrá de mí.

—Darte dinero ahora es peligroso. Si nos descubre la policía, es como confesar el crimen —alegó Salgado.

—Tendrás que correr ese riesgo. Apunta un teléfono. Cuanto te lo aprendas de memoria, tira el papel.

Miguel recitó un número de móvil y Salgado tomó nota.

—Es un teléfono seguro. A las nueve de esta noche. Y no me jodas, tío rico —dijo Salinas con el índice extendido, admonitorio.

Caminó hasta la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—No me jodas o iremos todos a la cárcel. Y añadió:

—Un millón, tío rico. Entonces salió del despacho, dando un portazo.

Salgado recordó entonces, con alarma, que no le había hablado de hacer el pago aquí. Se levantó con la intención de hacerle volver, pero en ese momento entró Inma.

—Estás pálido, Enrique. ¿Qué ocurre? ¿Quién es ése? Salgado no respondió. Sintió la garganta tan estrecha que pensó se iba a asfixiar. Entró al baño anejo al despacho y cerró la puerta. Inma oyó correr el agua. Entonces, se acercó a la mesa y pulsó el botón del interfono. La diminuta luz de advertencia se apagó.

Salió Salgado del baño con una toalla en la cara. Aún tenía la frente y las manos húmedas. Observó la mirada ávida de Inma y volvió a entrar en el baño. Salió un momento después, más dueño de sí mismo.

—¿Quién era ese hombre, Enrique? ¿Qué quería?

—Nada de tu incumbencia —respondió.

—Pero estoy preocupada —se quejó la chica.

—No es nada. Sólo un impertinente, ya lo has visto.

—¿Puedo ayudarte?

—No.

—Pero algo podré hacer. Lo que sea, Enrique. Sabes que haría lo que fuera necesario.

—Yo lo solucionaré —chilló Salgado. Inconscientemente, se sentía también cobarde ante Inma, como si hubiera quedado expuesto, crudamente desnudo, ante ella. Se aclaró la voz y repitió suavemente—. Ya lo solucionaré, no te preocupes. Déjame solo, por favor.

Inma se acercó hasta él. Lo miraba tan fijamente que él se sentía incómodo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ayudarte. ¿Lo sabes, verdad?

Salgado se evadió sentándose a su mesa y mirando el ordenador.

—Lo sé —respondió—. Y te estoy muy agradecido. Pero no es nada.

Hubo un largo silencio. Inma lo miraba fingir que se interesaba por lo que aparecía en la pantalla del ordenador. Luego, giró y caminó hasta la puerta. Desde

allí, se volvió a mirarlo.

—Cualquier cosa, Enrique. Recuérdalo.

Me exaspera el ambiente navideño. Música, luces. No participo de la fiesta. No se puede disfrutar la Navidad sin una familia. Y yo no la tengo.

El tráfico es lento a la entrada de Baria. La gente va y viene sin prisas, entra y sale de las tiendas, lleva bolsas de plástico o papel repletas y se oyen, a través de los altavoces municipales, los villancicos ñoños que rocían las calles de una bondad impostada y falsa.

Cuando por fin aparco ante la comisaría, me quedo unos minutos completamente inmóvil, en el interior del Golf. Hasta que un agente sale:

—¿Le pasa algo, comisario?

Le hago un gesto y se vuelve despreocupadamente.

Lucía Ugarte herida. No fue el jardín. Ni hablar.

Salgo del coche y entro en la comisaría. Subo a mi despacho y enseguida llegan las malas noticias, como todos los días.

Me dicen que han perdido a Miguel Salinas. Maldigo todo lo que me rodea. Me dicen que antes, ha visitado las oficinas de Megasur S. A.

El laberinto comienza a aclararse. Lucía Ugarte herida. Miguel Salinas visitando a Enrique Salgado. Enrique Salgado confesando asustado.

Ordeno que busquen al detective. Debo hablar con él.

Entra Medel. Me dice que me espera una sorpresa.

No me gustan las sorpresas, aunque me levanto y lo sigo hasta su despacho.

Hay un hombre sentado. Viste un traje gris perla y una camisa blanca con bordados. La corbata azulada le ahoga el cuello en un nudito y la raya de los pantalones es más recta que la moral de una abuela.

Medel se sienta de nuevo frente a él. Yo me quedo a un lado, de pie. Me suena el tipo, pero no sé de qué.

—Haga el favor de repetir al comisario lo que me ha dicho, señor Ayuso.

Se remueve en su asiento para situarse frente a mí. Alguien le ha dado un cursillo de ventas, porque si no fuera una declaración policial pensaría que se insinúa, de fijos que tiene los ojos en los míos.

—Como le he dicho al inspector Medel, soy, bueno... Era subdirector financiero de Megasur S. A.

—¿Hasta cuándo? —le interrumpo.

—¿Cómo?

—¿Desde cuándo no es subdirector financiero?

Carraspea, gana tiempo para deslizar la respuesta lo más suavemente posible. Intuye que le va en ello su credibilidad.

—Hasta hace unas horas.

Nos miramos Medel y yo. Él lo advierte.

—¿Lo ha despedido hoy? —le pregunto.

Asiente.

—¿Por qué?

—Bueno... Creo que ha sido porque no acepto algunos de sus... planteamientos.

—¿A qué se refiere?

Me está empezando a cargar la sorpresa de Medel.

—Se iba a realizar una operación importante y él quería cometer un delito fiscal, ya sabe.

—¿Dinero negro?

Asiente de nuevo, con gravedad, como si nos estuviera contando los terribles secretos de alcoba de su madre.

—Vaya noticia. Un promotor inmobiliario utilizando dinero negro —comento.

El tipo comienza a impacientarse y busca comprensión en la mirada de Medel.

—Dígale al comisario lo que me ha contado a mí —insiste éste.

—Eso intentaba —comenta impaciente y molesto—. Quería decir que esta mañana, lo que no es nada usual, ha ido a Almería. Solo.

—¿Y...?

—Pues que no es normal.

—¿No puede ir a Almería solo? ¿Necesita una niñera?

—Allí es donde tiene las cajas de seguridad —ataja. Y se detiene, sabiendo que ahora sí le prestaremos atención.

Nos mira alternativamente. Entonces añade:

—Además, luego ha ocurrido algo extraño. Cuando estaba con él...

—Antes de que lo despidiera... Me lanza una mirada asesina.

—En ese momento —aclara—. Ha irrumpido en su despacho un hombre. Un macarra, más bien. Con chupa de cuero y gafas negras.

Miguel Salinas. Concuera con lo que sabemos.

—Y lo ha hecho de una manera... Ha entrado por la fuerza, sin que nadie le permitiera el paso. Y, lo más extraño, él no ha dicho ni media. Se ha quedado como un pasmarote, nos ha pedido que saliéramos...

—¿A quiénes?

—A Alicia, su secretaria, a Inma y a mí.

—¿Quién es Inma?

—La persona de confianza de Enrique Salgado. Vicepresidenta de Megasur S. A.

—Querría hablar a solas con ese hombre.

—Eso no es normal en él. Es muy orgulloso, si alguien se atreve a irrumpir así en su despacho, normalmente lo hubiera echado de mala manera. Seguro.

Nos quedamos todos en silencio durante largos segundos, mirándonos.

—¿Y a qué conclusión llega usted? —pregunta Medel.

—No me queda más remedio que concluir que ha ido a Almería por dinero para

realizar alguna operación sin control de la empresa.

El tipo da palos de ciego. Acierta a medias, en su intento por consumir una venganza mínima y miserable. Pero es seguro que Enrique Salgado no ha ido a Almería a hacer turismo. Ha ido a por dinero. Pero no para pagar un maldito solar. Para pagar el silencio de un crimen.

—¿Tiene esto algo que ver con la muerte de Ana? —pregunta de pronto.

Medel me mira con una expresión de perplejidad tan franca que aunque le contásemos otra historia, el tipo sabría que ha acertado.

—¿Por qué lo pregunta? —le digo.

—Porque es mucha casualidad. El otro día me asaltó un tío que era detective privado. Me hizo muchas preguntas sobre ella.

—¿Usted la conocía bien? —pregunta Medel, sin disimular cierta ansiedad.

Esboza una sonrisa leve, obvia, porque quiere que nos percatemos, pero contenida, como conviene a un caballero.

—La conocía muy bien.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que Ana quería divorciarse, justo un poco antes de morir.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque éramos amantes.

Nos mira a los dos, con cierta dosis de vanidad.

—¿Por eso lo ha despedido?

Asiente con la cabeza repetidamente.

Medel le pregunta, tan impulsivo cuando cree que ha encontrado algo, que si firmaría una declaración. No acaba de comprender que no existe el caso como tal y que, de no cazarlos en el momento del pago, seguiremos sin tener nada.

Le digo al señor Ayuso que le agradecemos su información. Medel se entretiene aún un rato con él, le promete que investigaremos y luego lo despide.

Me encuentra en mi despacho.

—¿Qué hacemos?

—Lo evidente. Vigilar porque alguien va a pagar. Es nuestra única oportunidad.

En ese momento, un agente llama a la puerta.

—Comisario, me dicen que no hemos podido localizar al detective. Está visto que hoy no es nuestro día.

A medida que se acercaba la hora, Enrique Salgado se mostraba más angustiado. No había querido ir a casa en ningún momento. Tendría que encontrarse con Lucía, y ella sabía lo que había ocurrido anoche. Se sentía incapaz de sostener su mirada.

Pasó la tarde encerrado en su despacho, pensando, intentando concentrarse en lo que había de hacer, dándose ánimos para convencerse de que, al fin y al cabo, no era más que otra transacción más, un negocio. Y él era muy bueno haciendo negocios.

Le había pedido a Alicia un móvil de la empresa, en desuso desde hacía mucho. Y a las seis de la tarde ya había llamado por primera vez al teléfono que le había dado Salinas. Pero nadie había contestado. Volvió a llamar media hora más tarde. Pero tampoco respondió nadie, sólo la maldita operadora.

Pensó que tal vez, para mayor seguridad, conectaría el teléfono a última hora, cuando se acercase el momento del pago. Pero no podía evitar accesos de pánico. Sentía que no controlaba nada, que todo se le escapaba, como arena de las manos. Iba a desgastar el reloj, de tanto mirarlo.

Entró en el baño. Se lavó la cara con agua fría. Luego se puso el abrigo y se sentó a esperar. Confiaba en poder convencerlo, una vez contestase al teléfono, para que acudiera a la cita aquí, en su oficina, donde él podría sentirse más seguro. En cuanto cambiase de manos el dinero, el hombre del desguace debería desaparecer. Había dicho que perdería fácilmente a la policía en su moto. Seguro que podría hacerlo. Se le veía acostumbrado a ese mundo.

Habló con Lucía varias veces. Le contó la visita de Salinas. Ella lo pensó un rato.

—Sólo quería asustarte —concluyó. Él se mantuvo en silencio.

—Sigue sus instrucciones. Haz todo lo que te diga —dijo Lucía. Colgó.

Salgado se dio ánimos. Volvió a llamar a Miguel Salinas. Sin embargo, tampoco respondió esta vez.

La hora se echaba encima y él no había resuelto nada.

Comenzó a sudar y a maldecir.

Estaba solo. Completamente solo.

Por fin, a las ocho de la tarde, decidió bajar al sótano. Debía recoger el dinero. Pensó que era un estúpido. No había previsto cuánto espacio ocuparía un millón. Miró a su alrededor. No quería llevar su propio maletín. No quería entregarle nada suyo a aquel hombre, excepto el dinero. Encontró en un armario de otro despacho una vieja cartera de cuero negro. La vació por completo. Luego bajó al sótano.

Los pasillos vacíos le producían escalofríos. Como ayer, cuando acudió sólo y lo sorprendió el detective. ¡El detective! Tal vez debió llamarlo y encargarle el trabajo. Pero también ese pensamiento le produjo un ataque de terror. Y Lucía no lo hubiera aprobado. Ella sólo quería pagar. *Compra nuestra felicidad*, había dicho.

Salgado abrió la puerta del sótano. Encendió la luz mortecina, dejó a un lado la cartera vacía y sacó del bolsillo las llaves de la caja fuerte. Marcó la combinación, introdujo la llave y abrió la caja.

Miró varias veces, con detenimiento. Había documentos, bonos, pagarés, contratos... ¡¡Pero no había dinero!! Volvió a mirar para convencerse. Durante una décima de segundo estuvo seguro de que era una alucinación provocada por el temor. Introdujo la mano en la caja. Pero no tocó ni un solo billete.

Pasar dos horas sentado en un coche, vigilando una puerta, es un auténtico martirio.

Medel tampoco habla mucho. Está contrariado porque no hemos podido encontrar a Miguel Salinas. Lo toma como algo personal.

—¿Dónde se habrá metido ese cabrón? —pregunta cada diez minutos.

—Ese tío es de Baria. Toda su familia es de Baria y también sus amigos. Tiene al menos veinte sitios donde esconderse. Tendremos que esperar a que aparezca —digo—. ¿Y dónde coño estará el detective? —le devuelvo la pregunta.

—Tal vez ha dejado el caso y se ha largado.

—No creo.

Las oficinas de Megasur S. A. están vacías. Luces de emergencia iluminan ligeramente las ventanas. Sólo el ventanal que da a la Gran Vía, donde está el despacho de Enrique Salgado, permanece con la luz encendida. Él es el punto más vulnerable de la cadena, como había demostrado la noche anterior, cuando se confesó ante Medel. Y es quien tiene el dinero. Siguiendo el dinero llegaremos hasta el final. Se lo digo a Medel.

—Entre perros anda el juego —bromea—. A ver si pasa algo pronto, coño —dice agitándose en el asiento.

Por fin, poco después de las ocho de la noche, la luz del despacho de Enrique Salgado se apaga. Quince minutos después, vemos salir el Lexus. Llovizna y sus faros alumbran las gotas de lluvia que caen lentas y oblicuas, medidas por un ligero viento. Circula hacia la salida sur de Baria. Lleva un móvil pegado a la oreja, pero su boca no se mueve.

Me cuesta seguirlo entre el intenso tráfico, pero pronto comprobamos que nos dirigimos a Mojácar. Conduce nervioso. A empujones. Vemos el parpadeo constante de sus luces de freno. Atraviesa Garrucha y la carretera de la costa y luego las playas de Mojácar y, por fin, enfila la cuesta que conduce hasta su casa. Lo seguimos hasta la gran verja de hierro. Aparco el coche lejos de la cámara de seguridad que vigila la entrada.

—Tal vez no esté en lo cierto Pablo Ayuso. Si esta mañana ha ido por dinero, sería para hacer el pago pronto. No cuadra que venga a su casa —razona Medel.

—O quizá hayan acordado más tarde la entrega. O ha venido por más dinero.

—¿Por qué no les hemos pinchado los teléfonos? Me quedó mirándolo, incrédulo ante tanto candor.

—¿Y con qué excusa se lo pedimos a un juez? Ni siquiera tenemos un caso abierto. ¿No lo entiendes, joder? Además, no creo que sean tan estúpidos. Cambiarán de teléfonos.

Echo el asiento hacia atrás y me dispongo a pasar un largo rato ante la casa de Enrique Salgado.

—Desde luego, esta noche nos vamos a divertir —comento resoplando.

—¡No está! ¡No está!

Salgado lanzaba maldiciones. Se dejó caer en el sofá. Escondió la cara entre las manos.

—No podemos hacer nada. ¡Alguien me ha quitado el dinero de la caja fuerte!

Lucía resopló. Dio unos pasos enérgicos, encendió un cigarrillo y se quedó mirando la lumbre que ardía lentamente en la chimenea.

—Ha sido Pablo. Sin duda. Ha sido él. Lo he despedido esta mañana. Quien te traiciona una vez te traicionará dos veces. ¡Qué estúpido he sido! ¿Por qué me miras así?

Lucía se giró sobre sí misma y dejó de mirarlo.

—Claro. Ahora lo entiendo —continuó él—. Piensa que no puedo denunciarlo por robo. ¡No es posible que esté pasando esto!

Salgado marcó otra vez el número que le había dado Salinas. Escuchó desesperado las llamadas, hasta que se agotaron.

—Este hijo de puta no responde. No lo entiendo, seguro que es el número correcto. Lucía —llamó—. El tío del desguace no responde. No sé qué ocurre. Y ahora, sin dinero...

Lucía salió de la habitación. Volvió unos minutos después, vestida con unos tejanos, unas botas sin tacón y una cazadora. Aún se movía lentamente, dolorida.

—¿Dónde vas? —preguntó Salgado.

—Déjame las llaves de tu coche. Es más rápido que el mío.

—¿Dónde vas? —repitió.

—Hablaré con él —dijo Lucía—. Yo lo convenceré.

—No puedes ir sin dinero.

—Y menos si la policía le ha contado lo que hiciste anoche —saltó Lucía violentamente.

Salgado movió la cabeza a un lado y a otro, lamentándose.

—No sé qué me ocurrió. Me seguían... No lo entiendo.

Como Lucía no dijo nada, Salgado se dirigió hasta ella.

—Perdóname. Por favor. Te prometo que no volverá a ocurrir. Sólo fue un instante de debilidad.

—Dame las llaves —insistió ella.

—Iré yo. Le prometeré que le voy a pagar. Lo haré, Lucía —repuso él.

—Si vas tú, no aceptará —negó ella.

—¡Pues lo mataré!

—¡No!

Lucía gritó y asió a Salgado por el pecho.

—No puedes matarlo, ¿comprendes? No puedes hacer nada. Sólo pagar. Si lo matas, estamos perdidos. Prométele que le pagarás todo lo que pida. Júrame que lo harás. No intentes nada, por el amor de Dios.

Salgado lo hizo. En el fondo de su corazón, respiró hondo. Lucía buscó un paquete de cigarrillos. Encendió dos.

—Tengamos calma —dijo.

Y puso en los labios de Salgado uno de los cigarrillos.

Lucía se paseó por el salón lentamente.

—Sólo podemos hacer una cosa. Pagar. Y si ahora no tenemos dinero igualmente debemos acudir a su encuentro, ofrecerle lo que tenemos y prometerle que pronto tendrá todo lo que ha pedido. No podemos hacer nada más.

—Pero iré yo. Tú te quedarás aquí.

—No. Yo debo hablar con él. Me escuchará. Sé cómo...

—Intentaste matarlo el otro día —la interrumpió Salgado—. No te escuchará. Te teme más que a mí.

—¿Te lo ha dicho? Salgado asintió.

Lucía lo estuvo pensando.

—Además, te lo debo después de lo de anoche —añadió Salgado. Lucía miró su reflejo en las cristalerías del salón.

—Llámallo —resolvió.

—Lo he intentado. Pero no responde —manifestó Salgado.

—Dame su número de teléfono.

Salgado lo hizo.

—¿Vas a llamarlo desde tu propio móvil?

—Es el menor riesgo que podemos correr —indicó ella.

Lucía marcó el número. Tras varios tonos de llamada, saltó la operadora.

Buscó otro número en la agenda de su móvil.

—Tampoco responde su teléfono habitual —protestó. Lucía apretó los labios y Salgado lanzó una maldición.

—No queda más remedio que buscarlo —instó Lucía—. Sólo hay un sitio donde puede estar. El piso donde nos veíamos. Dijo que nadie sabe que lo tiene. Sólo iba allí cuando...

Un descomunal luminoso anunciaba la construcción y venta de doscientos dúplex en el paraje de Las Redondas, a quinientos metros de la playa. Las estructuras de las primeras cuarenta viviendas destacaban en la oscuridad de la noche como fantasmas de lo que un día muy cercano iban a ser. Largas series de casitas idénticas multiplicadas como células de un cáncer, vendidas a precio de oro a quienes soñaban con el caluroso Sur. Media Europa fría estaba dispuesta a pasar al sol, como lagartos, sus últimos y desangelados años.

Escogió el lugar porque lo conocía muy bien. Todos los días acudía a las obras que promocionaba Megasur S. A. Eligió para el encuentro una de las viviendas piloto. Había tres y decidió que la última, la más alejada de la entrada de la urbanización, a la que aún se accedía por una explanada de tierra, sería la idónea. Era el lugar más discreto. Sin testigos. No había más vigilancia que un coche de

seguridad privada, que se encargaba principalmente de otras urbanizaciones ya habitadas, y que pasaba dos veces durante la noche, ya de madrugada. Así habían contratado el servicio y conocía perfectamente su organización.

No le había costado tanto convencer a Miguel Salinas para que acudiera al encuentro. Fue más fácil de lo que había previsto. Dijo que Enrique Salgado no podía realizar la entrega personalmente, era seguido por la policía y suponía un riesgo innecesario. Acalló las protestas del hombre. O se hacía a su manera o no vería la pasta. Salinas había cedido. Él también tenía puntos débiles, pensó.

Luego, se habían visto discretamente en la ciudad a primera hora de la tarde. Se citaron en una esquina. Salinas acudió en una motocicleta. No tuvo que quitarse el casco. Ella le entregó un teléfono nuevo y le obligó a darle el teléfono cuyo número él por la mañana había proporcionado a Salgado. Mantuvieron la hora del encuentro que él había fijado.

Si Miguel Salinas receló al principio, cuando llegó a la casa subrepticamente, por la parte de atrás, intentando anticiparse si alguien acechaba, enseguida se confió al descubrir a la chica sola.

—Cierra las ventanas y da la luz —ordenó Miguel.

—No. Cualquier luz podría verse a mucha distancia y llamaría la atención. Nos basta así —declaró Inma.

Se encontraban en el salón del dúplex piloto. Veinte metros cuadrados con pequeños muebles de diseño hábilmente distribuidos para que la casa resultara apetecible a los posibles compradores. Todo ello a la luz del luminoso que convertía la Urbanización Las Redondas en lo más cercano que se podía estar del Paraíso y que penetraba por las ventanas sin persianas.

Cuando las pupilas se hubieron habituado, la penumbra cobró vida y los espacios y los muebles delataron con volúmenes apagados su presencia.

—¿Has venido sola? —quiso asegurarse Salinas.

—Claro. En eso hemos quedado. Puedes registrarlo todo si quieres.

Salinas se dirigió al interior de la casa. Abrió puertas y sólo encontró espacios vacíos. Subió al piso superior y un momento después estuvo de vuelta, más confiado. Se dejó caer en un sofá. Se despatarró y sonrió a la chica.

—¿Y mi dinero?

—¿Has hablado con alguien desde que te llamé?

—¿Y a ti qué te importa?

—Si has hablado con alguien no habrá trato. No te daré el dinero.

Se quedaron mirándose unos segundos. Salinas sonreía.

—Dame tu teléfono —dijo Inma. Él no se movió.

—Enciende tu teléfono.

Inma agarró la bolsa con el dinero, que había dejado a sus pies, y se giró para salir.

—Espera —atajó Salinas.

Sacó del bolsillo de los tejanos el móvil, lo encendió y lo tendió a Inma. Ella lo observó con detenimiento, buscó las últimas llamadas. Nada.

Podía haber usado otro teléfono, pero era un riesgo que debía correr.

—Sé que se puede rastrear un móvil, no soy idiota —se quejó él. Inma dejó el móvil sobre una mesa de tresillo que los separaba y dio un paso atrás, desconfiada. Él sonrió una vez más, seguro de sí mismo. Hizo ademán de levantarse.

—Mi dinero —dijo tendiendo la mano hacia la bolsa.

La muchacha se mantenía a cierta distancia de él y lo rechazó con un gesto. Se mantenía rígida, nerviosa, las manos en los bolsillos de una parca oscura.

—Aún tienes que hacer algo más para ganarte este dinero.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Tu jefe no te ha dicho que lo puedo joder?

—Tú no vas a joder a nadie —negó ella.

Inma sacó la mano derecha del bolsillo de la parca y la mano no estaba sola. Algo brillaba en ella. Un pequeño instrumento de metal que relucía en su guante negro como moneda sobre el asfalto.

Tardó muchos segundos en verla. La penumbra y la incredulidad le obligaron a forzar la vista. Cuando por fin cayó en la cuenta de lo que era, Salinas gruñó como si hubiera recibido un golpe. Se quedó rígido, pegada la espalda al respaldo del sofá.

—¿Qué vas a hacer?

—¿No te lo esperabas, eh? No te preocupes —le tranquilizó Inma—. Te vas a llevar el dinero. Pero tienes que hacer una cosa antes.

—¿Qué cosa?

—Es una garantía.

Salinas se levantó violentamente y dio un paso adelante, pero ella reaccionó tan rápido que plantó la pistola ante su cara. Nadie erraría un disparo a esa distancia. Él se volvió a sentar, lentamente.

—¿De dónde has sacado esa pistola?

—Mi abuelo era del Somatén —respondió Inma—. Me enseñó a manejarla.

—¿Qué coño quieres? —preguntó con los dientes apretados.

—Quiero saber la verdad.

Un silbido del viento en las ventanas del piso de arriba atravesó el silencio. Salinas veía el rostro de la muchacha envuelto en penumbra y sólo eran unos rasgos difuminados. No comprendía cómo podía haberse dejado engañar de esa manera. Pero esa misma tarde, cuando la vio en la esquina, esperándolo tan inquieta y frágil como una colegiala... Sí, tenía un rostro angelical. Una muchacha de piel clara y rasgos nítidos, suaves. Y, además, le adelantó diez mil euros. Salinas pensó con rabia lo que piensan todos los hombres engañados: todas las mujeres son igual de brujas, todas la misma puta. Lucía casi lo mata y ahora... Salinas sintió un estremecimiento.

—Tendrás que contarme toda la verdad. Desde el principio —dijo ella.

—¿Para qué?

Porque de ese modo, si a pesar de llevarte el dinero se te ocurre contar algo a la

policía, yo tendré una prueba contra ti. De nada te serviría llegar a un acuerdo con ellos para traicionar a Enrique Salgado. Tú también irías a la cárcel muchos años.

—¿Me has oído esta mañana?

—Pulsé el botón del interfono que conecta con mi despacho. Lo sé todo.

—¡Eres una puta...! —Salinas se mordió los labios.

—¡Y tú un puto asesino! Y recuerda una cosa: Ana era amiga mía. No me disgustaría pegarte un tiro.

La voz de la chica cobraba matices siniestros en la penumbra. Inma puso una grabadora sobre la mesa. A Salinas no sólo le temblaba la voz, también sintió frágiles las piernas, a pesar de estar sentado.

—Cuando me lo hayas contado, cogerás tu dinero y te irás —lo tranquilizó Inma.

Si hay algo que jode a un policía es darte cuenta enseguida de que has metido la pata hasta el fondo. Cuando veo salir una motocicleta de gran cilindrada por la verja comprendo inmediatamente que la vamos a perder. Las calles y las carreteras tortuosas que rodean Mojácar hacen imposible seguirla.

Arranco rápidamente y me pongo en marcha. Circula despacio, baja hasta la carretera de la costa y luego gira en la rotonda del Centro Comercial y sube hasta el pueblo. Allí, gira en una esquina, se mete en una costanilla y nos toma el pelo. No podemos seguirlo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Medel.

—¿Has tomado la matrícula?

—Sí.

—Pues tenemos que seguir buscando. Hay que echar todo el mundo a la calle. No quiero a nadie que no haga lo posible por encontrarlos. A Enrique Salgado y a Miguel Salinas. También al detective, a Durán, o como se llame. Tal vez pueda ayudarnos. Otra patrulla tendrá que venir a vigilar la casa de Enrique Salgado. Que comprueben quién hay ahora y a qué hora vuelve. Que no se muevan hasta nueva orden.

—¿Eso es todo?

—Sí. Y ahora, dame el dinero —apremió Salinas.

—¿Quién conducía?

—Nadie que te importe.

—¿Qué sabe él de Enrique Salgado?

—El hombre que conducía no sabe nada de nadie. Hizo su trabajo y se largó. No es de aquí. Es de muy lejos. Cobró y se largó —insistió Salinas, cada vez más nervioso—. Ahora dame mi dinero.

Inma lo pensó. Concluyó que podía ser cierto. Tal vez el otro hombre no fuera un problema. Recogió la grabadora y la guardó en el bolsillo. Lanzó la bolsa con el

dinero.

Salinas la recogió y abrió la cremallera.

—¡Eh! ¡Eh! —repitió. Contaba los montones recogidos con una goma—. Aquí sólo hay cien... Ciento veinte mil.

—Es lo que te voy a dar esta noche.

—¿No me oíste, puta? —gritó él enfurecido. Hizo ademán de levantarse del sofá.

En ese momento sonó un disparo. Salinas se quedó helado. Una llamita surgió de la tela del sofá, entre sus piernas.

—Siéntate —dijo Inma, cuya voz cobraba de nuevo esos ecos siniestros.

Él obedeció.

—Ciento veinte mil —repitió Inma—. Y si te portas bien y dentro de dos semanas estás lejos de la policía, donde nadie pueda encontrarte, te daremos otros ciento veinte mil. Pero tendrás que estar en el extranjero. Yo personalmente te llevaré el resto del dinero.

—Eso no fue lo que dije —protestó Salinas. Pero su voz se quebró y ella supo que aceptaría.

—Un millón es demasiado para un paleta como tú. Esto te viene grande, ¿no te has dado cuenta?

Salinas sabía que perdía la partida. Inma también lo supo, porque prosiguió, cada vez más segura de sí misma.

—Si dentro de un año estás en lugar seguro, en el extranjero, por supuesto, y no has sido detenido ni te has metido en líos, tendrás otros ciento veinte mil. Y así durante ocho años. Hasta completar el millón.

—¿Por qué me voy a fiar de vosotros?

—Porque no tienes más remedio. Porque si no lo haces como te digo, no verás un euro. Sólo te llevarás una bala. Y si sales de aquí con vida, contrataremos a alguien que te mate en la cárcel. No llegarás a juicio. La vida de un mierda como tú no vale más de cinco o seis mil euros.

Salinas estaba convencido de que la chica cumpliría su palabra.

—Os voy a joder a todos —dijo con ira.

—Entonces morirás y no verás un euro. Si haces lo que te digo, todos seremos libres y tú tendrás mucho dinero. Elige.

Cerró con rabia la cremallera de la bolsa.

—Está bien. Pero si no recibo el dinero como dices, os mataré a todos. Y a ti la primera, puta.

—Otra cosa antes de irte —la voz de la muchacha sonó serena y burlona—. Bebe.

—¿Qué?

—Que bebas. A tu lado hay una botella de coca-cola. Quiero que bebas.

Una mesita de rincón, junto al sofá. Sobre ella, una botella de coca-cola de medio litro.

—Bébetela la coca-cola. Entera.

—¿Estás loca?

—No. Tienes que hacerlo. Es lo último que te pido.

—No la beberé.

El sudor se le quedó congelado. No era la detonación, mínima en el arma de pequeño calibre, sino el siniestro silbido y el humo que, como si lo hubiera quemado con una colilla, brotaba de la tela del sofá, a medio palmo de su brazo izquierdo. ¡Bebe!

Destapó la botella.

—¿Qué es? —preguntó desconfiado.

Inma estiró la mano con la pistola, amenazante. Él comenzó a beber. Ella esperó a que bebiera más de media botella. Sus silencios eran más terribles que sus palabras. Lo sabía y no dijo nada mientras lo oía tragar a golpes. Cuando hubo acabado, Miguel dejó la botella sobre la mesa.

—¿Qué coño es esto?

—La coca-cola tiene un somnífero. Tardará dos horas en hacer efecto. Ahora te irás a un lugar seguro. Esconderás el dinero y dormirás toda la noche. Y mañana buscarás la manera de salir del país. ¿No querías Cuba? Puedo hacerte llegar el dinero allí fácilmente.

Después, hizo un gesto dando a entender que el encuentro había terminado. Salinas se levantó, se echó al hombro la mochila y salió de la casa piloto.

Ella lo vio desaparecer en la oscuridad. Esperó un buen rato, hasta estar segura de que Salinas se había largado y no había peligro. Tendría que volver mañana, a primera hora, para llevarse el sofá. Unos operarios lo cargarían en una furgoneta, lo llevaría a la casa de campo del abuelo, siempre vacía, extraería las balas y luego le prendería fuego.

Fue a la cocina, abrió la puerta del fregadero, sacó la mochila con el dinero de Enrique Salgado, mucho más pesada que la que le había dado a Salinas y, vigilante, salió del dúplex. Su coche estaba muy cerca y en un momento estaría en su casa, lejos de tanta sordidez.

Salinas mascullaba maldiciones. Algún día se enterarían de quién es él. Si no cumplían... Los rajaría a todos, personalmente. Primero a esta putilla, luego al mierda de Enrique Salgado, que enviaba a una mujer en su lugar y, finalmente, a la peor de todos, a la puta más grande, a Lucía Ugarte. La puta fina que lo volvía loco y lo engañó. La zorra que casi lo mata.

Gruñó y lo pensó con calma. En realidad, no estaba detenido. Podía irse a Cuba y, desde allí, ¿quién le impedía confesarlo todo y mandarlos a la cárcel? Pero... ¿y si pagaban? Sí, pagarán, concluyó, cabreado aunque satisfecho.

Había ocultado la moto lejos del lugar de encuentro, tras unos bidones de agua, junto a la estructura de una pequeña parte del futuro Paraíso. Era la séptima casa

comenzando por el final. Sí, pagarán.

Ahora estaba seguro. Era el miedo. Tenían tanto miedo que incluso no se atrevían a pagar. Pero pagarán, ya lo creo que pagarán...

La putilla sabía manejar una herramienta... De pronto, lo asaltó un pensamiento terrible. ¿Y si lo hubiera envenenado? No, se sentía bien. Sólo era un somnífero. Un somnífero para asegurarse de que no haría ninguna tontería durante toda la noche. Ella también tenía miedo. Tal vez temía que él pudiera seguirla después. Pero no era estúpida. Tenía razón. Lo primero, un buen escondite y después...

Salinas oyó un ruido a su espalda. Se volvió, agitado. Una sombra tras él. Muy cerca.

—¿Quién...?

Lo último de lo que tuvo conciencia es de que la había cagado. Fue una intuición fugaz como una alucinación. Suficiente para sentirse aterrado. Tanto que no fue capaz de sentir el golpe en la cabeza antes de caer redondo al suelo.

Llegamos a la comisaría a las once de la noche. Recibimos una llamada de la patrulla que ha ido a la casa de Enrique Salgado. Sólo estaba la esposa. Les ha dicho que ha discutido con su marido y que éste se ha marchado en la moto. No sabe adónde.

—Quiere dar una explicación plausible de su ausencia, por si es necesaria más adelante —dice Medel.

Tampoco Ernesto Durán está en su hotel. Ya nada me extraña. Si algo se está moviendo, el detective no se lo va a perder. Presiento que nos lleva ventaja. Lo llamamos al número de móvil que dejó en comisaría, pero sólo responde la operadora.

Otras tres patrullas están buscando a Miguel Salinas. Nadie sabe nada de él. Ni sus amigos en los bares de su barrio, ni sus padres, ni sus putas en los clubes habituales.

—Está pasando algo y nos lo estamos perdiendo, Medel —digo con impaciencia.

—Me cago en la puta —es toda su respuesta. Y se repantiga en el sillón, gruñendo desesperado.

—Y todo por mi culpa —digo con los dientes apretados.

Quizá lo esperaba, pero Medel no me quita la razón. Me llaman del sótano. Huele a sudor y a cena fría. Leandro y Damián están fumando, los restos de su comida esparcidos por la mesa.

—Nada, jefe. Como si fuera sordo.

Damián se levanta y golpea el cristal y le grita por el altavoz.

—¡¡Nada de descansar!! Siéntate bien.

—¿Le habéis dado de cenar?

—Un bocadillo —dice Damián, volviéndose a sentar.

—No lo hemos dejado en todo el día. No lo hemos llevado a la celda. Todo el día

en la pecera, sentado más rígido que una estatua —dice Leandro.

El rumano continúa sentado a la mesa de interrogatorios. Apoya los codos y a pesar de que le ha gritado Damián, se apoya como si fuera a dormir.

Entro en la sala. Le tiro la cajetilla de tabaco y, sin mirarme siquiera, coge uno. Le tiro el mechero y lo enciende.

—¿Crees que merece la pena cargar ocho años de talego por tus colegas?

No responde. Fuma con tanta avidez que casi se acaba el cigarrillo en dos caladas. Tiene la barba dura y está pálido, como si llevara mucho más tiempo alejado del sol. Pero no hay destellos de debilidad en su mirada de apagados ojos grisáceos.

—¿Harían ellos lo mismo por ti?

De nuevo dejo caer el silencio mientras fuma. Acaba su cigarrillo y le ofrezco otro. Lo acepta sin palabras.

—¿Te enviarán dinero a la cárcel durante tantos años?

De nuevo espero.

—Sabes que no harán nada de eso.

Me siento frente a él. Huele mal.

—Eres un pringao. Te voy a enchufar las drogas que has visto esta mañana.

—No mía —protesta, la mirada dura.

—A mí me da igual. Yo sé a lo que te dedicas. Y si no te meto en la cárcel por una cosa lo haré por otra. Tú verás, ocho años.

Le muestro ocho dedos.

—Piénsalo. Tienes mucho tiempo para pensarlo. Tres días aquí se hacen muy largos.

—Quiero un abogado.

—Lo tendrás cuando yo diga.

Salgo de la pecera y advierto a los agentes que no duerma en toda la noche.

—¡Joder, jefe! —protestan.

—Que no duerma. Ni un minuto.

Detuvo la motocicleta frente al edificio donde días antes siguiera a Lucía. La disimuló lo mejor que pudo en la oscuridad que proporcionaba una farola rota. De todos modos, la calle estaba tan desierta y callada como un cementerio.

Marcó el número seguro que le había dado Salinas. Quería rogarle, explicarle, prometerle que pagaría. Pero la operadora respondió con maquinal repetición que el teléfono no estaba operativo.

Después marcó el teléfono que le había dado el detective, pero también respondió la maldita operadora. Ya lo había llamado cinco veces en las últimas horas, y nada. No se lo había dicho a Lucía, pero era su as en la manga. La opción del detective. Salió de casa con esa intención, dejarlo todo en sus manos y luego pagarle, hasta el último céntimo. Y ahora también esa posibilidad se había evaporado.

No le quedaba más remedio que entrar en el edificio y buscar al hombre del desguace. No podía fallarle otra vez a Lucía. Por fin, se decidió y anduvo con el casco sobre la cabeza. Había de subir al sexto b. El edificio tiene seis plantas, había indicado ella.

Una puerta barata de aluminio y cristal. Salgado empujó con violencia, bruscamente, y el postigo cedió. Encendió la luz del vestíbulo. Se dirigió al ascensor y subió a la última planta. Se quitó el casco.

Cuatro viviendas por planta. Buscó la puerta marcada con la letra *b*. Se detuvo, esperando que la luz de las escaleras concluyese su tiempo.

Una vez a oscuras, golpeó con suavidad la puerta del piso. Se sentía vulnerable en la oscuridad.

Nadie respondió. Pegó la oreja a la puerta, pero no se oía más que silencio.

Sintió que le temblaban las piernas. La puerta cerrada, el silencio hondo, la oscuridad casi perfecta, le producían un pánico insuperable. Subió unos escalones con la misma ahogada desesperación de quien busca la superficie del agua. Se sentó en las escaleras. Algo más arriba, por la puerta de la terraza, se filtraba una claridad mínima. Sintió que sus pulmones cogían algo de aire, pero sus ojos ardían en la penumbra.

Lloró. Lágrimas que terror, que vertió en silencio.

De pronto, una luz brutal arrasó sus ojos. El ruido del ascensor parecía el crujido de algo terrible irrumpiendo en el silencio.

Salgado se puso en pie y subió hasta la puerta de la terraza. Quiso salir, pero estaba cerrada con un candado. Oyó descender lentamente el ascensor. Luego, un ruido de puertas y las correas metálicas que elevaban la caja. Se detuvo en la cuarta planta con escándalo metálico.

Pasos, la puerta del ascensor que se cerró.

—Abre de una puta vez.

La voz llegó rotunda y violenta. Pudo oír el ruido de un llavero, una llave en la cerradura. Una puerta que se abría. El hosco resoplido de alguien.

—Ya está —dijo otra voz, más débil.

—Vamos —apremió la voz dura.

La voz. La misma que lo asaltó en el garaje. La voz del detective. El asesino que se había ofrecido. El hombre en quien había depositado esperanzas de salvación. Pero eran dos. ¿Qué hacía el detective con el hombre del desguace si él no lo había contratado?

La puerta se cerró y la luz se apagó tan bruscamente como se había encendido. Salgado bajó lentamente las escaleras. Prestó atención a las otras casas, pero de allí sólo brotaba una quietud de espanto. Se acercó a la puerta del piso de Salinas, lentamente. Pegó la oreja a la madera barata de la puerta. Sólo un sordo murmullo. Apoyó la mano y la puerta se abrió un centímetro, un clic apagado, invitándolo a entrar. La vieja puerta de chapa no había cerrado bien.

Se adentró en el piso. Una luz iluminaba alguna estancia interior y alumbraba el pasillo. Las botas de suela de goma ensordecían sus pasos.

Oyó un gemido. Luego la voz del detective.

—Levanta.

El ruido de un cuerpo que cae.

—He dicho que te levantes —ordenaba Ernesto Durán.

—Por favor... —la réplica era tan apagada que Salgado no pudo reconocer la voz, aunque sabía a quién pertenecía.

—¿Cuánto hay aquí? —preguntó el detective.

—Ciento veinte mil —respondió Salinas, aunque tardó una eternidad. Era la voz de alguien herido. Salgado se acercó cautelosamente a la habitación de la que procedía la luz.

—Bien —dijo Durán tras unos segundos—. Ya no son tuyos. Mi primera entrega a cuenta. ¿Quién te los ha dado, Enrique Salgado?

—No. Esa putilla que trabaja con él —respondió Salinas.

—¿Quién?

—Una empleada.

—¿Cómo es?

—Morena. Joven...

Durán lo dejó estar.

—Es un estúpido. Está acabado, ¿sabes? —dijo Durán—. Le ofrecí un trato.

—Por favor. Lléveme a un hospital. Me duele...

—¿Quieres tomarme el pelo?

—No puedo soportarlo. Me arde la barriga. Me sube...

Salgado avanzó la cabeza y pudo ver a Salinas sentado en un sofá.

Tenía las manos cruzadas sobre el vientre y las piernas encogidas y sangre en la nariz y la boca. Durán estaba en pie, frente a él.

—No estoy fingiendo —suplicó Salinas.

Su voz se mezclaba con sangre y saliva, encharcada.

—No irás a ningún hospital hasta que cerremos el trato. Si no haces lo que quiero, irás al cementerio, ¿está claro?

—Haré lo que quiera, pero lléveme al hospital, por favor. Me dijo que era un somnífero.

—¿La chica te ha dado algo?

Salinas asintió.

—Un somnífero —murmuró.

Durán levantó la cara del otro con violencia.

—Entonces no es tan grave. ¿Recuerdas lo que te he dicho?

—Sí, sí...

Durán sacó una grabadora del bolsillo de su cazadora y la mantuvo ante Salinas, muy cerca de su boca.

—Quiero que declares que Enrique Salgado te contrató para matar a su esposa. Tiene que ser él, ¿entendido? De la otra puta, ya me encargaré yo. Tenemos que asegurarnos de que Enrique Salgado vaya a la cárcel.

Salinas asintió con la cabeza. Sus párpados estaban hinchados.

—¿Y yo?

—¿Tú? ¿Eres estúpido? Irás a la cárcel. Cerrarás un trato con el fiscal, como te he explicado. Le entregarás a Enrique Salgado. Tendrás dinero, un buen abogado, pocos años de cárcel y salvarás la vida, ¿qué más quieres?

Salinas lanzó un largo gemido. Se retorció con fuerza sobre el sofá. Durán lo sentó de nuevo de un manotazo.

—Repite lo que te he dicho.

—Esa puta me ha envenenado —musitó Salinas. Durán le soltó una hostia.

—No me hagas perder el tiempo. Si te vas a morir, con mayor motivo tienes que hacer la declaración. Vamos.

Salinas hizo un esfuerzo y habló ante la grabadora.

—Enrique Salgado me contrató para matar a su esposa. Salgado comprendió. El detective no había recibido su llamada. Y ahora... pero ¿por qué hacía esto? ¿Sólo por su cliente? No podía llegar tan lejos. A no ser que... Claro, Rafael. Alguien le estaba pagando. Lo que él no había pagado, lo estaba pagando otro. Y quien más lo odiaba era...

—¡Espere!

Salgado irrumpió en la habitación al tiempo que Durán giraba sobre sí mismo, desenfundaba veloz y le apuntaba con una pistola. Ambos se quedaron quietos, mudos, unos instantes.

—Vaya, vaya, vaya, —dijo el detective—. ¡A quién tenemos aquí! No le esperaba. No es su ambiente.

—Lo he llamado muchas veces esta noche.

—Demasiado tarde. Lo apagué mientras vigilaba al pájaro —dijo señalado a Salinas—. Además, la policía no dejaba de llamar. Y usted no llamó, de modo que ya había tomado mi decisión.

—Acepto el trato —dijo Salgado. Durán guardó la pistola.

—Por poco —advirtió a Salgado—. Hoy no es tu día de suerte —le dijo a Salinas—. No tiene nada que temer —le dijo ahora a Salgado—. Hay una mujer en una habitación de hotel, no en el mío, por supuesto, que jurará sobre la Biblia que estuve con ella toda la noche. —Se miró el reloj y sonrió—. Ahora seguramente estará haciendo mucho ruido en la cama y gritando para que la oigan bien los vecinos. Y usted ¿tiene coartada?

—No.

—Tendremos que pensar una. Pero antes...

Durán se volvió hacia Salinas, que apenas podía hacer otra cosa que agarrarse el vientre y gemir.

—¿Tienes guardados los restos del coche?

—¿Qué? —preguntó Salinas elevando pesadamente la cabeza.

—Los restos del coche. El capó. Tenía que tener sangre. Donde está o te pego un tiro.

—Enterrados.

—¿Dónde?

—Donde la valla... está rota.

Durán miró a Salgado y le guiñó un ojo.

—¿Tenemos un trato?

Salgado asintió. Durán le tendió la grabadora.

—Entonces, esto le pertenece.

Salgado se guardó la grabadora en el bolsillo.

Durán miró a su alrededor, pensativo.

—Espere un momento.

Diciendo esto, salió de la habitación.

Se le oyó caminar de prisa, abrir algunas puertas.

Salinas lo miraba ahora con ojos suplicantes, húmedos de terror, heridos como los de un animal que intuye el final. Salgado no podía mirar esos ojos, tan diferentes de los que lo habían humillado esa mañana. Estaba sudando. Estaba helado.

Durán volvió.

—Hay que darse prisa —dijo. Salinas sufrió una arcada.

—No... —dijo débilmente.

—Apague la luz y cójalo de las piernas —ordenó.

Salgado apagó la luz y Durán corrió una cortina. La luz de la calle se filtró, blanquecina como la de un *flash* tristón.

—Se ve que la chica le ha dado algo —dijo Durán—. Pero no sé lo que es.

Salgado se acercó, temeroso.

—Entonces, ¿va a morir?

—No lo sé. ¿Quiere correr el riesgo de que no muera?

El silencio de Salgado lo decía todo. Durán había asido a Salinas por las axilas y lo elevaba.

—Ayúdeme de una vez. Después buscaremos una coartada para usted.

Salgado agarró las piernas. Sentía como si fueran de plomo. Apenas podía con ellas. Pero Durán tiraba del cuerpo.

Entraron a una cocina cuyos volúmenes se intuían en la penumbra, una claridad mínima que entraba a través de una cristalera. Salieron a una terraza pequeña que daba a un patio de luces.

—No... No...

Salinas intentó gritar. Durán le tapó la boca y el cuerpo cayó al suelo. Las piernas de Salinas se escurrieron de las manos sudorosas y asustadas de Salgado. Durán forcejeó con él. No le dejó gritar. El muro de la terraza no llegaba más arriba de la

cintura. Durán incorporó a Salinas al tiempo que le tapaba la boca. Salinas pataleaba torpemente. Durán respiraba agitadamente. El cuerpo de Salinas se inclinó por encima del borde, al vacío. Durán dio un tirón y Salinas quedó, con la última fuerza que le quedaba, asido a la cabeza afeitada y dura del detective, que también se inclinó al vacío y aplastaba las piernas y la cintura en el borde del muro, para no caer. Salinas quiso gritar, pero su voz era rota, y sólo salían gemidos y chillidos huecos y tristes. Salgado no lo pensó. Hubo algo que lo excitó. Un instinto que le hizo saber que era su única oportunidad. Empujó con todas sus fuerzas la espalda del detective. Quedó éste suspendido en el aire un instante muy largo, pero luego dio un grito que rasgó el silencio de la noche y Salgado vio los cuerpos caer, asidos uno al otro, pesados. Un golpe sordo y quebrado. Salgado miró al fondo del patio. La penumbra permitía vislumbrar dos cuerpos tendidos en la postura de dos amantes que descansan.

La luz de una ventana imprimió la visión en la retina de Salgado. Alguien se había despertado y abría una ventana. Salgado se retiró tan bruscamente que su espalda chocó contra la pared. Oyó una voz.

—¿Qué ha sido eso?

Salgado entró corriendo en el piso, buscó el casco y la mochila con el dinero. Intentó mirar en la penumbra, asegurarse de que no había ninguna otra cosa que delatase su presencia. Pero el pánico le impidió quedarse un segundo más. Salió del piso, bajó las escaleras corriendo, intentando amortiguar las pisadas. Se puso el casco antes de salir a la calle y correr hacia la moto. Arrancó, dio gas y se perdió por la calle más oscura que vio.

—Soy Enrique. Abre.

Inma vestía una bata rosada sobre un pijama turquesa. Era el mismo cuerpo, la misma cara de muchacha noble que siempre había conocido. Pero el brillo de su mirada era distinto. Había perdido la franqueza que él había conocido. Había ganado un punto de orgullo que chispeaba en sus pupilas.

—¿Qué hora es? —preguntó Inma.

—Las dos de la madrugada. Pero debes recordar que son las doce de la noche —respondió Salgado.

—¿Qué quieres decir?

Salgado mostró la mochila con dinero.

—Que ambos necesitamos una coartada para esta noche. Inma se retiró de la puerta.

Caminaron por un pasillo hasta un saloncito coqueto, rosa pálido. Salgado dejó el casco sobre una silla.

—¿Tienes un cigarrillo? —dijo, dejándose caer en un sofá.

Inma buscó en un mueble y volvió con un paquete de marlboro. Le dio un cigarrillo. Luego le dio fuego. Ella encendió otro. Inma salió de la habitación y un

momento después volvió con un cenicero.

Salgado señaló la bolsa y la mochila con dinero.

—¿Y bien?

El rostro de Inma hizo una mueca apenas perceptible. Un gesto leve, casi elegante, de cansancio o asco. Salgado apenas reconocía a la muchacha. La había contratado cinco años antes. Un compromiso con un amigo al que no supo decir que no. Inma se había ganado su confianza con una lealtad sin fisuras y una eficacia indiscutible en todos sus cometidos. Además, era la primera empleada que no había trabajado jamás con Rafael. Imaginaba que todos pensaban de él que era un advenedizo y guardaban cierta lealtad al viejo.

—¿No te sorprende ver el dinero aquí?

—Sí. Estoy sorprendida.

Inma dio una calada a su cigarrillo.

—¿Has sido tú quien ha sacado el dinero de la caja fuerte, no es cierto?

—Sí.

—Creí que había sido Pablo. Para joderme. Tenemos una deuda pendiente. Lo sé. Inma aplastó el cigarrillo en el cenicero y tomó asiento a su lado. Lo miraba ahora con cierto desenfado frío, cínico.

—¿Lo sabías? ¿Por qué nunca me dijiste nada? —preguntó él. Porque Ana era amiga mía.

—Pero...

Salgado supo que no tenía derecho a protestar. Además, te lo merecías. Tú la engañabas todo el tiempo.

Inma cruzó los brazos sobre el pecho y se levantó bruscamente. Dio varios pasos por la habitación, agitada. Súbitamente, había perdido el aplomo de unos minutos antes.

—Yo sabía muchas cosas. Y sé muchas cosas. ¿Te crees que porque callo no me entero de nada?

Su voz era dura, soterraba un chillido de rabia.

—No quiero hablar de eso. Ahora no me importa...

—¿No te importa? ¿No te importa lo que sufría Ana? ¿No te importa lo que pensamos los demás? Sólo te importa ella...

—¿Qué quieres decir?

Inma cogió el paquete de cigarrillos, lo arrugó entre los dedos y al final extrajo uno. Respiró hondo mientras tragaba el humo. Se acercó a una ventana, retiró una cortina y miró el cielo. Era un cielo bajo, marrón, sucio, de nubes gruesas que reflejaban la luz opaca de la ciudad.

—Oí sus amenazas. Cuando entró ese hombre en tu despacho dejé abierto el interfono que conecta con mi despacho. Tú no podías pagar. Si te hubieran descubierto hubiera significado la cárcel. Yo tenía acceso al dinero. Y tenía también el teléfono de ese hombre. Tú estabas en el baño. Asustado, supongo.

Dejó transcurrir unos segundos antes de continuar.

—Yo podía hacerlo sin riesgo. Nadie me vigila. Sólo he intentado ayudar.

Se volvió hacia él. Salgado no podía mantener aquella mirada, entre acusadora y triste. Ocultó el rostro entre las manos.

—He ido a verlo —dijo Salgado.

—¿Adónde? ¿Con qué dinero?

—No tenía dinero. He ido con las manos vacías.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Estaba allí un detective. Intentaba arrancarle una confesión a Salinas.

Salgado sacó la grabadora de un bolsillo. Pulsó el botón y oyeron la voz de Salinas.

—«Enrique Salgado me contrató para matar a su esposa». Inma se sentó junto a él.

—¿Es eso verdad, Enrique? ¿Es eso verdad?

—Te he dicho que no. ¿Es que nadie puede creer que soy inocente? Inma apretó afectuosamente sus manos. Luego, extrajo la cinta de la grabadora, la puso en el cenicero y la quemó. Mientras la veía arder, dijo:

—Yo sí te creo. Por eso te he ayudado.

—Y no ha servido de nada —se quejó Salgado—. Ha sido mucho peor.

—¿Qué ha ocurrido después?

Salgado se levantó bruscamente. Le faltaba el aire. Dio unos pasos sin dirección. Se llevó las manos a la boca. La restregó como si la tuviera muy sucia. Levantó el puño, pero lo dejó caer antes de golpear algo. Finalmente, se decidió:

—El detective que te he dicho. Salió a un patio. Debió oírme cuando estaba escondido. Y tras él salió Salinas. No me vieron. Pelearon. Y cayeron al vacío.

—¿Han muerto los dos?

Inma esbozó una sonrisa de triunfo. Se acercó hasta él y le puso las manos en el pecho.

—Entonces no tienes nada que temer. Si Salinas te delataba, estabas perdido. Todos lo hubieran creído. Era demasiado perfecto para no ser verdad —arguyó ella.

—Tienes razón. No podía hacer nada para evitarlo. Sólo pagar. Y lo intenté —convino él.

—Siempre he creído en tu inocencia, Enrique. No podía pensar otra cosa de ti. Y no me he equivocado —afirmó. Para luego contraponer, sombría—. Ahora sólo puede involucrarte ella.

Salgado buscó algo a lo que asir la mirada. Ella insistió.

—¿Es eso lo que te detiene, verdad? Salgado suspiró. Evitó mirarla.

—¿No me respondes?

Inma se elevó, se puso de puntillas, lo abrazó. Lo besó en los labios.

—Ahora ya lo sabes —dijo—. No podía vivir callando más tiempo. Me estaba volviendo loca.

Lo besó de nuevo.

—Después de Ana... Debí ser yo...

Es duro ver el cerebro de un hombre derramarse como puré por el suelo y escurrirse luego lentamente por un desagüe. Si son dos, es mucho peor.

La dura cabeza de Ernesto Durán no ha podido con las losetas de terrazo barato. El forense se inclina sobre él. Uno siempre teme advertir cierta sensación de regodeo en los de su clase y eso te pone en guardia. Éste no es una excepción. Por una vez en mucho tiempo tiene algo extraordinario que llevarse a la mesa de autopsias. Entre ahogados, accidentes de tráfico y algún suicida, apenas cae un cadáver como Dios manda en Baria.

No hay buena luz aquí —comenta ajustándose las gafas de concha a la nariz con el dedo índice—. Pero hay señales de lucha en ambos cuerpos.

Braulio, el forense de guardia, camina inclinado, como si ya oliera el festín. Es alto, grueso, maduro, medio calvo y algo sórdido. Y no es sórdido porque sea forense. Es forense porque es sórdido.

—¡Joder! No sabes lo mejor —comenta mientras se detiene en el cuerpo de Salinas.

—¿Qué? —le pregunto.

—A éste lo han envenenado.

Medel y yo nos quedamos de piedra.

—¿Mientras caía? —pregunto sarcástico, única defensa que me queda tras comprobar mi fracaso como policía: un crimen sin resolver y dos cadáveres más.

—No seas burro, comisario —responde, serio, Braulio—. El tío iba hasta arriba de veneno. Ya decía yo que ese tufo no era de los sumideros. Estoy seguro de que es matarratas. O un pesticida. Esto huele a mujer.

—Venga ya. No seas antiguo, Braulio. Hoy las mujeres y los hombres matan igual —comento.

—De eso nada —responde—. Esto huele a mujer. Veneno. ¡Hummm! Braulio acerca la nariz a la boca de Salinas.

—Se huele poco. La dosis no debía ser muy alta. Deduzco que no tenían intención de que hiciera efecto inmediato. Esto se sale de lo normal —dice con aire de triunfo—. Por la mañana te lo aseguro —continúa—. Y la confirmación oficial, ya sabes cómo funciona esto, por lo menos una semana.

—Podremos seguir el rastro del veneno —aventura Medel.

Braulio lo mira con lástima.

—Aquí hay venenos de éstos en cada casa. Con los cultivos que hay, todo el mundo tiene pesticidas. Y no digamos matarratas.

Dejamos a Braulio con sus clientes y subimos al sexto piso. López nos espera allí, libreta en mano.

—Pareces Colombo —le digo. A él no le hace ninguna gracia y replica.

—El piso estaba a nombre de la abuela de Miguel Salinas. Por eso no lo encontrábamos.

Un piso barato, de puerta de chapa, paredes deslucidas, en algunos tramos aún cubierta de papel azulado con arabescos de flores de hace treinta años. Huele a cerrado y a polvo antiguo.

Salimos a la terraza desde la que han caído los cuerpos, con cuidado de no tocar o pisar demasiado. Vemos los cuerpos, que esperan al juez para el levantamiento. Braulio, codicioso, los vela. Luego entramos a un salón destartado, mal amueblado, que huele a rancio. En el sofá hay restos de sangre.

—Hay señales de lucha, comisario —dice Medel.

Echo un vistazo desanimado a todo lo que me rodea.

—Me voy. Que vengan los de la Científica. Que busquen indicios de una tercera persona por toda la casa —les digo a Medel y a López.

—¿Tercera persona?

—Si Salinas estaba bajo los efectos de un veneno, no creo que pudiera arrastrar consigo a un hombre fuerte como Durán.

19 DE DICIEMBRE

Tras los registros del piso de Miguel Salinas y del desguace no encontramos nada relevante. Seguimos perdidos en el caso que no existe de la muerte de Ana Arnedo. Pero ahora estamos peor: tenemos dos cadáveres por asignar.

Medel insiste en que el error ha sido subestimar la confesión que le hizo Salgado. Lo dice con cierto reproche y no puedo protestar.

Lo cierto es que Lucía Ugarte debía haber sido vigilada de cerca. Al igual que Miguel Salinas. Pero mucho antes. Me excuso en la peculiaridad del caso, que ni siquiera se trata de una investigación oficial, y en que no somos ubicuos ni tenemos hombres suficientes para mantener seguimientos continuados.

—Estoy contigo en que había alguien más en el piso, una tercera persona. No hay duda. Los vecinos oyeron pasos en la escalera tras la caída de los cuerpos. También oyeron la puerta del bloque cerrándose de un portazo un momento después — comenta Medel.

—Pero no vieron a nadie.

—Ya estaban todos pendientes de los caídos.

—Tuvo que ser Enrique Salgado —deduzco.

—No creo. Él no hubiera ido a un lugar peligroso —desmiente Medel.

—¿No lo crees capaz de matar? Antes pensabas que era el único culpable.

—No personalmente —responde—. Ese hombre es un cobarde. Lo demostró la otra noche.

—Hay una cosa más —añado—. Sabemos que Miguel Salinas no conducía el coche. Enrique Salgado tampoco. Ambos tenían coartada...

—¿Y Lucía Ugarte?

—Seguro que también. El atropello fue preparado concienzudamente. En tal caso... Hay alguien más. Un tercero que conducía el coche. Pudo ser él quien estuvo anoche en el piso. Debemos suponer que era amigo o socio de Salinas, por lo que tal vez fue ese hombre quien mató al detective.

—Eso sí tiene lógica.

—Trabajaremos sobre esa hipótesis, pero antes hay que comprobar varias cosas más.

Una ducha en los vestuarios de la comisaría, un afeitado y ropa limpia que, previsora, llevo siempre en el coche, y a las ocho de la mañana ya estamos ante la casa de Enrique Salgado.

Pulsamos el botón del portero automático y nadie pregunta, pero la verja se abre con un sonido metálico.

En cuanto bajamos del Golf, ante la puerta de la mansión, Medel se acerca a una motocicleta aparcada junto a la entrada y toca el motor.

—Aún está caliente —dice.

La voz de Lucía Ugarte nos conduce hasta la segunda planta por una ancha

escalera de mármol con baranda de hierro negro y pasamanos de madera finamente tallada.

—Por aquí, comisario.

El matrimonio feliz nos espera dando la espalda al ventanal que se abre a la terraza. Tras ellos, como un fondo de fantasía, el Mediterráneo.

Lucía Ugarte viste unos tejanos y una camiseta blanca de manga larga. Él, unos pantalones de loneta beige y un polo oscuro. Ella tiene los brazos cruzados y entre dos dedos un cigarrillo lánguido cuyo humo se eleva lentamente. Él hunde las manos en los bolsillos. La luz, que remarca sus siluetas, me impide ver con claridad sus rostros, pero siento que ella nos observa, intentando adivinar nuestro próximo movimiento, mientras él extravía su mirada en cualquier cosa que no le recuerde nuestra presencia.

Lucía toma la iniciativa y nos ofrece un café que rechazamos. Después nos invita a sentarnos, pero tampoco aceptamos.

—Sólo será un momento. Queremos saber dónde han estado esta noche —digo.

Lucía responde con cierta displicencia.

—Ya lo sabe, comisario. Vinieron sus hombres anoche. Y supongo que ha tenido la casa vigilada. No he salido en toda la noche.

—¿Y usted?

—Salí a pasear en moto. Mi mujer se lo dijo —responde Salgado de mal talante.

—¿Adónde fue? Por ahí.

Lucía parece haber perdido su anterior interés y mira a un lugar indefinido tras nosotros. Salgado nos mira a la cara y luego la mira a ella, después se mira la punta de los zapatos.

—Medel, llévalos a comisaría.

Se oye el tintineo de las esposas cuando ambos las esgrimimos en las manos.

—No servirá de nada, comisario —señala ella atrevida.

—Al menos, tendrán que explicarles a los periodistas y a toda la ciudad por qué son detenidos.

Medel da un paso hacia la mujer con las esposas en la mano.

—Estuve dando un par de vueltas con la moto y luego fui a casa de mi secretaria, Inmaculada Beltrán —suelta repentinamente Salgado.

Lucía Ugarte resopla discretamente. Se adivina cierto desprecio en su reacción. Medel se queda paralizado.

—¿Por qué nos perdió cuando salió de aquí con la moto? —pregunta estúpidamente.

—No sabía que me seguían —responde con soltura Salgado, encogiéndose de hombros.

Después, antes de que consideremos un insulto que nos tome por idiotas, se apresura a aclarar:

—Estuve toda la noche en casa de Inma. Hasta esta mañana. Acabo de llegar.

Medel vacila un instante. Me mira y se guarda las esposas.

—Señora, ¿dónde estuvo la noche del trece de diciembre del año pasado?

Lucía Ugarte suelta una risotada contenida.

—Comisario, por favor. Esperaba la pregunta, pero también algo más de usted.

—Llévatela —ordeno irritado a Medel.

Estaba en una cena organizada por las galerías Star, en Madrid, con más de ochenta personas. ¿Quiere comprobarlo? Sé que no es necesario.

—¡No me toques! —gritó Lucía.

Veía el Golf de la policía que se marchaba, la verja negra cerrándose.

—No me hagas esto. Lo he hecho por ti. Como hiciste tú —replicó Salgado.

—¿Cómo puedes decir eso? No has entendido nada.

—¿No? Maté al hombre, un detective que estaba investigando. Torturó a Miguel Salinas y le había grabado una confesión en la que decía que yo le había encargado la muerte de Ana.

—¿Tú? ¿De qué estás hablando?

—Decía que luego se ocuparía de ti. Lo sabía todo. Pero quería que me culpara a mí.

Lucía abrió la corredera de cristal y salió a la terraza. Necesitaba aire fresco. Una mañana nubosa y pesada que ponía el mar de color gris oscuro.

—Tuvo que ser Rafael. Él contrató a ese hombre —afirmó Lucía.

—Estoy seguro —ratificó él.

Pero no quiso mencionar que el detective le había ofrecido sus servicios. Ni que lo había llamado desesperadamente antes de entrar en casa de Salinas. Ni que todo había salido bien casi de casualidad. No quería quedar otra vez como un cobarde. Ahora podía reivindicarse ante ella. La abrazó.

—Ahora no tenemos nada que temer —dijo.

—¿Nada que temer? Estamos en manos de Inma.

—He hablado con ella. Me ha prometido...

—¿Prometido...?

Lucía se libró del abrazo de Salgado y lo miró a los ojos.

—¿A cambio de qué?

—No me ha pedido nada —explicó Salgado.

—¿Nada? ¿Eres estúpido? Te quiere a ti.

No. No era tan estúpido. Pero ¿qué podía hacer? Inma lo amaba. Habían pasado la noche juntos. Ella se había adormilado junto a él, en el sofá, pegada a su costado, sin esperar otra cosa que un abrazo y como si lo hubiera esperado tanto que sólo eso le bastara para alcanzar la paz. Y el beso de esta mañana, cuando él se despedía, embarazado ante los favores que se sabe que no se podrán pagar jamás.

—Sólo buscaba una coartada —se justificó—. Tuve que ir allí. Había sacado el

dinero de la caja y había pagado a Salinas. Lo hizo mejor que cualquiera de nosotros. Para evitarme un riesgo gravísimo —justificó.

Había llegado a casa cinco minutos antes que la policía y aún no habían tenido tiempo de hablar. Le contó lo que había hablado con Inma. Lo que había ocurrido en el piso de Salinas. Cómo se había llevado la grabadora, quemado la cinta y recogido la mochila con el dinero.

—He dejado el dinero en casa de Inma. Allí está seguro. Ella lo llevará a la oficina y lo guardará.

—Así que ahora estamos en manos de una mujer enamorada —dijo Lucía.

—La haré rica. Le daré dinero. Ella no me traicionará.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros y miró al horizonte, donde la línea grisácea del mar se confundía con la bruma.

—Lo sabes porque has hecho el amor con ella —concluyó, mirándolo fijamente.

—No. He descansado allí, pero no hemos hecho el amor —protestó él.

Se acercó a Lucía.

—Sólo quiero hacerlo contigo. Salgado la abrazó con fuerza.

—Ahora somos iguales —dijo antes de besarla.

El noticiario de Tele-Mediterráneo Indalo ya está dando imágenes del edificio donde han muerto Miguel Salinas y Ernesto Durán. Ya conocen la identidad del primero, pero no la del detective.

Una periodista de ojos azules se encuentra ante el edificio. Afirma que los vecinos han despertado al oír el terrible golpe de los cuerpos al caer al vacío de un patio de luces desde una terraza situada en el sexto piso. Aventura la posibilidad de que hubiera una tercera persona en la vivienda.

Concluye que la investigación está abierta y que la policía continúa las pesquisas y que, por supuesto, Baria entera está conmocionada por lo que a todas luces parece un crimen.

Nada nuevo. Sopeso la posibilidad de filtrarles información. Puedo poner a Enrique Salgado y a su bonita esposa en un aprieto. ¿Cómo explicarían ser sospechosos del asesinato de Ana Arnedo? Pero puede volverse contra nosotros. Si no conseguimos pruebas tendremos un crimen sin resolver. Será un fracaso. Mi fracaso.

Medel está tomando declaración a la secretaria de Enrique Salgado. Entro en su despacho y la chica apenas desvía la cabeza un segundo, el tiempo indispensable para sonreír educadamente.

Medel dice que se trata sólo de una comprobación rutinaria.

—Estuve en casa desde las diez de la noche. No he salido hasta que me han llamado esta mañana —explica la muchacha.

Me he situado a un lado, de pie, apoyado en un mueble, dando una impresión de informalidad. Se trata de una chica de aire discreto, de piel suave y cabello negro. Algo ancha de huesos, su juventud la mantiene con cierto atractivo. Su cara es limpia, de ojos grandes y francos. Tiene una nariz pequeña y coqueta y unos labios finos. Las mejillas son ligeramente anchas, como de antigua niña gordita. Lleva unos pendientes de madera muy pequeños y viste con una formalidad excesiva.

—¿Estaba usted sola o la acompañaba alguien?

—Al principio estaba sola.

—¿Qué tal se lleva con los vecinos?

—Bien. Aunque no tenemos mucho trato. Son mayores que yo. Los veo por la mañana cuando voy al trabajo y alguna vez me los cruzo en el ascensor o los pasillos.

—¿La vio anoche alguno de sus vecinos?

—No lo creo. En invierno, a las diez de la noche, casi todo el mundo está en casa.

—¿Recibió alguna visita?

—Sí. Mi jefe me visitó.

Medel deja un silencio y mira despacio unos papeles. La muchacha ha respondido con tal naturalidad que lo ha desarmado.

—¿A qué hora llegó?

—Sobre las doce de la noche.

—¿Lo esperaba usted?

—No.

—¿Por qué la visitó Enrique Salgado en su casa?

La chica deja un silencio antes de contestar. Me mira de soslayo, luego baja los ojos. Quiere que su discreción sea elocuente y lo consigue.

—Motivos personales.

—¿Es habitual que la visite a esas horas?

—Era la primera vez.

—¿Cómo iba vestido cuando llegó a su casa?

—De motorista. Me dijo que había salido a pasear con la moto. Llevaba el casco en la mano.

—¿A qué hora se fue anoche de su casa?

—Inspector, se ha ido esta mañana, un poco antes de las ocho.

Lo dice con tal candor que cierra cualquier especulación. Cruzamos una mirada. La chica no muestra curiosidad alguna por el motivo de nuestro interrogatorio. Enrique Salgado la ha preparado. De modo que se sabe todas las respuestas.

Una vez la chica se ha marchado, Medel tiene que expresar lo obvio, cosa que no hace más que fastidiarme.

—La coartada es firme.

Como si no me hubiera dado cuenta.

—¿Una visita nocturna, de improviso? ¿Un amor súbito? ¡Y una mierda! Ahora sí estoy convencido de que Enrique Salgado era la tercera persona que había en el piso

de Miguel Salinas. De no ser así, no hubiera necesitado fabricarse una coartada — señala indignado Medel.

Me doy unos golpecitos en la oreja. No es que piense mejor, que no estoy pensando, pero lo parece.

—¿Por qué no los detenemos y les apretamos las clavijas? —porfía.

—¿Eres gilipollas? A un tío así no podemos tocarle un pelo. En menos de cinco minutos tendríamos aquí cinco abogados comiéndonos los hígados. ¿Te crees que es el paria del Ciaucescu que tenemos abajo? Enrique Salgado puede pagarse tres Presunciones de Inocencia y cagar durante años sobre nuestras carreras hasta hacer que las aborrezcamos.

Medel aprieta los labios y se calla, como un niño contrariado.

—Nosotros sí que necesitamos una coartada —señalo.

—¿Qué?

—Escribe: «Según las primeras pesquisas, las muertes del Investigador Mercantil Ernesto Durán y la del ciudadano de Baria Miguel Salinas se produjeron en el seno de una investigación privada que llevaba a cabo el Sr. Durán, durante la cual visitó la vivienda del Sr. Salinas. Por alguna razón, hasta ahora desconocida, se produjo un violento altercado entre ambos que provocó su caída al vacío y su lamentable fallecimiento. Se cree que dicha investigación estaba relacionada con un caso de fraude a una compañía de seguros. Continúan las investigaciones para determinar si había una tercera persona en la vivienda».

—Emite esta nota de prensa. A ver si ganamos tiempo y tapamos nuestras miserias.

Vuelvo a mi despacho mientras Medel se encarga de enviar la nota de prensa. López ha traído las pertenencias de Ernesto Durán que han encontrado en su habitación de hotel: un ordenador portátil y una agenda. En el coche sólo había un bloc de notas.

Mientras le echo un vistazo, trae López también un listado de llamadas entrantes y salientes del móvil de Ernesto Durán. Y otro con las llamadas realizadas o recibidas desde el hotel. López cada vez se parece más a Colombo.

Entra Medel y lo pongo a inspeccionar el ordenador del detective mientras escudriño la agenda y el bloc de notas.

En la agenda apenas hay reseñadas algunas ocupaciones anteriores a su llegada a Baria y, una vez aquí, no hay anotaciones, sólo las llamadas a su central que debía realizar cada veinticuatro horas.

El bloc de notas es un sencillo cuaderno de hojas cuadrículadas del tamaño de media cuartilla. Tiene en el reverso la pegatina con el precio y la papelería donde había sido adquirido, a dos manzanas de la comisaría.

Las notas sí permiten seguir el itinerario del detective.

—Aquí hay algo que no me cuadra, comisario —me interrumpe Medel buceando en el ordenador.

Le hago un gesto de espera.

—Después. Antes quiero acabar de ver esto.

Los dos primeros días, según las notas, Durán los había dedicado a seguir a Enrique Salgado y hacerse una idea de sus horarios y de sus quehaceres diarios: «8.30 horas, E. S. Sale de casa». Así, encabezadas con las fechas, están escritas las primeras hojas, repletas de anotaciones sin comentarios. Es evidente que E. S. era Enrique Salgado. Y las horas se corresponden con sus salidas de casa, su llegada a la oficina, sus viajes o sus comidas de negocios.

Nada reseñable aún.

El día 13 de diciembre, el día que lo descubrimos en el cementerio, Durán había realizado lo que parecía un esquema. En él aparecía, como primera anotación: «Cía. De Seguros - anónimo».

No especifica a qué se refiere, pero entiendo que la empresa para la que trabajaba había sido alertada por un anónimo, al igual que nosotros, lo que animó a alguien a realizar una investigación discreta.

El día 14, Durán había seguido a Lucía Ugarte hasta el mediodía. Reproducía el mismo esquema, con la fecha, las iniciales L. U., anotaciones de las horas y de los destinos y actividades de la investigada. Tampoco había encontrado más actividades llamativas que las propias de su trabajo.

Sin embargo, esa tarde continuó el seguimiento a Enrique Salgado hasta el lugar del atropello y luego al desguace.

«¡¡El coche!!», había escrito Ernesto Durán. Luego tomó nota del encuentro entre Enrique Salgado y el hombre del desguace, tal y como nos lo contó la primera vez, anotando su impresión de que no se conocían y que el hombre trataba con hostilidad a Salgado.

Durán tenía motivos para estar más que satisfecho. Estaba seguro de que había encontrado el coche del atropello.

Después había seguido al hombre del desguace. Era muy importante la anotación que había realizado el día 15: «L. U. en casa de M. S.», y la dirección del piso donde finalmente encontrarían ambos la muerte.

Éste era el eslabón que nos faltaba: la relación entre Enrique Salgado, o su esposa, y Miguel Salinas, quien tenía en su poder el coche con el que habían atropellado a Ana Arnedo. Me quedo atónito comprobando una última anotación en el reverso de la hoja: «E. S. acechando a su esposa cuando ésta sale de la casa de M. S.»

¡Enrique Salgado confesó la verdad!

Medel se queda mirándome con cara de bobo antes de comprender. Aún está pendiente del ordenador.

—Comisario —dice Medel antes de comentar lo que le he dicho—. Ernesto Durán pasaba informes falsos a la compañía de seguros que lo contrató. Se limitaba a alimentar dudas, pero no mencionaba ni una sospecha seria. Ocultaba lo que sabemos

que él había averiguado.

Lo pienso dos veces antes de responder.

—Pues había hecho muy bien su trabajo. Lo había descubierto todo.

—¿Por qué sabe que Enrique Salgado confesó la verdad?

Le muestro las anotaciones del detective. Dichas anotaciones concluyen con un comentario: «Enrique Salgado, sorprendido».

—Esto quiere decir que Durán siguió a Miguel Salinas hasta su casa. A ver qué ocurría. Le había ido bien así, de modo que para qué cambiar de táctica. Además, seguramente tampoco podía hacer otra cosa. Debí seguirlo cuando lo dejamos ir tras interrogarlo —digo—. Por la fecha y la hora.

Nos miramos un segundo. Tiempo suficiente para saber que no hace falta decir más, pues el trabajo del detective nos deja en evidencia. ¿Por qué no lo habíamos seguido nosotros?

—No le des más vueltas. Ni siquiera teníamos un caso —justifico. Y continúo con la explicación—. Allí descubrió a Lucía Ugarte. Y Enrique Salgado debió enterarse de este encuentro y se mostró sorprendido. Eso es lo que escribe Durán en estas notas. Y vemos que casi nunca se equivocó. Así que esto quiere decir que seguramente lo que te confesó aquella noche es cierto.

Medel se muestra perplejo. Como yo.

—¿Y esto es una prueba? —pregunta señalando el bloc de notas. Lo dejo sobre la mesa, entre ambos. Nos quedamos mirándolo.

Esconde un secreto que nos produce recelo.

—No. Esto no es nada. Anotaciones de un detective muerto en circunstancias sospechosas. Iniciales y notas muy escuetas. Nadie puede interpretar esto como una prueba, sólo nosotros podemos utilizarlo para saber más de lo que sabíamos. Además, si nosotros presentamos las notas, cualquier abogado defensor presentaría los informes completos que él mismo envió a su cliente. Nada. No valen nada.

De todos modos, continúo leyendo. Las páginas siguientes hacen referencia a dos personas cuyas iniciales no tardo en identificar: R. A. y P. A.

R. A. es Rafael Arnedo. Las anotaciones sobre él lo identifican después como El Viejo. Durán sólo había anotado: «rencoroso, odia E. S. No tiene pruebas». Y luego, había añadido: «piso».

—¿Cómo se llama el tipo al que había despedido Enrique Salgado? —pregunto a Medel.

—Pablo Ayuso —responde.

Efectivamente, éste es P A. Ernesto Durán lo había localizado y había hablado con él. Junto a la palabra Piso, había anotado, «P. A. amante de Ana Arnedo». Y Luego, «Piso vacío».

Después hay un par de hojas en blanco. La tercera muestra, en cambio, anotaciones muy diferentes, de los dos últimos días:

Viejo - trescientos mil

E. S. - quinientos mil

Si Ernesto Durán había enviado informes falseados a su cliente. Si Ernesto Durán había hecho muy bien su trabajo y tenía un esquema preciso de lo que había ocurrido. ¿Por qué anotaba los nombres de las dos personas con más interés en el caso, uno en descubrirlo, otro en ocultarlo, y junto a ellas una elevada cifra de dinero?

Ernesto Durán había vendido su trabajo.

A Rafael Arnedo le habría ofrecido su trabajo a cambio de dinero y de conseguir pruebas contra Enrique Salgado.

Pensando seguramente que Enrique Salgado pagaría mejor, le había ofrecido, ¿qué?, a cambio de quinientos mil euros: ¿ocultar las pruebas que pudiera conseguir?, ¿matar a Miguel Salinas? A la vista del resultado, matar a Miguel Salinas. Y lo había conseguido. Y, encima, a Enrique Salgado le iba a salir gratis.

Pero en tal caso, no había motivos para que Enrique Salgado estuviera en el piso de Salinas la noche anterior, ya estaba su mercenario.

Durán también sabía que Salinas no conducía el coche.

Lo último que hay en el cuaderno es otro esquema. Y tal esquema, en el que las líneas se cruzan en torno al coche con los nombres de Lucía Ugarte y de Miguel Salinas, llevan a una tercera persona, identificada con una X.

Los nombres de Enrique Salgado, de Lucía Ugarte y de Miguel Contreras están acotados con un paréntesis en el cual Durán había escrito, con caligrafía menuda pero muy clara, las coartadas de cada uno de ellos.

Más abajo, había anotado: «*M. S., viaje a Barcelona, 27-11-2000 - conductor R. Rover?*».

Miguel Salinas había viajado a Barcelona dos semanas antes del atropello de Ana Arnedo para buscar al conductor mientras él se procuraba una buena coartada en el club.

Ernesto Durán había hecho su trabajo mejor que nosotros. Había estado más cerca de la verdad. Pero ni él ni nosotros tenemos pruebas. Se lo comento a Medel.

—Entonces, ¿cerramos el caso de la muerte de Ana Arnedo? —pregunta con desaliento.

—Ni hay pruebas ni las habrá. Nunca ha estado oficialmente abierto. No hay nada que cerrar —respondo.

Me levanto, estiro las piernas, enciendo un cigarrillo.

—No podemos permitirnos el lujo de que se sepa la verdad.

—¿Por qué?

—Porque entonces tendríamos dos casos abiertos y sin solución en lugar de uno cerrado.

Siempre había sido así. Desde niña. Tenía sus propios pensamientos, que la acompañaban cuando estaba sola. Si alguien hubiera podido ver su rostro en ese momento, hubiera encontrado una sonrisa mínima, íntima. Porque la policía sólo había obtenido su firme determinación: Enrique había estado en su casa desde las doce de la noche hasta las ocho de la mañana. Pensarían que eran amantes. Ahora la sonrisa se hizo más amplia.

Subió a su coche, que había aparcado en la explanada situada ante la comisaría y arrancó. Salió de Baria en dirección a la playa. Ya había avisado a los hombres que tenían que hacer el trabajo.

Cuando llegó a las obras, el furgón de la mudanza estaba allí. Dos hombres esperaban.

Inma abrió la puerta de la casa piloto y les ordenó que cargaran todos los muebles de la habitación, especialmente el sofá con agujeros que ella había tapado con cinta aislante para que no se vieran los bordes quemados por las balas. Luego les dio una dirección donde debían dejarlos y la llave de una casa. Era la casa de campo de su abuelo, a más de cincuenta kilómetros. Una casa donde ya no vivía nadie. Donde nadie buscaría y donde ella podría ir mañana, cuando acabase el trabajo, para romper con un hacha el sofá con las balas incrustadas, hacerlas desaparecer y luego quemarlo. No quedaría ni rastro.

A primera hora de la mañana las noticias de Tele-Mediterráneo Indalo confirmaron la muerte de los dos hombres. Enrique no quiso hablar demasiado, pero fue suficiente para que ella comprendiera la gravedad de lo que había ocurrido y la importancia de brindarle su coartada. Había muerto otro hombre. Tal vez Enrique lo había matado, aunque no quiso reconocerlo. A esa hora Salinas ya no estaría en condiciones de hacerlo. No lo sabía con certeza. Sólo pudo probar el veneno una vez, el día anterior, con un perro grande. Lo había comprado hacía dos días, lo había encerrado en la casa del abuelo y le había dado la misma dosis de veneno que a Salinas. El perro tardó cuatro horas en morir. Y aullaba como un demonio. Salinas debía haberlo pasado mal. Se lo tenía merecido. Era un malvado y habría llevado a Enrique a la cárcel.

Pero ella lo salvó.

Como Lucía Ugarte lo hundiría con sus insidias y sus crímenes.

Enrique aún corre peligro.

Sólo tenía que devolver el dinero a la caja fuerte y luego tendría toda la tarde para acabar el trabajo.

Busco a Braulio en el Instituto de Medicina legal. Braulio ha habilitado algunas habitaciones para crear su propio laboratorio. Por eso puede avanzar los resultados de

los análisis que vendrán posteriormente, en varias semanas, ya oficiales, desde el Instituto de Toxicología de Sevilla.

—No sé qué marca será, pero es un pesticida corriente. Se puede encontrar en tiendas especializadas de productos fitosanitarios. Aquí las hay a patadas. El veneno ha sido disuelto en una coca-cola, supongo que para camuflar el sabor. El tipo debió jurar en arameo, porque tiene el estómago ulcerado. La mezcla con la coca-cola le quemó literalmente por dentro.

—¿Cuánto tardó en morir?

—No lo sé. La muerte es por traumatismo. Así que aún estaba vivo. No obstante, calculo que de cuatro a cinco horas. Debió ingerir el veneno sobre las diez de la noche.

Esto elimina a Enrique Salgado como sospechoso del envenenamiento. A esa hora aún no había salido de su casa.

—¿Otros signos de violencia, exceptuando la caída?

—Este cadáver, el del joven, presenta golpes severos en la cara, la nariz, la boca y algunos hematomas previos a la caída. Le sacudieron bien.

Braulio me ha recibido sentado ante su mesa de despacho, y mira su ordenador mientras habla conmigo.

—¿Y el otro? ¿Qué me dices?

Mueve la pantalla para que pueda leer la conclusión de su informe. Lo ha acabado unos minutos antes de mi llegada.

—Lo puedes ver tu mismo, pero te explico: tiene algunos arañazos en el cuello, la cara y el cuero cabelludo. Creo que es la única defensa que pudo ejercer el otro, ¿comprendes?

—Sí.

—Por lo demás, sólo el traumatismo por la caída.

Braulio mueve el cursor y aparecen las fotografías del cerebro de Ernesto Durán en sus manos enguantadas.

—Lástima de cerebro —comento.

—¿Por qué?

—¿No me lo puedes trasplantar?

—Quería hacerlo con el alcalde. ¿Tan listo era?

—Más que el hambre.

—Hombre, tú tampoco eres tonto.

—No sé. Creo que cada día más.

Le doy un manotazo a la pantalla de ordenador para perder de vista el envidiable cerebro del detective. Me está revolviendo las tripas.

—He descubierto sus notas. Era bueno en su oficio.

—¿En qué trabajaba?

—Secreto profesional, Braulio.

—Es curioso. ¿Qué coño hacía un detective privado con un chuloputas

envenenado?

Me levanto. Braulio es muy curioso. Y también es demasiado listo para mí. Es mejor huir.

—¿Tenía restos de veneno en las manos el detective?

—No. ¿Crees que no lo he mirado?

Braulio es suspicaz, como todos los buenos investigadores.

—¿Y en las de Miguel Salinas?

—¿Crees que se suicidó?

—No. Claro que no.

—Tenía demasiado en el estómago y la sangre. Y nada en las manos. Él no manipuló el veneno.

Le doy una palmada en el hombro en señal de despedida.

—¿En qué trabajaba el del cerebro? —insiste.

Hace la pregunta antes de que pueda salir de su despacho.

—Si te lo dijera, no te lo ibas a creer.

Leo en su cara la curiosidad con la misma claridad con que hubiera leído una palabra escrita en una pizarra. Lo dejo con la boca abierta y la siguiente pregunta estrellándose en sus dientes ligeramente amarillentos.

—Sal al aire libre. Necesitas que te dé el sol —digo.

Cuando vuelvo a la comisaría, tras detenerme a comer algo, Rafael Arnedo está esperando sentado en un banco. Paso a su lado sin prestarle atención. No tengo ganas de interrogarlo personalmente. No nos dirá nada nuevo, porque si Durán hubiera conseguido las pruebas, él las hubiera traído inmediatamente.

Está tan vacío e impotente como nosotros, pero mucho más destrozado.

A pesar de todo, quiero que Medel le dé una pequeña lección. No conviene que la gente de Baria vaya pagando por ahí para conseguir pruebas que la policía no ha sabido obtener. Nos dejarían en evidencia en un buen número de ocasiones. Es malo para el negocio.

Tampoco conviene que airee en qué trabajaba Ernesto Durán. No casaría con la versión oficial.

Medel me dice que ha hablado con la compañía de seguros. El anónimo lo entregaron a la empresa de detectives para la que trabajaba Durán. Lo han analizado y no han encontrado huellas ni restos de ADN. El sobre y la carta están limpios.

—Como los que recibimos nosotros —comento.

—Les he echado una buena por no poner esa prueba en conocimiento de la policía. Pero han dicho que temían hacer el ridículo. Dicen que, si quieres, pueden traerla mañana.

—Sí. No conviene que nuestros fracasos consten por ahí. Medel me mira fijamente.

—¿Has tirado la toalla?

—Esto no es un combate de boxeo. Sólo soy realista.

Lo mando a interrogar a Rafael Arnedo. Me tiro en el sillón de mi despacho, pongo los pies sobre la mesa y pulso el botón que me permitirá escuchar el interrogatorio.

—Ernesto Durán ha muerto —dice de sopetón Medel.

Si hubiera contado, podría haber llegado hasta cincuenta sin oír otra cosa que el sordo silencio que transmiten los aparatos electrónicos.

—No me diga que no sabe quién es —continúa Medel.

Por su tono, comprendo que él también da el caso por perdido y lo que hace ahora no es sino una rutina incómoda. Y pagar su frustración con el viejo.

—No me diga que no lo contrató ilegalmente para que trabajase para usted en la investigación por la muerte de su hija.

—Del asesinato —rectifica inmediatamente Rafael Arnedo.

—Cuénteme todo lo que yo no sepa —ordena Medel.

El viejo tarda lo suyo en comenzar. Finalmente, lanza un largo suspiro y, con la voz salivosa, chapoteando entre la indignación y la derrota, comenta que no le queda otra esperanza en la vida que descubrir al asesino de su hija. Que sabe quién es, dice súbitamente violento, pero quiere pruebas. Y sí, afirma, retándonos, ofrecería dinero al mismísimo Diablo si consiguiese pruebas que demostrasen que Enrique Salgado había matado a su hija.

Medel lo interrumpe. Por un momento, temo que se deje llevar y hable demasiado.

—Nadie sabe aún quién atropelló a su hija. Si quiere formular una denuncia, hágalo oficialmente.

El viejo resopla dos veces, como si pensara responder o no a una afrenta, y luego continúa. Dice que el detective lo había visitado. Se habían visto varias veces estos días atrás. Él le dijo todo lo que sabía.

—¿Le ofreció usted trescientos mil euros si conseguía encontrar a los responsables de la muerte de su hija? —le interrumpe Medel.

El viejo teme afirmar, pero tiene demasiado orgullo para negar.

—Eso es un delito, señor Arnedo.

Corto la comunicación. Me fumo un cigarrillo. Me siento cansado. Consigo no pensar en nada durante diez minutos. Es un ejercicio que tendré que practicar más a menudo. Entra Medel.

—Ya lo has oído. No respondo. No tengo nada que decir.

—El detective se llevó consigo las pruebas —lamenta Medel.

Me levanto. Miro por la ventana. Se hace de noche sin que me haya dado cuenta de que he vuelto a perder otro día de mi vida. Para nada. Odio que anochezca tan pronto.

—Tal vez no las tuvo nunca. Sabía cosas. Lo sabía todo, o casi todo. Pero no creo

que tuviera pruebas. Las hubiéramos encontrado —le consuelo.

—A menos que alguien se las llevara —alega.

Me vuelvo hacia él. No sé si es un arranque de rabia o un desesperado intento que me haga olvidar mis errores.

—Esa chica miente, ya lo has visto —digo—. Pon a alguien tras ella. Que la vigilen. Ya que se nos pasó una vez, no perdemos nada por asegurarnos ahora.

Inma volvió a oír la grabación una vez más. La voz de Miguel Salinas sonaba como música celestial. Había llamado apenas una hora antes a Lucía. Le costó convencerla para verse en casa, pero bastó pulsar el play y oír la voz de Miguel Salinas para que Lucía callase y, después, otorgase.

Ahora eran las siete de la tarde y la esperaba.

Era curioso, no había estado nerviosa cuando se enfrentó al matón. Y sin embargo, ahora... Lucía podía hacerle una clase de daño... Irreparable.

Sonó el timbre del apartamento. Inma escondió la grabadora en su dormitorio, dispuso la tetera sobre la mesa y acudió a abrir. Lucía estaba frente a ella. Se hizo a un lado y la invitó a pasar. Sin decir palabra, Lucía la siguió hasta el pequeño salón.

—Siéntate, por favor —dijo Inma señalando el sofá.

Lucía se sentó en el mismo sitio donde unas horas antes había estado su marido. Inma se sentó frente a ella. Miró a Lucía, pero ésta dejaba vagar la vista con displicencia por el apartamento.

Inma se levantó y sirvió un poco de té en una taza. La acercó a Lucía. Sonrió. Volvió a sentarse, cruzó las manos.

—¿No te apetece un poco de té?

—Gracias —dijo Lucía, pero no hizo el menor gesto.

Ahora Lucía la miraba fijamente. Aquella belleza serena de su rostro intimidaba. Inma inició una risa inoportuna. La interrumpió. Un momento de debilidad y sintió que se derretía, que no sabía continuar. Para evitarlo, habló atropelladamente.

—He dicho a la policía que Enrique llegó a casa a las doce de la noche.

Lucía continuó callada, limitándose a mirarla.

—Llegó a las dos de la madrugada —aclaró Inma.

—¿También estás grabando esto?

El rostro de Inma se desdibujó en una mueca sarcástica.

—No. Sólo he grabado lo que necesitaba para demostrar la inocencia de Enrique.

Lucía buscó un cigarrillo en su bolso.

—¿Te dijo lo que había hecho hasta esa hora? —preguntó.

La voz de Lucía era ronca, silbante, como un susurro cerca del oído.

—No era necesario. Me pidió que dijese esto a la policía y así lo he hecho.

—Gracias —dijo cínicamente Lucía.

—No lo hago por ti —respondió Inma.

—Lo sé.

Inma bebió de su taza de té. La cogió con ambas manos. Apenas podía controlar su excitación.

—¿No bebes?

Lucía miró con desinterés la taza que tenía delante.

—¿Me traes un cenicero?

Inma se levantó bruscamente, torpemente, y salió. Volvió con un cenicero en la mano. Lo puso sobre la mesa y tomó asiento.

—Miguel Salinas ha muerto —dijo Inma.

—Estoy enterada.

—Supongo que estás contenta.

Lucía bebió de su té. Inma hizo lo mismo, pero no apartaba los ojos de ella.

—Miguel era como una mancha escondida en un vestido bonito —explicó Lucía.

Inma dejó la taza lentamente. En su semblante se había instalado una duda, una sombra, una amenaza de tristeza. Entendió las últimas palabras de Lucía con una clarividencia gélida que le explicaba muchas más cosas de las que hubiera querido.

—¿Tanto amas a Enrique?

—¿Acaso lo dudas?

Lucía mojó sus labios en el té.

—¿Quieres un poco más de té?

—No.

Inma se quedó mirando la tetera, las tazas, como si no encontrara algo que estaba buscando. Lucía la interrumpió.

—¿Cuánto quieres a cambio de esa cinta?

—¿Crees que es una cuestión de dinero? —replicó Inma.

—Temía que no lo fuera —comentó Lucía. Su boca esbozó una sonrisa triste, de quien confirma una mala noticia que espera.

—Has acertado. Quiero que dejes a Enrique. Lucía aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué te hace pensar que lo haré?

—Si no lo haces, diré a la policía todo lo que sé. Lo tengo grabado, ya lo sabes —Inma profirió su amenaza de carrerilla, como un niño mal aplicado que recita la lección.

Lucía sintió una oleada de furor que subía a su cabeza. Se sintió ligeramente ahogada. La piel de su rostro se encendía de sangre. Le molestaba sentir ese rubor, porque la hacía sentirse humillada.

—¿Crees que un hombre como Enrique se enamorará de ti? ¿Crees que porque ha estado aquí una noche, asustado, huyendo, te amará?

—Yo... Le habrá demostrado...

—¿Qué? Tú quieres ayudarle, pero no hará que te ame. ¿Sabes que me ha hecho el amor esta mañana? En cuanto llegó a casa. Anoche mató a un hombre. Y se siente

bien. Libre. Y fuerte. Tú no tienes nada que ofrecerle, niña.

Las lágrimas estaban a punto de estallar en los ojos de Inma.

—Nunca te amaré, convéncete —concluyó Lucía.

—Al menos, te alejaré de él —sollozó Inma. Su mirada brillaba húmeda—. Eres... ¡Una mala influencia!

Lucía recogió su bolso para irse.

—Si de verdad lo amas, ¿crees que si me entregas a la policía Enrique quedará libre? Puedo implicarlo fácilmente, ¿comprendes? Yo pude contratar a Miguel Salinas, pero ¿por qué no de acuerdo con él? Si me delatas a la policía lo arrastraré conmigo. No he llegado tan lejos para abandonar ahora. Ni para dejar que tú lo consueles.

—¡¡¡Eres un monstruo!!! —gritó Inma, que ya no podía controlar su llanto.

Lucía se levantó. Inma la siguió.

—¡Lo tuyo no es amor! —chilló Inma. Lucía sacó unos guantes de su bolso y se los puso.

—¿Y qué es el amor? ¿Eres una experta? —soltó Lucía.

Inma la abofeteó. Lucía se volvió y caminó hasta la salida. Dio un portazo al salir.

Inma se dejó caer en el sofá, llorando.

Hace días que no apporto por allí y tengo una comezón que debo aliviar.

José Luis está tras la barra, como casi siempre, ojeando *Todo/noto* o el *Marca*. Una mujer gruesa está ajetreada en la cocina que se atisba a través de un hueco de ventana.

José Luis se alegra de verme. Nos saludamos y le pido una cerveza.

Cuando la pone sobre la barra, chorreando espuma, aprovecha que no hay nadie:

—Parece ser que ese problema que teníamos se ha calmado.

—No hay nada como una buena terapia, José Luis.

Se le ensancha la cara con una sonrisa de oreja a oreja. Imagino cómo debió disfrutar con el Lucas y casi siento lástima por el tipo.

—Oye, José Luis. Hay algo que quiero saber.

José Luis se apoya en la barra y se inclina hacia mí como si fuésemos a confesar.

—¿Quién te dio el soplo de lo del Ladislao?

Recula como si le hubiera escupido en la cara y aprieta los labios gruesos. Se le ve la expresión contrariada. Es todo lo que necesito para confirmar lo que imaginaba.

La idea ha ido surgiendo poco a poco. He confirmado algunos puntos, pero quería asegurarme.

—¿Cómo voy a decirle eso, comisario? ¿Quiere que me quede sin chivatos? —pregunta, inocentón.

—No hace falta que me lo digas. Sólo aclárame dos cosas. ¿Qué edad tiene el Ladislao?

—Unos cincuenta, creo, más o menos.

—¿Y es de aquí de toda la vida?

—Sí. Nació en el barrio de San José Obrero. Ha vivió aquí siempre. Ése no hizo ni la mili. No ha salío del pueblo en su puta vida.

Le pido otra cerveza. José Luis abre el grifo y se relaja. Cuando vuelve con la segunda caña, ya tengo preparada la segunda estocada.

—¿Y López? ¿Qué edad tiene?

—Coño, comisario, preguntásele a él.

José Luis da con el puño en el mostrador. Miro sus manos cortas y gruesas, mojadas de cerveza.

—Dame una ración de pescaíto —le pido. Se va a la cocina con mala cara.

Lo he comprobado en comisaría, comparando las fichas. Luego he llamado al colegio. He hablado con el profesor más viejo. Claro. El Ladislao y López habían estudiado juntos. Eran del mismo barrio. Uno era terrible y el otro un blandito. Por alguna razón, el Ladislao lo defendía. Y, qué curiosa es la vida, uno se hizo chorizo y el otro madero.

¿Y por qué no iban a ser amigos aún? Basta con verse de vez en cuando, discretamente. Y un favor cae de aquí y otro de allí. Los cariños de la infancia se agradecen eternamente. El Ladislao no se iba a entregar a la policía sin asegurarse de con quién hay que tratar. López le habrá hablado de mí. Y yo le voy a limpiar la era para cuando salga. Ahora comprendo cómo ha sido tan escurridizo el Ladislao durante dos largos años.

José Luis vuelve con un plato de pescaíto frito.

—Un buen plato, para que llene el estómago y vacíe la cabeza, comisario.

—Vaya con las sorpresas que nos da el amigo López —comento sonriendo.

La cara de pocos amigos que pone José Luis confirma que mis deducciones son ciertas.

—Deje eso y si tiene algo que aclarar con López, lo hace en comisaría.

Comienzo a comer sobre la barra. La cerveza se agota a cada trago como si el vaso no tuviera fondo.

—¿Sabes la historia de dos niños que vivían en el barrio de San José Obrero? —comento, casi divertido.

José Luis me corta de mal talante. Coge un trapo y se lo echa al hombro.

—Con la mierda a otra parte, comisario. Aquí se viene a comer.

Lucía subió las escaleras a toda velocidad. Cuando atravesó el salón, sin mirarlo, fue tirando cosas a su alrededor, el bolso, un zapato, la blusa. Su marido la llamó, alarmado, pero ella no respondió. Se perdió por los pasillos. Cuando por fin volvió, vestida con unos tejanos y una camiseta, se dirigió hasta la chimenea.

—¿Por qué no la has encendido? —preguntó enojada.

—Puedo hacerlo si quieres. ¿Dónde estabas?

Lucía cogió un cigarrillo. Estuvo en silencio mientras Salgado prendía la lumbre. Su respiración se fue calmando al mismo tiempo que su mirada se escondía en el fuego.

Salgado se levantó y se acercó a ella.

—¿Qué te ocurre?

—Inma...

—Tenía que ir allí. Ya te lo he explicado. No tenía otra salida. Tú no podías ofrecerme una coartada. Además, ha devuelto el dinero. Esta tarde lo he comprobado. Está en la caja...

—No me importa el dinero. Puedes quemarlo si quieres. Estamos en sus manos.

Lucía se apartó de él con un gesto.

—No me fío de ella —dijo.

—Miguel Salinas está muerto. Le ofreceré una buena cantidad de dinero. Inma... Le ofreceré una parte de la empresa. Debemos tener más tiempo para nosotros. No resistirá la oferta, ya verás.

—No. No lo hace por dinero.

Salgado calló. Asumía que Inma lo amaba. No se había parado a pensar cuánto hasta ahora.

—Sólo es un capricho. Es muy joven. Seguro que ella... —dijo conciliador.

—¿Es que no puedes comprenderlo? —tronó Lucía—. Ella... Ella no puede amarte así.

Estaba furiosa. Era como mirarse en un espejo. Su amor había sido tan exaltado y frenético que la había llevado al crimen. El amor de Inma, esa muchacha insulsa, la había llevado a arriesgarse hasta límites... ¿De qué sería capaz?

—Entonces no debe preocuparte que lo sepa. No hará nada... —concilio él.

—Me ha exigido que te deje —expuso Lucía, súbitamente calmada. Tiró el cigarrillo a la chimenea y se volvió para mirarlo. Ella tenía una sonrisa triste en la boca.

—Dice que si no lo hago, entregará una cinta que grabó a Miguel en la que lo cuenta todo.

—¡Dios! No puede ser. Ahora que acababa todo. No puedo volver a empezar — Salgado se dejó caer en el sofá cansado, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Quieres que te deje? —preguntó Lucía.

La pregunta sorprendió tanto a Salgado que la dejó suspendida en el aire un largo rato.

El rostro de Lucía se descompuso en llanto.

—Dime que no —sollozó.

Salgado se levantó y la abrazó con fuerza. Estuvieron así, en silencio, junto a la chimenea, como un baile de estatuas.

—Todo ha merecido la pena —dijo Lucía al fin—. Volvería a pasar por cada

momento de este infierno.

—Hay que hacer algo, Lucía. Iré a hablar con ella. Le pediré la cinta ahora mismo.

Lucía lo abrazó con más fuerza ahora que él iba a desasirse.

—No. No será necesario —dijo. Salgado se quedó con la boca abierta.

—La he amenazado con arrastrarte conmigo. No lo haría jamás, amor mío. Pero ella lo ha creído.

—Pero no podremos estar seguros —objetó él.

—Así nunca sabremos dónde ni cuándo nos espera el final —dijo ella con una sonrisa húmeda de lágrimas—. Viviremos cada momento como si fuera el último.

De fracaso en fracaso y tiro porque me toca. Mi última acción del día, desesperada y miserable.

Lo primero que encuentro es a mis hombres deshechos de aburrimiento y cansancio. Rafael se ha unido a Leandro y a Damián.

—El que no tenía que descansar era el Ciaucescu, no vosotros —les regaña.

—Tiene un aguante de la hostia —se queja Leandro.

Damián se ha sentado en un rincón y parece un autista en plena crisis de ausencia.

—Pero ha llegado a su límite, comisario —dice Rafael, señalando con el dedo corto y gordo la pecera.

El rumano está sentado en un rincón de la celda, con la cabeza entre las manos. Se golpea la cabeza contra la pared, lentamente, y luego la cara con unos puños blandos, sin fuerzas. Sus labios se mueven torpemente. Están más reseco que las ramblas de la comarca, agrietados como terrenos recién arados.

Aprieto el botón de audio, pero sólo oigo gemidos.

El olor de un hombre encerrado es indescriptible. Los ojos del rumano se arrugan tanto que creo que los ha cerrado. Pero se levanta con una agilidad desalentadora en cuanto me ve y se sienta ante la mesa de interrogatorios.

Arrojo papel y lápiz sobre la mesa, entre ambos.

Ciaucescu mira los útiles y luego a mí. No está tan cansado como mis hombres. Ellos han dormido sus turnos y no sirven ni para esconderse. Este hombre lleva encerrado treinta y seis horas y podría aguantar noventa más. Por ahí no vamos a ninguna parte.

—Ocho años —le digo.

—No mío —repite.

—Da igual, ¿no lo entiendes? Si yo escribo en mi informe que es tuyo, que lo hemos encontrado en tu casa o en tu coche, el juez me cree. Y son ocho años, Ciaucescu.

—No soy Ciaucescu.

—Ni yo Franco.

—Pareces como él. Policía española, mafia —insulta.

—Puede. Pero el juez me cree a mí, y el marrón, ocho años —hago el gesto con ocho dedos otra vez— es para ti. Cárcel, ocho años, tú —y lo señalo directo con el índice al pecho.

Resopla, gime, se da puñetazos en la cara, como lo he visto antes desde afuera. Sabe que mi amenaza es cierta.

—Hay una manera de evitarlo, Ciaucescu.

Me mira con un interés que no puede disimular, aunque continúa dándose golpes de pecho.

—Si apuntas en ese papel quiénes son los que entraron en la casa... Verás. Haremos lo siguiente: apuntas quiénes son y dónde puedo encontrarlos. Yo te dejo ir libre. Por la mañana, estarás en la obra. Dirás a todo el mundo que has estado enfermo. Y tu jefe también lo dirá. Si quieres, te hago papeles del hospital. Una borrachera de dos días y dos días en una cama de hospital. Tus amigos se lo creerán.

El Ciaucescu me mira con la boca ligeramente abierta, como debió escuchar a su abuelo cuando era niño y le contaba cuentos.

—Y te prometo que no detendré a tus amigos, ni haré uso de esa información, hasta dentro de tres días. No te relacionarán con su detención. Ni siquiera sabrán que has estado detenido.

Por la expresión de su cara, sé que le interesa, pero también que tiene miedo. Así que le abro una puerta.

—Está bien. Lo dejaré por lo menos una semana.

Se queda mirando sus manos, que ahora están escondidas bajo la mesa, en su regazo.

—Piénsalo, Ciaucescu —digo antes de salir y dejarlo solo, cocinando sus pensamientos.

Constato mi fracaso en la investigación del crimen de Ana Arnedo, que sí me he tomado en serio aunque lo haya disimulado. Constato los errores cometidos que han desembocado en la muerte de dos personas, muertes que pude evitar de haber sido mejor policía. Constato que no soy capaz de sacarle a un desgraciado el nombre de sus compinches. Me siento como si me estuviera arrastrando.

Deseo largarme cuanto antes, pero cuando voy a salir de comisaría me llama la atención el agente Campos.

—Comisario, ha venido un chico a poner una denuncia contra Mike, el dueño del Baria City.

—¿Cómo?

—Pues que como son amigos...

Nunca lo he pensado así. Compartimos momentos, soledades. Pero ahora que lo dice Campos, seguramente es lo más parecido a un amigo que tengo en Baria.

—Creí que querría saberlo —continúa Campos.

—¿Qué ha pasado?

—Le ha dado una bofetada a un chaval.

Campos se gira ligeramente, para indicarme a un par de chavales que están sentados ante una mesa para interponer una denuncia.

—¿Por qué?

—El chaval se ha empeñado en poner un disco de Bisbal en su local. ¡Joder! No sé qué decir.

—¿Me oye, comisario?

Camino hacia los chavales. Me miran llegar con la esperanza grabada en el rostro juvenil, barbilampiño el de uno de ellos, una barba hirsuta el otro.

—¿Habéis querido poner un disco de Bisbal en el Baria City?

—Sí —dice el de la barbita.

—Sólo un par de canciones —circunscribe el otro.

—Debía haberos pegado un tiro.

Sus rostros jóvenes esculpen la expresión del susto con la agudeza de un artista. Creían haber encontrado comprensión y la cosa deriva por unos derroteros imprevistos.

—¡Comisario! —suelta Campos.

Los chavales se miran, miran a Campos, me miran a mí. Sus ojos dan tantas vueltas que casi me marean.

—¿No sabéis que el Baria City Blues es un Templo?

—¡Humm!

—Si en ese momento estoy yo allí, os pego un tiro, no me conformo con una bofetada.

—Esto es increíble —dice el barbilampiño al otro.

—A ver, los bolsillos —les ordeno.

Ahora sí que se miran. Pero ya no están extrañados. Están acojonados.

—Campos, coge las llaves del coche y traete los perros, que van a oler un poco.

—Pero... —comienza a decir el de la barbita—. Pero...

—¿No queréis Justicia? Pues vamos a hacerla para todos. Los bolsillos. Si estáis limpios, le ponemos la denuncia al tío ése y lo llevamos a juicio. Y si no estáis limpios o el coche huele a María, os empapelo ahora mismo, os tengo detenidos hasta mañana y luego hablamos con el juez. Y, por supuesto, después le ponemos la denuncia al tío de la bofetada.

Se quedan mudos. Sus caritas gritan que lamentan haberle dado tanta importancia. Desvían la mirada al suelo, luego se miran entre sí, agitan sus pies como si el suelo quemara. Por fin les doy una salida.

—Campos, encárgate de registrarlos. Y del coche. Y luego, por supuesto, de su denuncia contra el señor del Baria City.

Me doy media vuelta y salgo. Ya se encargará Campos de que se vayan sin ganas

de volver.

Me siento en el coche y me río un buen rato a gusto. Los músculos de mi rostro no vuelven a su circunspección habitual, mal encarado y con mala leche. Me duelen de tanto reír. Se ve que no estoy acostumbrado. Se lo tengo que agradecer a Mike.

Salgo de Baria y conduzco como un ancianito con cataratas por la carretera que lleva hasta Garrucha y luego hasta mi casa. Abro la ventanilla del coche. La brisa fría y húmeda estremece mi cuerpo, pero siento que lava algo.

Cuando entro en casa estalla el silencio. Me hace tanto daño que siento ganas de llorar. Afortunadamente, mis lágrimas se han agotado hace mucho, en el Norte. Me siento en el salón, minúsculo en comparación con el de Enrique Salgado. Pero yo también veo el mar. Y oigo el oleaje todas las noches. Y lo huelo. Él nunca podrá acercarse a su mansión tan cerca del mar.

Me desnudo y me meto en la cama, junto a mi fantasma.

Sólo cuando pasan unos minutos puedo oír su respiración. Es tan silenciosa que a veces temo que haya muerto. Algunas veces pongo la mano en su espalda para comprobar si aún entra aire en su cuerpo. Pero ella se aleja, imaginando que busco algo que ya di por perdido.

Por eso me sorprende tanto cuando se da media vuelta y me abraza. Posa su cabeza sobre mi hombro. Sólo estamos abrazados, pero su olor me hace olvidar el olor del mar.

20 DE DICIEMBRE

Siempre es sórdida la detención de una naturaleza privilegiada, envilecida hasta el crimen. Se lo dejo a Medel, en quien aún anida la euforia del idealista.

Recibí la llamada a las cuatro de la mañana. A las dos, Bastia y Jiménez la vieron desde el coche apostado ante la puerta del edificio. Se había asomado a la terraza de su ático e intentaba gritar. Se movía lenta y torpemente, como si alguien la sujetase. De su boca brotaban gemidos, gritos, pero no palabras inteligibles.

Subieron hasta el ático, pero la puerta estaba cerrada. La abrieron a patadas. La encontraron tirada en la terraza, encogida y helada. De su boca brotaban espuma y sangre. Avisaron a urgencias. Pero murió nada más ingresar en el hospital. Sin duda, envenenada.

Bastia registró la casa mientras Jiménez la acompañaba en la ambulancia. Antes de las cinco, los tres nos reunimos en el hospital.

Jiménez me cuenta que, aparte de un chico de un servicio de mensajería, sólo Lucía Ugarte había entrado en el edificio para salir media hora después.

Bastia me dice que ha encontrado, escondido bajo un sofá, un sobre de matarratas. Y una taza de té, que estaba sobre la mesa del salón, olía raro. Tres horas después sabremos que las huellas de la taza son las de Lucía Ugarte.

Medel tiende a darse importancia. Entra en la sala de interrogatorios con una carpeta repleta de documentos en la mano. Yo sé que no hay más que folios en blanco. Se ha puesto una chaqueta y abre y cierra el botón mientras simula leerlos. La pecera debe oler aún al rumano, al que hemos trasladado a otra sala, sin cristales. Lucía Ugarte no se molesta siquiera en mirar a Medel, así que su teatro es más ridículo aún.

—¿Por qué asesinó a Inmaculada Beltrán? —pregunta abruptamente Medel, levantando la cabeza.

Lucía Ugarte lo mira largamente. No hace gesto alguno. Finalmente, baja los ojos.

—Tenemos pruebas de que fue usted la última persona que visitó la casa de Inmaculada Beltrán. Sus huellas están en la vajilla utilizada para servir el té envenenado.

La mujer parece no prestar atención. No ha perdido un ápice de su belleza, aunque ha sido arrestada a primera hora de la mañana y se la han traído con un vaquero y una camiseta bajo una cazadora. La ausencia de maquillaje la hace imperfecta, más pálida. La veo de perfil y sigue siendo una de las mujeres más hermosas que he visto jamás.

—Fue asesinada con el mismo veneno que Miguel Salinas —insiste Medel.

Lucía sonrío, sin elevar los ojos, mirando la mesa. Es una sonrisa triste.

—Podemos acusarla de dos asesinatos en lugar de uno.

Las amenazas de Medel no la impresionan, se encoge ligeramente de hombros.

—¿No desea usted declarar?

Ella eleva su cabeza y mira al techo de la sala de interrogatorios. Esto le debe parecer todo lo sórdido que realmente es. Luego mira a Medel.

—No tengo nada que decir. Usted no lo entendería aunque viviera mil años.

Unos largos minutos de silencio después, Medel está a mi lado, resoplando de indignación. Cuando la miramos a través del cristal de la pecera, tengo una sensación rara, como si fuera una fotografía en un marco inadecuado.

—Le imputaremos también la muerte de Miguel Salinas —afirma Medel.

No digo nada. No estoy seguro de nada. Cuanto más pienso, más me pierdo. En todo caso, da igual. Por la muerte de Inmaculada Beltrán está condenada.

Llega López y comenta que el marido está fuera, esperando.

Observo a Lucía Ugarte un rato. No pienso. Sólo intento que su imagen penetre en mi cerebro hasta el fondo, empapándolo. Tal vez lo que mi inteligencia no consigue descifrar lo haga el instinto. Y el instinto me dice que no encaja su imagen en el estrecho contorno de la pecera. Esa imagen es tan extraña como un payaso con esmoquin.

Le digo a López que deje pasar al marido.

—¿A la sala de interrogatorios, comisario? Le respondo que sí.

—Pero eso... —comienza a protestar Medel.

Hago un gesto y sale, mordiéndose las palabras de rabia.

Enrique Salgado entra en la sala de interrogatorios. Apenas es capaz de dar dos pasos sin pensarlo antes. Un agente cierra la puerta y los deja solos.

Se queda mirando a su mujer con cara de bobo. Da la impresión de que no sabe qué hacer, cómo reaccionar. Se decide a acercarse a Lucía, pero ella lo rechaza y lo obliga a sentarse con un gesto. Salgado lo hace, pero se inclina hacia delante y pone las manos sobre la mesa, intentando asir las de ella.

Lucía lo esquivo y le pide un cigarrillo. Cuando lo enciende, mira a su marido con displicencia.

—¿Cómo estás? ¿Te tratan bien? —pregunta él, con una voz débil y hueca.

Lucía se limita a mantener sus ojos en él. Como si toda esa conversación circunstancial que él pretende sólo le provocara fastidio.

—Voy a contratar al mejor abogado del país —afirma él.

—No hace falta —responde ella, con la voz serena, fría, un punto ácida.

—¿Cómo que no? Me ha dicho la policía...

—Tienen razón —le corta de nuevo—. Me vieron entrar en casa de Inma. Mis huellas están en la taza de té que contenía el veneno.

Salgado se queda paralizado, como si necesitara pensar mucho para comprender lo que acaba de oír.

—¿Lo hiciste, Lucía? —pregunta finalmente, con una voz en falsete que aleja cualquier presunción de entereza.

—¿Tan importante es para ti? —dice ella, mirándolo fijamente. Salgado no responde. Se muerde los labios y luego se pasa la lengua por ellos, como si tuviera mucha sed.

—Es mejor que lo pienses así. Esto te ayudará —afirma Lucía.

—¿Cómo? —protesta él, débilmente.

—Ahora serás libre.

La voz modulada de Lucía Ugarte cobra todas las tonalidades de una nota musical. Vibran en ella la dignidad que ha desaparecido de su marido, la firmeza que en él es blanda como arcilla. Esa mujer es capaz de crecer en el crimen como otros, la mayoría, somos capaces de parecer miserables en un campo de flores.

—¿Qué quieres decir?

—Que no quiero volver a verte. No quiero que vuelvas. Ni que llames por teléfono. Tampoco quiero que me escribas. He muerto para ti.

Es tan serena su voz que parece anunciar lo que va a decir antes de pronunciar las palabras. Cuando comienzo a oírla es como si comprendiera lo que pretende, de una forma instintiva. Porque no hay nada racional en todo esto, excepto esa mujer.

Salgado se queda estupefacto. No comprende nada.

Lucía hace ademán de levantarse, pero él la agarra del brazo.

—¿Por qué haces esto?

—Ella ha ganado. No lo comprenderías. Sólo Inma lo comprendió —es la última mirada dulce que le envía Lucía, cuando añade:

—Yo nunca te hubiera arrastrado conmigo. Aún me pregunto por qué, pero te amo demasiado.

Lucía acaricia la barbilla de un boquiabierto Enrique Salgado. Antes de que él sea capaz de responder, ella da un toque en la puerta y el agente abre.

Cuando ya se ha vuelto a cerrar la puerta, Enrique Salgado la llama con un hilo de voz que sólo yo puedo oír.

Dos cadáveres el mismo día, son la bomba en Baria. Esto es para que se vayan acostumbrando. Para lo que queda por venir.

Cuando hoy aparece otro, que todavía nadie ha relacionado con los anteriores, pero que es una ejecutiva de la empresa más importante de la ciudad, y además en circunstancias que excitan el morbo del más pintado, ya es el no va más.

Baria entra en la modernidad de la mano de la única constante en todas las civilizaciones: el Crimen.

Como buen burócrata del crimen, me dispongo a elaborar el informe que habré de pasar al juez y en redactar otra nota de prensa.

Congrego a Medel en mi despacho y se la dicto. Esta vez no llamaré al Comisario

Jefe. Seguro que no le apetece dar la noticia de que ha habido tres crímenes en treinta y seis horas en Baria y que la policía no ha sabido impedirlos. Para eso estoy yo.

Un policía dispuesto a llevarse las bofetadas es muy preciso. De ahí mi valor.

Una nota de prensa que, al final, dejo a un lado porque no quiero sugerir la menor relación entre ambos casos. Tras pensarlo un rato, le digo a Medel que tire la nota que he esbozado a la papelera.

—¿Y qué decimos?

—Que continuamos investigando.

—¿Nada más?

—Es lo que hace la policía cuando no sabe qué hacer. Nadie se extrañará.

Medel redacta una nota de prensa con dos frases.

—¿Transmito tranquilidad a la población? —pregunta.

—Ni que fueras de Sanidad.

En ese momento, Damián llama a la puerta del despacho.

—Jefe. El Ciaucescu quiere hablarle.

Hace un gesto de victoria. Lo sigo por los pasillos hasta la sala tres de interrogatorios. Aunque sólo lleva aquí unas pocas horas, ya huele a humanidad.

Esta vez entramos los dos. Damián y yo.

El rumano se le queda mirando, pero lo tranquilizo con un gesto. Entonces, saca el bolsillo el papel que ha escrito y me lo tiende. Pero antes de que yo pueda cogerlo, dice:

—Dos semanas, jefe.

—Dos semanas —le prometo.

Echo un vistazo. Veo las palabras anotadas: nombres rumanos, dos direcciones. Viven muy lejos de aquí. No los podré detener personalmente.

—Llevad a este hombre a su casa —digo a Damián mientras miro a los ojos al Ciaucescu—. Que se lave y coma algo. Luego lo lleváis a la obra. Le decís a su jefe que ha estado dos días en el hospital, internado por una borrachera de órdago. Si pone pegas, lo detenéis y me lo traéis.

—Ya se guardará de poner pegas, comisario —dice Damián.

—Que nadie se entere de dónde ha estado, ¿está claro? Dile a su jefe que me responde personalmente.

El rumano, que entiende perfectamente, asiente.

Salgo de la oprimente celda y vuelvo a mi despacho. A pesar de todo, tengo una plomiza sensación de fracaso. No hay mérito alguno en conseguir así la información. Y, sin embargo, no conozco otra forma.

Me acerco a la ventana. Esta noche es la más larga del año. Casi es Navidad. Debe haber una conjura para que me sienta profundamente triste.

No dejan de resonar, como un eco en mi cráneo vacío, las palabras de Lucía Ugarte: Ella ha ganado. Sólo Inma lo comprendió.

En ese momento, suena mi móvil.

Enrique Salgado se encerró en su casa. Estaba solo. Desde que Lucía recibiera la paliza habían dado días libres a todo el servicio.

Quería pensar. Pero intentar comprender todo lo que había ocurrido le era imposible.

Inma había muerto. Ana había muerto. Ambas por su culpa, aunque él no lo quisiera. Nadie merece tanto, pensó. Era una carga demasiado pesada. Ahora que Lucía también pagaría, tal vez con algo peor que la muerte, supo que no podría llevar sólo esa pesada carga.

Lucía había dicho un rato antes que había perdido. Como quien juega una partida. Intuyó lo terrible de su gesto. Había asesinado y había soportado la violación. Sólo por amor. Jamás podría comprenderlo, ni reparar el daño. Él no hubiera sido capaz de hacer ni la décima parte que aquella mujer. Sólo un ser que da vida a otro ser puede amar tanto, pensó.

Lucía... e Inma. Inma también. Lucía lo había dicho. Sólo Inma había comprendido. Pero entonces, ¿por qué este final? ¿Por qué la muerte de Inma, si ya era innecesaria?

Salgado se maldijo. Tal vez había nacido víctima de un destino terrible, como los antiguos Héroes. Pero él no era un Héroe. Desde luego que no. Pensó tantas cosas que temió volverse loco. Se sentía débil, con náuseas —las ginebras que había bebido se revolvían en sus vísceras como un ratón atrapado.

Encendió la televisión y esperó un avance de las cadenas locales.

Quería ver en directo el escarnio de su vida. Tendría que marcharse lejos. Coger todo su maldito dinero y huir. No podría soportar las miradas y los comentarios de toda la ciudad.

Estuvo horas mirando la televisión sin verla. Ginebra y cigarrillos cuando volvía del rincón de la mente donde se sumía como en una catatonia, un lugar cada vez más oscuro, más tenebroso, más asfixiante. El recurrente sonido del teléfono, que parecía venir de muy lejos, lo arrancaba de la pesadilla de cuando en cuando, pero sólo era capaz de mirar al vacío donde el timbre se perdía con resonancias lejanas.

Poco antes de las cinco de la tarde, emergió de su estupor cuando Tele-Mediterráneo Indalo conectó con una reportera que estaba a las puertas de un tanatorio. Comentaba que se velaba allí el cuerpo de Inmaculada Beltrán, quien había aparecido asesinada en su casa de Baria. El cuerpo había sido trasladado hacía apenas media hora desde el Instituto de Medicina Legal de Baria donde se le había practicado la autopsia.

La reportera concluía su crónica diciendo que la investigación seguía abierta, según fuentes policiales, y que el caso presentaba muchas incógnitas.

Desde la redacción, otro periodista anunciaba que había una persona, cuya identidad aún no había trascendido, prestando declaración desde la mañana en relación con la muerte de Inmaculada Beltrán.

La cadena no se atrevía aún, porque sabía que era la esposa de Enrique Salgado, a decir que estaba detenida como sospechosa de asesinato.

Compraré la maldita emisora y los despediré a todos, fue lo último que pensó antes de apagar, furioso, el televisor.

Un instante después, mientras encendía un cigarrillo más, sonó el teléfono. Lo estuvo mirando un rato, pero parecía no desmayar. Se acercó y reconoció el número de quien llamaba.

—Enrique. Se niega a defenderse —fue lo primero que le dijo Arturo Villalba, su abogado.

Preguntó y repreguntó, contestó y volvió a contestar el abogado. Nada. Lucía se negaba a declarar cualquier cosa que pudiera beneficiarla.

—Se limita a decir que no lo entenderíamos en un millón de años y sonrío como si estuviera... enajenada —dijo el abogado.

—¡Ah! —añadió para concluir—. He intentado convencerla para que hable contigo, pensando que tal vez tú pudieras convencerla, pero no quiere ni verte. ¿Pasa algo que yo no sepa, Enrique?

Salgado se excusó y cortó la comunicación.

Salió a la terraza. La montaña que cae, el mar, la tarde implacable y fría de invierno. Y luego, los altos muros de su casa, los vastos jardines, la amplia terraza, la casa tan grande y tan vacía.

Sintió frío. Se sintió pequeño. Sintió que lo habían amado tanto que lo habían dejado solo. Se sintió desdichado. Triste como un niño abandonado.

Una persistente llamada en el portero automático de la verja de entrada lo sobresaltó.

A través de la pequeña pantalla vio la cara de un adolescente embutida en un casco de motorista.

—Un paquete para el Sr. Salgado.

—Déjalo a través de la verja —ordenó.

—Tengo que entregarlo personalmente. Pone que es urgente —apuntó el chaval.

Salgado abrió la verja y bajó hasta el porche. En un instante el chico rasgó el silencio con una motocicleta de 50 cc que sonaba como una motosierra. Se detuvo ante Salgado, le preguntó si era él, le hizo firmar un recibo y le entregó un paquete. Un sobre marrón, del tamaño de una cuartilla, acolchado. Luego aceleró la motosierra y salió disparado.

Entró en la casa e iba a tirar a cualquier sitio el sobre cuando algo le llamó la atención. Tal vez lo que palpaba en los dedos. Tal vez la letra con que alguien había escrito su nombre y la dirección de su casa.

Sí. ¡Era la letra de Inma! Sin duda.

Salgado rasgó el sobre y una cinta magnetofónica cayó al suelo. Sintió con la yema de los dedos que dentro del sobre aún quedaba otra. Recogió la cinta caída y extrajo una cuartilla del sobre.

La letra menuda y recta de Inma había escrito:

Querido Enrique, no me queda mucho tiempo para explicaciones. Ya he llamado al servicio de mensajería que te llevará esto. Te envío la cinta que grabé al hombre del desguace. Cuenta que Lucía le pagó para asesinar a Ana. Si no utilizas la cinta, nadie creerá jamás en tu inocencia.

Adiós. Enrique. No hace falta que te diga lo que te quiero.

Había dejado un espacio. Más abajo, con letra irregular, apresurada, había escrito.

Me queda más tiempo del que pensaba, aunque han comenzado los dolores. He pensado mucho en estos minutos. Por eso, te envío una segunda cinta. En ella, confieso haber contratado al hombre del desguace para asesinar a Ana, creyendo que me amarías después. Al elegir tú a Lucía, he querido acabar con ella. Yo inicié todo esto enviando anónimos a la policía. Creía en tu inocencia, y fui la mujer más feliz del mundo cuando pude comprobarlo. Pero no ha servido de nada. Mi impulso sólo ha traído muerte y destrucción.

No puedo soportar la culpa. Tal vez, si te tuviera... Pero no puedo hacer nada para evitar que sea ella...

Al menos, tendrás la opción de ser libre. Si entregas esta cinta, Lucía será libre. Pero ¿lo serás tú?

De todos modos, creo que si no puedes elegir, nunca lo sabrás.

Adiós, Enrique, Amor. Todo ha sido un error. Un inmenso error. Ana nunca dormirá en paz. Ni ella ni nadie.

La volvió a leer. Dos veces, tres veces. Al tiempo que todo se aclaraba, todo se había vuelto más turbio, más oscuro, más impenetrable.

Subió lentamente las escaleras. Ya en el salón, se acercó al equipo de música, puso una cinta y luego otra. Escuchó la voz de Miguel. Lucía era una asesina, una zorra que lo había embaucado y luego había intentado asesinarlo.

Mucho más difícil fue escuchar sin lágrimas la voz débil de Inma, acusándose de un asesinato que no cometió. Aceptando culpas propias y ajenas. Para que la mujer que más odiaba fuera libre, si el hombre al que amaba así lo quería.

Salgado se sentó en el suelo, junto al equipo de música, la voz débil, cálida, de Inma, llenando toda la habitación como si estuviera allí.

Mientras la voz de Inma era la música, la letra eran sus palabras, que no paraba de recordar, de repetirse: *Ana nunca dormirá en paz. Ni ella ni nadie.*

Supongo que sólo quiere llamar la atención. De algún modo, lo esperaba tras nuestra

última despedida. Estuve tan cerca de abrazarla cuando la dejé en la puerta de su casa...

Conduzco a toda la velocidad que me permite el tráfico, pero no quiero ir acompañado ni avisar a una patrulla. Sería la comidilla de la comisaría si resulta una falsa alarma.

En menos de diez minutos estoy a la entrada de la urbanización, cerca de la playa. La mayoría de los dúplex están desocupados en esta época del año.

Vuelve a sonar el móvil. Ahora está desesperada. Aunque me resisto a creer que Lucas vuelva a la carga.

Aparco a la entrada de la urbanización, bajo un pórtico grandilocuente pintado de blanco. Le pido a través del teléfono que se calme.

—¿Dónde está?

—Es un Fiat negro —responde—. Al principio no me di cuenta, porque no es su coche. Pero lo vi dos veces mientras volvía del trabajo a casa. Entonces me acordé de que es el coche de su hermano —solloza, grita—. Estoy cerrándolo todo —continúa.

La urbanización son dos líneas paralelas de dúplex que se extienden hasta los límites de la playa. Entre ambas, encuentro un Fiat negro en un aparcamiento en batería. Está situado con el frontal hacia fuera. Supongo que para salir a toda hostia. Junto al aparcamiento hay una acera y los muros bajos de los patios de las casas.

La cuarta es la de Elena. Me acerco silenciando mis pasos sobre la acera. Desenfundo la Block.

Comienza a anochecer. La urbanización está desierta. No se ve a nadie. Ni luces en las casas. Lucas conoce el lugar y ha elegido un buen momento. Aún no se han encendido las farolas. Me oculta la vegetación de los patios, algunos de cuyos arbustos saltan las tapias y caen sobre la acera.

Me acerco lo más sigilosamente que puedo. Antes de verlo ya oigo un ruido.

Descubro la figura de un hombre intentando encajar una palanqueta entre la cerradura y el quicio de una puerta. A su lado hay una escopeta de dos cañones que ha dejado en el suelo para tener las manos libres. Lleva la cabeza cubierta por un pasamontañas.

Hay una pequeña cancela que da acceso al patio. La empujo con la pierna mientras apunto con la pistola.

Se queda rígido al oír ruido a su espalda. Más sorprendido que asustado. Le ordeno que no se mueva. Me acerco con la pistola apuntando a su espalda. Le ordeno que extienda las manos y que abra las piernas.

Cuando estoy a su lado, apoyo el cañón en su espalda. Doy un tirón del pasamontañas y le ordeno que vuelva la cabeza. La misma cara de imbécil que tenía unos días antes, pero más hinchada. Aún guarda un buen recuerdo de aquella noche.

—Se te ha caído el pelo, capullo.

No responde. Busco las esposas en mi cintura.

—¿Quieres que te lea tus derechos?

Bufa. Como si esto no fuera sino un fastidio. De pronto, me quedo quieto, como una estatua, las esposas en una mano y la pistola en otra. Mi pie está al lado de su escopeta.

—¿No te sirvieron las advertencias anteriores?

—La voy a matar como sea —afirma serenamente.

—Ahora no. Ahora vas a tardar en salir. Se encoge de hombros.

—El tiempo que haga falta. Cuando salga...

Sé que lo hará. Y pienso que si lo hace, será por mi culpa. Como tantas otras cosas, será por mi culpa.

No se ve a nadie. De hecho, nadie puede vernos. El atardecer, que come luz como una bestia voraz, nos esconde. Los arbustos de los patios, también. Estamos solos, Lucas. Lo pienso, aunque no se lo digo.

Guardo las esposas en mi cinturón. Agarro su escopeta por los cañones. Le pongo la pistola en la cabeza y le ordeno que se dé la vuelta. Obedece lentamente. Le ordeno que ponga el dedo sobre el gatillo de su escopeta, que apunta al cielo.

—Dispara.

No quiere hacerlo. Piensa que le voy a pegar un tiro en la cabeza.

—¡Dispara! —le digo, mi boca junto a su cara.

—No.

Se resiste a hacerlo. Pero tiene el dedo en el gatillo.

Doy un tirón de la escopeta hacia fuera, y su dedo aprieta el gatillo. La detonación y la quemazón en la mano ocurren al unísono. La escopeta cae al suelo. Le golpeo con la culata de la Block en la mandíbula. Siento el crujido del hueso al romperse. El Lucas se retiene pegado a la pared. Golpeo una vez más. Sobre la oreja. Brota sangre. Lucas cae al suelo como una carne sin esqueleto. Se queda con las piernas encogidas, sobre las baldosas del patio de Elena.

Me aparto unos pasos. La mano quema lo suyo. Guardo la pistola y marco el número de comisaría. Doy la alerta. Después toco en la puerta de Elena. Soy yo, digo. Elena abre cautelosamente. Cuando lo ve tirado en el suelo, se atreve a dar un paso fuera.

—¿Está muerto?

—No —respondo.

Se queda un momento callada y luego, de repente, se pone a gritar:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

No me gusta su cara cuando la miro. Ha acabado nuestro idilio.

Enfundo la pistola. Le pido a Elena un paño húmedo. Tal vez así deje de pedirme que lo mate, y volveré a apreciarla. Cuando por fin trae el paño húmedo, ya se oyen las sirenas.

Me siento en una silla de exterior, de hierro blanco, junto a un velador. Sólo entonces soy consciente del miedo que he pasado. El sudor se hiela bajo mi camisa. Pero también siento una clase de euforia que sólo una pistola en la mano puede

procurarte.

Respiro hondo. La paz y el silencio de la urbanización vacía, de la noche ya presente, el olor salobre y a algas. Y el cuerpo de Lucas tendido a mi lado. Es como una fotografía desenfocada. Parecen no casar la paz del lugar y la violencia furiosa y estúpida del hombre tendido.

Las sirenas dejan de sonar y las luces de colores rasgan la anochecida. Comienzo a estar cansado. Muy cansado.

Mis hombres abren la cancela.

—¿No ha llamado a una ambulancia, comisario? Asiento con la cabeza.

—¿Está herido, comisario?

Levanto la mano. Siento una leve quemazón. Pero es un dolor ajeno, distante. Parece la mano de otro.

Me atienden en el hospital. Una quemadura superficial. Vuelvo a comisaría con una pequeña venda en la mano.

Me recibe López, que ya está al corriente de todo.

—Hemos puesto custodia al Lucas en el hospital, comisario. Extraigo la pistola de la funda y se la tiendo a López.

—Que la limpien, haz el favor.

La pistola tiene sangre del Lucas en la culata.

—Le ha dejado la cara como un mapa, comisario. Bien hecho —dice López.

Subo a mi despacho. Me quito la chaqueta y la dejo sobre una silla. Me siento ante mi mesa, como si tuviera algo que hacer.

—Tiene varias fracturas en la mandíbula —continúa López, que vuelve.

—¿Quieres encargarte del papeleo, López?

—Claro. Pero antes de irse a casa debe pasar por el local de Mike, el inglés. Ha llamado y dice que es urgente. Que lo espera a las once de la noche.

—¿No te ha dicho para qué?

—No. Pero sí ha dicho que es imprescindible que vaya.

—Bueno. Supongo que no me iré antes de esa hora.

—¿De qué acusamos al Lucas, comisario? Lo digo para comenzar el papeleo.

—De parricidio en grado de tentativa. Y de atentado en grado de frustración, sobre este servidor. De incumplimiento de condena, y de todo lo demás que se te pueda ocurrir. Mañana pensaré algo más, seguro.

—¿De verdad, comisario, que ha intent...?

—¡López...!

—A veces pregunto tonterías, comisario.

—¡Y mira que eres listo!

López sale del despacho en un santiamén. Sabe a qué me refiero y prefiere rehuir la cuestión.

Una vez solo, apago la luz. Desde la ventana puedo ver las calles nocturnas de Baria, adornadas para la Navidad a punto de estallar. Tal vez el único que está triste soy yo.

Pienso en mi mujer. Su tristeza permanente. Yo sé dónde ha nacido. Y por qué. Nunca la debí llevar conmigo al campo de batalla. Lo peor no era saber que podías volar destrozado en mil pedazos en cualquier momento, ni sentir las miradas de rencor u odio de los cerdos, sino observar la mirada de recelo de los inocentes. No hay posibilidad de lucha contra esa mirada tierna y cruel de las víctimas. Elena me lo ha recordado tristemente.

Recuerdo aquella vez que llegué a casa. Ya habían descubierto los vecinos que yo no era viajante de comercio, como habíamos ido diciendo por el barrio. Alguien me había delatado. Comenzaron a hacer el vacío a mi mujer. En la carnicería, en la pescadería, en el bar, en el supermercado. El vacío del miedo. Es peor el miedo que la causa del miedo.

La descubrí llorando cuando abrí la puerta. A duras penas me dijo que unos chicos la habían insultado y molestado. Le pregunté tanto, casi la abofeteé para que me dijera quiénes habían sido, si los conocía del barrio. Me dijo que sí. Supe quiénes eran, los teníamos fichados. Salí corriendo a la calle, empuñando la pistola.

Gracias a Dios, no los encontré.

Me alegro de que alguien interrumpa el vuelo de mi memoria.

—Está aquí Enrique Salgado. Tiene que hablar con usted. Es urgente —dice López.

—¿Está llorando el maridito?

—No sé, comisario. He pensado...

—¿También es amigo tuyo, López?

López me mira largamente, muy serio. Cambio de tercio.

—¿Y Medel, qué coño hace?

—Está acabando el informe sobre la muerte de Inmaculada Beltrán y la detención de Lucía Ugarte.

—Le encanta. Luego pondrá su nombre en el asunto más sonado del año.

Enciendo la luz.

—¿Oye, López, te parece que ese hombre tenga algo especial?

—¿Quién, Enrique Salgado?

Hago un gesto de confirmación. López se queda pensativo.

—A mí no. Siempre ha sido un poco chulo.

Se encoge de hombros.

—Unos tanto y otros tan poco —digo lamentándome.

—Nunca se sabe lo que es mejor, comisario —sentencia López.

—Bueno. Dame cinco minutos y luego haz pasar al maridito infeliz.

Tal vez tenga la intención de decir alguna verdad, nunca se debe perder la esperanza.

En lugar de irse, López cierra la puerta a su espalda. Se pone muy tieso, como un soldado firme ante su oficial.

—Yo soy leal con usted, comisario.

—Está bien, López. No quería ofenderte antes. Sólo dos cosas: quiero saber si me puedo fiar de ti, hasta sus últimas consecuencias.

—Por supuesto, comisario.

—Y otra más: quiero que tengas más confianza conmigo. Nada de intermediarios. Cuantas menos personas sepan las cosas, mejor.

—De acuerdo, jefe.

López sale del despacho, más ligero, como si se hubiera quitado un saco de cemento de los hombros. Busco un cigarrillo y lo fumo despacio antes de que entre Enrique Salgado.

Frente a la comisaría, el edificio del mercado de abastos tiene las luces apagadas. La calle apenas registra tráfico a esta hora. Diciembre en Baria.

Llaman a la puerta. Frente a mí aparece el Enrique Salgado que ha estado aquí esta mañana. Ropa vieja y sin afeitado. Ojeras y labios reseco. Recuerdo lo que le ha dicho Lucía Ugarte en la sala de interrogatorios: *Te amo demasiado. Nunca te hubiera involucrado.*

Me pregunto por qué algunas personas tienen la vida de cara. Este hombre no posee ningún atributo divino por el cual merezca más amor que yo. Sin embargo, a él lo han amado mujeres más allá del límite. Y la única que me ama está tan enferma que apenas puede amarse a sí misma.

Enrique Salgado lleva un sobre en la mano. Se sienta antes de que lo invite a hacerlo. Abre el sobre y deja caer sobre la mesa una cinta magnetofónica y una grabadora. Me muestra el sobre.

—Es la letra de Inmaculada Beltrán. Puede comprobarlo —dice mientras introduce la cinta en la grabadora.

Se queda mirándome, tal vez esperando una reacción que no llega. Pulsa el botón play del aparato. Se oye el rasgar de la cinta y luego la voz de Inmaculada Beltrán. La recuerdo.

Pulsa la tecla de pausa.

—También puede comprobar si quiere que es la voz de Inmaculada Beltrán.

—Espere —le corto.

Llamo por el interfono a López y le pido que venga con Medel. Recuerdo entonces lo que dijo Jiménez acerca de un chico del servicio de mensajería. Mientras tanto, Enrique Salgado no deja de mirarme, preguntándose por qué no nuestro curiosidad. Yo tampoco lo sé. Tal vez lo esperaba en el momento en que lo he visto aparecer. Tal vez la intuición que me decía esta mañana que Lucía Ugarte no casaba en una celda de interrogatorios. Tal vez un golpe de efecto de este héroe de plastilina que las mujeres forjan a su capricho de diosas.

Lo dejo observarme mientras enciendo un cigarrillo. Estoy tan cansado y aspiro

tan profundamente que el humo debe llegar a los talones. Hace tiempo que el tabaco no me sienta tan bien.

Por fin llegan. Les hago un gesto y se quedan pegados a la pared, quietos como muebles, detrás de Enrique Salgado.

—¿Puedo...? —pregunta éste.

Asiento y Salgado pulsa la tecla de pausa. La cinta continúa.

Lo que oímos no deja lugar a dudas. Una voz aterciopelada aunque nerviosa. La voz de Inmaculada Beltrán.

Reconoce haber sido la inductora del asesinato de Ana Arnedo. También reconoce haber envenenado a Miguel Salinas, a quien había encargado el crimen, y, finalmente, haberse suicidado con el mismo veneno cuando supo que no podría conseguir que él la amase, intentando involucrar a Lucía Ugarte.

—Quiero a mi mujer libre ahora mismo —dice Enrique Salgado cuando la cinta no es más que silencio.

Lo miro largamente. Siento en mi rostro grabadas, a fuego, las miradas de López y de Medel. Me levanto, rodeo la mesa y me acerco hasta la silla que ocupa. Pego mucho mi cara a la suya, para que me oiga bien. Debe oler mi aliento, bastardo ya de día.

—Nunca olvides una cosa, chulo de mierda. Sé que esto es una puta mentira. No sé por qué esta chica ha hecho algo así. Pero sé que es mentira. Así que un gesto de chulería con nosotros y apareces en una cuneta.

Enrique Salgado se escandaliza, pone un gesto de indignación tan feo que parece que va a echarse a llorar.

—¿Qué dice? —exclama.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Estarás satisfecho, Don Juan de mierda. Me mira atónito. Luego, más calmado, dice:

—Sólo quería decir que mi mujer es inocente. Lo dice la cinta. Y que tiene que soltarla. Lo han oído ustedes —dice apelando a López y a Medel.

Vuelvo a mi sitio, cojo mi chaqueta y me la pongo.

—Procesa esta prueba. Estoy seguro de que no es una falsificación. Así que deja libre a Lucía Ugarte y métete por el culo el informe que estabas preparando.

—¿Dónde va, comisario? —pregunta López.

—¡A la mierda!

Cuando estoy a punto de salir, me vuelvo otra vez hacia él, que vuelve a recobrar el color en su cara.

—No crea que su dinero impedirá que le dé una paliza.

Me mira con la boca abierta. Medel sale conmigo del despacho.

—¿Pero y el asesinato de la chica? ¿La vas a dejar ir?

—Se suicidó. Ahora comprendo.

Medel se queda con la boca abierta. Puedo notar que un escalofrío recorre su

espalda por cómo me mira, cómo parpadea, cómo se siente derrotado. Como yo.

Arranco el Golf y salgo a las calles de Baria. Son las diez de la noche. No tengo hambre. No tengo adónde ir hasta las once.

Doy vueltas y vueltas. Una ciudad del sur, húmeda en las noches de invierno. Lo suficientemente cerca del mar para ser rica y lo suficientemente lejos para no oír el mar, para no oler el mar.

Ha crecido tanto en los últimos años que ha duplicado su población. Y no digiere la violencia que ello acarrea. Se siente pueblo cuando es atacada y ciudad cuando presume de sí misma. Inverna durante cuatro meses al año y luego despierta al calor del sol.

Su riqueza parece no tener fin. Cada metro cuadrado de costa es una mina de oro. Cada metro cuadrado de sol una promesa. Baria crece como un occidental rico, sobrealimentado y bulímico, cada vez más perezoso, cada vez más mórbidamente obeso, rodeado de una aureola de parias venidos de todas las partes del mundo para sobrevivir de las migajas.

Conduzco por sus barrios de siempre, de calles estrechas y casas encaladas de dos plantas, intentando encontrar la pureza original. Luego busco los barrios nuevos, geométricamente dibujados por un urbanismo mezquino y embrutecido que deja calles estrechas y bloques de viviendas como colmenas. Luego los barrios residenciales, de calles discretas y muros que ocultan, con pudor y miedo, un Olimpo de opereta, su prosperidad a los mortales. Acabo en los barrios del extrarradio. Chabolas, paredes de bovedillas con techos de uralita que llaman casas. Gitanos, moros, negros, escondiéndose en agujeros como animales.

Baria es como una mujer inteligente, a la que nunca acabas de descubrir aunque creas que la conoces. Siempre muestra una nueva cara, de señora a puta en el tiempo de un parpadeo.

Todo comenzó aquí, recuerdo, cuando subo hasta el cementerio. Aparco en la explanada. Abajo, Baria. Puedo ver el esqueleto de la ciudad dibujado en las luces de sus calles. La oscuridad, que luego crece como una mancha hacia el este, hasta las urbanizaciones de la playa. Al sur se extienden, como ramas sin solución de continuidad, avenidas iluminadas que llevan a Garrucha y Mojácar.

He venido para poner punto y final a una historia. Pero me doy cuenta de que estoy equivocado. Todo comenzó un año antes. Y nadie sabe qué ocurrirá un año después. Sobre los muertos han edificado su iglesia los vivos. Tal vez puedan...

Desecho los pensamientos melodramáticos. Al fin y al cabo, la muerte y el amor son dos caras de la misma moneda y la historia se ha construido sobre sexo y poder. Al funcionario del crimen en que me han convertido no le importa la Justicia, sólo el fracaso. Hemos elegido un orden sin Justicia a una Justicia sin orden. Yo no tengo la culpa.

Y los crímenes están resueltos. Una muerte explicada es un expediente cerrado, tan olvidado como la lápida de un cementerio.

Mañana volveré a la comisaría. Habrá algo nuevo. Y Enrique Salgado y los crímenes que lo han rodeado no serán sino un recuerdo.

Miro el reloj. Mi amigo Mike espera.

Llego a las once en punto. Hay más gente de lo normal. Mike lleva una mano vendada, como yo.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunto.

—Algunos creen que todas las negras son putas.

Me acuerdo de su diosa de ébano. Miro alrededor, pero no la veo. Mike adivina mi pensamiento.

—Vendrá después. Está arriba. Me lleva hasta una mesa.

—Me alegro de que hayas venido. Estaba reservada para el gran comisario de Baria. Ya ha salido en las noticias. Has salvado la vida de una mujer. Eres un héroe.

Ni siquiera me acuerdo. Parece que ha ocurrido hace mucho.

—Han dicho que has arriesgado tu vida. Que has resultado herido. Mike mira mi mano.

—No es nada. Y no te creas todo lo que dicen. La verdad sí que es puta —le comento.

—Por si acaso, nunca me creo nada —responde riendo—. ¿Lo de siempre?

—Sí. ¿Qué ocurre esta noche, Mike?

—Es una sorpresa.

Un momento después trae un *gin-tónico*. Cierro los ojos cuando bebo. ¡Ah...! De puta madre. Media copa cae sin darme cuenta.

Mike me ha dado una mesa discreta, alejada del resto de clientes. Apenas pueden divisarme los demás porque el local hace un recodo.

Se encienden las luces del rincón contiguo a la barra, que hace de escenario. Así que hay actuación. Y Mike me ha reservado el palco de lujo.

Entonces veo cruzar a la diosa de ébano. Viene desde el fondo del local. Cruza el escenario, luego la barra, pasa delante de mí. Ni me mira.

Se mueve con la agilidad indolente de un felino. Sus piernas y su culo esculpen el aire que ocupan con una perfección imposible. Uno siente nacer el deseo de forma inversamente proporcional a la distancia que impone su desdén.

Se introduce tras la barra y se sienta en un taburete, mirando hacia el escenario donde aparece Mike, que nos habla con el micrófono. Su inconfundible acento inglés se acentúa hasta la caricatura a través del filtro electrónico.

—Señoras y señores. Esta noche tenemos un espectáculo único. Sólo ustedes podrán presenciarlo. Hemos cerrado para el público en general. Lo hemos mantenido en secreto por esta razón. Ahora comprenderán por qué.

Mike se retira y de una puerta situada tras el escenario salen un negro menudo, repeinado, y un gitano envejecido, de rostro arrugado.

Ambos compiten en delgadez. El negro viste un esmoquin negro y lleva zapatos negros de charol. El gitano viste de flamenco y calza botas.

El duelo comienza enseguida, sin más preámbulos.

El negro empieza a bailar claqué. Lo hace durante unos minutos. Luego se detiene. Entonces arranca el gitano. Golpea la tarima de madera con los tacones de sus botas.

Durante una hora, alternándose como si fuera un hermoso combate, los dos hombres se ceden el paso, se retiran a la zona de sombra cuando actúa el otro. Se respetan y se admiran.

Es increíble que dos canijos con tacones puedan causar tanta emoción.

Bebo tres copas más. A medida que aumenta mi embriaguez crece la exaltación que la música provoca. Nunca podré agradecerle bastante a Mike esta noche.

Deben de brillarme los ojos, porque una voz a mi lado dice:

—¡Vaya, quién lo diría! El comisario se emociona con el arte. No puedo creer que sea su voz hasta que la veo. Lucía Ugarte. Se ha sentado a mi lado y cruza las piernas. Un segundo después, la diosa de ébano viene hasta nosotros. No es que me desprecie, es que ni siquiera existo, pues sólo tiene ojos para Lucía. Es como si dos dioses se reconocieran y se retaran.

Lucía pide un combinado y la diosa de ébano se lo trae un instante después. Se miden con la mirada, como Ulises y Héctor. Ninguna de ellas, la presencia de Lucía a mi lado lo significa, puede desaparecer. Desaparecemos los demás, los invisibles, los que no somos nadie. Lucía Ugarte levanta su copa.

—Por el héroe de Baria. El comisario que salva a mujeres desvalidas.

No brindo con ella.

—Ha dicho a mi marido que le dará una paliza —dice después, cuando comprueba que su brindis no me ha hecho gracia.

—Es lo menos que puedo hacer por él.

—¿Ah, sí?

—Estoy seguro de que después de recibir una paliza se sentirá mucho mejor. Como si hubiera expiado parte de su crimen.

—Él no cometió ningún crimen.

—Bueno... Ya veremos. En todo caso, ha sido la causa de algunos crímenes. Para nuestro sistema de valores se merece un castigo.

Lucía Ugarte sonrío.

—Todo ha quedado claro —dice.

La miro con atención. Se ha vestido para impresionarme. Y lo ha conseguido. Ha tenido tiempo de ir a casa, quitarse el olor a celda, vestirse para deslumbrar a un hombre y buscarme. Está tan hermosa como la primera vez que la vi. Como si no hubieran pasado por ella estos últimos días.

—¿Qué busca, asegurarse de que he sido engañado?

Bebe de su copa, sin responder.

—Es todo una gran mentira. Esa chica no tuvo nada que ver con la muerte de Ana Arnedo —continúo.

—Ella misma lo ha confesado —replica.

—Fue usted. Usted lo inició todo. Ella lo descubrió. Y todo ha ido bien hasta que la chica envió esos anónimos, seguramente indignada por la situación y enamorada de su marido. Ella sospechaba todo lo que había pasado.

Un crescendo del número de claqué interrumpe nuestra conversación. Es impensable que aquellos pies menudos pudiesen imprimir un ritmo más vital y convulso, intenso y vivo. El crescendo se interrumpe súbitamente. Los aplausos coronan su actuación.

—¿Nos dejará en paz?

—Me sobra un muerto.

—¿A qué se refiere?

—Que Miguel Salinas no empujó al detective por el patio de luces. Lo hizo su marido.

—¿Por qué él? —escupe la pregunta tan premiosa que desvela su ansiedad.

—Porque nadie más pudo estar allí.

Lucía Ugarte mira al escenario durante varios minutos. El hombre negro habla en inglés a los presentes.

—Ya tiene su hombrecito —comento. Lucía me mira con expresión de disgusto.

—Después de cagarla ante el inspector, tenía que hacer una machada, ¿no?

Lucía Ugarte vuelve a fruncir los labios.

—Él no es un asesino —dice ella.

—Mató a un hombre —subrayo. Lucía deja la copa sobre la mesa.

—Entonces, lo sabe todo —dice lentamente.

—No se preocupe. No tengo pruebas.

—¿Continuará buscándolas?

Ahora es Lucía Ugarte la que tiene miedo. Bebo de mi copa y miro el escenario. El negro concluye su último número de claqué. Saluda y propone un brindis por todos nosotros.

—Ya no puedo encontrarlas. A no ser que haya venido a confesar —digo.

Lucía Ugarte sonrío. Por primera vez, su sonrisa es fresca, seductora. Cualquiera podría enamorarse de esta mujer.

—De todas formas, en su salvación lleva su penitencia —le digo.

—¿Qué quiere decir?

—Que nunca volverá a ser el mismo hombre del que usted se enamoró.

—¿Por qué?

—Ya no es un hombre libre —digo—. No con lo que sabe de usted. No con lo que ha hecho.

Lucía Ugarte juega con su copa y enciende un cigarrillo. El gitano dice unas palabras de encomio del negro y de su baile, habla mucho del corazón y del arte, con

la voz rasgada de viejos aguardientes. Se apresta a concluir él también. Patea lentamente la tarima, buscando el ritmo.

—¿Cree que tendrán fuerzas para salir adelante?

Por primera vez, le pregunto algo sinceramente. Da miedo pensar que sí puedan hacerlo.

Antes de hablar, su mirada también es franca.

—Sí. Yo puedo hacerlo.

—Pero ¿podrá él?

Bebe de su copa. No puedo evitar pensar que es una criminal. Pero tampoco puedo evitar que no me pese no haberla atrapado. Como no puedo evitar sentirme atraído por una mujer que ha sido capaz de amar de esa manera. Que ame a ese hombre y no a mí me produce unos celos irracionales.

—¿Le gustará tener a un hombre que nunca estará a su altura? Eleva el cuello con altivez. Se mantiene en silencio un rato, me mira fijamente. Lo sé, aunque yo sólo miro la escena al otro lado del local. No quiero enfrentarme a su mirada.

—No se haga ilusiones. Usted también es un amante triste —dice. Esta vez ella me sorprende. Sonríe.

—Pero a mí me gustan los hombres tristes.

—¿Qué quiere decir?

—Yo también he hecho mis deberes. Sé quién es usted.

El gitano taconeá y gira sobre sí mismo, en un crescendo rítmico que eleva las pulsaciones de nuestro corazón.

Lucía Ugarte bebe un último trago de su copa y se levanta. Se echa el abrigo sobre los hombros.

—Ya nos veremos, comisario. Espero que me salude sin rencor.

Su mano roza mi barbilla, la eleva hacia sí al tiempo que el gitano aplasta el suelo con sus tacones y concluye violentamente.

—Sin rencor —propone.

Lucía Ugarte se da media vuelta y desaparece tras las gruesas cortinas de la entrada. Lo último que siento, durante muchísimo rato, es el roce de la yema de sus dedos. La cortina se cierra sobre sí misma, como si nadie hubiera pasado por allí desde hace mucho tiempo. Como si hubiera soñado su presencia.

Vuelvo la mirada al interior del local, para comprobar si es realidad todo lo que ha pasado en la última hora. El gitano se despide.

Un instante después, los dos hombres han desaparecido. Los demás clientes se levantan para aplaudir y felicitar a Mike.

Cuando por fin lo dejan tranquilo, Mike se sienta a mi lado.

—¿Quién es esa mujer?

—La Eva que nos echó del Paraíso.

Mike ríe de buena gana. Lo felicito por el espectáculo.

—¿Cómo es posible que dos canijos con suela gorda nos hayan hecho los

hombres más felices esta noche?

—Tenía la idea desde hace tiempo. Pero era difícil reunirlos a los dos. Y muy caro.

La diosa de ébano nos trae un par de copas. Mike levanta la suya.

—Por el comienzo de una hermosa amistad, comisario. Levanto mi copa.

Sigue siendo el mejor *gin-tónico* del mundo. Ya estoy demasiado borracho. Flotando, ingrávido, indoloro. Acciones como la de Elena redimen la vida tediosa de un policía. Historias como la de Enrique Salgado nos vuelven a la realidad y nos muestran nuestras miserias. Mañana estaremos administrando el mal de Baria, del mismo modo que otros administran el dolor y la muerte en un hospital.

Alargamos la noche hasta que nos quedamos solos. Hasta muy entrada la madrugada. Ambos acabamos borrachos. Quedamos en que Mike me contará la historia de su vida algún día. Quiero saber si es cierto lo que cuentan de él, por qué no se va de Baria. Dicen algunos que hay una mujer. Una mujer a la que él espera, como una Penélope, masculino y pecoso.

La diosa de ébano aparece y desaparece y cada vez estoy más convencido de que no existe, sólo es una bella ilusión.

Hablamos de muchas cosas esa noche. Y hay muchos silencios, ligeros como velos. Mike me pide que le cuente la historia que me ha hecho un héroe. Prefiero contarle otra. Una historia imaginaria, sin personajes precisos, donde una mujer asesina por amor, otra se suicida de la única manera que puede hacer libre al hombre que ama y, a su vez, salva a la asesina que odia. Le digo que no lo entiendo: que nadie puede amar así. Mike no dice ni sí ni no, pero tras buscar en mis ojos desvía la mirada a la cortina, como si Lucía Ugarte se hubiera ido en ese momento.

—Daría la mitad de mi vida porque una mujer me amara así —digo. Mike eleva su copa:

—Por el Amor de verdad —dice.

Cuando nos despedimos, salgo al amanecer húmedo de Baria.

Subo al coche. Estoy borracho, pero no hay picoletto ni alguacil en el mundo que ponga el globo al comisario de Baria. ¿No soy un héroe?

Conduzco despacio, intentando adivinar el sol más allá del mar, que viene precedido por una aurora rojiza que se levanta, lenta y misteriosa como el secreto de una mujer.

Paso de largo por mi casa y no me detengo hasta encontrar el castillo de Macenas. Aparco junto a su muro de piedra y veo el amanecer lento del mar. A mi espalda dormitan, como bestias, las grandes máquinas que construyen hoteles y urbanizaciones de lujo donde vendrán a disfrutar los ricos de Europa y donde los demás iremos con bancotel y en temporada baja. La estructura cúbica del castillo de piedra está destinada a morir, y ya nada puede impedirlo. Como Ana Arnedo, una vida indiferente, inútil; como mi mujer, una vida tirada a la basura; como Inmaculada Beltrán, una vida truncada por el amor. Los asesinos serán los únicos que gozarán de

todo aquello por lo que merece la pena vivir.

La raya del mar corta el sol por la mitad cuando decido irme. Me despido de Macenas como de un amigo, como me despedí de Mike, y conduzco hasta casa.

Cuando llego, la primera luz del día se filtra por las persianas e ilumina de rayas la penumbra. Guardo silencio y escucho el rumor del mar. Ahí está. Enrique Salgado no puede oírlo, tan alto, tan lejos. Huelo profundamente, como un perro que busca un rastro. Ahí está también el olor del mar. Enrique Salgado no puede olerlo, tan alto, tan lejos.

Entro en el dormitorio. Mi fantasma duerme. Voy a salir de la habitación cuando ella eleva sus brazos desnudos hacia mí. Me acerco.

Me llama en silencio. Tengo la cara áspera de barba y la beso con cuidado. Mucho cuidado. Ella tira de mí como si quisiera arrastrarme a aguas profundas. Me dejo ir. Entonces, nos sumergimos lentamente en su tristeza.



CARMELO Martínez ANAYA (Serón, Almería, 1967). Licenciado como en Derecho y Criminología, compatibilizando su trabajo de abogado con la escritura.

Ha publicado numerosos cuentos y relatos breves en diversas colecciones. Fue accésit del Premio J&B en 1996 con la novela *El corazón oscuro*. Anaya resultó ganador de la segunda edición del premio Wilkie Collins de Novela Negra, que concede M. A. R. Editor, con su obra *Ordo Dei, (perdedores anónimos)* (2012). Otras obras son *Tiempo cero* (2006); *Frío invierno en Baria* (2007); *Una parte de mi* (2008); *El guardián de mi hermano* (2008) o *Baria City Blues* (2009).

Varias de sus novelas tienen como denominador común que ubican la trama en Baria, ciudad ficticia del Levante almeriense. Aunque son de lectura independiente pues no guardan relación argumental.

Se ha revelado un verdadero maestro del género negro, con influencias bien asimiladas de sus admirados Dashiell Hammett y Jim Thompson.